



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

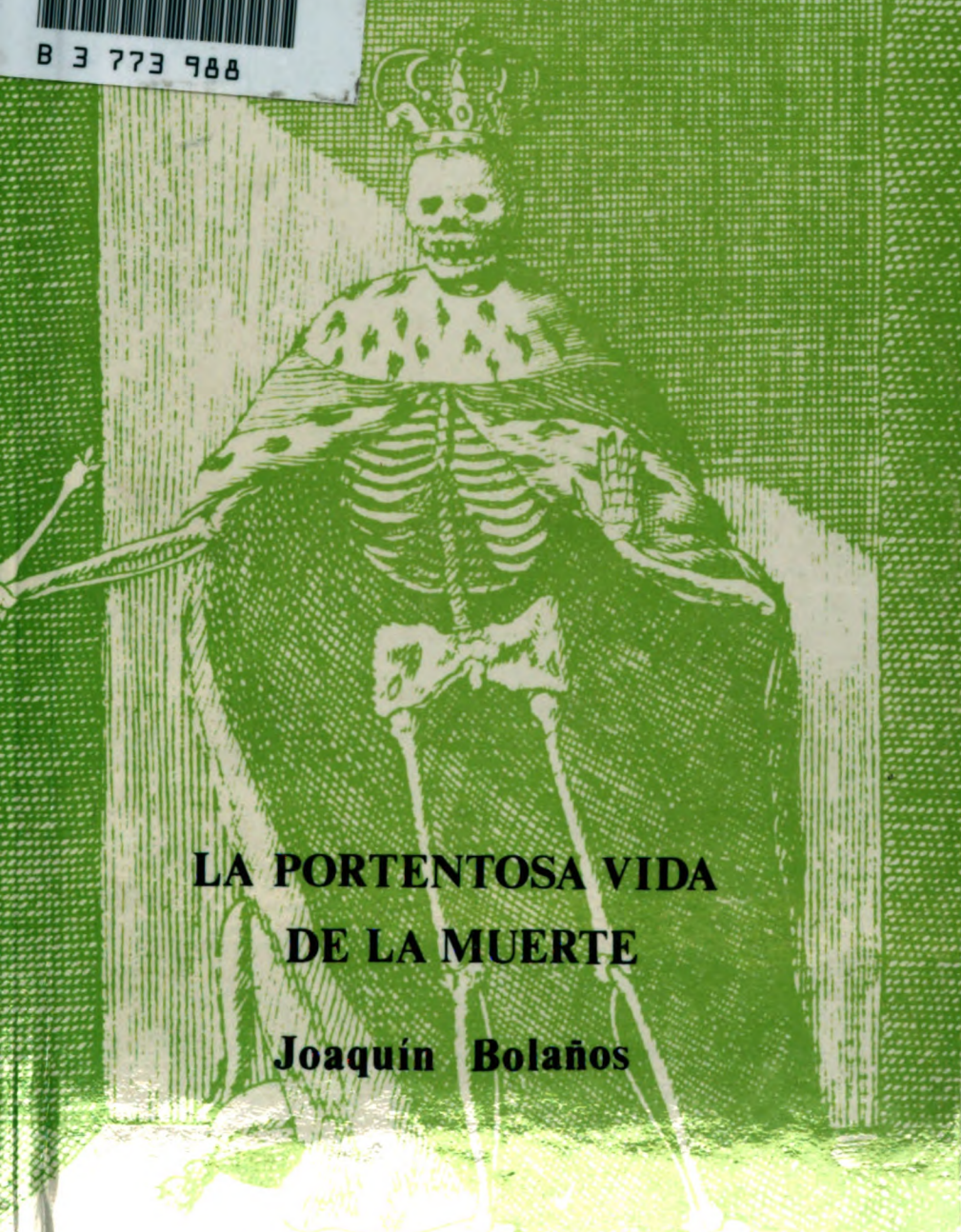
## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

UC-NRLF

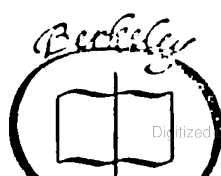
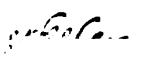
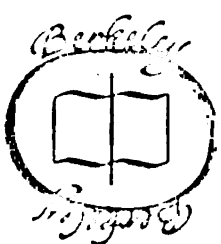
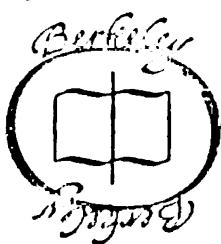
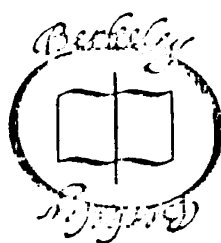
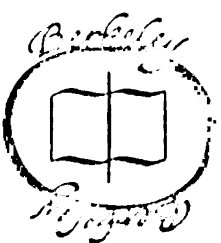
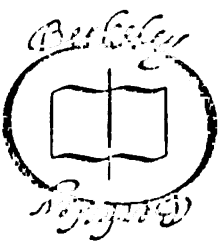
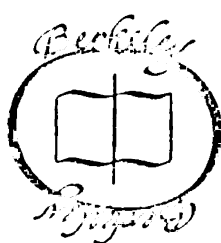
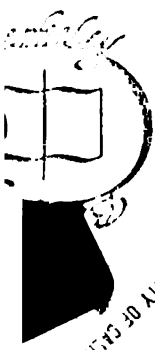
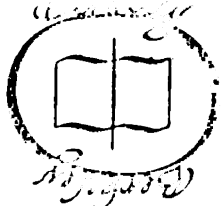
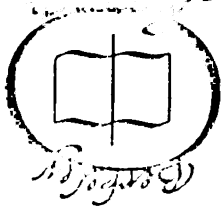


B 3 773 988



**LA PORTENTOSA VIDA  
DE LA MUERTE**

**Joaquín Bolaños**















# LA MATRACA

SEGUNDA SERIE



# LA MATRACA

segunda serie

1

**Joaquín Bolaños**  
**LA PORTENTOSA VIDA**  
**DE LA MUERTE**



**PREMIA editora s.a**

La figura de la cubierta es una copia ampliada del grabado que frente a la portada aparece en la primera edición de este libro y que también se reproduce en esta edición facsimilar, al igual que los otros grabados, al tamaño original.

7243-4107

MAIN

*Planeación y producción:* Dirección de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes y Premià editora de libros, s. a.

*Dirección de la colección:* Margo Glantz y Fernando Tola de Habich.

*Supervisión:* Rafael Becerra e Hilda Rivera.

*Corrección y presentación de originales:* Gabriel Becerra, Rafael Becerra, Josefina Estrada, Enrique Flores, Margarita Millet, Hilda Rivera, José Tlatelpas e Ignacio Trejo Fuentes.

*Investigación y recopilación de materiales:* Premià editora de libros, s. a.

© Derechos reservados por los coeditores:

Instituto Nacional de Bellas Artes

Hidalgo 1 - 06050 México, D. F.

Premià editora de libros, s. a.

Tlahuapan, Puebla.

ISBN 968—434—303—5

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

## PRESENTACION

PQ 7296  
B65 P61  
1983  
MMN

La portentosa vida de la muerte fue impresa en la Oficina de los Herederos del Lic. D. Joseph de Jáuregui en 1792. Fray Joaquín Bolaños, su autor, era un predicador del Colegio de Propaganda Fide de Zacatecas, institución apostólica destinada a la catequización y reducción religiosa de las tribus guerreras del norte de Nueva España, que por ese entonces permanecía casi despoblado y sin colonizar. La obra estaba dedicada a fray Manuel María Trujillo, que ostentaba entre otros títulos los de calificador del consejo de la Inquisición y comisario general, visitador y reformador apostólico de todas las provincias y colegios de Indias. Este factor debió de influir en el hecho de que el libro no enfrentara obstáculo alguno de parte de la censura antes de su publicación.

Bolaños justifica así la fabulación que da origen a la novela: "Va en forma de historia, porque quiero divertirme; lleva su poquita de mística porque también pretendo desengañarte; separa lo precioso de lo vil, aprovéchate de lo serio y riete de lo burlesco. Espero que a lo menos por guardar los fueros a la curiosidad, de que sólo carecen los hombres, o que están muy endiosados, o que han llegado al extremo de insensatos, la tomes en tus manos". La portentosa vida de la muerte inaugura, así, el recurso de lo caricaturesco en la literatura mexicana.

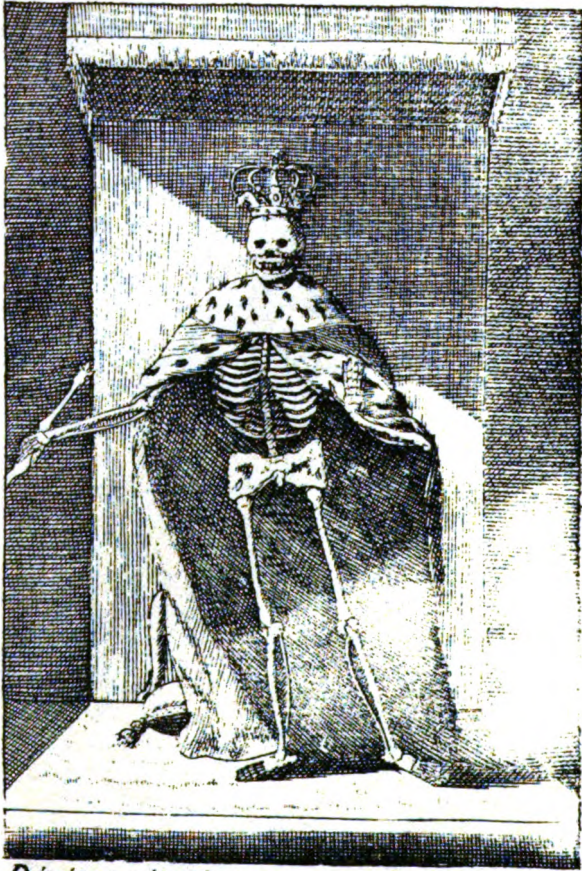
Algunos meses después de su publicación, la novela fue acremente censurada por José Antonio Alzate, editor de la Gaceta de literatura y corresponsal de la Academia de Ciencias de París.\* Entre los argumentos que esgrimió el erudito para condenarla, destacan los que arremeten contra su tratamiento grotesco y fabulativo. De paso, Alzate lanza un contundente juicio reprobatorio contra los autores que, como Calderón (hombre de ingenio, pero "de paladar muy estragado"), gustan de representar públicamente los misterios sagrados. No conocemos las consecuencias que la censura de Alzate trajo sobre la obra, sólo que el silencio se hizo a su alrededor y que su autor se alejó radicalmente de la actividad novelística.

\* Este comentario adverso al texto de Bolaños se agrega como apéndice a esta edición.



*De todos modos este libro, junto a Los sirgueros de la Virgen de Francisco Bramón y Los infortunios de Alonso Ramírez de Carlos de Sigüenza y Góngora, constituye el aporte mexicano a lo que podría llamarse la prehistoria de la novela hispanoamericana. Agustín Yáñez, en el prólogo que realizó para la presentación de una selección de textos de La portentosa vida de la muerte para la Biblioteca del Estudiante Universitario (número 45), después de achacarle todo tipo de defectos se pregunta las razones que existen para incorporar fragmentos de esta obra en dicha colección y él mismo se contesta: "En primer lugar, la razón de que se hallen representados los esfuerzos titubeantes en pro de la novela criolla durante la colonia, cualesquiera sean los vicios de que adolezcan; en segundo lugar, la lección que se desprende del análisis de los vicios y de lo frustráneo del esfuerzo, y el interés documental del libro: así, el capítulo décimo ya anuncia de modo muy inmediato al Pensador Mexicano, y es fragmento que debe forzosamente contar en la historia de la literatura mexicana". Estas mismas razones, más las dificultades que existen para consultar y estudiar esta preciada y muy rara joya de la bibliografía hispanoamericana, son las mismas que han motivado su elección para iniciar esta segunda serie de La Matraca (E. F.)*





*Dixit: Cogitationem suam in eo esse et om-  
nem terram suo subjugaret Imperio: Judit. Cap. 2*

LA PORTENTOSA VIDA  
*DE LA MUERTE,*  
EMPERATRIZ  
DE LOS SEPULCROS,  
VENGADORA DE LOS AGRAVIOS  
*DEL ALTISIMO,*  
Y MUY SEÑORA  
DE LA HUMANA NATURALEZA,  
cuya célebre Historia encomienda à los Hombres  
de buen gusto

*FRAY JOAQUIN BOLAÑOS,*  
*Predicador Apostólico del Colegio Seminario de Propa-*  
*ganda Fide de MARIA Santísima de Guadalupe extra-*  
*muros de la muy Noble y Leal Ciudad de Zacatecas*  
*en la Nueva Galicia, Examinador Sinodal del*  
*Obispado del Nuevo Reyno de Leon.*



IMPRESA EN MEXICO  
en la Oficina de los Herederos del Lic. D. Joseph de Jauregui,  
Calle de San Bernardo. Año de 1792.





# DEDICALA

*A N. P. Rmó. FR. MANUEL MARIA TRUXILLO, Predicador General del número, Ex-Custodio, Ex-Ministro Provincial, Padre Perpetuo de la Provincia de Andalucía, Calificador del Consejo de la Suprema y General Inquisición, Teólogo de la Magestad Católica por la Real Junta de la Inmaculada Concepción, Comisario General, Visitador, y Reformador Apostólico de todas las Provincias, y Colegios de Indias.*

P. N. Rmô.

**E**L Colegio Apostólico de NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE de la Ciudad de Zacatecas en la Nueva

Galicia de esta Septentrional América, y à su Nombre el Autor de este Opúsculo, suplica à V. Rmâ. se sirva su dignacion de admitir este corto reverente obsequio que le consagra y dedica su cordial afecto.

Desperdicios del tiempo pudiera llamar V. Rmâ. à este Quaderno: y Yo fuera del mismo dictamen, si la materia que en él se trata, no fuera en todos tiempos tan digna de nuestro aprecio: acaso su lectura podrá servir à V. Rmâ. de respirar, y tomar algun desaogo, quando la multitud, y variedad de tantas ocurrencias, y negocios indispensables à su dilatado gobierno le fatiguen el ánimo.

Y aún concibo Yo, no se que ale-

gres, y festivas esperanzas, que me pronostícan que así à V. Rmâ. como à mí nos ha de tratar la Muerte, no con los rigores que acostumbra, sino con la dulzura, y suavidad que apetecemos, quando llegue el instante de vérnos en sus brazos: à V. Rmâ. como à Patrono de su Historia: y à mí, por el corto trabajo de haber dado à la luz pública algunos de sus mas famosos hechos à beneficio de los próximos; y que es preciso que la Muerte agradecida à su Mecenas, en retorno de cooperar à tan saludables pensamientos le saque en paz de este mundo.

Así lo pediré Yo continuamente à la Soberana Magestad del Altísimo: que despues que el Cielo llene à V.



Rmâ. de bendiciones de dulzura por muchos felices años en su gobierno, le llame al eterno descanso, y le conceda morir como mueren los Justos, en el ósculo del Señor.

De V. Rmâ. el menor de sus Súb-  
ditos, pero el que mas profundamente  
le aprecia, le venera, y

**B. S. M.**

*Fr. Joaquin de Bolaños.*

## PARECER

DEL M. R. P. FR. TOMAS RAMON MERCADO,  
*Maestro en Sagrada Teologia, y Ex-Pro-  
vincial de la Provincia del Dulcísimo Nom-  
bre de JESUS de la Ciudad de México, &c.*

EXMÔ. SEÑOR.

**E**N obediencia al Superior Decreto de V. Exâ. he examinado el libro intitulado: *Portentosa Vida de la Muerte, Emperatriz de los Sepúlcros, Vengadora de los agravios del Altísimo, y Muy Señora de la Humana naturaleza.* Su Autor el R. P. Predicador Apostólico Fr. Joaquin de Bolaños, del Colegio de Propaganda Fide de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas: el juicio que de la Obra he formado es, de que merece la luz pública, será de mucho provecho, y utilidad á los Fieles, por quanto es edificante, lleno de uncion, y sabiduria: nada contiene contra nuestra Santa Fé, y buenas costumbres, ni contra las Regalías de Su Magestad (que Dios guarde.) Este es mi parecer, salvo el mejor.

Convento de N. P. S. Augustin de México y Mayo  
4 de 1792.

EXMÔ. SEÑOR.

*Fr. Tomás Mercado.*

## CENSURA

DEL M. R. P. FR. IGNACIO GENTIL,  
*Maestro en Sagrada Teologia, Ex Provincial,  
Sinodal del Obispado de Guadalupe y  
Arzobispado de México. Calificador del  
Santo Oficio, y Prior actual del Imperial  
Convento del Orden de Predicadores de N. P.  
Santo Domingo, &c.*

SEÑOR PROVVISOR Y VICARIO GENERAL.

EN debido cumplimiento del Decreto de V. S. por el que se digna remitir à mi censura un Libro, cuyo título es: *La Portentosa Vida de la Muerte, Emperatriz de los Sepúlcros, y Vengadora de los agravios del Altísimo*: Dispuesto por el M. R. P. Fr. Joaquín Bolaños, Misionero Apostólico del Colegio de *Propaganda Fide* de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, y Exâminador Sinodal del Obispado del Nuevo Reyno de Leon; he leído este Libro, y luego advertí, que no es de la naturaleza de aquellos otros, contra quienes tan justamente clamaba la asamblea del Clero Galicano del año de 1765. pronosticando los lastimosos estragos, que con sentimiento universal de toda la Europa, padece aquel Reyno floridísimo: „ Una multitud de Escritores temerarios, decian aquellos sabios, y zelosos Pastores, ha hollado con sus pies las Leyes Divinas, y Humanas, las verdades mas santas han sido obscurecidas....se ha dudado de los hechos mas auténticos: las instrucciones mas sabias, se han desacreditado, y se ha combatido contra las maximas mas puras..han envidiado osadamente à los Pueblos, aquella religiosa simplicidad, que aseguraba su fé, y su dicha, y baxo el vano pretexto de desengañarlos

de sus preocupaciones, hicieron quanto pudieron para borrar de su Espíritu toda impresion de religion, de piedad, de temor, y amor por su Dios, de confianza, y sumision por sus Pastores, y de respeto, fidelidad, y obediencia por sus Soberanos; en una palabra, todo sentimiento honesto, y virtuoso, con esta orgullosa Filosofia en vano buscaremos aquel Dios, que los Apóstoles hicieron conocer à las Naciones; algunos de ellos se forman un Dios tan variable, como sus sistémas, un Dios materia, violentado como un autómató por fatal necesidad à quanto hace; otros reconocen un Dios Espíritu, pero sin Providencia, que abandona al hombre obra de sus manos à su propia conducta, y que con la propia indiferencia mira el incienso, que la ciega supersticion ofrece à los Idolos, que el que la religion quema al pie de los Altares, pero nieguen estos ímpios con los labios aquel Dios, que no pueden desconocer en su interior, por que por mas que se esfuerzen, jamás podrán borrar esta idéa que encalló en ellos el Autor de su ser, y mucho menos podrán arrancarle à él esta corona de Soberanía, y Magestad.

Ni aún la misma Emperatriz de los Sépúlcros, vengadora de los agravios del Altísimo, se ha libertado de los ataques de los ímpios: pues aunque no han podido negar, ni aún dudar, de su existencia, califican la de su Padre legitimo por fábula digna del desprecio. Pero luego que élla se les presenta en todo el lleno de su terrible aspecto los aterra, confunde, y abate sus Espíritus, sin que la fortaleza que aparentan sea capaz de disipar sus temores, y sin embargo, que algunos de éstos para divertir estos terrores, han empleado infelizmente sus talentos para extraerse de la esfera de racionales, y colocarse en la de bestias; la Muerte en prueba de su legitimidad, no solo descubrirá sus engaños, sino que al tiempo de cobrar el preciso tri-



buto de sus vidas , los espantará con la imagen de las horribles penas, que han de padecer por las blasfemias, que han vomitado contra la Divinidad: asi se verificó en uno de los principales corifeos de estos ímpios en los últimos instantes de su torpe vida. <sup>2</sup>

Dixe al principio, que este Libro no era de la naturaleza de aquellos, que armados contra la Religion hacen los mayores esfuerzos para borrar, si fuera posible, de la memoria de todos la idea de un Dios; y aora digo, que es un antidoto eficaz, y saludable contra peste tan sensible, pues lo mismo es presentarse la Emperatriz de los Sepúlcros con los colores, que la pinta el Autor de esta Obra, que confundir la irreligion, la impiedad, el atéismo, y desmostrar, que las Santas Escrituras no son obra de la Nacion mas bárbara, y despreciable, ni están llenas de falsedades, y absurdos, como decia el mas blasfemo, y atrevido de los ímpios, sino Divinos, é infalibles Oráculos, que efectivamente han tenido, tienen, y tendrán su cumplimiento; para lograr este fin junta el Autor de esta Obra las verdades mas espantosas con las mas consoladoras, de un modo tan prudente, que el libertino halla un freno para sus excesos, y el demasiado timorato unos motivos de consuelo, capaces de levantarlo de su abatimiento, y he aqui porque todo el intento del Autor se reduce à que la memoria de la Muerte no se aparte de nosotros, recuerdo sin duda, el mas eficaz para arreglar las costumbres, poner en tono al corazon mas pervertido, y llevar una vida Angelical, por lo mismo usa de un estilo ingenuo, y llano; pero vehementemente, y penetrante, valiendose de las mas vivas invectivas para introducir esta memoria en los Palacios de los Poderosos, donde por lo comun, es mas aborrecida, que cierran los ojos, quando se les presenta, y procuran deterrarla con la mayor presteza; pero la Muerte se burla de sus inútiles conatos, y despreciando esta estraña gro-

<sup>2</sup> Voltaire.

<sup>3</sup> Voltaire Meleng. Cap. de los Judios.

sería, les dá el asalto, à manera de un ladrón, quando se lisongean estar mas seguros de sus tiros.

Tengo descubierto el juicio que he formado de esta Obra, y el fin que mueve à su Autor para darla al Público, cuya religiosa caridad es digna de los mayores elogios, porque no estrechándose su zelo, siempre en accion, à las Provincias que ha ilustrado con las luces del Evangelio, donde el excelso brazo del Altísimo ha hecho, por medio de su Ministerio Apostólico, aquellas mutaciones, que solo están reservadas à su Divina gracia, estiende por medio de este Libro sus benéficos ardores à todas clases de gentes, sin excepcion alguna.

Por todo lo qual, y no tener este Libro cosa alguna, que se oponga à nuestra Santa Fé, buenas costumbres, ni Regalías de su Mag. ( Dios le guarde ) soi de parecer, que puede V. S. siendo de su agrado conceder la Licencia, que se pide para su Impresion: asi lo siento *salvo meliori.*

Convento de Santo Domingo de México, y Abril  
19 de 1792.

*Fr. Ignacio Gentil.*

## LICENCIA DEL SUPERIOR GOBIERNO.

**E**L Excmó. Señor D. Juan Vicente de Guemez, Pacheco de Padilla, Horcasitas y Aguayo, Conde de Revilla Gigedo, Baron y Señor Territorial de las Villas y Varonias de Benillova y Rivarroja, Cavallero Comendador de Peña de Martos en la Orden de Calatrava, Gentil Hombre de Camara de Su Mag. con exercicio, Teniente General de sus Reales Exercitos, Virrey, Governador, y Capitan General de las Provincias de Nueva España, Presidente de su Real Audiencia, Superintendente General Subdelegado de Real Hacienda, Minas, Azogue, y Ramo del Tabaco, Juz. Conservador de este, Presidente de su Real Junta, y Subdelegado General de Correos en el mismo Reyno, &c. Concedió su licencia para la impresion de esta Obra, visto el Parecer del M. R. P. Mró. Fr. Tomás Mercado, como consta por su Decreto de 9. de Marzo de 1792.



## LICENCIA DEL ORDINARIO.

**E**L Señor Licenciado Don Juan Cienfuegos, Juez Provisor y Vicario general de este Arzobispado, &c. vista la antecedente Censura del M. R. P. Mró. Fr. Ignacio Gentil, concedió su licencia para la impresion de esta Obra, segun consta por su Auto de 23. de Abril de 1792.

## LICENCIA DE LA ORDEN.

**P**OR comision de Ntró Reverendisimo Padre Comisario General de Indias Fr. Manuel Maria Truxillo, hemos visto, y exâminado prolijamente la Obra intitulada *Vida de la Muerte*, que ha compuesto el Padre Predicador Apostolico, y Discreto *Fray Joaquin Bolaños*: y no encontrando en élla cosa que se oponga al Dogma Católico, buenas costumbres, y Derechos del Soberano, antes mucha utilidad al Público: por virtud de igual facultad concedida por el mismo nuestro Padre Reverendisimo à este Venerable Discretorio, damos licencia al expresado *P. Fr. Joaquin Bolaños*, para que obtenidas las demás necesarias, pueda proceder à la Impresion. Dadas en este Apostólico Colegio de NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE de Zacatecas, firmadas de nuestra mano, y nombre, en dos días del mes de Enero de mil setecientos noventa y dos.

*Fr. Ignacio Maria Laba,*  
Guardian.

*Fr. Manuel de Silva,*  
Comisario, y Prefecto de Misiones.

*Fr. Joseph Patricio Garcia*  
*de Jesus,*  
Ex-Guard. y Lect. de Sagr. Teolog.

*Fr. Anastasio de Jesus,*  
*Romero.*  
Discreto.

*Fr. Joseph Rafaël Oliva,*  
Discreto.

*Fr. Mariano Antonio de Vas-*  
*conzelos,* Discreto.

*Fr. Juan Joseph de Aguilar,*  
Lector de Filosofia, y Discreto Substituto.



## FE DE ERRATAS.

- Fol. 5. Dice: *quo aun para ponderarla*; lee: que aunque para ponderarla.
- Fol. 12. Dice: *annunciaban à los vivientes*; lee: anunciaban.
- Fol. 16. Dice: *ovitar en sus historiados*; lee: evitar en sus historias.
- Fol. 24. Dice: *patit peccatum*; lee: parit peccatum.
- Fol. 68. Dice: *non potuerunt*; lee: non poterunt.
- Fol. 69. Dice: *quantos antes*; lee: quanto antes.
- Fol. 141. Dice: *nos contiene*; lee: los contiene.  
Ibidem: *nos gobierna*; lee: los gobierna.
- Fol. 249. Dice: *redimisti*; lee: redemisti.

## PROLOGO AL LECTOR.

**C**ARÍSIMO LECTOR mio: si hubieramos de dar puntual noticia de todas las empresas, acciones y maniobras de la Muerte pudieramos decir (hablando con la debida proporcion) lo que dixo San Juan, hablando de las maravillas de Jesu Christo: *Sunt autem, & alia multa quæ fecit Jesus, quæ si scribantur per singula, nec ipsum arbitror mundum capere posse eos, qui scribendi sunt libros.* El mundo todo no pudiera abarcar tanto número de Libros, que pudieran formarse con los sucesos trágicos y y funestos hechos de la Muerte en un Imperio tan dilatado, que comenzó con el principio del mundo. Muchas cosas dexamos por decir y nos contentamos con darte á conocer la corpulencia del Leon, mostrandote sola una uña.

La Portentosa Vida de la Muerte es el sobreescrito de este Quaderno que se presenta à tus manos: la novedad que lleva esta obra la hallarás en la frente de estos Capítulos: y con esta estratagemata hemos querido captar tu benevolencia à su lectura. Hallarás en las Bibliótecas muchos Libros místicos muy superiores, que por

díversos modos tratan de la Muerte, mas como la materia no es nada gustosa à quien está muy hallado en el mundo, nos portamos en esta vez como se porta el Médico con su enfermo, que le dora las pildoras, para que aún siendo tan desabridas las tome con menos repugnancia. Desabrida es la Muerte, mas para que no te sea tan amarga su memoria, te la presento dorada ò disfrazada con un retazo de chiste, de novedad ò de gracejo. Va en forma de historia, porque quiero divertirte: lleva su poquita de mística, porque tambien pretendo desengañarte; separa lo precioso de lo vil, aprovechate de lo sério, y rie-te de lo burlesco. Espero que à lo menos por guardar los fueros à la curiosidad, de que solo carecen los hombres, ò que están muy endiosados, ò que han llegado al extremo de insensatos, la tomes en tus manos: comienzes su lectura, si te agrada la sigues, y recibes este corto obsequio de mi sincera voluntad; si no te gusta, la arimas a un lado, en la inteligencia de que quedamos tan Amigos como siempre.

# INDICE

## DE LOS CAPITULOS

### CONTENIDOS EN EL CUERPO

### DE ESTA OBRA.

<b>P</b> <i>REAMBULO necesario para dar principio à la Historia de la Muerte.</i>	1.
<b>CAPITULO I.</b> <i>Patria y Padres de la Muerte.</i>	1.
<b>CAP. II.</b> <i>Estado en que se hallaba el mundo quando nació la Muerte.</i>	7.
<b>CAP. III.</b> <i>Se Bautiza la Muerte, y se dice quien fue su Padrino que le imprimió su verdadero nombre y Càracter.</i>	12.
<b>CAP. IV.</b> <i>Se dá razon quien fue la Abuela de la Muerte.</i>	23.
<b>CAP. V.</b> <i>Decreto imperial que manda publicar la Muerte en todos sus Estados. y Señoríos.</i>	29.
<b>CAP. VI.</b> <i>Toma la Muerte posesion de su Imperio, y comienza à exercitar su Jurisdiccion.</i>	36.
<b>CAP. VII.</b> <i>Celebra la Muerte una especie de contrato Matrimonial, y engaña traydora-mente à los maridos.</i>	43.
<b>CAP. VIII.</b> <i>Celebra la Muerte un Conciliabulo para deliberar sobre la materia de poblar quanto antes las Colonias de la tierra adentro.</i>	48.
<b>CAP. IX.</b> <i>Disñamen del Demonio sobre la propuesta materia del antecedente.</i>	56.
<b>CAP. X.</b> <i>Pesadumbre que tubo la Muerte en</i>	

- el fallecimiento de un Médico que amaba tiernamente.* 64.
- CAP. XI. *Se comienza à dár noticia de algunos Embaxadores de la Muerte en varias Cortes del mundo: con algunas místicas reflexiones sobre las resultas que tubieron las Embaxadas. Jonás Embaxador de la Muerte en la Corte de Nínive.* 73.
- CAP. XII. *Samuël Profeta Embaxador de la Muerte para con el Rey Saul.* 80.
- CAP. XIII. *El incognito Embaxador de la Muerte en la Corte de Babilonia.* 89.
- CAP. XIV. *El Profeta Gad, Embaxador de la Muerte en el Palacio del Santo Rey David.* 98.
- CAP. XV. *Isaías Embaxador de la Muerte en la Corte de Ezequías.* 104.
- CAP. XVI. *Se viste la Muerte de gala para asistir à la cabecera de un Justo agonizante.* 111.
- CAP. XVII. *Sigue la materia del pasado.* 116.
- CAP. XVIII. *Se viste la Muerte de distinto ropage para presentarse à la cabecera de un pecador envejecido en sus culpas.* 121.
- CAP. XIX. *Sigue la materia pasada.* 125.
- CAP. XX. *Memorial que presenta la Muerte al Rey de los Cielos, queixandose de la ingratitud de los hombres.* 128.
- CAP. XXI. *Proveydo al memorial presentado por parte de la Muerte.* 137.
- CAP. XXII. *Visita la Muerte à un Religioso de una vida muy tibia, y se dice, quanto sintió el Religioso esta visita.* 145.

- CAP. XXIII.** *Predica la Muerte en la Ciudad de Granada, y convierte à uno de los mayores hombres de aquel siglo.* 151.
- CAP. XXIV.** *En que se dá noticia como tambien la Muerte hace su figura en la baraxita del Demonio.* 158.
- CAP. XXV.** *De un susto que le dió la Muerte à un pobre rico.* 164.
- CAP. XXVI.** *Sale la Muerte à dár una batalla campal à los mortales, segun que la vió San Juan en su Apocalípsi.* 170.
- CAP. XXVII.** *Sigue la materia del pasado.* 175.
- CAP. XXVIII.** *Glorioso combate de los Justos en la hora de su Muerte.* 178.
- CAP. XXIX.** *En que se dá noticia de un Alcalde mayor à quien la Muerte le tomó residencia en los últimos términos de su vida.* 185.
- CAP. XXX.** *Concluída que le dió la Muerte à un célebre Maestro de la Universidad Parisiense.* 192.
- CAP. XXXI.** *Se halla sorprendida la Muerte sobre una pregunta que le hizo un Teologo moralista.* 198.
- CAP. XXXII.** *Hecha la Muerte por tierra una elevada torre de vanas esperanzas que habia fabricado en su pecho un mozo bizarro llamado Junior.* 204.
- CAP. XXXIII.** *Castiga la Muerte à un Magistrado la falta de atencion y respeto à unas letras que le mandó monitoriales.* 210.
- CAP. XXXIV.** *La Muerte pone sitio à una*

<i>Dama de esta América, y por asalto le ganó la plaza del corazón.</i>	216.
<b>CAP. XXXV.</b> <i>Carta del cómplice à su amacia ya convertida.</i>	223.
<b>CAP. XXXVI.</b> <i>Corréo del otro mundo enviado por la Muerte à la Ciudad de Zelaya.</i>	228.
<b>CAP. XXXVII.</b> <i>Se introduce la Muerte en el mas autórizado congreso de Sabios Teólogos, y Filósofos; y contra el vario modo de pensar de tantos Maestros, les demuestra con evidencia lo que es el hombre.</i>	236.
<b>CAP. XXXVIII.</b> <i>Se asomará la Muerte por la ventana de un Sepúlcro para vér el dia del Juicio, y se dice lo que sucederá entonces à la Muerte, y à los mortales.</i>	243.
<b>CAP. XXXIX.</b> <i>Señales funestas que anuncian al mundo estar muy próximo el fallecimiento de la Muerte cruel que nos mata.</i>	249.
<b>CAP. XL.</b> <i>Senectud de la Muerte, y principio de sus agonias.</i>	254.
<b>CONCLUSION</b> <i>de la Obra en que dá noticia del mar negro de la Muerte que tiene que navegar todo hombre.</i>	260.
<b>TESTAMENTO</b> <i>que se puede leer à todos los que están constituidos en peligro de Muerte.</i>	268.

# PREAMBULO NECESARIO

PARA DAR PRINCIPIO

## À LA HISTORIA DE LA MUERTE.

**L**A naturaleza misma de la Historia pide como prerequisite necesario una previa noticia del Sugeto, cuyas proësas, acciones, y sucesos, han de formar el plan de la Obra, y ministrar el alimento à la curiosidad de mis Lectores. Para entrar pues con fixeza à exâminar el asunto contenido en la narrativa de este Quaderno, y evitar los reparos en que pueda embarazarse la crítica de los sabios al vér à la Muerte, que como en un teatro representa varios papeles, por distintos rumbos, y baxo de una multitud de muy diferentes aspectos, es preciso que todo hombre à cuyas manos llegare la *Portentosa Vida de la Muerte*. lleve por delante la idéa de que la Muerte, es una Magestad ridícula; pero por otra parte su seriedad infunde mucho respeto. Unas veces sera motivo de nuestra risa: pero otras será la causa de nuestro llanto, porque ella es triste como la Muerte: y por otro lado es tan alegre como la Pasqua. Es dulce, y sabrosa para los unos: y para otros muy desabrida, y muy amarga. Es una Emperatriz fingida: pero al mismo tiempo es una Muerte verdadera. Es notoria, y patente en todo el orbe: pero en ninguna parte existe. Unos hablan de ella muchos bienes: y otros de ella dicen muchos males, y ni los unos, ni los otros la conocen. Ella habita con freqüencia en los Palacios, sin descui-



darse de las mas humildes chozas. Es tan misteriosa en sus determinaciones, que nadie las alcanza: y tan reservada en sus providencias, que à nadie las comunica. Se va, quando los hombres piensan que viene: y se viene, quando ya piensan que se fue. A todos nos engaña: y à todos nos desengaña. Sus pensamientos son tan finos, y delicados que à unos los buelven locos, y à otros los restituyen à su entero juicio. Es tan buena la Muerte, que hasta los Justos la desean: y por otra parte es tan mala que ni los malos la apetecen. Es pésima, horrible, y fea si se junta con el pecado. Es agraciada, peregrina, y preciosa si se acompaña con la Gracia. Es la puerta para el Infierno: y es la entrada para la Glòria. Es tan robusta que domina, y sujeta à los mayores Monarcas: y tan debil, y tan flaca por otra parte, que faltándole un accidente que le acompañe nada puede. A nadie le guarda fé en sus promesas, y quando menos piensa el hombre le cumple puntualmente su palabra. Es muy atenta, guardando la política de mandar por delante sus correos: pero no mira respetos en siendo de los humanos. Se estiende su dominacion de polo à polo entre ambas jurisdicciones, usa de la Real, quando le importa à sus intentos: y de la Eclesiástica, quando es muy conforme con sus proyectos. Casa a los hombres con sutileza: y tambien los descasa, y los divorcia. Es casada, sin dexar de ser doncella. Hace empobrecer à los Ricos: y hace enriquecer à los Pobres. Da valor à los cobardes: y acobarda à los valerosos. Entristece à los alegres porque les hace vér la brevedad con que pasan sus

momentaneos gustos: y alegra á los tristes porque los avecinda al fin de sus trabajos. Predica, y no tiene lengua; anda, y no tiene pies; vuela sin tener alas. Es Señora de los mortales, y fiel Ministra del Altísimo. Es casi tan vieja como el mundo: y tan nueva, que cada dia sabemos mil novedades por ella. Tiene la estafeta general de todo el orbe, y como Emperatriz de los Sepúlcros remite sus embaxadas à los hombres. Como Ministra del Altísimo conduce por la posta à los Justos para el Cielo: y como aliada con el Demonio en un instante pone à los malos en el Infierno. Todo lo trastorna: y al mismo tiempo pone las cosas en orden. Corre los bastidores del teatro de la vida humana, y hace aparecer nuevas figuras, que representan los inismos papeles, y al fin de la jornada todo viene à parar en lastimosa trágedia. Ella es tenebrosa como la noche: pero igualmente tan clara como la luz del desengaño. Juega con los mortales, y nadie juega con ella. Arma mil trampas en sus juegos, y los hombres pagan sus drogas. Los médicos le resisten con vigór, y ella con tenacidad resiste à las medicinas. Es Señora de muchas campanillas, y se recibe en las Iglesias con coëtes y muy solennes repiquetes quando entra en los Cuerpos de los Infantes; y tambien entra llorando con las plegarias de de las campanas, quando acompaña los Cuerpos de los Adultos. Recibe pesames en la muerte de sus amigos, y ella dá tambien muy buenas pesadumbres. Se entra por las ventanas del Cuerpo sin que ninguno lo sienta, y se sale por las puertas de la casa con sentimiento de todos. Es tan liberal para las

Almas que à muchas (quando está de buenas) de un tiro les dá el Reyno de los Cielos, y es tan mesquina con los Cuerpos, que aún à los ricos mas poderosos no les permite sacar otra cosa de este mundo, que una pobre, y despreciable mortaja. Es Persona sin subsistencia, y no puede subsistir sin Personas. Es Sugeto de Carácter sin haber recibido el Bautismo; se bautizó, y se le puso por nombre: *Doña Terrible*. En su Cátedra se enseña la verdadera Sabiduria, y no obstante, nos dexa con mil dudas en el paradero que han tenido las Almas. Parte con los hombres el argumento, ellos ponen las premisas en el tiempo de la vida, y ella saca la consecuencia en la última hora del tiempo. Hace distintos oficios, representa varias figuras, ocupa diversos puestos, se acomoda al estilo de los Países, y à las costumbres de las gentes. En la Christiandad es Católica, y quando exercita sus funciones hace la protesta de la fé: entre los Protestantes es Luterana, maometana en la Turquía, mora en Argél, idólatra en la Tartaria, en varias partes del mundo se presenta como Judia, y entre los Indios bárbaros se dexa vér muy Gentil.

Con estas precauciones (amado Lector mio) podrás ya entrar sin embarazo a la Lectura de este Librillo: si tu sabia reflexa tropezare, ò con impropiedades de terminos, ò con dictados, que segun vuestro juicio, no convienen todos à la Muerte, recurre a este préambulo, con que te prevengo el ánimo, y entre tanto Dios dirija tus intenciones, y bendiga tus pensamientos.





*Per peccatum mors ad Rom. ep. 5. Agueras*



## CAPITULO I.

### *PATRIA Y PADRES DE LA MUERTE.*

**P**ARA dar mas esplendor y lucimiento à la vida de aquellos grandes Heroës, cuyas famosas empresas intentan sacar à luz los Historiadores, acostumbra muy de ordinario soltar los vuelos à la pluma, derramándose en elogios y alabanzas de la Ciudad, ò Lugar en que tubieron su cuna y nacimiento, representando à la consideracion de los Lectores la fortaleza de sus murallas, lo vistoso de sus valuartes, lo elevado de sus torreones, la eminencia de sus piràmides, la grandeza de sus Palacios, lo magnífico de sus Templos, con un conjunto de innumerables fábricas todas suntuosas y sobervias, que arrebatan y suspende la admiracion de los viajeros y peregrinos: manejando en esto el pincél con tanta destreza, y con tan vivos coloridos que exítan y dispiertan los deseos mas helados y dormidos para vér y gozar con la vista de aquello mismo que gustaron por los ojos: de todo ésto nada tiene que contar el Patrio solar donde nació la Muerte; y sin embargo es el Lugar mas envidiable que se registra debajo del Cielo: por

A

que su terreno es el mas fecundo, el mas fertil, y hermoso, à quien baña una region la mas suave, la mas benigna y apacible: los aires que la refrescan los mas puros, los mas sanos y limpios, si no los hubiera inficionado y corrompido con su dañado aliento el delito criminal del primer hombre inobediente: su campo lo ciñen quatro caudalosos Rios que ostentando magestad y soberanía, como culebras de plata andan toda la circunferencia del sitio hasta llegar à su centro, sin aquellas fuentes y arroyuelos que se dexan descolgar por los escarpados frentones de los riscos, que forman una grande armonía, asi à la vista, como al oído: todas sus campiñas se visten de verde esmeralda, su suelo es un patio matizado de muchedumbre y variedad de peregrinas flores que respiran fragancia de aromáticos olores: sus plantas frutíferas y arboleda hermosa sirven de fascistol à las Aves del viento, que entre dulces gorgeos, y sonoros cantos hacen festiva salva à la Aurora al romper de la mañana, convidando à los mortales à cantar las glorias al Soberano Autor de tantas maravillas; con cuya melodia se vá elevando insensiblemente el espíritu mas distraído, y saliendo de la esfera de lo terreno hasta llegar al conocimiento de un pequeño rasgo de las Divinas perfecciones de aquel Ente Divino y Sér inmutable sin principio, en cuya vista Beatífica consiste la suma felicidad que gozan los Bienaventurados en la dichosa Patria del Cielo: la

multitud de fieras, la variedad de brutos y animales cuadrúpedos de distintas condiciones, y de todas especies que ocupan este terreno es un encanto, es un asombro, y un claro y manifiesto indicio del Supremo poder, que sacó de la nada tan distintas figuras para entretenimiento del hombre.

Este Lugar que formó Dios con antelación para que sirviese de receptáculo à uno de los primeros y mayores hombres del mundo: este Jardin donde brilló con tan hermosos lucimientos el Sol de la mas pura y cándida Inocencia, este ameno verjél donde el Cielo derramó un inmenso mar de delicias, este terreno donde echó el resto de la hermosura la misma naturaleza, dexando corridos los primores del arte, y las industrias del hombre; este lugar (en fin) tan peregrino, tan bello y tan hermoso que basta decir (para dexar de ponderar) que es un Paráiso, fue la Patria de la Muerte, alli nació esta fantasma para terror y espanto de los mortales: alli tubo su cuna esta invencible muger que venía al mundo para azote de los vivientes, y para humillar y abatir el imperioso orgullo de la humana soberbia que pretendia levantarse con la Deidad del Altisimo; mas si à alguno de los críticos y curiosos de nuestro siglo le pareciere cosa estraña que siendo tan fea la Muerte naciese en un lugar tan deleitable y hermoso como el Paráiso terrestre, deberá advertir que la Muerte, en



comparacion de sus Padres, es hermosa, porque éllos son por esencia la misma fealdad, y no obstante nacieron en el Empíreo que es el último de los Cielos, y en el pecho del Angel mas peregrino que llenaba de resplandores como hermoso lucero à la primera clase, y superior Gerarquia de los Espíritus Soberanos.

Los progenitores de la Muerte siempre han sido y serán los mas ruines, los mas viles, los mas infames y plebeyos, y de unos procederes tan villanos y traidores que à todo aquel que les hace algun alhago, ò servicio lo reducen à un estado tan lastimoso, que ni la lengua lo puede explicar, ni el entendimiento lo puede concebir, y solo se habrá de conocer en aquel momento crítico, en que se cierra el plazo de nuestra vida, y se corre la cortina de nuestra ignorancia : entonces à la escasa luz de aquella funestisima candela con que estaremos aguardando el último golpe de la Muerte, se mudará todo el teatro de repente, y nos harémos de un claro conocimiento de lo que antes ignorabamos. La Muerte es hija legitima del pecado de Adan, la culpa de Eva podemos decir que fue su Madre: estas son las noticias mas infalibles y verídicas que me ofrece à la mano un Autor de tanta fé, y un Historiador tan Sagrado como el Apóstol de las Gentes en la Epístola de instruccion que escribió à los Romanos. <sup>1</sup>

1 Propterea sicut per unum hominem peccatum in hunc mundum

Estos monstruos infernales que salieron de los mas hondos senos del abísimo para engendrar à la Muerte, é introducirla en el mundo, es tanta su malicia y su fealdad, que aunque para ponderarla han empleado los Profetas sus amenazas, los Santos Padres todo el calor de su espíritu, los Predicadores toda su actividad, zelo, y toda su industria de eficaces inventivas, no han podido dar alcance à formar una imagen cabal de sus horrores, porque toda humana ponderacion y quanto se puede exâgerar de esta mala bestia, es un obscuro bosquejo de este ídolo abominable de la culpa, que vomita por su garganta tanta ponzoña y veneno, que la menor mancha que dexa es capaz de obscurecer al mas hermoso lucero; y no obstante (Christiano Lector mio) si consideras atentamente el deplorable estado del mundo, y lo que mas es, si haces una inspeccion sobre el dilatado Cuerpo del Christianismo, ni tu corazon podrá dexar de lastimarse. ni tus ojos podrán dexar de enternecerse, viéndo que à penas hai casa donde se le niegue la entrada y la posada, à un huesped tan tirano y tan cruel como el pecado.

Pero la razon (ò por mejor decir) la sin razon con que los hombres le abren tan facilmente las puertas, es el disfráz con que llega à pedirles hospedaje, brindándoles con la copa de oro de unos dulces y

*intravit, & per peccatum mors; & ita in omnes homines mors pertransit. Cap. 5. 7. 12*

sabrosos, pero engañosos y fugitivos deléites, que despues de haberlos gustado les dexa un gusano mordáz, que sin sosiego les despedaza la conciencia. sin dexarles un instante de reposo: mas si acaso no sienten sus mordidas entonces es mas lastimoso su miserable estado, porque entonces les acontece lo que à aquellos dolientes que interiormente dañados de un mortal accidente se ván acabando por instantes, y no lo conocen.

Por el poco ò ningun conocimiento que los mortales tienen del pecado, les sucede de ordinario lo que à aquel mozo montarás de quien hace mencion en sus emblemas el célebre Cobarruvias.

Este pobre Gañan desde la tierna edad se habia criado en los montes y las selvas pastoreando su ganado, sin haber oído campanas por espacio de veinte años: la primera vez que lo traxeron à Poblado, todo quanto registraba con la vista le servia de embelezo como que acababa de salir de la obscura region de la ignorancia: lo que mas le arrebató la admiracion, y el afecto fue, una hermosa luminaria de fuego, cuya calidad no conocia: viendola tan brillante vestida de la hermosa gala de sus resplandores y diáfanos lucimientos, pensando hallar en aquel cuerpo luminoso un florido lecho de delicias, se arrojó intrépido à las llamas, costándole muy caro su resolucion inconsiderada, pues quedó abrasado en sus incendios. Esto es lo que acontece à los mun-

danos del siglo, y amadores de la carne: éellos atienden solamente los resplandores y la hermosura con que se les representa el pecaminoso deléite; pero no conocen, ni penetran el fuego ardiente en que mueren abrasados como infelices mariposas, para ofrecerse desgraciadas víctimas en los ardores de la culpa: todos tienen miedo à la Muerte, y pocos se recelan de sus Padres, porque en llegando la Muerte todas son amarguras, y en llegando el pecado saboréa el apetito con la dulce miel de los placeres: pero advierta aqui todo racional viviente, que tambien mata, y no es menos activo el veneno que se ministra en copa de oro.

## CAPITULO II.

*ESTADO EN QUE SE HALLABA EL MUNDO  
quando nació la Muerte.*

**U**NA de las épocas mas felices y mas dichosas que ha logrado el mundo desde que el poder inmenso de su Divino Hacedor lo sacó del profundo abísimo de la nada, fue aquel espacio y brevisimo intervalo de tiempo en que revestido el Capitan General, del genero humano de la purisima, y resplandeciente Estola de la inocencia, y de la gracia era una peregrina idéa, que habia formado Dios desde la eternidad en su Divino Entendimiento para sacarla à luz en tiempo como una Obra de sus mayores primores, y esquisitos esmercs, en que venía

impresa una bellísima copia de su Soberano Artífice. ¡Pero hay dolor! que todos estos instantes igualmente breves, que dichosos, no fueron mas de un relámpago de momentaneos y fugitivos resplandores; una mañanita alegre, à que sobrevino una tarde muy funesta, y una prolongada noche; una apacible y graciosa aurora que nos venía anunciando palmas y preciosas coronas, y à penas nos ha dejado las noticias de que pisó; no fue mas que un sol que à los primeros pasos de su oriente llegó à su ocaso, y todo su lucimiento espiró encapotado de obscuras nubes en la triste tumba que previno à nuestra desgracia, una fatal inobediencia. Tres horas y no mas ( en sentir de gravísimos Autóres y Santos Padres ) duró Adán colocado en aquel cúmulo de felicidades que estaban vinculadas à la Justicia Original, que fueron las mismas en que, el Cordero Inmaculado Jesu-Christo Vida nuestra estuvo en el Calvario pendiente del Arbol Sacrosanto de la Cruz, estilando gota à gota el rico Tesoro de la preciosa Sangre de sus venas para nuestro rescate, y para nuestro remedio. Este era el felicísimo estado y venturosa suerte que gozaba el primer hombre adornado de la gracia, constituido y confirmado Dueño, y absoluto Señor, y Gobernador de todo el mundo universo; mas como el hombre por su misma naturaleza es inconstante y variable, y por éso propia imagen de la Luna, que, ò ya crece, ò ya mengua, ò ya se mancha, ò ya se

eclipsa, sin haber instante, ni momento en que no le noten los facultativos una total mudanza y variedad en sus aspectos: mudando Adan de sistéma, se mudó todo el teatro en breve tiempo y mudaron de semblante todas las cosas, se malograron todas las dichas, y todas las felicidades que tenia preparadas el Cielo para coronar las cienes de su inmensa y dilatada posteridad. Una facil condescendencia, en que por no desagradar à una humana belleza, engañada y persuadida del Angel del mal consejo, fue la causa y el origen de que vieran los Cielos la tragedia mas lastimosa, y el espectáculo mas triste, que se ha representado en el dilatado mapa del mundo, y de los mayores estragos y fatalidades en que para reparar los, ni han bastado siglos de desventuras, ni bastarán eternidades de gemidos: son muy poderosas las armas de la hermosura, y del mugeríl cariño para derivar en tierra à los mayores colosos, y arruinar por los suelos à qualesquiera fábrica humana, con el dulce placer de los alhagos, que por levantada que sea siempre se funda en debiles cimientos de un polvo delesnable, y fragílisimo barro: ésto es lo que nos enseñan las Historias asi Sagradas, como profanas, y à cada paso tropieza nuestra vista con estas miserables caidas; y ¡ojala, que como tenemos ojos para vérlas, tubieramos ojos para llorarlas! Pero como las aguas del llanto las estancó Eráclito el Geme-

bundo, todos se ríen como Demócrito, aún à vista de los mas tristes sucesos.

En aquel mismo punto indivisible, en que el primer hombre atropellando con los mas venerables respetos de la muy adorable Magestad Infinita, infiel y desleal contravino, y traspasó un superior precepto que le notificó el mismo Supremo Legislador nació en el mundo la Muerte, que ha sido y será siempre el horror de los vivientes; porque en aquel mismo instante en que Adan gustó el delicioso pasto de una manzana, que era la fruta prohibida ( segun el mas comun sentir ) incurrió el formidable anátema que le habia fulminado su Criador: fue degradado de todos sus honores, y sentenciado à digerir su golosina en copiosos sudores, en continuos trabajos y en punsantes espinas se desnudó de la Soberana investidura de la gracia y la justicia, y apareció ya otro hombre vestido de la mortaja, ò mortalidad del Cuerpo, cuyo ropage sacámos todos desde el vientre de nuestras madres considerada la Muerte como pena hereditaria de la primera culpa; ésto es lo que yo llamo nacimiento de la Muerte, porque como saben los eruditos y versados en Historias Eclesiásticas, si Adan no hubiera contravenido al precepto, él y su inmensa Prógenie, hubiera sido inmortal: no por virtud de la misma naturaleza, sino por especial privilegio de la gracia, porque la Muerte, como tal, fue pena de la culpa y executoria de la

inobediencia; en un escaso bocado se tragó Adán un diluvio de males, y depositó en su seno un catálogo interminable de inauditas miserias, y privó à todos sus hijos de un piélago de felicidades y soberanos bienes. La posteridad se queja, y se lamenta dolorida à su comun Padre, de que habiéndose comido la manzana, no hubiese reservado para nosotros siquiera las pepitas: pues todos hemos pagado el pato, sin haberlo probado.

Es cosa regular, y muy usada en los Pueblos, que los nacimientos de los grandes Príncipes se celebran con festivas aclamaciones y demostraciones de universal júbilo y regocijo; pero muy al contrario sucedió en el nacimiento de la Muerte: porque lo mismo fue nacer, que salir desterrada y fugitiva aquella alegría risueña que hacia tan agradable à la inocencia: ¿mas quién puede alegrarse à la vista de la Muerte, que siempre se presenta revestida de tan funestos horrores y tan tristes coloridos? Todo el gozo desapareció instantaneamente, y se dexó vér Adán tan triste y melancólico, que qualquiera que leyera con cuidado los caractéres de su pálido semblante, vendría en conocimiento del susto mortal que habia llevado. Una negra alfombra de tristeza se dexó descolgar sobre el cielo racional del hombre, que eclipsó los mas lucidos astros de sus potencias, y llenó de sinsabores muy amargos aquellos



dulces plácemes con que le brindaba la inocencia, si no se hubiera despojado de esta prenda tan estimable. Desde entonces no registraban otra cosa los ojos, sino lástimas y desgracias; ni escuchaban otra cosa los oídos, sino repetidos clamores, lamentos, tristes gemidos, ayes lastiméros y dolorosos suspiros, que resonando por la region del aire, anunciaban à los vivientes las malas nuevas, y fatales noticias de que ya estaba en el mundo la Muerte.

Esta hembra desde su nacimiento fue mal recibida de la humana naturaleza, pues siempre la miró como enemiga declarada de su especie; pero à pesar de una debil resistencia la Muerte la ha dominado y la domína, y élla se ha hecho célebre por sus triunfos, y se ha dado à temer en todas las naciones y en todos los siglos, y ha puesto en cuidado y consternacion à todo el orbe, como verémos en la série de esta Historia.

### CAPITULO III.

*SE BAUTIZA LA MUERTE, Y SE DICE QUIEN fue su Padrino, que le imprimió su verdadero Nombre y carácter.*

**S**iendo el Bautismo Sacramento de muertos, por que supone à el Alma muerta por la culpa, no sería razon privar à la Muerte del Bautismo. Y aunque es verdad que la Muerte no recibió Bautis-

mo como Sacramento, porque no era sugeto capaz de sus efectos, recibió el Bautismo como Circuncision, en que se encierra un gran Místico, ò Sacramento que habrémos de sacar à luz. En la Circuncision de que usaba el Israëlitico Pueblo ( figura del Sacramento regenerativo del Bautismo, que en el tiempo de la Ley de Gracia habia de purificar las manchas originales de la primera culpa que se cometió en el mundo ) derramaban sangre los niños, y recibian su propio nombre de la boca de sus Padres, ò Padrinos: la Muerte aunque es verdad, que desde su Circuncision ha derramado mucha sangre; pero toda ha sido agena, y solo recibió en su Bautismo el propio nombre que le tocaba.

Qual sea el propio y verdadero nombre característico de la Muerte, es questão muy controvertida, y acerca de esta materia, es tanta la variedad de los dictámenes, como la multitud de los juicios, en averiguar el propio nombre, con que será llamado y conocido el Antichristo, en cuya célebre contienda, despues de una prolija y penosa taréa en que han sudado los mayores ingenios, y se han fatigado las mas delicadas plumas de los Padres, y clarísimos Teólogos de la Iglesia Romana concordando textos, y rebolviendo todo el mar de las Escrituras la decision de la duda se ha quedado en la esfera de unas meras conjeturas, como podrá ver el

curioso en las Controversias de Fide del Cardenal Roberto Belarmino.

Si registramos el Testamento viejo, y la dilatada série de la Historia Eclesiástica, hallarémos à la Muerte con el nombre de Sueño: en el Testamento nuevo con el nombre de Ladron: la elegancia de los Poëtas y la eloqüencia de los Oradores le denominan la Parca: David, quando fixaba los ojos y divisaba à la Muerte à la cabezera de un pecador moribundo, le daba el nombre de Pésima; pero quando se careaba al otro lado donde estaba agonizando un Justo, le parecia mas hermoso su semblante, y le daba el glorioso nombre de Preciosa. El Vulgo, en todos los siglos y en todas edades, le ha conocido con el nombre de Muerte: este nombre sacó la Muerte desde los primeros pasos de su cuna y nacimiento; y si hemos de hablar con toda propiedad, de la boca de Adan salió este nombre: porque *Mors* (en sentir de San Augustin) *venit à morsu*, que significa *mordida*, derivado del verbo *mordeo*, que significa *morder*: porque en aquella mordida que dió nuestro Padre Adan à la fruta vedada en el Paráiso salió à luz la Parca con el nombre de Muerte; pero ninguno de estos nombres nos dán à conocer el predicado constitutivo y carácter de la que llamámos Muerte. Despues de pasados muchos años, en que cargada la Muerte de varios epítetos y renombres, era una Señora de muchas

campanillas, vino al mundo su verdadero Padrino, que observando las qualidades y circunstancias de su ahijada, acertó à imprimirle su legítimo nombre, y su verdadero carácter. Este fue uno de los mayores hombres que han resplandecido en el orbe literario, cuyo ingenio fecundo siempre fue feliz en los partos que tubo como lo testifican sus escritos, cuyas obras ocupan los mejores puestos en las mas suntuosas Bibliótecas, cuyo nombre se venera en las Aulas, y se pronuncia con toda autóridad en presencia de las mas respectables Catédras: este fue el grande Aristóteles, Príncipe jurado de los Filósofos Peripátos, el qual despues de haber servido por mucho tiempo el ministerio de Secretario de la Naturaleza, y despues de haber registrado con todo esmero el archivo de sus prodigios, sacando à luz los portentos mas ocultos, y dando à conocer al mundo las providencias no conocidas de que usaba la naturaleza para poner à la vista de los hombres sus grandes maravillas, le dió gana de bolver el antejo de la observacion ácia la Muerte; y hablando *ex Cathedra* dixo: que la Muerte desde entonces se habia de llamar la cosa mas Terrible de las terribles, *omnium rerum nil morte Terribilius, nihil acerbius*, y que este era su propio nombre, y su verdadero carácter con que habia de ser conocida en adelante de todos los mortales.

¡O valgame Dios,! y en quanto cuidado nos

ha puesto la sentencia y la autóridad de un juicio tan profundo y de un hombre tan penetrativo, dándonos à conocer la Muerte con el nombre de la cosa mas Terrible! ¿Qué dixera nuestro Aristóteles si como leyó muy por encima la Misa de *Requiem*, se hubiera hecho cargo muy despacio de la Secuencia? Aristóteles era un gentil, y aunque tan sabio y tan ilustrado en la ciencia natural de las cosas finibles y perecederas estaba destituido del conocimiento de las cosas eternas y perdurables; y si viendo y considerando lo que pasaba exteriormente entre la Muerte y el Cuerpo, le dió à la Muerte el nombre de Terrible, ¿Qué dixera si alguna vez se le hubiera corrido la cortina para vér lo que pasa entre Dios y el Alma, en aquel mismo indivisible instante en que el Alma se desprende del cuerpo? Ahora pudiera decirnos algo mas de lo que dixo, pues ya pasó aquel estrecho juicio por donde Yo ¡ò pobre de mí tengo de pasar algun dia!

Mas como la Muerte es una Señora que siempre viene acompañada de tantas medrosas circunstancias, podrán dudar acaso ( mis Lectores ) con gravísimo fundamento ¿qual de estas circunstancias constituye à la Muerte en el predicamento de Terrible en que la colocó el mas profundo de los Filósofos? Siendo pues la obligacion de los Escritores evitar en sus historias los reparos en que pueda tropezar la crítica de los hombres, me véo Yo en

el empeño de satisfacer à las dudas en que se embaraza la presente curiosidad.

San Gregorio dice, que quatro circunstancias hacen terrible à la Muerte: los dolores del accidente que circundan al Cuerpo, las interiores angustias en que se anega el Alma, los temores del Infierno, y el aspecto de los Demonios que en aquel último trance se dexan vér ( quando Dios lo permite, ) Sin embargo de esta autóridad de tanto peso y momento que con la mas juiciosa y reflexiva consideracion, ponderó las circunstancias, y se hizo cargo de los trámites y formalidades de aquella última hora de la vida: no dudo, que si esta causa se presentara en el juicio de los hombres, cada uno daría su sentencia, y expondría su dictámen: los ricos y poderosos del mundo dirían que la Muerte era terrible y terribilísima para ellos, porque los ha de separar de todos sus haberes, tesoros y haciendas con indecible dolor de sus corazones que están tan apegados à los resplandores del oro y de la plata, y también hallados en el fausto y la humana prosperidad, que quieran, que no quieran por mas que lo resistan sus deseos,

Las Damas de nuestros infelices tiempos ( hablo de aquellas que están totalmente sacrificadas à los amores del mundo y composturas del siglo ) dirán: qué la Muerte es muy terrible , porque à

pesar de sus locos pensamientos las ha de despojar de sus afeites, desnudar de sus galas, reduciendo sus trages y sus modas à una pobre, vil y despreciable mortaja, y que al fin de sus pasatiempos verán en la hora de la Muerte como se vá desvaneciendo el idolo fantástico de su soberbia y vanidad, à quien ofrecian las víctimas de sus corazones, y tributaban los inciensos de sus mas nobles afectos.

Los Prelados Eclesiásticos, los Jueces Seculares, y todos los Superiores que fueren Gefes de la República dirán, que es muy terrible la Muerte; no tanto porque los ha de degradar de sus honores, confundiéndolos en los Sepúlcros con los viles y plebeyos: quanto porque en llegando aquella hora se les ha de tomar muy estrecha cuenta del rebaño de Jesu Christo, que pereció despedazado en las sangrientas garras de los lobos, si se hubieren dormido con perezoso descuido y negligencia las vigías y centinelas de la Casa de Dios: y aún muchos Ministros de los que componen la Eclesiástica Gerarquía, y la linea Sacerdotal les parecerá su muerte muy terrible, porque habiendo depositado Dios en sus manos las Llaves del Cielo y del Infierno como Plenipotenciarios del Altísimo, escondieron sus talentos huyendo del trabajo, pasaron en el ocio sin derramar una gota de sudor, ni arrancar una sizaña de tantas como brotan en la Viña del Dios de Sabbath, por cuya causa se mal logró el rico tesoro de

la preciosa Sangre de Jesu Christo. en tantas Almas, que pudieran haber ganado por el confesonario, ò por el pùlpito

Ultimamente todos los mundanos y los carnales del siglo esclavisados de su misma sensualidad, y tiranizados de su propio apetito, que navegan perdidos el turbulento mar de sus propios riesgos, que caminan rio abaxo por la rápida, y precipitada corriente de sus deléites, dirán: que es muy terrible la Muerte, porque ha de dár al traste con todos sus gustos, y ha de poner fin à todos sus plácemes, pasatiempos y devanéos, y ha de cortar el hilo de sus mas floridas esperanzas, y marchitar las flores que coronaban sus frentes, despeñándolos con pavoroso estruendo en un punto indivisible à un piélago de infinitos males, y al profundo báratro de la mas barbara desesperacion y lamentable miseria.

Escuchadas estas razones en que cada uno juzga. sentencia y condena à la Muerte por terrible, caereados à aquella parte, en que les es mas sensible y dolorosa por tocarles en lo mas vivo de sus deseos; habiendo Yo de formar un crisis, y exponer mi dictámen sobre este punto, digo: Que ninguna de las circunstancias referidas hacen à la Muerte terrible sobre las cosas terribles; porque, este carácter lo adquiere la Muerte por aquella terrible circunstancia que hizo saber San Pablo à todo el mundo en el



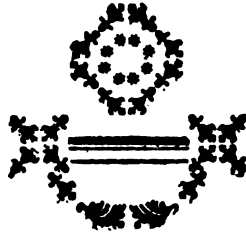
Decreto universal que publicó por orden de su Soberano: *Statutum est hominibus semel mori*: <sup>1</sup> Todo hombre ha de morir, y no ha de morir mas de una vez: esta es la circunstancia en que consiste lo mas terrible de la Muerte: si la Muerte se pudiera multiplicar se pudieran adquirir de nuevo los caudales, se bolvieran à tomar las modas y las galas, se pudieran restablecer los gustos y los deléites, y usar de sus funciones la gula y el apetito con toda libertad à su salvo conducto; se pudieran formar nuevas trazas, hacer nuevos empeños, presentando por méritos à los respetos é intereses, para conseguir nuevos honoríficos empleos, y llegar à la cumbre de las dignidades, en cuya altura se desvanecen y se envanecen los hombres: y finalmente, se pudieran enmendar los desaciertos de los pasados gobiernos, los deslizos de la pasion, los yerros de la ignorancia, los excesos de la malicia, las negligencias del estado, el culpable descuido de las peculiares obligaciones, el quebranto y menoscabo que ha padecido la Ley, se pudieran reparar; pero como la Muerte, no es mas de una, una vez que lleguemos à morir, muere tambien la esperanza de recuperar lo perdido; y si morimos mal, es un mal sin remedio, y un accidente en que desespera la medicina de su remedio, es el mas terrible mal de todos los males: por eso dice el gran Padre

<sup>1</sup> Ad Hebr. Cap. 9.

de la Iglesia San Augustin , que lo mismo fue la caída para los Angeles malos, que la Muerte para los hombres: porque asi como los Angeles una vez que cayeron , cayeron sin esperanza de levantarse, asi los hombres una vez que llegan à morir, no les queda arbitrio para elegir segunda Muerte , ni les queda esperanza para reparar los yerros de la primera; esta es la razon, porque uno de los mas floridos ingenios que resplandecieron en la Europa en el siglo pasado , decia: Que en cierta manera era mas terrible la Muerte del Cuerpo, que la Muerte del Alma : porque para la Muerte del Alma instituyó Dios Sacramentos en su Iglesia; pero ningun Sacramento nos dexó su Sabiduria para la Muerte del Cuerpo. El Cuerpo ha de resucitar algun dia, por infalible promesa de la fé; pero tambien es de fé que ha de resucitar para nunca mas morir. Yo bien creo, que muchos dieran de buena gana las albricias si alcanzáran el privilegio de poder morir dos veces, para emendar en la segunda los yerros de la primera. ¿Mas qué delirio es el nuestro? ¿si esta primera y única vez en que tenemos de morir podemos disponernos para morir, como quedriamos morir en la segunda, quien lo estorva? ¿quien lo impide? ¿por qué no nos disponémos para morir en la primera que nos aguarda, como lo haríamos en la segunda? Si la experiencia que tienen los finados, que ya gustaron el caliz de la Muerte, tubieramos

( 22 )

nosotros antes de morir , procuraríamos vivir de otra manera para evitar lo terrible de la Muerte : quando no en los estragos que executa en el Cuerpo , à lo menos en las fatales consecuencias que de morir mal se originan à el Alma.







*Concupiscentia cum concupit p[ro]dit peccatum, peccatum vero generat mortem. Jacobi. cap. 1.*

## CAPITULO IV.

*SE DA RAZON QUIEN FUE LA ABUELA  
de la Muerte.*

**M**UY inquieta y alborozada supongo en esta vez la crítica curiosidad de mis amados Lectores, con la expectática de una noticia tan célebre y singular, con que les brinda y les ofrece el presente Capitulo, de darles a conocer quien fue aquella mala hembra que tubo por nieta à la misma Muerte. Cada uno de mis Lectores es muy libre para formar en su fantasia la idéa que quisiere acerca de esta vieja, y de hacer los juicios que gustare, que aunque sean tenterarios por no tener fundamento, desde aora los damos por absueltos de este pecado: muchos dias anduvo batallando mi discurso, girando por varios rumbos y surcando el mar literario de la erudición, por si acaso pudiera descubrir à la Abuela de la Muerte, para dar en esta historia una puntual noticia de sus infames progenitores. Sin embargo de mi continuo desvelo y aplicacion, todas mis diligencias y conatos me salieron frustraneos; hasta que una noche; quando yo menos lo pensaba, en la tertia Vígilia, llegó un Correo que me participó las noticias que deseaba.

Fue el caso: que el dia primero de Mayo de mil setecientos ochenta y seis, en que la Santa Igle-

sia celébra la festividad de San Felipe y Santiago, à las doce y media en punto de la noche, estando en el Coro, pagando los Divinos loores à el Soberano Autor de la Luz, en la augusta y adorable presencia de JESUS Sacramentado: se leyó en pública Comunidad una carta fidedigna, intitulada Epístola Católica, que para nuestra instruccion nos dexó escrita el mismo Sagrado Apóstol Santiago, donde dice à nuestro intento las palabras siguientes: <sup>1</sup> La concupiscencia se hizo preñada, parió al pecado, y el pecado engendró à la Muerte.

Véis aqui (amado Lector mio) por linea recta de ascendencia como hemos sacado en limpio la malvada Abuela de la Muerte; la Muerte es hija legítima del pecado, el pecado es hijo abórtivo de la concupiscencia; con que la Concupiscencia es la verdadera Abuela de la Muerte. Y aunque no ignoro, que aqui habla el Apóstol en sentido moral de la Muerte espiritual del Alma, la qual se verifica en aquel mismo instante en que se consuma el pecado por el pleno consentimiento de la voluntad, aunque sea solo en el fuero interno, y no pase à la esfera de la execucion; ésto no puede servirnos de embarazo para que en aquel mismo sentido, en que dixo San Pablo, que la Muerte del Cuerpo habia sido introducida en el mundo por el pecado, po-

<sup>1</sup> Concupiscentia cum conceperit parit peccatum; peccatum verò cum consummatum fuerit generat mortem. *Jacobi Cap. 1. v. 14.*

damos afirmar, que la concupiscencia es la legitima Abuela de la Muerte temporal.

Mas como la concupiscencia ( segun el Angélico Doctór ) se deba considerar por dos aspectos muy diferentes, una como ingerida en la misma naturaleza que se contenta con lo necesario; otra que se desvía de las leyes de la razon, y aspira à lo superfluo, para no condenar à la inocente, y apremiar à la culpada segun la qualidad de su delito, tomarémos las providencias de separarlas, para averiguar quien fue la delinqüente que nos acarréo tantos y tan desastrados males en el mundo, imitando en esto la sábia conducta del Profeta Daniel que separó à los dos Ancianos lascivos Senadores de Babilonia, para sacar en limpio por que parte estaba la verdad y la justicia de un hecho tan indecoroso sobre que iniquamente habia sentenciado el Magistrado supremo de aquella Corte à una muger inocente.

Aquella exígencia radicada en la misma naturaleza con que apétece un enfermo la salud y la vida, es concupiscencia natural ( en sentir del Angel Maestro ) revestida de este carácter está esenta de nuestras quejas, y es acreedora de justicia à nuestras gracias, pues todos sus anelos los dirige à que no muera el individuo, y que se conserve la especie; hai otra concupiscencia contra *Legem Di-*



*vinamus* opuesta totalmente à los fueros de la razon, y es aquel apetito desordenado con que el hombre terreno pretende llegar à la elevada cumbre de los honores, de las riquezas, y de los deléites, aunque sea sirviendose por escala de los preceptos Divinos, conculcando y pisando la túnica inconsutil de la Sagrada Ley por llegar al centro de sus deseos, y à la posesion de un objeto deléitable, que mirado à buena luz no es otra cosa que un triste, y penoso cautiverio, ò un placer fugitivo que se nos huye tan presto como el agua de entre las manos, y se nos pasa tan breve, como el lucimiento de un relámpago, que à penas empieza quando se acaba.

Esta concupiscencia desordenada que aporquilla las murallas del Alma ( que nos puso Dios en los preceptos del Decálogo ) para conseguir élla sus siniestros intentos, concibió en sus entrañas un desorden, y dió à luz un monstruo horrendo de tinieblas: ¡pluguiera el Cielo mil veces que hubiera rebentado antes de parir, y no hubiera visto el mundo el fruto de su vientre! un dañado aliento que arrojó el Padre de la mentira por boca de una astuta Serpiente en el terrenal Paráiso, despertó en Adan y la comun Madre de las gentes, el apetito de un imposible; no porque Adan fuese engañado con semejante promesa, como asientan los Padres ( San Crisóstomo, San Gerónimo, San Ambrosio, San An-

selmo, Santo Tomás y San Augustin: ( <sup>1</sup> aunque por la sentencia contraria está San Irineo, à quien siguen Belarmino, Peréiro y Hays, <sup>2</sup> *in Genes. Cap. 3.* dando al Texto de San Pablo seis soluciones que podrá vér el curioso. No contentos Adan y Eva con el sér de Criaturas adornadas de tantas gracias, y de tantos privilegios quisieron asemejarse à su Criador. ( qual fuese el pecado de Adan por donde se introduxo la Muerte al mundo, es quæstion controvertida entre los Teologos. ) Asientan unos que la soberbia de pretender igualarse con el Altísimo: la Escuela de mi sutil Doctor, y el Gran Padre de la Iglesia San Augustin, afirman haber sido el amor de Adan desordenado respeto de la muger: <sup>3</sup> Mas sea el pecado que se fuere, à nuestro intento poco importa.

Vencido Adan con el peso de tan engañosas promesas hizo à un lado los temores y los respetos, y contraviño à las órdenes del Altísimo: Miserable condicion la de los hombres que quieran subir al monte de la mas alta fortuna por la escala de la desgracia, sin acabar de persuadirse que la suma felicidad à que tanto anelámos girando extraviados por varios rumbos, está pendiente de la observancia de la Ley à que está vinculado el florido

2

<sup>1</sup> *Apud Hays* In Biblia maxima in Paulum, hic.

<sup>2</sup> Vide illum in Biblia maxima loco, supra citatò.

<sup>3</sup> Ita in 2 sent. Dist. 22. quæst. unica. Ibi.

Reyno de los Cielos: ¿Quando acabará este ciego infelíz del genero humano de romper los negros velos de la ignorancia, que le cubren los ojos para que entre la luz, y comienze à rayar el alegre dia de su dicha? ¿Quando tendrá fin esta prolongada noche de tinieblas y de horrores en que están tan hallados los mortales entre tantos riesgos, y peligros? Poco tiempo duró Adan en su ceguera, porque el ruidoso estruendo de su misma caída le despertó de su letárgico sueño, los golpes y los reveses de su adversa fortuna le hicieron abrir los ojos, y quando él pensaba véirse revestido de la hermosa gala de la Deidad, se halló cubierto con el ropage de la vergüenza, y de su propia confusion, mirando entre sus brazos el feto disforme de su pecado, y por otra parte à la Muerte que à penas nació comenzó à labrar los Sepúlculos para el Padre de las gentes y toda su decendencia, heredera forzosa de este achaque (segun la Ley del Convenio celebrada con toda solemnidad entre Dios, y el primer hombre.)

De algun modo podémos disculpar à nuestro Padre lastimándonos de su fragilidad y de su caída; porque una concupicencia que llegó à concebir, es lo mismo que una muger en cinta que tiene mil antojos y apetitos: ¡pero hai de nosotros! si facilmente condecendémos con los extragados deseos de la antojadisa Abuela de la Muerte: élla es un an-

gel, pero de Satanás ( como dice San Pablo ) † que sacando de su mismo centro las corréas forma el azote de los estímulos de la carne, para dár su racion à los mortales: élla tiene las propiedades de un doméstico perro que sin ladrar suele morder à los de su casa: élla es un bruto que nos dá de cosas, y en afloxándole la rienda dará con el ginete en un profundo abísimo de miserias: mas al fin de la jornada su misma Nieta vengará nuestros agravios, apagando los ardores de la concupicencia entre las heladas cenizas del Sepúlcro.

## CAPITULO V.

*DECRETO IMPERIAL QUE MANDA publicar la Muerte en todos sus Estados y Señoríos.*

**L**A muy Poderosa Emperatriz de los Sepúl-  
cros, la Enemiga belicosa de los vivientes,  
la Muerte horrible y espantosa, la Vengadora de los  
agravios de la humana naturaleza, la inexôrable Par-  
ca, que tiene su Corte y su Palacio entre las bó-  
bedas subterranas de aquella triste y pavorosa re-  
gion de las tinieblas, donde no se encuentra otra  
cosa, que las áridas osamentas de los finados, ni  
se registran otras pinturas que las funestas imáge-

† Cor. Cap. 12.

nes de unos podridos cadáveres y desnudos esqueletos, &c.

A todos mis Vasallos descendientes de Adan, estantes y habitantes en mis Dominios, que son à la presente, y fueren en los venideros siglos en qualquiera parte del orbe universo, os hago saber à todos los hombres que se visten de carne y sangre, de qualquiera estado y condicion que sean, por esta mi Real Pragmática Sancion, que habré de llevar à debido efecto, que como ningun Soberano puede sostener en pie los Estados de su Corona, sin algun socorro, ò contribucion exhibida de sus mismos Vasallos: para cuyo efecto ha depositado en el arbitrio de los Reyes todo su poder y suprema Autoridad el derecho natural. Y siendo como sabeis el Imperio de la Muerte el mas dilatado, que se estiende de polo à polo, y de cabo à cabo, y abraza todas las Monarquias del mundo y domina sobre todo el genero humano. No siendo posible la subsistencia de mi reynado, sin que se verifique alguna gábelas, ò contribucion de vuestra parte: valiéndome de toda la autoridad que gozo como Ministra y Fiel Executora del Altísimo: es mi voluntad que todos sin lograr alguno el privilegio de exclusiva, me habeis de pagar el Tributo de vuestras propias Vidas, que es el único manjar con que se alimenta mi flaqueza, y el único platillo que se administra en mi mesa. No podéis ignorar que

Yo mantengo debajo de los Sepúlcros un copioso ejército de asquerosos gusanos y una tropa inmensa de ratones y otros feísimos animaléjos, los quales solamente se mantienen de carne humana, delicioso pasto para ellos; por tanto, he venido en decretar, que luego en aquel instante, asi como acabéis de espirar, y me paguéis el tributo de la Vida, entre angustias, amargos parásismos y mortales agonias: luego al punto sean arrojados vuestros Cuerpos de vuestras mismas casas, y separados de vuestras familias, para que en el término de veinte y quatro horas y no mas, sea entregado en poder de los Sacristanes y Sepultureros: à quienes damos plenaria facultad para arrojarlos à los horrores del Sepúlcro, pisarlos y cubrirlos de tierra, aunque sea el Cuerpo de la mas linda, melindrosa y delicada Dama, de aquellas almidonadas y sobervias que componen el partido de las modas; y aunque sea el Cuerpo del Petrímètre mas regalado y cebado en el exquisito pesebre de la Gula, para que sirvan de sustento sus hediondas y corrompidas carnes à aquellas inmundas sabandijas: sin que de esta Ley y forzoso Tributo pueda exímirse, ni el esplendor Soberano de la Tiara Pontificia que ocupa la Silla de San Pedro; ni la Púrpura Cardinalicia colocada en la clase de las mayores Eminencias; ni las Mitras mas respetables por su altísima Dignidad; ni el Sacerdocio de Aaron por su sagrado y supremo Carácter ni

los Doctores por sus borlas, ni los Letrados por su sabiduria; ni los Médicos con todo su conato y con todos sus afórismos; ni el Emperador mas Augusto; ni el Cesar mas esclarecido; ni el Rey mas poderoso; ni los Ministros mas condecorados por su privanza y valimiento; ni los mayores Potentados del orbe, sean Condes, Duques, ò Marquésés, ò sean del grado ò gerarquia que se fueren, aunque gozen de otros títulos honoríficos; ni los Abogados por sus Leyes; ni los Teólogos por sus discursos; ni los Ricos por sus riquezas, porque este general Decreto comprehende à todos aquellos que tienen impreso el sello de la mortalidad,

Ni penséis acaso, que os he de tratar con mas blandura y clemencia por respeto de vuestro poder, de vuestros intéreses, ò de vuestra dignidad: porque Yo soi como el rayo que executo mayores extragos donde hallo mayor resistencia. Vosotros los Poderosos del siglo os defendéis con todo esfuerzo y vigór, para no pagarme este tributo tan debido: porque luego al punto que os sentís heridos del accidente, os armáis de los mejores Médicos, usáis de cama blanda y deliciosa, os ministran las mas regaladas viandas y gastáis mil melindres y chiquéos entre las olandas y colgaduras de damasco; y con todo esto me ponéis en el empeño de usar de mayor rigor con vosotros, apretando mas el cordél de los dolores. encendiendo

mas los ardores de la calentura, avivando mas las punsadas de la cabeza, para hacer frustráneos los conatos de la medicina, vencer la eficacia de los apósitos, y burlar la industria y diligéncia de los facultativos mas péritos. En la humilde choza de un pobre Oficial, ó Labrador, con mucha facilidad se me rinde la vida, por que está destituido de todo socorro en lo temporal; pero en los Cuerpos de los Ricos y Poderosos del siglo hecho el resto de mis fuerzas para vencer su resistencia. ¿Mas si acaso vuestra curiosidad se atreviere á preguntarme, ¿quando ha de ser este quando? ¿en qué tiempo? ¿ó en qué edad se ha de pagar este Tributo de la Vida? Os respondo con las mismas palabras con que respondió el Supremo Legislador en semejante lance: *Non est vestrum nosce tempora, vel momenta, que Pater possuit in sua potestate.* 1 Ni à vosotros toca saber, ni Yo os quiero declarar los instantes y momentos, cuyo conocimiento tiene reservado mi Padre en el archivo de sus secretos, por unas providencias encaminadas al logro y consecucion de sus sabios y adorables intentos. Por quanto solamente os podré decir, que habiéndose de cumplir el infalible oráculo del Evangelio se pagará este Tributo de la Vida, en la hora que menos lo penseis, y será mi llegada à vuestras casas

E



quando menos lo esperáreis, quando mas divertidos y entretenidos os halleis en los pasatiempos de la vistosa rueda de vuestros gustos, y de la humana prosperidad: por cuya razon, ni en la poca edad, ni en la mucha salud estais seguros de mí, porque Yo soi aquel rápido caudaloso rio, que atrópello con lo primero que encuentro sin atencion, ni respeto à la salud, ni à los años, de que os darán auténtico testimonio las repetidas experiencias que os he puesto à los ojos: y podrá acaso sucederos que en este mismo instante esté Yo preparando el arco que ha de disparar la flecha, para romper el hilo fragil de vuestra vida, y cortar el curso de vuestras mas floridas esperanzas.

Y porque ninguno de los mortales pueda en adelante pretestar ignorancia de este general Decreto: es mi voluntad y ordéno, que à lo menos una vez en cada año (que será la feria quarta despues de la Quinquagesima, llamada vulgarmente Miércoles de Ceniza) se les dé à todos un recuerdo y un aviso, poniéndoles á la vista, y à la consideracion el polvo de que tubieron principio, y el polvo en que se han de convertir. Mas porque considero que muchos de los Pobres, no penetran el fondo de esta Sagrada Ceremonia: y de los Ricos y Nobles que componen las clases de la Grandeza, los mas no asisten, ò porque se avergüenzan de practicar esta Santa Ceremonia, ò por el

grande horror y miedo que me tienen: principalmente, las que son vistas por Damas de la primera lumbrera, y que están engolfadas en un turbulento mar de vanidades y muy gustosas con los alhagos del siglo. Para salir al encuentro à esta perniciosa renuencia, se tomarán las acordadas providencias en todas las Iglesias de tocar agonias por los moribundos y agonizantes: y luego como hayan dado la última boqueada, y exhalado el último aliento se soltará el triste redoble de las campanas, para que éstas plegarias tan funestas, como nuncios de la muerte, se entren de tropel hasta sus estrados y recamaras, cuyas voces habrán de escuchar por mas que lo resista su melindre, y por mas que cierren sus ventanas y sus vidrieras. Sin embargo de estas disposiciones con tanta madurés acordadas: Ordenámos para la debida execucion de nuestras letras à todos los Predicadores que tienen verdadero zelo de las Almas, que no atendiendo humanos respetos, hagan saber á todo hombre, que la Muerte ha de llegar á pedirles el Tributo de la Vida.

En cumplimiento de esta órden, y de la obligacion que nos incumbe, Yo el mínimo entre los Predicadores, llamado al ministerio Apostólico por especial gracia de Dios, asi como lo hago saber desde la altura de los Púlpitos à todos los que se dignan de escucharme, asi lo hago saber

à todos los que aora se dignaren de leerme; concluyendo este Capitulo con las palabras de Isaías:  
 „ Vé disponiendo los negocios de tu Alma y de tu  
 „ casa, porque en breve tiempo has de morir. <sup>1</sup>

## CAPITULO VI.

*TOMA LA MUERTE POSESION  
 de su Imperio, y comienza à exercitar  
 su Jurisdiccion.*

**E**N aquel corto y abreviado parentesis de poco tiempo que corrió desde el nacimiento de la Muerte, introducida en el mundo por el primer pecado, hasta la primera y mas trágica desgracia que se representó en el catástrofe del orbe, de que fueron testigos oculares las Estrellas del Cielo que todo lo registran desde su altura, y los pocos moradores que por entonces ocupaban el dilatado mapa del universo, aunque hidrópica la Muerte por bebernos la sangre, y hambrienta por hartarse de nuestras carnes buscaba con todo empeño y conato la ocasion mas oportuna, para entrar en Posesion de su Reynado y comenzar à poblar la obscura y desamparada region de los Sepúlcros inhabitados hasta entonces de los Difuntos, se hallaba ( à nuestro modo de entender ) sin conducta segura, y con todas las mampáras cerradas para llegar à su Trono,

<sup>1</sup> Cap. 38.

que habia de guarnecer despues con tantas respetables Cadáveras ; pero como nunca falta un traidor en semejantes funciones que revelado contra su dueño le abra las puertas à un tirano , para conseguir el logro de sus intentos, auxiliada la Muerte del tumultuario motin que levantó una pasion ( que en sentir de San Crisóstomo ) es la mas violenta y belicosa entre todas las pasiones que dominan al hombre, empuñó el arco y la flecha, eligiendo este instrumento por único cetro de su Imperio, y se las calzó fuertemente contra todo el genero humano, haciendo frente à cara descubierta, y sin rebozo à toda la posteridad de Adan. Afianzada la Muerte con el socorro y alianza, de esta diabólica pasion, ( cuyo nombre diré despues por no irritar contra élla antes de tiempo à mis Lectores ) comenzó à exercitar su Jurisdiccion, *cum plenitudine Potestatis tam in Capite, quàm in membris*. Mas como por unas sábias y adorables Providencias despachadas y determinadas en el Consistorio Augusto de la Suprema Sabiduria intentaba Dios, el que la Muerte desde su primera executoria se dexara vér Terrible y formidable à la vista de los hombres para aterrarlos, y contenerlos en el extraviado camino de los vicios, y desórdenes, era forzoso que el primer golpe que executó la Muerte en nuestras vidas, fuera el mas funesto y lastimoso por todas sus circunstancias.

En una candida y agradable inocencia que reverente, y religiosa ofreció en las aras de su amor un sacrificio aceptable à la única y Soberana Deidad en reconocimiento de su Divino Sér, cayó la suerte, y estrenó la Muerte todo su rigor.

No tubo mas méritos el inocente Abél, para llevarse entre los muertos el primer lugar, que haber puesto los ojos de su agrado sobre su ofrenda la Divina Magestad, y no haber atendido à la víctima del infeliz de Cain: por esta causa enfurecido y frenético, entregado ya su corazon en manos de una embidia mortal ( ya os he dicho el nombre de esta infame pasión ) rompiendo los fueros de la sangre, y atropellando con los mas estrechos vínculos de la naturaleza, jugó con tal destreza el arco de la Muerte, que al primer tiro cayó difunto su hermano, quedando con esta accion pasmada la misma Muerte, y embargada del asombro de vér en el ímpio Cain tan inaudita crueldad: resentida la tierra de vér muerto en su regazo al Benjamin de la inocencia, no pudiendo disimular su sentimiento, ni ocultar su dolor en los profundos del silencio, de este maquinado eriminal y execrable delito que perpetró la Muerte, patrocinada del favor de un inhumano fratricida, haciendo lenguas de la misma sangre inocente, que corria por las faldas de la misma tierra, levantó el grito dolorida, y penetrando las regiones del aire y lo mas sólido de los Cielos se introduxo

en los estrados Divinos: presentó su causa, y le prometió la Real Audiencia de aquella Corte, que reconocidas y justificadas sus querellas, en aquel Alto y Supremo Consejo, se daría la debida satisfaccion à sus agravios.

La Muerte entonces agitada de crueles remordimientos de su conciencia delinqüente ( nadie se admire de esta nueva expresion ) pues tambien la Muerte tiene su pedazo de conciencia, y aunqus por aora la estiende quanto puede, algun dia le estrecharán fuertes estímulos à restituir la sangre que ha bebido, y las vidas que ha quitado. Espantada pues la Muerte con los golpes de su conciencia, y la ruidosa campanada del escándalo que ocasionó el desafuero de Cain en el inocente Abél, rezelosa del castigo con bien fundadas sospechas, de que Dios baxara en Persona à requerirla, ò librara un Requiritorio para executarla, eligió por partido tomár las de Villadiego, saliendo fugitiva à buscar su asilo allá afuera del mundo, dejando al mísero Cain metido entre la danza. Esta es una congetura que me ofrece à la consideracion el mismo plan de la Historia Sagrada en el Cap. 4. del Genesis: porque temeroso Cain de purgar su delito con la pena del Talion, pensaba encontrar en cada tronco una muerte tan fiera, como la habia maquinado contra el Justo de su hermano; pero el mismo Dios le desvaneció de estos temores para aumentarle mas sus

interiores angustias y congojas, con un terrible *no-quaquam ita fiet*, y le dixo: que aunque anduviera fugitivo todo el universo no enconraria à la Muerte como pensaba, y que ya miraba como el único remedio à tan desastrados males, y le imprimió el Señor una señal, ò divisa que le sirviera como de espantajo à la misma Muerte, para que no le tocara ni en un pelo de la cabeza, hasta que Dios para ello le refrendara las Licencias.

El desventurado Cain corrió suertes iguales con el peor de los nacidos, que fue el ingrato Discípulo: à este lo perdió su insaciable avaricia: à el otro lo despechó la furia de una envidia mortal.

Poniendo aora en competencia estas dos fieras brutales pasiones ( sin perder de vista à la Muerte, cuya saludable memoria tanto nos importa ) se pregunta ; Qual de ellas lleve el exceso en la malicia? y haciendo à un lado con toda reverencia las innumerables autóridades de tantos Maestros y Doctores de la Santa Iglesia que al calor de su espíritu se han desvelado para decidir este punto, *primo in limine*, digo: que siempre que contienda la envidia con la avaricia, la envidia ha de salir ventajosa en su partido. Pudieran consolarse los avarientos con este dictamen; pero nunca en un hospital puede servir de consuelo à algun enfermo el vér à otros mas agravados, para dexar por eso de sentir lo penoso de sus males: una prueba ex-

perimental y reducida à la práctica es el apoyo de mi sentir.

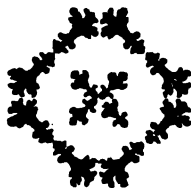
En cierta Corte (cuyo nombre no dice San Antonino de Florencia, citado del P. Tobias Lonér en su Biblioteca predicable) <sup>1</sup> habia dos Oficiales en el Cuerpo de la Milicia, que con la continuacion de sus viles procedimientos habian adquirido en todo el Reyno pública voz y fama, el uno de envidioso, y el otro de avariento: el Príncipe que no ignoraba las bellas qualidades de estos valientes Vasallos, por divertir un dia las congojas y las angustias que siempre rodean el Trono de los Soberanos, mandó llamarlos à su Palacio en presencia de los Aúlicos: habiéndose presentado à la vista de su Rey, les dixo de esta suerte: Que bien informado de sus grandes servicios, que como fieles Vasallos habian hecho à su Corona, y mucho mas satisfecho de su valor, de que habian dado pruebas nada equívocas en los lances mas apretados de la Guerra, determinaba el beneplácito Regio de Su Magestad, galardonar sus merecimientos: que cada uno pidiese la merced que gustara, en la inteligencia, de que el último que pidiera, recibiria duplicado el premio. Comenzó la contienda entre el envidioso y el avariento, sobre quien de los dos habia de ser el último pedigueño; despues de va-

F

<sup>1</sup> Tom. 2. fol. 242.

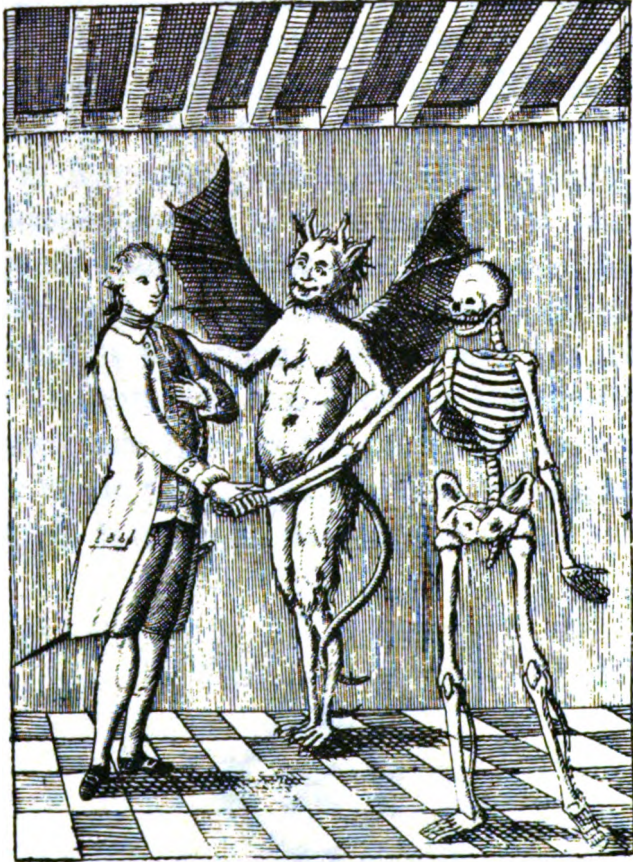


rios debates que tubieron entre sí, habló el envidioso y dixo: En virtud de la Real Palabra, pido à Vuestra Magestad por única gracia, que luego al punto me mande Vuestra Magestad sacar un ojo; quedó temblando el codicioso al escuchar tal propuesta, pues segun lo prometido le habian de sacar los dos. Con este barbaro pedimento quedó el Rey desengañado, y nosotros nos hallámos persuadidos de que la codicia de los hombres queda muy inferior comparada con su envidia, seminario fecundo de atrocísimos delitos (como dice San Cypriano;) la llorona y la risueña (como la denomina San Próspero) porque llora, y se entristece quando vé premiados los méritos agenos; se rie y se alegra, quando vé abatida por el suelo la fortuna de su próximo. <sup>1</sup>



<sup>1</sup> Loner Tom. 2. fol. 242.





*Parabolam in facie in: in morte. Hsac. c. p. 28.*

## CAPITULO VII.

*CELEBRA LA MUERTE UNA ESPECIE de contrato Matrimonial, y engaña traidamente á sus Maridos.*

**A**UNQUE el Bibínato simultáneo en las mugeres en ningun tiempo fue lícito, la Muerte de su propia autoridad se tomó las licencias para matrimoniar muchas veces, exístiendo la pluralidad de sus Maridos, sin la necesaria dispensa. Por esta causa, si fuera capaz la Muerte de comparecer en Juicio debería ser sentenciada à salir por las calles con pública corozza en un borrico à voz de pregon, para escarmiento de las mugeres que quieren tener dos ò tres bodas.

Todos los Matrimonios que ha celebrado la Muerte desde que tubo la competente edad para celebrar contratos han permanecido ratos, y ninguno ha consumado por impotencia; por esta razon le queda siempre à la Muerte ileso su derecho para entrar en Religion (si quisiere) aunque Yo creo, que en ninguna parte tendrá cabida salvo entre aquellos místicos que están muy familiarizados con su memoria. Mas si acaso le admittieren al Noviciado, por hacer juicio de que viene bien desengañada del mundo y sus vanidades,

tengan advertido que no puede obtener Prelacias, ni Dignidades, porque está irregular *ex defectu Corporis*.

Aunque el Matrimonio de la Muerte no tubo razon de Sacramento por haberse celebrado mucho antes que rayara el alegre dia de la Ley de Gracia, tuvo fuerza de contrato, y de contrato oneroso en que quedaron obligadas ambas partes, asi la Muerte, como los Pecadores que son sus verdaderos y legítimos maridos.

El Profeta Isaías reprehende agriamente la barbara determinacion de los Pecadores de haber celebrado tal contrato con la Muerte: *Audite Verbum Domini, viri illusòres, dixistis enim percussimus fœdus cum morte.* 2 Como si les dixera: ¿qué habeis hecho insensatos con haber celebrado tal contrato? En fuerza pues de este pacto se obligaron los Pecadores à pagarle à la Muerte el débito de la vida, siempre que élla los requiriese para el efecto; y la Muerte se obligó à dilatar por mucho tiempo la solucion de esta deuda, representándoles muy dilatadas las esperanzas de su venida: para que en este tiempo puedan con toda libertad soltar las riendas de su apetito, y entregarse con satisfaccion à sus pasajeros gustos; en la inteligencia de que la Muerte no ha de venir tan breve, y que en llegando los primeros correos que darán aviso

de estar próxima su llegada, se retirarán al sagrado asilo de la Penitencia. Pero aqui se verifica al pie de la letra aquel adagio: la que piensas te hago.... A ellos los llama el Profeta Varones engañadores, *virii illusòres* porque piensan burlarse y engañar à la Muerte; pero muy al contrario les acontece, porque la Muerte se burla de ellos faltando à la fidelidad del contrato: pues habiéndoles prometido que no ha de venir tan breve dandoles por fiadores de su palabra la poca edad, y la mucha salud que tienen ( que engañan tanto como la misma Muerte ) se dexa caer sobre ellos, quando ellos la imaginaban muy distante: de que se sigue, que en lance tan inopinado se hallan sorprendidos del susto, y naufragando entre mas de mil interiores angustias y apuraciones, como el marido infiel à quien cogió su muger en el mismo adulterio.

Toda esta lastimosa tragedia de que han sido testigos repetidas veces mis ojos, se me representa muy al vivo en la Parábola de Jesu Christo en el Cap. 25. de San Matéo, donde claramente se demuestra lo que pasa entre la Muerte y los Pecadores.

Es semejante el Reyno de los Cielos à un Decenario de Virgenes, las cinco Prudentes ( en que se representan los Justos ) y las otras cinco necias, ( en que están figurados los malos ) con ánimo de salir al encuentro quando avisen de la

venida del Esposo, y de la Esposa: *Exierunt obiam Sponso, & Sponsæ*: ¿Quién sea este Esposo? nadie puede ignorar ser Jesu Christo; pero esta Esposa que le acompaña, no se puede averiguar tan facilmente: à mí se me representa en esta Esposa la Muerte. ( sin que sea mi ánimo sacar el Texto de su propio, verdadero y literal sentido ) Jesu Christo les pide en aquella hora el débito de la cuenta: y la Muerte los executa por el débito de la vida: ¿mas que sucede entonces? que pareciéndoles à ellos que la Muerte la lleva muy à la larga, viven los miserables como si no hubiera Infierno que temer, ni Gloria que esperar; con tanto libertinage en las costumbres que pudieran servir de escándalo à los mismos gentiles: se pasan los dias, las semanas, los meses y ios años enteros durmiendo sobre la dura cama de una mala conciencia; Y es tanta la pesadés de sus letargos que apenas sienten sus propios remordimientos: pasan los años enteros en el duro lecho de la culpa con tanta serenidad en el ánimo, y tan satisfechos de sí mismos como si tubieran los merecimientos de un San Pablo.

Despues de una vida tan licenciosa y extragada; despues de haberse cansado de correr las sendas de la iniquidad, quando menos lo piensan, à la media noche de su descuido llega la última enfermedad que con gran disimulo se introduce

en el cuerpo, y allá en el interior retrete de sus conciencias levanta el grito, y les dice: que ya se acerca el Juez à pedirles el débito de la cuenta: à el escuchar esta voz que los llama para la eternidad à gran prisa se conturban y se asustan de tal suerte, que desmayan sus alientos, porque no aguardaban tan breve à la Muerte; constreñidos de la misma afliccion y necesidad en que se hayan à la vista de tan inminente peligro, no les queda otro arbitrio que envidiar la dichosa suerte de los Justos, y pedirles ( como las Virgenes necias pidieron à las Prudentes ) el socorro de sus buenas obras, méritos, y oraciones, porque se les está apagando ya la candela de la vida: entonces en aquellas cortas treguas que permite lo executivo del accidente comienzan las carreras y las prisas: viene el Confesor à la casa del enfermo, y el negocio de la mayor importancia se trata entonces con la aceleracion mas posible: nosotros los ministros de Jesu Christo y de los Sacramentos somos fieles testigos de estas violencias, y salimos de sus casas penetrados de sentimiento; quieren implorar el Patrocinio de los Santos, cuyas festividades profanaron con sus escándalos y torpezas: tal vez se hallan con las puertas cerradas, y en tan desesperada causa oprimidos de sus mismas angustias, levantan los ojos ácia arriba, y divisan pendiente sobre sus cabezas la espada de la Divina Justicia, que les



pronostica un millon de desastrados males: se quieren llamar à engaño contra la Muerte que no esperaban tan breve ; pero muy tarde cayeron en la cuenta, porque éellos se hacian la cuenta sin la huespeda: al fin quedan fálidas sus esperanzas, y la Muerte se burla de éellos.

Aqui ( amado Lector mio ) cierro y concluyo el presente Capitulo, para pasar al siguiente, reza un Padre nuestro y una Ave Maria, à fin de que Dios alumbre à estos miserables Desposados de la Muerte, para recindir quanto antes el contrato.

## CAPITULO VIII.

*CELEBRA LA MUERTE UN CONCILIABULO,  
para deliberar sobre la materia,*

*DE POBLAR QUANTO ANTES LAS COLONIAS  
de la Tierra adentro.*

**H**ABIENDOSE fatigado la Muerte con algunos suspiros que le hizo dar á un pobre moribundo, con quien estubo vergando muchas horas, porque la naturaleza se defendia vigorosa, y el alma se le havia atravezado: sentada su imperial figura en una silla poltrona, que estaba colocada en el frente principal de una bóveda subterránea, sirviéndole de cojin á sus plan-



*Inite consilium: quid agere debeamus: 2. Reg. cp. 15.*



tas la osamenta de Mahoma, teniendo en su presencia al Demonio, y à el Apetito legitimamente convocados, para las materias que se habian de tratar en esta Junta, les dixo de esta suerte.

## SEÑORES,

**N**O ignora vuestra sabia conducta los superiores motivos y justificados fines que me asisten para celebrar este consejo, en que de comun acuerdo se han de resolver las materias mas importantes, de cuyo acierto dependen los intereses y las medras de mi Estado: habiendo Yo sido exáltada à la Monarquia universal sobre todos los vivientes, estantes y habitantes, en las mas remotas partes del universo (aunque sean de diferentes naciones, distintos dogmas y costumbres:) cuyo cetro me hicieron empuñar la culpa y el pecado (que como sabeis fueron mis infelices Padres) me veo en el empeño de llevar à debido efecto mis intentos, à pesar de la humana naturaleza, y de Poblar quanto antes las Colonias de Tierra adentro de Cadáveres y Esqueletos, moradores propios para habitar y cultivar los Países baxos de los Sepúlcros. Y aunque Yo desde el Exórdio del mundo, y aún quando me hallaba recien nacida en mi cuna, haciendo algunos pucheros, to-

mé las providencias necesarias para la asecuracion de los propuestos intentos; sin embargo de mi conato y desvelo me han salido frustráneas y fallidas mis diligencias: porque los hombres en esto de morir parece que la llevan muy à la larga. El primer hombre del mundo, no baxó à las sepulcrales Colonias hasta los 930. años de su edad: su hijo Seth murió à los 912: Enós à los 905: Cainan su decendiente à los 910: Malaleel cayó en mis brazos à los 895: Jaréd vivió 962: Enoch 365: Matuzalén 969: Lamech 777: Noë 950. <sup>1</sup> Estas dilaciones tan prolijas me han puesto en la mas triste consternacion, y grandisimo cuidado, en cuyo asunto ya me falta el arbitrio y el consejo; y rezelando con bastante fundamento, el que las edades corran de esta suerte con bastante perjuicio de mis Dominios, he venido en deliberar el juntaros à Corte, para que vosotros como fieles ministros, tan astutos y tan sagazes, expongais vuestros pareceres, de que me prometo el acierto en la resolucion de la presente materia, y me hagais saber los medios mas conducentes que alcanzare vuestra industria para cortar los pasos à unas vidas tan largas, y poblar quanto antes las Colonias de la Tierra adentro, en que recibiré un gran servicio.

Haviendo escuchado con atencion el prefa-

<sup>1</sup> Genesis Cap. 5.

elo de la Muerte, se levantó el Apetito, y haciéndole la catátufa con la debida reverencia, dixo:

## *MUY PODEROSA SEÑORA.*

**E**L mismo carácter de ser Ministros vuestros y Consejeros de vuestro Estado, nos pone en el empeño de mirar por el aumento de vuestros intereses, y de satisfacer à la singular confianza que vuestra Mortandad hace de nosotros sus Consejeros, fiando à nuestra conducta el exíto feliz de tan graves negocios.

Las dificultades en que se embaraza la sutil comprehension de vuestra muy grande Cadavéra, son muy fáciles de romper, y de allanar à poca diligencia mia, y ninguna costa vuestra. Yo (Señora) soi de profesion Cosinero, cuyo oficio aprendí bien desde la tierna edad en varias reposterias donde me pusieron mis Padres: sé guisar mucho y bien condimentado, mande vuestra Esquilencia, que se me administre de su Real Hacienda porción considerable: de todas especies, clavo, comino, almendra, pimienta, azeytuna, pasa, canela, ajonjolí, alcáparias, tornachiles, aniz, y algunas libras de orégano y de culantro. Las carnes para los asados y otras fritangas de mucho gusto, no las pido à vuestra Mortandad, porque no

las tiene, y queda à mi cuidado el solicitarlas: con estos y otros muchos recaudos de que mandaré provér con abundancia mis Dispensas, dispondré multitud y variedad de guisotes tan suaves al olfato, como deliciosos al gusto, que despertarán la gula mas dormida de los hombres. En breve tiempo verá vuestra Mortandad al mundo poblado de Bodégones y Botillerias, y pelearse los hombres por los mejores Cosineros de la Francia: llegarán las cosas à tanto incremento, que se tendrá por razon de estado en las casas, y en los Palacios de los Grandes la superflua abundancia de platonés y manjares en las mesas, y los banquetés que serán muy freqüentes y muy espléndidos.

Una vez que los hombres suelten las riendas à la Gula, los dominará tanto el imperio del Apetito, que no reconocerán otras aras que el sazonado pesebre de los manjares, ni otro ídolo, ni otro Dios que el de su vientre; y entonces ya se podrán pedir à vuestra Mortandad las albricias de haber conseguido sus intentos: porque solamente en los insultos de replexión (que se contarán por millares) cogéreis una abundante cosecha para surtir las trojes de tierra adentro: en breve tiempo se verá el Genero humano lleno de tantas enfermedades, que no cabrán en el guarismo, siendo asi que todas caben en un Cuerpo. Tenga vuestra

Mortandad tantita paciencia, que en el siglo de los Cocineros, de los bodégones, del ocio, de la abundancia, de los caldos buenos y generosos, en que se cometerán trecientos mil excesos, será tan crecido el número de los muertos en cada año, que excederá el número de las campanadas que se dan en toda la christiandad el dia de la Conmemoracion de los Finados: de tal suerte, que ni las Iglesias podrán abarcar tantos Difuntos, ni la capilla de los Cantores tendrá tanto gasnate para entonar tantas veces en el dia el *Regem cui omnia vivunt, venite adoremus*; por lo que vuestra respetable Mortandad debe ocurrir con las mas prontas providencias, ordenando à todos los Sacristanes y demás Ministros, à cuyo cargo está la apertura de los Sepúlcros, que luego al punto traten de hacer Campos santos en los extramuros de los Poblados, porque no se inficionen las Iglesias con la corrupcion de tantos muertos; só pena de ser privados los Sacristanes de sus oficios, y de ser desterrados de este mundo à la region del olvido.

Ni piense vuestra Osamenta, que no podré apoyar mis dictámenes con el peso y autoridad de los mayores hombres del universo: pues habiendo Yo previsto, que era convocado à esta Junta para tratar estas materias, me retiré à mi gavínete, y tomando en las manos la Biblióteca del Padre Tobias Lonér, hallé concordés por esta senten-



cia, varios y célebres Médicos y Santos Padres, asi Griegos como Latinos (cuyos nombres omito) por no calentar vuestra Imperial Cadáver: à todos los hallé de un mismo sentir, afirmando de comun acuerdo, que la Gula es el origen de todas las enfermedades: y el gran Padre San Ambrosio la llama Carroza ligera, para llegar quanto antes à las orillas del Sepúltero. Y si vuestra Mortandad, por ser tan bachillera, quiere meterse à filosofar conmigo para saber radicalmente, en qué se funda este sistema, sirvase de darme otra poquita de Audiencia.

Es principio asentado, que el calor natural que fomenta la vitalidad del hombre, es limitado, apto y eficaz para nutrir y reducir à pávulo un alimento proporcionado à su actividad; pero siendo el alimento improporcionado, ò por la cantidad, ò por su qüalidad, es inepto entonces para la decoccion, porque no alcanza à tanto su llama que pueda digerir el sobrante del material que se le aplica; y como la Gula nunca se contenta con poco, porque sabe comer bien y à todas horas: de aqui es, que alcanzándose unas à las otras las comidas, abundantes de especies distintas, y opuestas calidades, ò ya frias ò ya calientes, no siendo ayudada la naturaleza con alguna personal fatiga, sufocado el calor y embarazada su actividad, se originan mil crudezas, y por consiguiente

innumerables achaques; y hai tiene vuestra Mortandad, la fecunda semilla con que esperamos co-ger una abundante cosecha: de suerte, que llegará tiempo que quando alguno (que será muy raro) ajuste el número de cien años, será una noticia tan plausible, que pasará los mares en gazetas y mércurios à el Reyno de la América, y correrá todas las Indias con admiracion de los curiosos: Estos son (Muy Poderosa Señora) los medios mas oportunos que administra el Apetito para el logro de vuestros intentos.



## CAPITULO IX.

*DICTAMEN DEL DEMONIO  
sobre la propuesta materia del Capitulo  
antecedente.*

**H**Aviendo concluido su razonamiento el Apetito con mucha complacencia de la Muerte: el Demonio sin levantarse de su asiento, porque no se lo permitió su antigua soberbia, lleno de fausto y de arrogancia, comenzó à dictaminar de esta suerte:

*MUY ESPANTOSA MUGER.*

**A**Frentada quedara mi astucia. y mi malicia si se viera aventajada de los proyectos del Apetito: no hai consejero mas astuto, sagáz y arbitraria que el Demonio quando se trata de entregar al hombre en manos de la Muerte: si vuestra muy respetable Mortalidad quiere serciorarse de esta incontrastable verdad, sirvase de pasar los ojos por el capitulo 22. del tercero Libro de los Reyes, donde hallará un auténtico testimonio de lo que digo: pues queriendo Dios manifestar la determinacion, en que estaba desde *ab eterno*, de permitir al Demonio que engañáse al Rey Acab por la multitud de sus culpas: le representó al Profeta Micheas,

ésta su determinacion, à manera de un consejo, como los que hacen los hombres en una puramente vision imaginaria ( como siente Lira, Menochio, Alapide, y el torrente de los Espositores sobre el mismo pasaje: ) : Y como el mismo Dios sabe, que en tratandose los puntos de engañar à el hombre, de hacerlo mal, ò entregarle à la Muerte, ninguno hasta la presente ha excedido los pensamientos del Demonio, permitió al Demonio el éxito de esta empresa.

Los medios ( Señora ) que ha propuesto el Apetito para poblar quanto antes las Colonias de tierra adentro, son muy buenos; pero no tan generales como los que à mí me dicra la malicia contra los hombres: el Apetito alzarà mucha cosecha entre la gente granada, que tiene facultades para sostener el fausto de la Gula; pero en ranchos, cortijos, y gente pobre nada podrá adelantar en sus cosinas por falta de materiales: mas los arbitrios que ha concebido mi malicia para abreviar las vidas de los hombres, se extenderán por todo el mundo universo.

Nunca mas que aora me véo en el empeño de soltar todos los alcances de mi asrucia, pues de la resolucion de este tan importante negocio dependen tambien los intereses de mi Monarquia. Si

H

vuestra horrible Mortalidad es la Emperatriz de los Sepúlcros, Yo soi el Emperador de los Abismos: si vuestra Mortalidad pone todo su esfuerzo y conato para poblar quanto antes los Países bajos: Yo he de empeñar todo mi desvelo y toda mi rabia y coraje para despoblar el mundo (si fuere posible) y poblar de innumerables Almas las cárceles inferiores, y los horrendos calábozos que están mucho mas abajo de los Sepúlcros. Todo el acierto de nuestros proyectos, en que van de por medio los aumentos de ambos estados, consiste únicamente, en que los hombres se entreguen con voracidad à las culpas, y sin reparo à todo genero de pecado, el qual ha conservado siempre un terrible poder para abreviar las vidas de los hombres, y cortarles antes de tiempo el hilo de sus años. Ni pudiera Yo asegurar à vuestra Mortalidad, la eficacia de este arbitrio que propongo à vuestra consideracion, si no fuera fundado mi dictamen en la misma Santa Escritura, en cuyo dilatado campo he descubierto este importantísimo secreto para poblar quanto antes los Sepúlcros, y tambien las trojes de los Infiernos. Y porque vuestra muy sévera y meláncolica Magestad, podrá sospechar con gravísimo fundamento, que falte à la veracidad en mis promesas, por gozar Yo la pública voz y fama de Autor y comun Padre de

la mentira, he venido à esta Junta acompañado de este Libro que aqui traigo. que es el Testamento Viejo, donde se contienen los Sagrados Oráculos de los Patriárcas, y Profetas ilustrados del Espíritu Santo: à cuya creencia no se podrá negar vuestra fé, sin contravenir à los Conciliares Decretos y Canónica decision de la Suprema autoridad de los Soberanos Pontifices que han gobernado el Timon de la Nave de San Pedro. Lea aora vuestra Mortalidad, y lea con atencion lo que aqui dice el Santo Job: Que los iniquos son arrebatados antes de tiempo; <sup>1</sup> andémos otro paso mas à buelta de la foxa, y aqui dice: Que el peccador perecerá miserablemente antes de cumplir el número de sus dias. <sup>2</sup> E aqui el Libro de los Proverbios donde asevera el mismo Salomon: Que los años de los malos se abreviarán. <sup>3</sup> La misma sentencia leerá vuestra Osamenta, en el Eclesiástico, y el Eclesiastés. El primero afirma, Que el que aborrece la correccion (que es lo mismo que no quererse enmendar) se le rebajarán muchos dias de su vida; <sup>4</sup> el segundo amigablemente aconseja à los hombres, Que no acúmulen repetidas

## 2

1 Iniqui sublati sunt ante tempus sum. *Job Cap. 22.*

2 Impius ante quam dies ejus impleantur peribit. *Idem 15.*

3 Anni impiorum breviabuntur. *Proverb. 10.*

4 Qui odit correptionem minuetur vita. *Ecclesiast. 19.*

culpas, porque no mueran en tiempo que no debian morir. 5

De todos estos sólidos principios que ministro al muy profundo juicio de vuestra Mortalidad, deducirá con evidencia una terrible, pero infalible demostracion: de que no hai medio mas poderoso, ni arbitrio mas eficaz para abreviar las vidas de los hombres, que el que los mismos hombres se entreguen con libertad y desenfreno à las culpas; lo que haré mas perceptible, y mas patente à vuestra consideracion, si le dais licencia à vuestros ojos, para registrar los cádalzos y los patíbulos del universo que veréis cargados de copiosos racimos de malhechores ya Difuntos: estos fueron arrebatados antes de tiempo, por la mucha prisa que se dieron à executar la maldad. Por lo natural estos hombres habian de haber vivido algu-  
gunos años mas, de los que vivieron; pero la atrocidad y multitud de sus criminales delitos les atajó los pasos en medio de su carrera, ò les rebajó un tercio de su vida. Y si vuestra Mortandad muy Reverenda, aún desea satisfacerse mas por extenso, sin que le quede en este punto la mas leve duda, ò sospecha, fixe los ojos en aquel siglo infelicísimo, y desgraciada Epoca, en que rotas las catáratas del Cielo, y las fuentes del abismo se

5 Né impié agas multum, né moriaris in tempore non tuo. *Ecclesiastes 7. 1. 17.*

anegó el mundo todo con el espantoso Diluvio de las aguas en término de quarenta continuados dias, en que perecio todo el genero humano (exceptuando ocho personas que reservó Dios en el Arca para la nueva Poblacion del orbe:) vuestra Imperial Magestad fue fiel testigo de esta trágica desventura, pues en todas partes, y enmedio de los espantosos remolinos de las aguas andaba luchando brazo à brazo con todos los moribundos: y fue tanta, y tan abundante la pesca de cuerpos muertos que se cogió en este inmenso piélago de los Mares, que no habiendo tiempo para abrir tantos Sepúlcros, se dió la providencia de que el mismo golfo les sirviera de Pantéon à todos juntos. Mas pregunto (Señora) si vuestra Mortalidad me concede su vénia ¿Segun el curso, y el órden de las causas segundas que encaminan sus providencias à la conservacion de la especie, podia caber en los pasos lentos y perezosos de la misma naturaleza el morir tantos millares de gentes en el breve término de quarenta dias? No era dable en lo natural; pero la malicia y corrupcion de los hombres llegó al último grado de perversidad, y (segun el Testimonio del Genesis Cap. 6.) llenaron la medida de su maldad, con que despertaron la Justicia vindicativa de lo alto, que aceleró la ruina de tantas vidas, y la destruccion de casi todo el universo.



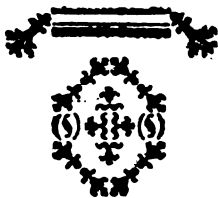
Siendo este pues el medio mas eficaz para poblar quanto antes las Colonias de Tierra adentro, y las cárceles de mas abajo, partiremos la diferencia en el trabajo, pues ambos nos interesamos en el asunto: Yo me acuerdo que vuestra Mortalidad en su Real Caballeriza, tiene un Caballo amarillo (segun me lo pinta San Juan en su Apocalípsi) <sup>1</sup> en que suele hacer sus correrias. Montará en él vuestra Osamenta, como acostumbra, y Yo le pondré la espuelita del pecado, con que andará la Muerte con suma velocidad en todo el orbe: porque ese Caballo aunque tan flaco, con el aguijon del pecado hace volar à la Muerte (segun el Apóstol San Pablo;) <sup>2</sup> mas en estas funciones nunca se ha de poner vuestra Horrible Figura por delante, mas siempre ha de buscarles las espaldas: de manera, que vuestra funesta imágen, jamás tenga entrada en su memoria: porque si ellos se acuerdan con frecuencia de la Muerte, se malograron nuestros maquinados proyectos; pues segun la sentencia del Divino Oráculo, el que se acordare de sus novísimos, ò postimerías, no tendrá aliento para pecar: borrando de sus memorias el saludable recuerdo de la Muerte, no se acordarán del Juicio, del Infierno, y por consiguiente vi-

1 Ecce Equus palidus, & qui sedebat super eum, nomen illi mors. *Cap. 2. v. 8.*

2 Stimulus mortis peccatum est. *1. ad Corinth.*

virán olvidados de las verdades Eternas; y entonces ya podremos celebrar un banquete, que dispondrá de buena gana el Apetito, y darnos los plácemes, y enhorabuenas de haber conseguido nuestros intentos. Partiremos con equidad los despojos: vuestra Mortandad, cargará con los Cuerpos para poblar los Sepúlcros, y Yo me llevaré las Almas para poblar los Infernos.

Habiendo escuchado la Muerte los dictámenes tan solidamente fundados de estos terribles Consejeros, mandó que luego al punto se pusieran en práctica, y se llevarán à debido efecto, de que les daba las correspondientes gracias. En este tiempo entró un Criado de la Muerte, dándole aviso de que ya estaba *in agonis*, un pobre Médico viejo que amaba la Muerte con ternura, de que daré noticia en el Capítulo siguiente.



## CAPITULO X.

*PESADUMBRE QUE TUVO LA MUERTE  
en el fallecimiento*

*DE UN MEDICO QUE AMABA  
tiernamente.*

**L**A florída copia de ingenios y talentos tan felices, como fecundos que han militado à las sombras de los reales pendones y estandartes de Hipócrates y Galeno, en todos tiempos han dado claras y evidentes pruebas de su pericia, por mas que se empeñe la emulacion en desvanecer sus triunfos adquiridos con la práctica feliz de sus aciertos. En esta cláusula preliminar à este Capítulo, ya se viene al juicio de mis Lectores, no ser mi ánimo saherir, ni satirisar à un Cuerpo tan ilustre, tan distinguido y tan sabio en la República literaria, en cuyos miembros tenémos librado nuestro consuelo en los lances mas apretados de la vida: y aunque no tubieran otra sabiduria que saber desengañarnos de que nos morimos, y mandarnos disponer para el viaje largo de la eternidad, era un grande beneficio para nosotros y muy acreedor à nuestras gracias. Pero como no hai cuerpo tan luminoso, por mas que llene de resplandores el orbe, que no tenga alguna mancha ò padesca algun eclipse, nació Don Rafaël Quirino





Pimentel de la Mata, para servir de lunar à los sabios Profesores de toda la Medicina. aunque este lunar solo ministró materia para dar aumento à su hermosura.

Tuvo su cuna y nacimiento en la Ciudad de N. y fue hijo legítimo de Don Serapion Garzes Pimantel de la Mata y de Doña Escotofina Zaragoza, con quienes estrenó sus primeros afórismos, llevándose de encuentro ambas vidas, ò porque deseaba quedarse huérfano, ò porque viéndose con un baston en la mano, que le adquirió la graduacion de su borla, se fundó en aquel comun adágio: Que el buen Juez por su casa empieza.

El parto en que salió à luz nuestro Don Rafaël de la Mata fue muy peligroso, y se vió la vida de la Madre en grande equilibrio, porque desde entonces parece que quería ya exercitar su oficio el niño; pero la Muerte penetrando la bella índole de Rafaëlito cuyas prodigiosas hazañas en la crecida edad le prometian llenar el vacío de sus esperanzas: lastimada de perder un ministro tan profiquó à sus íntentos, mandó hacer plegarias y rogativas generales en todas partes por el éxito feliz de tan deseado parto. De la pila Bautismal sacó el nombre de Médico *Don Rafaël*; pero en el último sobre nombre de *Mata*, que

venía heredando por su Padre, traía impresa una divisa, infausto présagio, ò pronóstico de mal agüero, con que venía anunciando al mundo una guerra intestina contra el quinto precepto del Decálogo, como lo mostró la experiencia en toda la série de su preciosa vida.

Despues de haber concluido la penosa taréa de sus estudios menores, se matriculó en la clase de los Médicos práctícales, y todos sus compasantes le atendian con amor y con respeto, no tanto por sus naturales prendas (que si acaso las tenia, eran tan imperceptibles que se perdian de vista:) quanto por la especial recomendacion que tenian todos de la Muerte para cuidar de aquel angélico; y aunque es verdad que nuestro Rafaélito, en el tiempo de su pasantía se aplicó con tenacidad y con sumo desvelo à la médica facultad en que daba muestras de querer lograr sus sudores, no ayudándole à sus deseos la limitada escasés de sus talentos, salió tan aprovechado de las aulas, que abarcó en su entendimiento con todo el abísimo de la nada.

Haviéndose graduado con las debidas licencias del Real Proto-médicato comenzó à poner en práctica la teórica, que le faltaba. Puso à parte su casa con el geroglífico de sus armas, que fueron las mismas de que usaba Marte: y ya desde entonces no se apartaba la Muerte de su lado ni un

instante; era tan estrecha la union, y la amistad que tenia la Muerte con Don Rafaël, que todo hombre se engañára, pensando que eran hermanos: siempre que Don Rafaël salia à hacer sus visitas, llevaba à la Muerte en las ancas de su mula: al subir por la escalera le daba à la Muerte el lado derecho; y en la recamara del enfermo se aplicaban los dos à diferentes officios: la Muerte tomaba el pulso, y la pluma para escribir con puntualidad los *recipes* que se havian de presentar en la Bótica: y Don Rafaël se aplicaba à los *accipes*, y los aplicaba à su bolsa; ya podrán inferir los prudentes Lectores, quales serían los efectos de las curas recetando la Muerte, y quedándose dentro de casa; no hubo enfermo de quantos visitó nuestro célebre Don Rafaël, que no quedara sin dolencia en breve tiempo, pues para que el Cuerpo no sienta, no hai remedio mas eficaz, que separarlo del Alma.

Despues de haber esmaltado nuestro amigo Don Rafaël la prolongada tela de su vida, con la multitud, y variedad de sus fatales desaeiertos en la desgraciada práctica de su medicina, en la edad avanzada de los ochenta que encerraba en la corcoba, y le hacia dár profunda inclinacion ácia la tierra, que ya lo estaba llamando à su regazo, se le cumplió el plazo, y se le ajustó el término de sus dias: y como la Muerte no podia prolongar las licencias



à su vida, porque no tiene privilegio para pasar mas allá del *Constituisti terminos ejus, qui præteriri non potuerunt*, se vió fuertemente obligada con indecible dolor de su Real pecho à romper el fragil estambre, de que estaba pendiente la preciosa vida de un compañero tan antiguo, y de un amigo que le habia sido tan fino; no le quedó otro consuelo à la Muerte en tan dolorosa pérdida que haberle asistido à su cabezera, sin apartarse un punto de su cama, ayudándole à morir hasta que espiró el pobre de Don Rafael: éste fue un golpe muy sensible para la Muerte, y la pesadumbre le hubiera tenido de costo la vida; pero aún no era llegada su hora. A penas tendieron en la sala el cuerpo de Don Rafaël, ya difunto, se vistió la Muerte de bailetas negras en señal de sentimiento, y se asentó en el estrado con la Viuda, y demás interesados en la pena, que ocasionó el fallecimiento de este pobre Caballero: todo el tiempo que duró el duelo que fueron nueve dias ( segun la práctica de la tierra ) poco, ò nada tubieron que hacer los Sacristanes, y Monasillos; porque en todo este novenario si murieron otros, serían raros; porque la Muerte estaba tan fuera de sí, tan oprimida del dolor, y del cuidado, que no se acordaba de meter la hoz en otra miez.

Se dispuso el Entierro con la mayor pompa y grandeza, que se pudo, à que ocurrió un nu-

meroso concurso así de la plebe, como de la Nobleza: y no se cansaban las gentes de bendecir à Dios, y darle gracias à la Muerte, de haberse llevado à Don Rafaël à la obscura region de los Sepúlcros, porque segun las trazas que llevaba, parece habia hecho solemne juramento de acabar con todo el mundo. En esta lúgubre Procesion del Entierro todos lloraban, però el llanto tenia muy diferentes prinéipios: unos lloraban por el Difunto; y otros lloraban por sus Difuntos Padres, Parientes y Maridos, que habian caído en manos muertas de Don Rafaël, los despachó quantos antes à la Eternidad.

Se previno la Pira para los funerales adornada de variedad de poëmas, y de tristes endechas con sus correspondientes geroglíficos, de que daré algunos aunque breves apuntes, por no dexar quejosa la curiosidad de mis Lectores. A el último cuerpo de la Pira estaban esculpidas estas quatro redondillas.

Este Túmulo elegante

De un Médico, es evidente,  
Que en despachar tanta gente,  
No ha tenido semejante.

Con un solo vomitorio,  
Que Don Rafael recetaba.

( 70 )

Al Enfermo sentenciaba  
A penas de Purgatorio,  
Dolorida se ha mostrado  
La Parca, bien resentida,  
Pues ha perdido una vida,  
Que tantas vidas le ha dado.  
Fuerte trance, trance fuerte,  
¡Ó trance desesperado!  
¿Qué no se le halla escapado  
Su benjamin à la Muerte?

En la columna principal del Templo que miraba al retablo mayor de la Iglesia estaba un retrato de la Muerte sentada sobre un cojín, con la mano en la mejilla, explicando su dolor en esta décima, que le ministró su pobre musa.

Solo el silencio testigo  
Ha de ser de mi tormento,  
Pues no cabe lo que siento,  
En una ollita de à tlaco:  
Ese Cadaver tan flaco,  
Fue objeto de mis encantos,  
Y fueron sus triunfos tantos,  
Que ajustandole la cuenta,  
Abasteció de osamenta  
A todos los Campos santos.

A un costado de la Pira estaba pintada la Muerte con la pluma en la mano, escribiendo sobre su bufete, y a su vista un oficial practicante como en ademan de que vaciaba con una pala un carro de Cadavéras, y una triste musa que llorando decia así.

Setecientas carretadas

Como el ministro mas fiel  
Me ha entregado Don Rafaël  
De Cadavéras mondadas:

Las troxes bien apretadas  
Segun lo que Yo percibo  
Están por su genio activo;  
Y pues él dió cumplimiento,  
Yo le doi este instrumento,  
En que consta del recibo.

A el otro lienzo correspondiente estaba pintado un Gallo como en ademán de que cantaba; à cuyo estrépito rotos los Sepúlcros iban saliendo infinitos muertos, que antes de tiempo habia despachado Don Rafaël, y segun la vociferacion de los Difuntos parecía una Ciudad atumultuada: la Muerte con una canilla en las manos amenazaba à los Esqueletos, y ellos se explicaban en esta decima.

Si à canillazos la Muerte  
 El motin, no apaciguára,  
 Otro Gallo le cántara  
 A Don Rafaël, de otra suerte:  
 Valgale empeño tan fuerte  
 A el Médico vejaneon,  
 Pues en aquesta ocasion  
 Le hicieramos mil pedazos  
 Si la Muerte à canillazos  
 No le alcanzara el perdon.

Se comenzó el Entierro con gran golpe de música, y todo el tiempo que duraron los funerales estuvo la Muerte suspirando sin levantar los ojos de la tierra; y si no lloraba, era porque no podía. Concluidos los Oficios, como élla vió que arrojaban à Don Rafaël à el Sepúlcro, despidiéndose de su vista con, el último redoble y *Requiescat in pace*, de los Cantores, se le juntó el cielo con la tierra: se bolvió à la casa del Difunto, donde recibió los justos pesames de su amargura. Un forastero que alli se hallaba, viendo hacer tantos extremos à la Muerte, se atrevió à preguntarle la causa: entonces la Muerte tomándolo por la mano lo llevó à las Iglesias, cementerios y osarios, y le dixo: Mira si tengo razon para sentir la muerte de mi amantísimo provédor; no me dexa otro consuelo esta pérdida tan fatal que una cláusula de su Testa-

mento, en que dexa el Difunto à sus discípulos por únicos herederos de su doctrina.

Antes de morir nuestro Don Rafaël, estando ya *in articulo mortis*, declaró el cómplice de sus delitos, y dixo: que para descargo de su conciencia, quien habia tenido una gran parte en sus averías, era el *quid pro quo*, de los Boticarios.

## CAPITULO XI.

*SE COMIENZA A DAR NOTICIA de algunos Embaxadores de la Muerte en varias Cortes del mundo; con algunas místicas reflexiones sobre las resultas que tubieron las Embaxadas,*

*JONAS EMBAXADOR DE LA MUERTE en la Corte de Ninive,*

**C**omo la Muerte Emperatriz de los Sepúlteros tiene tanta dependencia con todas las Monarquias del orbe, y no hai hombre viviente que no tenga que tratar negocios muy importantes con la Muerte; ha tenido el cuidado segun las circunstancias de los tiempos, y la importancia de las materias de nombrar sus Embaxadores en varias Cortes del mundo. Una de las Cortes mas célebres y famosas en los tiempos pasados fue la gran Corte de

K

los Ninívtas, cuyo nombre tomaron del Rey Nino: ò porque fuese su fundador (como quieren los Autores prófanos) ò porque fue su restaurador (como asientan los Sagrados, con San Augustin y San Gerónimo:) aunque la sentencia de haberla fundado Asur hijo de Sem, es mas conforme con la Escritura. 1

Teniendo noticia la Muerte de que el Rey, degenerando de su soberanía, habia dado en un extremo de vileza: porque él, y toda su Corte, siguiendo las huellas de su mal exemplo, se habia revelado contra el Rey de los Reyes, negándole los debidos respetos y el cumplimiento de sus Reales órdenes, auxiliada la Muerte de las tropas de la ira Divina, que habian concitado contra sí los Ninívtas, executivamente determinó mandarles un Embaxador, para que se avinieran amigablemente à las pazes con el Todo Poderoso, conminándoles con terribles amenazas en caso de hallar alguna, aunque fuera muy leve resistencia, de su parte.

En el Profeta Jonás cayó la suerte del nombramiento para hacer esta embaxada; pero este Ministro, ò desconfiando de su pequeñes para una empresa tan ardua, ò medroso del mal recibimiento que le harian, ò recelando acaso las fatales resultas de una embaxada tan terrible, tomó su camino, pero estraviando de rumbo; mas le costó caro su

1 Calmet super Genes.

inobediencia, porque en el mar tubo que padecer muchos sustos y peligros, donde le salió la Muerte al encuentro, y se vió con mil muertes à los ojos.

Hubiera quedado sepultado entre los remólinos del golfo; pero la Divina Providencia porque no quedáran frustrados sus sabios, adorables intentos en lo mas furioso de la tempestad en que naufragaba el triste vagél, previno abordo de la convatida Nave un disforme Ballénato, que sorviéndose à Jonás le dió hospedaje en su vientre por el termino de tres dias: alli compuso el Profeta en la obscuridad de aquella cámara, la oracion tan fúnebre, como tierna del Triduo de sus tinieblas, que podrá leer el curioso en la Historia sagrada.

Despues de una noche tan prolija, como funesta, le amaneció à Jonás el dia, en una playa, donde le vomitó el monstruo marino, y escarmentado de lo pasado, temiendo el castigo executivo de la Muerte, se encaminó acelerado para Nínive à dar cuenta de su embaxada. Era Nínive en lo estensivo la Ciudad mas dilatada en todo el orbe, pues segun el testimonio de la Escritura santa, tenia tres dias de camino: luego que se avistó à las fronteras de aquella Capital sobervia, habiendo pasado las calzadas y primeras puertas de sus murallas: antes de presentarse personalmente ante el trono regio del Soberano à manifestar las cartas cre-



denciales de su embajada, quiso dar aviso à la numerosa plebe por las calles y por las plazas, de los Superiores fines de su venida à aquella Corte magnífica. Mas como la confusion y algaravía de un inmenso Popúlacho (que picado de la novedad, y no sin gran recelo de que aquel hombre fuera algun pronóstico, ò nuncio de malas nuevas) impedía con el estruendo de las voces el necesario silencio, para hacerles saber el negocio mas importante, levantando el grito Jonás, en repetidas partes de la Ciudad, les hizo saber públicamente: que si no se bolvian à Dios, por medio de un verdadero arrepentimiento de sus pasados yerros, vendria la Muerte en persona à castigarlos, y que no les concedía mas plazo, ni mas tregua que el término perentorio de quarenta dias. *Adúc quadraginta dies, & Nínive suvertetur.* <sup>1</sup>

Entre la mucha grandeza, y Personas de mucho lustre, y distinguido carácter, que atraídos del ruido popular poblaban la eminencia de los balcones, debió de azomarse uno de los Reales Ministros, ò de aquellos privados de la Corte, y habiéndose hecho cargo del Embaxador, y de la embajada, se pondría por las volandas en el Real Palacio à darle cuenta de lo que pasaba à su Soberano, como que le importaba nada menos que su vida y su Corona. Esta es una conjetura deducida

<sup>1</sup> Jonz Cap. 3.

de la misma historia, que expresa claramente, que la embaxada llegó à los oídos del Rey, sin decir quien se lo puso en pico.

En aquel mismo instante en que el Rey se hizo entero cargo del contenido en las letras místicas de la Emperatriz de los Difuntos, se vió su augusto trono rodeado de innumerables angustias; pero sin reservar el negocio à las dilaciones del tiempo, allá en su Real Acuerdo se dió la providencia de estender un Decreto bien pensado, para que con todo esfuerzo y conato se le impidiese à la Muerte la entrada en la Ciudad, tocando al arma de una general contricion, y de una séria retractacion, y penitencia de los yerros cometidos. El Rey fue el primero que desamparando el sòlio, y desnudándose de la Real púrpura, se presentó al públicc cubierto de saco y de cilicio, para dar un portentoso exemplo à su Vasallos. Esta Real Provision con tanto juicio y madurés acordada, fue de todos bien recibida, como lo fue la embaxada de la Muerte: pues tubieron sus amenazas tan felices efectos, que mudándose repentinamente todo el teatro, se trocó en un momento la Nínive escandalosa, en una Nínive santa. Asi quedó concluida la embaxada, aunque el Embaxador, no quedaba satisfecho; pues cumplido el término señalado de los quarenta dias, esperaba vér en un Sepúlcro grande muchos muertos. ¿Pero como? si el lugar que es-

taba preparado para la Muerte, lo entró ocupanda la Divina Misericordia.

## REFLEXION.

**D**Exadme ( amado Lector mio ) estos sabrosos instantes de mi quietud y reposo : mas ay Dios ; que es lo que escucho ! ¿ Quién me llama tan aprisa ? ¿ Qué voz es esta tan triste y tan funesta , que rompe los venerables silencios de mi retiro ? ¿ Quién perturba la tranquila posesion de mi amada soledad ? ¿ Quién eres ? ¿ à quién buscas ? Si será Dios el que me habla ? ¡ O Cielos ! conmigo hablan sin duda aquecos ecos funestos : Yo soi . ¡ Mas hai dolor ! Que no acabo de persuadirme à una verdad tan manifiesta : Yo soi à quien se dirigen unos pregones que ván dando por la calle : ¿ si será cierto lo que oigo ? quiero salir de la duda : arrimome : escucho : ¡ ó vivas voces que me penetran el Alma ! realidad es la que atiengo : alli diviso ya un bulto , y segun su semblante , ò es correo de la otra vida , ò es Nuncio de la Muerte : mas me inclino à lo segundo : unas cartas véo en sus manos , y à mí me vienen sin duda segun reza el sobrescrito : un Profeta de Dios es el Portador de estos pliegos , y à mi Alma le toca el leerlos : ¡ mas ay que me tiembla el Alma ! comienzo , pero no que me horroriso ; mas si al fin he de leerlos , quiero vér su contenido : *Adiú. qua-*

*draginta dies, & Ninive supvertetur.* Dentro de quarenta dias se arruinará la Ciudad: ¿mas que Ciudad es aquesta à que amenaza tan terrible desgracia? ¿en que me paro? si será esta la Ninive perdida de mi Alma, con quien habla esta embaxada? dentro de quarenta dias padecerá ruina este edificio de mi cuerpo: es mui terrible esta sentencia: ¡O cruel noticia, que me has llenado de sustos! quarenta dias me ponen de término para comparecer en el Tribunal de Dios: corto tiempo, estrecho plazo para ajustar unas cuentas tan delicadas que se me han de pedir: para el Juicio de Dios estoi emplazado en término de quarenta dias: ¡mas ay! que de ayer, à acá me falta alguna parte del término señalado. El relox me atormenta, el Sol camina sin parar un punto, y el tiempo vuela como el pensamiento: dentro de quarenta dias ¿ò que suerte me habrá cabido! ¿Sí seré de los dichosos, ò estaré llorando entre los infelices? dentro de quarenta dias (otra vez me repiten en lo interior del Alma) ya estaré agonizando, y despidiendome del mundo: dentro de quarenta dias, ya me faltarán pocos instantes para perder de vista las prendas mas queridas, y entrar en la eternidad: dentro de quarenta dias con sumo dolor mio me veré despojado de todos mis bienes, de todas mis alhajas y pasatiempos: ya me estará llorando mi familia y me estarán abriendo mi Sepultura. ¡O Profeta! Santo

que me desengañas! ¡ò Embaxador de la Muerte que me avisas! aora si que te escucho: ya me doi por entendido; pero ¡ò Dios en que pienso! ¿Qué es lo que hago? ¿Qué resuelvo y determino en negocio tan importante? El plazo se vá cumpliendo y Yo me estoi indeliberado en tantas perplexidades: dexarlo para despues; es desacierto del juicio, es frenesi; y es locura: la cláusula está dudosa: quarenta dias me señala, en que me cita la Muerte: ¿Pero quien se fia de las promesas de una vida tan fragil? Quarenta dias me aseguran ¿pero que sé Yo si me faltarán quarenta horas? ¡Ay de mí! si quarenta instantes me restan! pues à tiempo, à tiempo, aora Alma mía, poner pronto el remedio; retirate, retirate del mundo à llorar, á la penitencia, à lograr el corto plazo que te queda: en la tardanza está el peligro: à disponerte, y prevenirte para morir dentro de quarenta dias, ò como quien ha de acabar en el término de quarenta horas.

## CAPITULO XII.

### *SAMUEL PROFETA. EMBAXADOR de la Muerte para con el Rey Saul.*

**N**inguno de los Ministros embiados por parte de la Muerte à tratar sus negocios ha tenido que caminar tanto como Samuël, pues vino ha hacer su embaxada desde lo mas remoto de la eternidad:

esta es la gloriosa prerrogativa de Samuël que celebra, y preconisa el Eclesiástico, en que se aventajó à todo el Coro de los Profetas. Los Profetas de la Ley Escrita tubieron el Dón de Profesía por el tiempo de su vida; pero Samuël hasta despues de muerto fue Profeta, y se cumplieron sus vaticinios al pie de la letra en el Reynado de Saúl. Era Samuël el oráculo venerado en todo Israël, y Consultor del Rey Saúl, por donde Dios descidia las dudas, y daba los órdenes y providencias para la acertada, y feliz conducta de su escogido Pueblo. Murió Samuël cargado de años, y lleno de merecimientos, y fue la mayor desgracia que padeció el Rey, y lloró todo el Reyno en la pérdida fatal de un caudillo, y director en quien la Monarquía de Israël tenia librados sus aciertos. El Reyno se hallaba en la mas triste consternacion, y el Rey que habia dado tantas muestras de su heróico valor, falto de consejo, y sin poder dár arbitrios, bacilaba su corazon medroso, agitado de un torbellino de funestisimos pensamientos à la vista de un poderoso y formidable exercito de Filistéos, que habiendo puesto sitio à la Ciudad de Suna, aménazaba sepultar de un golpe toda la gloria de Israël, y todos los triunfos de Saúl. En este sistema tan lastimoso en que segun el curso natural de las cosas caminaba à grande prisa la Corona à su última lamentable ruina, bolvió el Rey

los ojos para el Cielo consultando con Dios, sobre que partidos tomar para no caer en manos del Filistéo: cordura hubiera sido, y el medio mas acertado si no acompañaran la consulta los deméritos Reales de su Persona, y hubiera sabido el Rey mantenerse en la integridad, y justicia, con que subió al trono de su reynado; pero como ya Dios por una cierta criminal inobediencia le tenia justificada su causa, le cerró las puertas, le negó la Audiencia, y no le dió respuesta, ni por sueños, ni por los Sacerdotes, ni por medio de los Profetas, que era el estilo regular de satisfacer Dios las dudas, y las consultas de los Reyes en aquellos tiempos.

Esta repulsa que debiera despertar en el triste Rey un pensamiento saludable de su culpa cometida, y conducirlo al único refugio y propiciatorio de la humildad, antes le sirvió para deslizarse en otro mayor absurdo, y desacierto de su juicio; pues el que antes revestido de un zelo religioso, havia desterrado de su Reyno à los magos, y encantadores, dió orden à sus Ministros que le buscaran prontamente una hechizera, para hablar con ella sobre el asunto que tenia entre manos; aprobando con esta mala conducta, lo que antes habia reprobado con sus Reales preceptos; pero esta es la triste suerte de quien vé su pleito mal parado, valerse de todos los medios, aunque pasen la raya de lo lícito.

De facto, halló el Rey una muger fitoniza que buscaba (que es lo mismo que encantadora, ò adivina) y le dixo: que tenia que comunicar un negocio muy importante con los Difuntos, que le hiciera favor de sacarle uno de los Sepúlcros: y en aquellos mismos instantes que acabó de pronunciarlo, le embió la Muerte un Embaxador de la otra vida. Aqui parece que no iba tan descaminado el Rey Saúl, en querer tratar sus negocios con los muertos, porque no hai oráculos mas verdaderos, y que mejor nos desengañen que los finados: mas los medios de que se valió en esta vez le hicieron reprehensible para con Dios, y con los hombres.

El Profeta Samuël, embiado por parte de la Muerte, tan venerable por su ancianidad, como recomendable por venir de la Eternidad, muy acostumbrado à decirles à los Reyes las verdades, no tubo embarazo en declararle à Saúl el contenido de su embaxada; pero antes se le quejó, y le reprehendió con grande severidad porque le inquietaba en los silencios del Sepúlcro, El pobre Rey le hizo patentes las angustias que rodeaban su corazon y su trono, ocasionadas del cerco de los Filistéos, y que habia embiado sus ruegos y sus gemidos, como correos por la posta para darle noticia à el Dios de Israël, del aprieto y tribulacion en que se hallaba su Pueblo; mas no teniendo respuesta, y



creciendo por instantes el peligro, se habia visto precisado à hacer este recurso à las puertas de los Sepùlcos, para tomar consejo en esta materia.

¿Mas qué me preguntas, ni qué consejo me pides ( le respondió el Santo Profeta ) si ya Dios te tiene desamparado? Ya te acordarás (ò Rey) de lo que te dixè en otro tiempo: mas porque no obedieriste à la voz de Dios en su Profeta, experimentarás el rigor de sus enojos, y tú, y todo Is-raël serán el ultraje de los enemigos, y entregados en manos de los Filistéos: se te caerá la corona de tus ciènes para ceñir la frente de un David, que tiene Dios previsto para ungirlo por Rey; esto te digo de parte del mismo Dios, mas como Embaxador de la Muerte, te hago saber tambien de su parte, que tú, y tus hijos mañana à estas horas estaréis en la region de los muertos: *Cras tu, & filii tui mecum eritis.* 1 El Embaxador se regresó à la Eternidad à dar cuenta de haver cumplido su ministerio, y de que quedaba ya citado el Rey Sául, para comparecer en término de veinte y quatro horas. El desgraciado Rey embargado del miedo y del asombro, poseído su corazon del espanto al escuchar una embaxada tan funesta, entre fuertes delíquios, y desmayos, cayó sin alientos sobre la tierra. ¡Ó terrible lance en que el mayor valor

1 1. Reg. Cap. 28. v. 19.

es preciso que se acbarde, quando le emplaza la Muerte!

La fitonisa que vió à su Rey por los suelos, movida de natural compasion (propio carácter de su sexô) quiso levantar de la tierra à aquel ungió del Señor, que derrivó la Muerte con un susto, para alimentar su Persona que en todo el resto del dia no habia gustado cosa alguna. El Rey lo repugnaba; ( porque es capaz la memoria de la Muerte de quitar hasta las ganas de pecar, aún à los que tanto lo apetecen ) pero mediando las súplicas y los ruegos de la fitonisa, y de unos quantos leales Vasallos que como Guardias de Corps acompañaban la Real Persona de su Soberano, hubo de tomar unos bocados mui escasos, para recobrar los perdidos alientos, y rehacerse de algunas fuerzas para poder llegar à los célebres Montes de Gelboe, que fue el sitio que señaló la Muerte, para que sirviera de teatro, y cádalzo à su desgracia, donde quedó difunta la Real Púrpura de Israël, y tubo un desastrado fin la Monarquia de Saúl: cuya lastimosa tragedia fue el objeto de las lágrimas y ternuras de David. El paradero de Saúl despues de su muerte, y si acaso el Embaxador que le avisó de su proxímo fin, era el verdadero Samuël, son dos puntos que han quëstionado los Santos Padres, como podrá vér el curioso en las controversias de *Fide* del Cardenal Roberto Belarmiuo, en el *Tit. Purgatorio*: la reso-

lucion de estas dudas las reservo Yo de mi parte, para quando llegue el dia en que se corra el velo de nuestra ignorancia, porque aora tenemos entre manos una consideracion muy importante.

## REFLEXION.

**A**Migo Lector, hasme el gusto por vida vuestra de acompañarme por un rato de tiempo para entrar conmigo à una sala interior que se llama, clara luz del desengaño. Yo, y tú querido mio, ¡ò pobre de mí! ¡y pobre de tí! nos hallamos rodeados de innumerables males, enfermedades y achaques como otro Saúl cercado de Filistéos: ¡ò quantas pasiones, apetitos y malas inclinaciones nos circundan el Cuerpo, y nos han sitiado el Alma! ¿qué harémos? Qué partidos tomarémos para libertarnos de tantos enemigos? la guerra está declarada, la victoria está dudosa, y contingente: ¿tomar consejo? es cordura, es christiana prudencia: ¿pero à quien, sino à los muertos? es lo mas acertado: estos son buenos consejeros: estos nos dirán la verdad sin lisonja; no te asustes, arrimate conmigo à los Sepúlcoros.

Venerables Difuntos, Esquéletos yertos: vosotros mis parientes, mis amigos que vivisteis algun tiempo conmigo: vosotros que fuisteis compañeros de nuestros gustós y diversiones: vosotros que ya pasas-

teís por la tela de aquel Juicio espantoso, por donde Yo pobre de mí tengo de pasar algun dia: ¿que consejo me dais para no caer en las terribles manos del mundo, del demonio, y de la carne? ¿no oyes amigo Lector? ¿no escuchas, no percibes aquellas sùtiles voces de los finados? ¿aquella muda eloqüencia con que nos hablan los difuntos? para el dia de mañana nos citan, y nos emplazan para el Sepùlcro; ¿ò qué consideracion tan importante para desprender nuestro corazon de lo terreno! ¡Ó quien estuviera penetrado en todos instantes y momentos de este saludable pensamiento! ¡Ó como viviria Yo de otra manera si este dia de mañana lo tubiera bien presente en la memoria! ¡pero ay de mí! y quan olvidado vivo de este dia de mañana en que tengo de morir para dár cuenta à Dios! quien pudiera detener el velóz curso del tiempo para impedir este dia de mañana que será el dia de mis angustias y tribulaciones: mañana forzosamente se me han de acabar todos mis gustos, y me ha de privar la Muerte de todo lo que mas estimo, y aprecio: mañana se vestirá mi casa de tristes lutos, todo será llanto y tristeza, y Yo seré arrojado de este mundo à los horrores de un Sepùlcro; para mañana me convoca la Muerte, y no ha de pasar mi vida mas allá ni un punto de mañana: ¡Ó qué doloroso será para mí este dia de mañana en que tengo de entrar à la eternidad! ¿Qué de amarguras y tribulaciones cercarán

a mi Alma el dia de mañana? ¿ quantos temores, y sobresaltos afligirán mi corazon, en el término de veinte y quatro horas sin hallar consuelo en todo lo humano ¡ó qué mañana tan terrible que aún no llega, y solo al considerar su llegada se me extreñecen las carnes! mañana seré el objeto de la compasion y de las lástimas à quantos vieren mi desfigurado Cádaver, tendido en el suelo con quatro velas, y Yo les predicaré entonces importantes desengaños.

El engaño me pinra muy distante este plazo, pero tantos verdaderos Profetas quantos son los difuntos me dicen, que mañana he de morir; y que aunque llegue à la vejes, el dia de mañana ha de llegar sin remedio; entonces solo tendré que envidiar la vida de los buenos, y la dichosa suerte de los Justos.

¡Ó qué dia este de mañana en que me espera la Muerte! mas no paso ya adelante: à Dios amigo Lector, con Dios te queda; porque Yo me retiro à profundizar mas este gran pensamiento de este dia de mañana: tu juicio, y christiandad sabrá lo que ha de hacer en este negocio en que tanto se interesa tu Alma: por despedida te advierto, que la desgracia de Saúl no consistió precisamente en citar lo la Muerte para el dia siguiente, sino en no disponerse en aquel término para morir bien el dia de mañana.





*...ia Regis commutata est, et cogitationes quae conturbabant eam Dan. ep. 5.*

## CAPITULO XIII.

*EL INCOGNITO EMBAXADOR  
de la Muerte en la Corte de Babilonia.*

**E**L Rey Baltázar de Babilonia Succesor de la Corona de su Padre Nabucodonosor, y legítimo heredero de su sobervia, llevado de aquellos pensamientos altivos que fomentan la humana arrogancia de los hombres, hizo un suntuoso, y magnífico banquete à todos los Grandes, y Valídos de su Reyno para ostentacion de su poder, y hacer brillar mas los tesoros de su Erario Real. Cada uno de los convidados bebia segun la edad de sus años: (circunstancia que advierte el mismo Texto Sagrado) e de que se infiere, que en aquella gran junta presidida por Dios Baco habría *Borrachitos, Borrachones y Borrachos* de todos tamaños: ò los caldos debian de ser muy generosos, ò el Rey se cargó mucho la mano, pues los espíritus se le subieron à la cabeza, y le trastornaron la corona.

Embriagado el Rey Baltázar pasó à cometer un horrendo sacrilegio mandando à sus familiares traxesen à su presencia todos los Vasos Sagrados así de oro, como de plata, que su Padre habia extraído del Templo de Jerusalén, dedicados al culto

M



religioso, y servicio del verdadero Dios, para que en ellos brindaran sus convidados, las mugeres del Rey, y sus concubinas.

En este teatro de delicias ( que no era otra cosa el Palacio por entonces ) quando el tren armonioso de las bien concertadas músicas arrastraban toda la atencion de los oídos, quando el sazón de las mas esquisitas y delicadas viandas saboreaba el gusto y paladar de los convidados: quando la Corte toda revestida de las mas brillantes galas, representaba un hermoso Cielo de resplandores: quando en este alegre, festivo tiempo en que los corazones de los Magnates Babilónicos se anegaban en júbilo y regocijo, y en fin: quando el Rey y sus convidados estaban mas olvidados de la Muerte, llegó à Palacio un Embaxador del otro mundo, cuya impensada novedad causó en los ánimos todos tan no esperados efectos, que repentinamente mudaron de semblante todas las cosas, y desapareció todo aquel aparato de alegría, con la brevedad que pasan los lucimientos de un relámpago; la música se bolvió responso, los contentamientos se trocaron en sustos y sobresaltos que hacian palpitar los corazones de miedo: una general tristeza se dejó asomar luego al punto en los semblantes de todos: puso al Rey en grandísimo cuidado, y à toda la Corte en la citucion mas lastimosa.

El nombre de este Embaxador lo suprime

totalmente la Sagrada Historia, y se ha quedado oculto por tantos siglos en el libro de los impenetrables misterios, y solamente nos dice. que en aquella misma hora en que estaba la grandeza del Real convite en su mayor esplendor y lucimiento, y el desórden y destemplanza en su mayor vigór, metió sola una mano el Embaxador, y en la misma pared de la Real Sala, donde estaba junta la mejor categoría del Reyno, presentó à los ojos de Baltázar una Escritura canónica, y auténtica que llevaba. 1 El Rey luego que vió fixado aquel terrible cometa en el Cielo de su Palacio, aunque ignoraba el contenido de la Escritura por entonces, los latidos de su conciencia que ya no podia disimular, coadyuvados con los tristes recuerdos de su difunto Padre, que de pronto le asaltaron à su memoria, le comenzaron à pronósticar alguna fatalidad; y embargado del asombro que le causó la espantosa vision de aquella mano mudaba su semblante de colores por momentos, y su temblor era tal, que al parecer se le dislocaban los huesos: à penas le quedaron por reliquias unos mui escasos alientos con que esforzando su voz mandó introducir en su Real Sala à los Magos, y à los Caldéos que eran los Intérpretes y sábios de Babilonia, prometiendo una Púrpura

2

- 1 Eadem hora apparuerunt digiti, quasi manus hominis Scribentis contra candelabrum in superficie parietis Aulae Regiae, & respiciebat articulos manus Scribentis. *Dan. Cap. 5. v. 5.*

con cadena de oro y el tercer lugar de su Reyno en premio à quien declarara el contenido de aquellas letras.

Toda aquella Universidad de hombres tan sabios, y de ingenios tan eminentes ni pudieron penetrar el fondo de aquel misterio, ni aún pudieron leer la Escritura, porque era de orden muy superior à la ciencia que profesaban; de que tomaron incremento los recelos, y los temores del triste Rey Baltázar, viendo enmudecidos sus mas respetables oráculos, en quienes tenia librado el buen exíto de sus cuidados.

Habiendo llegado estas noticias al Camarin de la Reyna (donde supone la Historia se hallaba retirada) se levantó acelerada, y entró à la Sala del convite para confortar el corazon del afligido Rey que à tantos desmayos ya espiraba: (que esta Reyna fuese Esposa de Baltázar, lo afirmó Porfirio; <sup>2</sup> pero fue impugnado por San Gerónimo: que fue su Madre, lo tiene Alapide, y es lo mas adaptable à la Escritura,) <sup>3</sup> dixole la Reyna con tanta prudencia como dulzura en sus palabras, que no se dexara undir en el golfo de tan encontradas olas que levantaban en su alma sus tristes pensamientos: que durarian sus cuidados hasta en tanto que llegara à su Palacio uno de los mayores hombres que tenia en su Co-

<sup>2</sup> Calmer hic.

<sup>3</sup> Alapide hic.

rona, adornado de prudencia y profunda sabiduria, en quien estaba depositado el sublime espíritu de los Santos, y la gracia de sacar à luz los mas ocultos secretos, à quien su Padre Nabúco habia constituido en tiempo de su reynado por Príncipe sobre todos los sabios de Babilonia , cuyo nombre era Daniel.

El Rey que yacía agitado en el potro de sus mas crueles tormentos ( como à un enfermo achacoso que se le gravan por instantes sus males, no le queda otro recurso que apelar à los Médicos, consultando à quantos encuentra, por vér si en alguno de ellos descubre su remedio) mandó llamar à gran prisa al Santo Daniel Profeta, en quien ya fixaba las últimas esperanzas en tan desesperada causa; pero en esta triste suerte en que Baltazar se hallaba, le cayó el dado muy adverso à su fortuna, pues solamente halló en Daniel un Médico ingénuo que lo desauciára.

Entró Daniel à la Real presencia del afligido Soberano, con todas las veneraciones de Santo, y las recomendaciones de Profeta, y con la misma generosidad con que el Rey le prometió el Collar de oro y la Púrpura, con el tercer asiento de su Reyno le renunció Daniel la cumbre de tan elevados puestos, y el carácter de tan distinguidos honores: le interpretó la Escritura, que aquella mano incognita dexó escrita en la misma pared de su

Palacio; pero antes de declararla comenzó su exordio, trayéndole à la memoria la trágica vida de su desgraciado Padre, y que el contenido de aquellas patentes letras que registraban sus ojos, eran cartas auténticas embiadas de lo Alto, que le anunciaban dos cosas: una de parte de Dios: y la otra de parte de la Muerte; de parte de Dios, que lo privaba del Reyno, y que lo aguardaba en su Tribunal para echarlo en las balanzas del Santuario, y tomarle las cuentas. De parte de la Muerte, que le ponía entredicho à su vida, y que quanto antes lo aguardaba en el Sepúlcro para que alguna parte de su Real convite participasen los gusanos. Todo se cumplió al pie de la letra, pues aquella misma noche de aquel dia, que tuvo tanta parte de regocijo murió el desgraciado Rey de Babilonia. †

## REFLEXION.

**N**O sé que condicion es esta de la vida (mi querido Lector) ¿qué siempre nuestros gustos han de ser vísperas de nuestros pesares? ¿qué quando mas engolfados en unas transitorias alegrías nos ha de sobrevenir por conseqüencia un promóntorio de disgustos? ¿qué nuestros mayores lucimientos siempre han de venir al paradero triste de unas funestas tragédias? Adora conmigo revo-

† Eadem nocte interfectus est Balthazar. Ubi supra.

rente, esta providencia del Cielo, que con sutiles artificios todo lo encamina, y lo dirige para desengaño del hombre: ¡mas ay Dios, y que pesado es el hombre para persuadirse à una verdad tan constante! Un Rey elevado à la mayor grandeza, un Monarca rodeado de plácemes recibiendo los respetos y oménages de sus mas ilustres Vasallos; un Soberano que hace ostentacion de la felicidad y grandeza de su Corona; un Baltázar tan dichoso al juicio de los hombres, y una Corte tan augusta y tan florida como Babilonia, se presenta en este instante à nuestra consideracion toda en sustos convertida, y toda en horrores trocada.

Mas ni el poder de su Soberanía, ni toda la opulencia de su Reyno, ni el resguardo de sus mas floridas tropas, ni toda la sabiduria de aquel sapientísimo congreso, ni lo alegre de aquella festiva pompa del Real convite, ni el delicioso gusto de tan delicadas viandas, ni el ruido armonioso de aquella capilla Real de una música tan apacible y tan dulce, fueron bastantes para hacerle vomitar aquel espanto que introduxo en su corazón la vision de aquella mano aparecida en su Palacio. Lastimoso espectáculo vér à un Rey que pasa del extremo del gusto, à lo sumo de un inmenso pesar: pero estas son las terribles circunstancias de aquellas últimas horas del tiempo, en que comienzan à perderse las esperanzas de nuestra vida.

O; Dios Santo, y quando acabaremos de abrir los ojos, y desengañarnos de que náda de lo temporal nos podrá ministrar algun consuelo en aquel último aprieto terrible y forzoso lance! Yo en este mismo momento me registro el interior, y solo encuentro motivos para confundirme à mí mismo: de mí mismo me salgo, y me vuelvo à todas partes: mas no descubro algun rumbo en todo lo humano por donde puedan mitigarse mis temores, aquellos mismos que en la hora de mi muerte rebatirán mi afligido corazon, quando Yo en mi triste lecho reducido à la última miseria, como en un potro de tormentos seré el objeto digno de compasion y lástima. ¡Ò si Yo acertára à lograr un rayo de aquella Divina Luz, que tantas veces me ha dado en cara su resplandor, en medio de mis mayores tinieblas! ¿Por ventura estos exemplares tristes que me presenta la Historia se escribieron por mera contingencia? ¿no es este un monumento que me dexó la antigüedad, para que vèa lo que ha sucedido atrás, y en lo que viene à parar la humana prosperidad; ¿y que no aspire Yo à lo Eterno? ¿y que tan engreído esté Yo con el mundo? ¡Ò Cielos Divinos! ¿y qué cadenas son estas que me tienen prisionero? ¿qué encanto es este? Yo vivo muy gustoso, y muy hallado con lo visible: mas no miro, ni atiendo aquella mano invisible, que en la pared de mi Cuerpo, me está es-

cribiendo el próximo fin de mis gustos. ¡Ah! que allí se asoman al parecer unos dedos áridos de un Esqueleto, con una pluma en la mano que me anuncian estar muy cerca mi muerte. ¡O mano cruel que al mejor tiempo me despojas de mis mas floridas esperanzas! ¿Donde están aora mis deleítes? ¿qué se han hecho mis gustos? ¿porqué me desampáran mis contentos? para mí ya se acabó todo lo del mundo. ¡O momentos para donde camino! ¡ò terribles instantes que me habeis de dar alcance, quando yo menos lo piense! ¡ò momentos últimos de la vida, y primeros de la eternidad! ¡Ah, gran Dios, quien penetrára el fondo de estos últimos momentos de tanta conseqüencia! Mi querido Lector, escarmienta tú en cabeza aiena: acerate à la cama de un mundano agonizante de aquellos muchos que arrebatá la Muerte en su mejor privanza, y mira quanto costo le tiene el desprenderse de lo visible: atiende, advierte, que aquella mano de Babilonia es el relox que apunta las horas de la vida, y quien sabe si ya te señala la última con el dedo, y con esto dará la última campanada: aquella escritura conmigo, y contigo tambien habla: la sentencia de muerte desde el principio del mundo está firmada sin recurso ni apelacion, con sola la diferencia de no saber quando llegará este quando, en que la Muerte metá su mano à nues-



tras casas para darnos el santiago: mas está incertidumbre, es nuevo estímulo para incitarnos à lograr la preciosidad del tiempo.

## CAPITULO XIV.

### *EL PROFETA GAD EMBAXADOR de la Muerte en el Palacio del Santo Rey David.*

**D**espues que el ínclito y generoso Rey David habia coronado sus ciens de laureles en tantos triunfos y campañas, en que su valor siempre victorioso reprimió el orgullo de los enemigos del escogido Pueblo de Dios: despues que los Reales pendones y vanderas de sus militares tropas à que estaban asalareadas las felicidades, habian colgado de las alménas de su Palacio los victores y aclamaciones de sus mas oélebres y ruidosas campañas: despues de haver esgrimido brazo à brazo con la fiera braveza de los Osos: despues de haver desquixarado à los Leones, y derrivado en tierra à los Gigantes: y en fin, despues de haberse vencido à sí mismo, no queriendo vengarse de un enemigo tan terrible como Saúl (que fue la accion mas heróica, y la piedra mas preciosa de las muchas que brillaban en su Corona:) quando ya el Reyno todo, y la Corte gozaba los frutos de la guerra con

suma tranquilidad: quando el Rey todo lo habia vencido, no pudo vencer el repentino golpe de una gravísima tentacion, que le dió asalto de improviso; (y la llamo tentacion, porque segun el Historiador Sagrado en el Cap. 21. del Paralipómenon, fue influxo del tentador Satánas que envidioso de las glorias de David le puso en el corazon el numerar à todo el Pueblo de Israél: 1) para cuyo efecto dió sus Reales órdenes à Joab Comandante general de sus armas y demás Gefes principales de su Exército, encargándoles la prontitud en la execucion de la Real orden.

El General receloso de que esta providencia pudiera tener fatalísimas conseqüencias, con todo respeto y veneracion procuraba disuadir del intento à su Soberano; pero como al pensamiento de David estaba agregado el poder irresistible de un Monarca, prevaleció la orden del Rey, aunque por entonces iba desordenada.

Esta providencia que en los ojos de los sabios políticos del siglo pudiera calificarse por razon de estado, y buen gobierno, sabemos por testimonio auténtico de la Escritura, que fue reprobada en el Supremo Tribunal del Altísimo.

Despues que le pusieron en sus Reales manos el Padron de ochenta mil Soldados Israélitas de los

mas fuertes y veteranos en la milicia, y cinquenta mil Judios, ( segun consta del segundo Libro de los Reyes, ) <sup>a</sup> comenzó David à sentir unos interiores látidos en su corazon, como una de aquellas sofrenadas con que la conciencia misma nos acusa y reprehende nuestros hechos: por cuya causa empezó à hacer actos de contricion, y à pedirle à Dios mil perdones de su yerro cometido. Estaba el dolorido Rey muy fervoroso comenzando su confession, quando se le fue entrando por las puertas de Palacio el Profeta Gád Embaxador de la Muerte, acompañado de tales circunstancias, y con aparatos tan terribles que hicieran desmayar al corazon mas alentado: el curioso que quisiere vér los efectos que causó esta embaxada registre con cuidado la estampa que se presenta al principio de los Breviarios: alli verá un Rey compungido y humillado, un instrumento músico, pero en silencio: un vetro, y una corona por los suelos: y últimamente un Angel con una espada, una espiga, y una cadávera en las manos: ¡Ó que espectáculo tan triste! mas luego que el Embaxador le hizo saber al affligido Monarca como en castigo de su delito determinaba la Muerte entrar en sus Dominios, ò con los estragos de una sangrienta guerra, ò con las tribulaciones de una hambre, ò con los horrores de una peste: y que de estos tres partidos le daba opcion para elegir el

<sup>a</sup> 2. Reg. Cap. 24.

que menos le incomodara: aquel corazón que nunca conoció la cara al miedo con haber visto tantas veces muy cercana la Muerte en tantos riesgos y peligros, no pudo menos ahora, que acobardarse, y llenarse de angustias con semejante embaxada.

Poco tubo que deliberar en la elección, pues como tan experimentado en las antiguas Misericordias del Señor, tomó por partido que Dios con sus propias manos vengara sus agravios, antes que caer en manos de los hombres, y que entrara la Muerte à sus Estados en el carro triunfal de la pestilencia para apear á todo su Reyno: desde aquel mismo instante no representaba otra cosa el florido Reyno de Israël, y de Judéa, que un hospital de míseros y achacosos dolientes que en breve espacio de tiempo pasó à ser un Campo santo y Osario de la mejor flor de los Israëlitas, pues en el término de tres dias que duró el rigor de la peste alzó la Muerte tan abundante cosecha que se llevó à los Sepúleros à setenta mil Vasallos del Señorío de David.

En este conflicto de mortandad tan horrible, que cubrió de lutos, y llenó de tristes llantos à la hermosa Jerusalén, el Rey estaba indeciso si la Muerte vendría à su Palacio; pero solo llegó hasta los umbrales de las puertas: y creo que hubiera pasado mas adentro, si enternecido el Señor de las plegárias de David (que era el benjamin de sus ca-

ricias) no hubiera mandado al Angel executor del castigo, que embaynára la espada, y desterrára à la Muerte, y à la peste de los contornos de Jerusalén. El Rey con las mas venerables canas de su Reyno desnudo de la investidura Real de Soberano, cubiertos de cilicios, y saos penitentes, postados por los suelos en la muy adorable presencia del Rey de los Reyes confesó ingenuamente su yerro, con que merecio que bolviera à su Palacio el Profeta Gád, no ya como Embaxador de la Muerte, sino como Angel Nuncio de la paz y serenidad: ordenándole que levantára un Altar, y ofreciera un Sacrificio, como reverente accion de gracias por tan grande beneficio.

## REFLEXION.

**P**Ocos dias antes que llorára Jerusalén el golpe de la referida calamidad, se me representa David sentado en su docél, dando órdenes à Joab, para numerar à todo el Reyno de Israël: Señor (le dice Joab) mire vuestra Magestad, que esta providencia puede tener malos efectos, y que por ventura no agradará tanto à Dios, como vuestra Magestad lo piensa: que se cumplan las órdenes del Soberano, es lo que importa (respondería David en este caso:) el obèdiente Vasallo se salió del camarín à poner en práctica los preceptos de

su Señor; à penas se habian executado los Decretos del Monarca, quando la Muerte que de todo punto estaba prevenida con la espada en la mano, subió la escalera de Palacio, y sirviendo de Sumiller à David, le corrió las cortinas para hacerle vér su yerro. ¡Ah, que en llegando à nuestras casas la Muerte nos harémos de un claro concimiento de nuestros defectos! à la luz de la eternidad que ya en aquellos últimos instantes comenzará à esclarecer nuestros entendimientos, y conocerémos con evidencia, que no eran leves las culpas que merecieron penas tan graves, y que muchas veces las culpas veniales proporcionan la entrada, y abren el paso franco à las graves. Una calenturilla lenta al parecer de poca importancia, fue à la sordina tomando mucho cuerpo hasta que despojando à la naturaleza de todo su vigór, le ocasionó el grande mal de la muerte: asi el pecado venial que se mira con tan poco temor, y con tanta indiferencia, irá debilitando el calor del espíritu, y disponiéndonos poco à poco hasta ocasionarnos la espiritual muerte del Alma, que es el resumen de todos los males.

Mas no quiero por esto suponer que el pecado que ocasionó à David, y à su Pueblo pena tan grave, fuese leve: San Ambrosio, Séverio Sulpiciano, con Tirino, citados de Hays, asientan

que pecó David por el tributo que cobró de sus Vasallos por sola su autoridad, sin tener necesidad para ello, y por ostentar su grandeza; lo que dichos Autores condenan por culpa grave: solamente quiero dar à entender que la culpa venial puede ser principio, y ocasion para gravísimos daños: como una casa que por una gotera leve le comenzó su daño, y gota à gota, vino à dar en tierra con toda la fábrica. El pecado venial no priva de la gracia, pero provoca à Dios en castigo de nuestra tibieza à retirarnos sus auxílios, que es lo mismo que disminuirnos las fuerzas: por una venialidad me privará Dios de un buen consejo, de un Predicador que me desengañe, de un libro espiritual que me despierte, me negará sus luces, y me irá retirando aquellas ayudas de su gracia, con que insensiblemente llegaré à vérme, quando Yo menos lo piense, en evidente peligro de perderme.

## CAPITULO XV.

*ISAIAS EMBAXADOR DE LA MUERTE  
en la Corte de Ezequías.*

**Q**Uando el Santo Rey Ezequías pensaba que la Muerte estaba muy distante de su Persona, se introduxo en su Palacio un Profeta, que iba à darle una embaxada por parte de la Em-



*Dispone Domine Deus, quia mortuus es, et non  
vivas: 4 Reg. Cap. 20. Apoc.*





peratriz de los Sepulcros, con que en mucha parte se marchitaron aquellos triunfos que habia conseguido en la célebre victoria contra las armas de los Asirios, y se vió desamparar en un momento aquel júbilo, que baña el trono de los Soberanos en semejantes funciones: 1 antes que llegara Isaías à su Palacio, habia recibido el Rey un corréo por la posta que era el accidente, que ya se hallaba muy apoderado de su cuerpo, con órden muy estrecha para que desquisiándolo del trono y de la cumbre de la humana prosperidad, en ombros de quatro Caballeros de aquellos que se intitulan grandes de primera clase, lo conduxera para el Sepulcro donde aguardaba su Real Cádaver, y para en caso de que hallara alguna resistencia de parte del Monarca, le ordenaba que implórase el auxilio de otros achagues hasta quitarle la vida. 2

El consternado Rey acosado de dolores, y convatido de un torbellino de tristes pensamientos, que le llenaban de amargura toda el alma, ni dexaba de sentir la gravedad del accidente, ni de conocer que su peligro iba tomando aumentos por instantes: pero, ò ya fiase en la pericia y destreza de su Real Proto-Medicato: ò alimentado con las alagueñas esperanzas de haber visto salir à tantos de los mismos pe-



1 4. Reg. Cap. 20.

2 *Ægrotavit Ezechias usque ad Mortem. Ut supra.*

ligros, no se daba por entendido aún teniendo à la vista los mas claros indicios de su Muerte: esta no pudiendo sufrir el pernicioso disimulo con que el enfermo Rey se portaba, sin tratar de disponerse para dar principio à la terrible lucha en que aún los mayores Santos se fatigan, le remitió por Embaxador al Profeta Isaías, intimándole que en este tratado sin andar con rebosos ni rodéos le hablara al Rey con claridad, y lo desengañara de que ya era llegada la hora.

El Embaxador que nunca se acobardó de hablar la verdad en presencia de los Reyes, como se habia merecido tanta aceptacion en la Corte, por el esplendor de su vida, y por el carácter de Profeta, tubo fácil entrada en el camarín donde estaba el enfermo: se acercó al lecho del afligido doliente, y podemos suponer, que corriendo las ricas cortinas que ocultaban la mas poderosa Persona de la Monarquía, rodeada de mil angustias, y fatigada de las humanas miserias, despues de haberle rendido los mas profundos respetos, se acercó mas à la cama, y como que queria hablarle alguna cosa de secreto que le importaba, le dixo: que tratáse quanto antes de disponer las cosas de su Palacio porque en breve tiempo habia de morir. 3

¿Qual sería el susto que sorprendió el magnánimo corazon de aquel generoso Rey con tan

3 Dispone domui tua: quia morieris tu, & non viues. *Ubi supra.*

impensada novedad? lo podémos colegir de los mismos extremos, que manifestó el Rey en lo exterior al escuchar esta embaxada: pues dice la Sagrada Historia, qu bolviendo el semblante à un rincon de camarin, sin poder contenerse comenzó à regar la çama con el llanto de sus ojos. 1

Mas aún viendose el Rey ya desauoiado no solo en sentir de los Médicos de la tierra, sino tambien del Profeta que se miraba como un oráculo, no perdió las esperanzas de mejorar su suerte: y à la verdad que no le salieron falidos sus arbitrios, pues apelando al Consejo Divino, y Supremo, aniquilado todo, y humillado en la presencia del Rey de los Cielos presentó un memorial escrito con sus lágrimas, en que pide prolonga de la vida, y para conseguirla, alega por mérito la rectitud de su corazon, y su vida irreprehensible: 2 y como en el Tribunal de aquel Señor à quien apeló, en habiendo buenos servicios, hai tambien buenos despachos, salió bien despachado el memorial, con prolonga de quince años mas de vida, para que aumentara las glorias de la Casa del Señor.

## 2

1 Convertit faciem suam ad parietem, fleuit itaque Ezechias fletu magno. *Ubi supra.*

2 Memento Domine quæso, quomodo ambulaverim Coram te in iustitijs & corde perfecto. *Ubi supra.*

*REFLEXION.*

**D**espués de pasado el florido curso de nuestros días llegará por último el día triste y funesto, en que llegue à nuestras casas la última enfermedad, corréo ejecutivo de la Muerte: al instante comenzaremos à formar un gran concepto, así de la suma estima de las cosas eternas, como de la vileza de las temporales; pero este conocimiento servirá acaso entonces de aumentar nuestras angustias: la dignidad, el honor, las riquezas, y todo el esplendor de las glorias del mundo nos irá desamparando con la misma brevedad con que se nos irá acercando la Muerte. ¡Ay tristes de nosotros! que tirados en el lecho de nuestras miserias, si faltáre un Médico temporal, la misma gravedad del accidente nos dirá con claridad, que tratémos de disponernos por que sin remedio nos morimos. ¡O! quien pudiera responder en semejante lance, lo que un gran Siervo del Señor respondió al Médico, quando éste le ordenó que se dispusiera porque su mal era incurable: Toda la vida (dixo el Justo) no he tratado de otra cosa, sino en disponerme para este lance. ¡O que consuelo para el Alma! mas que lástima que sean tan pocos los que pueden prorrumpir estas palabras: si la vida de los Justos ha sido tan distinta de la nuestra, es preciso que nuestros pensamientos sean muy diferentes de los suyos en llegando la par-

tida. Justo era Ezequías, y llora, y se entristece quando le tratan de morir: ¿quantas lágrimas nos costará entonces el no haber tratado de santificarnos, y el haber perdido el tiempo, que merecia la atencion del negocio mas importante? ¿quales serán nuestros sentimientos al escuchar aquella voz, con que se nos íntima separarnos de todo lo visible, y divorciarnos de aquellas prendas en que depositamos nuestros afectos que eran el encanto de nuestros amores? Reservo la respuesta para quando lleguemos à vérnos en aquel último conflicto: entonces ya es preciso apelar de lo humano, à lo Divino, y acordarse de aquel Dios, que tal vez tubimos tan olvidado mientras duraron los gustos de la vida: los gemidos, y los suspiros, irán volando para el Cielo: se presentarán muchas oraciones, y muchos memoriales implorando el socorro de los Santos, y las misericordias del Altísimo; pero si à los Santos los tenemos desobligados, y al Santísimo lo tenemos gravemente ofendido, ¿qué podemos aguardar en una situacion tan lastimosa?

Ezequías halló buen despacho, y qualesquiera lo hallará en aquella hora si su memorial se funda en un cúmulo de merecimientos, y de servicios como los suyos, ¡pero ay! y quan distantes estamos nosotros de presentar estos alegatos! ay! ay! ay! que mucho temo, y con justos motivos me rezelo que si no me doy prisa à mudar de vida y de cos-

tumbres, mis oraciones en la hora de la Muerte, serán execrables, y por mas que llame como las Virgenes necias, me dirán: que no hai lugar, y que ya están cerradas las puertas.

Al escuchar Ezequías el aviso de su muerte buelve el semblante à la pared, como en ademán de que renunciaba todas las cosas visibles del mundo: si esta accion, no supusiera la santidad de su vida, nada le importara; porque renunciar al mundo, y todos sus gustos despues de haberle dado gusto al mundo, y de haberle servido como esclavo, es comun en todos los Pecadores, que quieren convertirse en la hora de la muerte, habiendo servido al mundo toda su vida: es lo mismo que dárle al mundo la carne, y reservar para Dios los huesos: es lo mismo que querer entrar al Cielo por el camino del Infierno: renuncian el mundo, pero à mas no poder: como el navegante que arroja su tesoro à la mar, por librarse del peligro: ¡Ó miserables almas mundanas! ¿quién os ha engañado con tan grave perjuicio de vosotras mismas? vosotros los carnales sois pecadores de setenta años, y en la hora de la muerte quereis ser santos en un instante: nadie se engañe, nadie se engañe de mis Lectores, que ser santos en la hora de la muerte, despues de una vida relaxada y perdida, ( aunque no es imposible, es muy dificultoso ) porque este favor de esta necesaria gracia es tan singular, y tan raro, como ex-

traordinario de la Misericordia Divina; y le ha de pesar en la hora de la Muerte, si abraza el partido de estas perniciosas máximas, y no trata con tiempo de disponerse para aquel lance, à cuya experiencia lo remito.

## CAPITULO XVI.

### *SE VISTE LA MUERTE DE GALA para asistir á la Cabecera de un Justo agonizante.*

**C**ansado un Justo de exâtar tiernos suspiros por su verdadera Patria el Cielo, como quien desea con ansias colocar el Alma en su verdadero centro, y reposo, le pidió à la Muerte se dignara de visitarlo, poniendo término à la carrera de sus dias: la Muerte deseosa de llevarse una vida tan apreciable, en el mismo punto que tubo la noticia de la misma inocencia, de la misma gracia, heróicas virtudes y merecimientos del Postulante, se comenzó à vestir de ricas galas, para presentarse à la vista del Justo, con toda aquella incomparable hermosura que se dexa suponer con semejantes adornos: ¡Ah! dichosos aquellos que tubieren la suerte de vér à su Muerte con semejante ropaje: encaminó sus pasos la Muerte à la cámara donde el Justo estaba en su pobre lecho doliente: no acelerada y de prisa,



como acostumbra quando visita à los ímpios; sino con aquella pausa, y serenidad con que mueren los Santos: al entrar por las puertas de aquel pobre aposento, donde estaba el rico tesoro de aquella Alma, se dexó vér la Muerte tan llena de resplandores, tan apacible, tan linda, tan peregrina, tan agraciada y tan bella, que al mismo Dios dexó enamorado su estupenda hermosura, y dixo el Señor, ingenuamente: que de quantas cosas se le presentaban en el mundo à su vista, una de las mas preciosas, y de mayor belleza, era la Muerte de sus Santos: *Præiosa in conspectu Domini, mors Sanctorum ejus.* <sup>1</sup>

Llevaba la Muerte en la mano siniestra unas llaves doradas, y en la mano derecha una cristalina copa, con una dulzura como ambrosía: y acercándose à la cama donde el Justo con ánimo inalterable exercitaba entre dolores los actos mas heróicos de la paciencia; con semblante risueño le dixo la Muerte: que ya era llegada la hora de su partida; no se turbó el Justo viendo à la Muerte tan cercana, porque en tales lances es muy propio de los malos turbarse con semejantes noticias: antes sí, palpitándole el corazon, con la exôrvitaneia del gozo que redundaba en el Alma, usurpándole à David las palabras de la boca, prorrumpió diciendo con tiernísimos sentimientos: *Letatus sum in hiis, quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus.* <sup>2</sup> he me

1 Psalm. 115, v. 15.

2 Psalm. 122, v. 1.

alegrado, y regocijado con esta nueva tan festiva y tan alegre, que me anuncia muy cercana aquella hora tan dichosa, y tan deseada de mi Alma, y aquel momento feliz, en que aligerado de la pesadumbre del Cuerpo, he de volar à la espaciosa region de la Eternidad, y entrar en la casa de mi Señor à coronar mi frente de dichas, y eternas felicidades.

Bendito sea Dios: que ya se acabaron los trabajos, las mortificaciones, las penitencias; pero ¡o y quantos consuelos me han dexado en estos ultimos instantes de la vida! ¿Qué temores, qué sobresaltos, y qué sustos circúndáran aora mi triste lecho, si hubiera condescendido Yo à los extraviados antojos de la carne? Pero bendito sea Dios, que me dió fortaleza para refrenar mis pasiones: ¿Qué sentimientos tan distintos fueran los míos en este lance, si hubiera malogrado aquel auxílio, que me hizo resolver enteramente, à emprender una vida christiana, y abrazarme con la Cruz de Jesu Christo? De que me sirvieran aora todos los plácemes de la vida que encantan, y alucinan à los mortales. ¡Ah! que todo el mundo me parece aora un atomo imperceptible, y toda su gloria un poco de humo que en breves instantes se dicípa, y se desvanece! aora conosco quanto importa el salvarse cueste lo que costare: ¡Ó dichosa penitencia à quien le espera, un premio eterno! alegrate, que ya te acercas à la

corona: en breve tiempo entrarás victoriosa triunfando sobre las estrellas: perdona, perdona Cuerpo mio, el mal trato que os he dado: si te prohibí los gustos que me pedias, fue por evitarte una perdicion eterna de insufribles y sempiternos males: si te he mortificado, no ha sido otro el motivo, que hacerte participante de aquella gloria, que le espera à mi Alma por la bondad de su Criador, de que algun dia me dareis las gracias, y por ventura me dareis las quejas, de no haberte mortificado mucho mas para gozar mas, y mas de los perennes deleítes, y verdaderos gustos de la Patria.

Entre tanto que la Muerte se va acercando mas à la cabeza del Justo, aquella Alma Santa se abrasa en amorosos incendios por llegar à unirse con el Sumo Bien, y beber en su origen el dulce regalado nectar del Divino Amor, que hace, y hará siempre dichosos, y eternamente felices: à los que gustan de aquella fuente de inefables delicias: súspira, como suspiraba David en semejante ocasion, quejándose del tiempo por parecerle que le retardaba sus deseos, y el fin de su destierro: *Hevi mihi, quia incolatus meus prolongatus est*; <sup>1</sup> crecen sus ansias por instantes, porque ni el fuego está bien hallado quando está fuera de su esfera, ni la piedra quando está fuera de su centro, ni el Alma del Justo mientras no descansa en la vision. Beatifica: con-

<sup>1</sup> Psalm. 11. 7. 5.

vida à la Muerte, y aún le ruega para que llegue a romper quanto antes aquel hilo fragil de que está pendiente su vida, que es el único embarazo que le impide la hermosa vista del celestial Paraíso.

Pero viendo à la Muerte con las llaves en la mano, se comienza à dar los plácemes y enhorabuenas, y à pedirle à su Alma las albricias, porque ya la Muerte viene à sacarla del calabozo del Cuerpo, à romper las duras prisiones de la carne, librarla del triste cautiverio de tantos años, y abrirle las puertas de aquel ameno, y florido Reyno de los Cielos, que ha sido el blanco de sus ardientes deseos.

Y aunque es verdad que à la hora de la Muerte, aún à los mayores Santos no les faltan sus temosillos, originados de algunas faltas ligeras; pero esto mismo que pudiera causarles alguna pena, antes les sirve de acrecentar mayores merecimientos, exercitando los actos mas heróicos de una viva fé, de una firme esperanza, y de una profundísima humildad, aniquilados en el conocimiento de su nada, y de sus defectos, con que se hacen mas agradables en el acatamiento del Altísimo: verificándose al pie de la letra lo de San Pablo: que à los verdaderos amantes del Señor todas las cosas les redundan en su mayor bien: *Diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum* 1.

¡Qué espectáculo tan dulce para el Cielo, ver à un Justo tirado en su pobre lecho, burlándose de todas las astucias del Infierno! lloverán tentaciones, y por ventura serán las mas fuertes y terribles; pero por mas tentaciones que le cerquen la cama, el Justo (dice el Espíritu Santo) será sostenido, y protegido de tantas tropas auxiliares, quantos son los socorros de la gracia, que Dios le tiene preparados para aquel último trance: *Justus si morte preoccupatus fuerit in refrigerio erit.* \* Ni los dolores del accidente inmutan la serenidad de su Alma, y antes le sirven de acrisolar su invicta paciencia: llega la hora dichosa en que el Justo se regale con las dulces delicias del Augustísimo Sacramento; pero entre tanto que las campanas con alegres festivos repiquetes anuncian la venida del Amor hermoso, à visitar al enfermo, retirémonos un poco; no tanto, sentidos de que el Justo se nos muera, sino de que nosotros no procurémos morir como los Justos.

## CAPITULO XVII.

### SIGUE LA MATERIA DEL PASADO

**E**L sonoro estruendo de los repiques que ya le anuncian próxima la venida del mismo Rey de la Gloria, despiertan en el Alma del Justo los mas vivos sentimientos de aquella adorable Magestad, que por un exceso de su amor para con los hom-

\* Sap. Cap. 4. v. 7.

bres se quedó en el Augustísimo Sacramento, como compendio, y cifra de todas sus maravillas: y al vér entrar por las puertas de su aposento aquella Soberanía de infinita grandeza, que no cabiendo, ni en los Cielos, ni en la tierra, lo reduxo su ardientísima caridad à la reducida esfera de una Hostia inmaculada: hallándose insuficiente para dignamente agradecer tan singular beneficio, apela al resto de las criaturas, que formó su diestra, para que le ayuden à bendecir à su infinito Bienhechor: mira, y remira con una viva fé al mismo que vieron, y adoraron los Reyes del Oriente en el Portal de Belén, sin mas embarazo que una cándida còrtina de nevados accidentes que ocultan tanto, y tan estupendo prodigio de hermosura: à la vista de dignacion tan infabable se le desatan los ojos en dos fuentes de finísimas lágrimas, con que nos da à entender, que aquel Pecho se abrasa, y se derrite en purísimos incendios, estando à la cercanía del Divino Sol de Justicia.

Entra en el pecho del enfermo, el embelezo de los Cielos, la alegría de los Justos, el regocijo de los Angeles, el encanto de los Seráfines, y el objeto digno de los mas tiernos amores de su Eterno Padre: comienza el enfermo à saborearse con aquella regalada vianda, y à gustar los admirables efectos de aquel Eucarístico Bocado: y Jesus colocado en el pecho enamorado de aquel Justo, à regalarse con las delicias que tiene su Magestad con las Almas Santas de los

hijos de los hombres: ¡Ó que Pasquas tan alegres se les previenen à los bucaños, quando llegue este dichoso dia! Qué delicioso será el Pan de los Angeles en aquellas últimas horas, para los que han vivido como Espíritus Angélicos? Dichosos los Justos à quienes se prepara tanto mar de dulzuras, y tanta lluvia de bendiciones. ¡Ó, y si Yo fuera tan feliz que mereciera la suerte de hacerme participante de algunas migajuelas, de aquel último, y celestial Convite!

Despues que Jesu Christo dexa aquella humilde choza bien proveida de socorros, dándole al Justo en su Cuerpo Sacramentado, una prenda de la futura Resurreccion de su Carne, y de la futura gloria de su Alma, se retira à su Sagrario, sin desamparar al enfermo: entre tanto la Muerte comienza à boltrear la rueda poco, à poco, para ir recogiendo el hilo del tiempo, y apresurando los instantes hasta llegar al último cabo de la vida: aprietan los dolores del accidente; pero derramando la Muerte sobre la cama del doliente media copa de celestiales consuelos, parece que está el Justo (mas que en Calvario de penas, en el Tabor de sus glorias) lo arrima à los labios la otra media, con que comienza à gustar los perennes deleítes de aquella felicidad eterna que le espera: crecen las fatigas del Cuerpo, pero siempre muy inferiores à la serenidad de su ánimo: se multiplican las angustias, pero tambien se aumentan los socorros: arroja de quando en quando unos tiernos

súspiros, con que nos da à conocer, que aquel corazon está bien herido de las dulces flechas del Divino Amor: levanta los ojos, y tiende la vista ácia à aquel campo de luces, y matizado de brillantes lueros, que sienpre fue el objeto de sus mas nobles afectos, y ternuras: parece que ya divisa abiertas las puertas del Empíreo; y à todas las Gerarquias, que prevenidas con alegres instrumentos están prontas para darle repetidos plácemes, y parabienes de su incomparable dicha: y al vér tanto, y tan festivo aparato, súspira segunda vez, por que acabe de llegar aquel último instante en que ha de volar à la elevada cumbre de la vision Beatífica.

Comienza à padecer unos parásismos tan suaves, que mas parece à los circunstantes que se duerme, y que reposa tranquilo; que no que se muere, y que agoniza: le presentan à su vista, y le ponen en su mano una bella copia de un adorable Crucifixo, pero esto es lo mismo que avivar sus incendios, y atizar mas aquel fuego Divino, en que se abraza su corazon en mil ternuras, y finezas; como el Sol, que mientras mas cercano al Occidente, despide mas ardientes sus rayos. ¡Ó, y que bien que dice en la hora de la muerte un Crucifixo en la mano de aquel que supo ajustarse à las maxîmas del Crucificado! Que consuelo tan grande en aquellos últimos momentos adorar y besar aquellas Sacratísimas Llagas, en que sabe de cierto, que tiene seguro



su refugio: que júbilo al escuchar de la boca del Sacerdote aquellas dulces palabras: *Proficiscere anima christiana de hoc mundo, &c.* en que le anuncian que ya está con el pie en el estrivo, para caminar à la Gloria? como si le dixeran à un Príncipe generoso, que cautivaron los Moros, que ya era llegada la hora de salir de prisionero, y restituirse à su Reyno: ò, como si à un valeroso Soldado despues de haberse señalado en la guerra con acciones muy heróicas, le dixeran: que su Rey lo llamaba à la Corte para darle una digna, y gloriosa recompensa de sus fatigas.

Por último: llega aquel momento que lo ha de unir con Jesu Christo: hace la Muerte la contraseña al verdugo del accidente; y entre suaves desmayos, y dulces deliquios, inclinando al pecho la cabeza depósita en las manos de su Angel Tutelar el rico tesoro de su Alma, para que entregue esta preciosa alhaja à su legítimo Dueño. No causa horror aquella apacible estancia donde está el venerable Difunto, antes todos corren apresurados à venerar su Cadáver: se retiran embidiosos, de lograr una Muerte tan preciosa como aquella. Yo tambien confieso que al escribir este Capitulo, me ha entrado una santa embidia, así de su dichos: Muerte, como de su preciosa vida: la Muerte es consecuencia de la vida, y segun es la vida es la muerte: quiero vivir bien, para morir como deseo.





*Nunc vero reminiscor malorum, quae feci: 1. Mac. 9*

## CAPITULO XVIII.

*SE VISTE LA MUERTE DE DISTINTO ropaje, para presentarse à la cabecera de un Pecador, envejecido en sus culpas.*

**A**quel Señor que calificó la Muerte de los Justos por una cosa muy preciosa de las que se registran en el mundo, nos entra aora diciendo por la boca del mismo Sagrado Oráculo: que una de las cosas mas abominables, espantosas y feas, de las que se presentan à sus Divinos Ojos es la indigna Muerte de los Pecadores: *mors peccatorum pessima.* 1

Imagínense mis Lectores un Cadáver podrido en la Sepultura, pero es poco: pueden imaginarse una fantasma cubierta con las mas lóbregas sombras de una funesta noche, y que al desplegar las negras balletas, se dexa vér, entre verdiosas y pálidas luces, una muger cubierta de inmundísima lepra, con la mano en la mexilla, tan triste y tan afligida, que parece un vivo retrato de la meláncolia, pero es poco aún todavia; para formar algun concepto de la horrible fealdad de la Muerte de los ímpios, se ha de formar en la fantasia una estatua sin vida, vestida de la horrenda monstruosidad de todos los vicios, de los ascos abominables de una desenfrenada luxuria, de los tristes horrores de que

Q

1 Psalm. 33. v. 22.

se viste el pecado: estos son unos quantos coloridos con que se presenta la Muerte, à la vista de los pecadores, para dar al traste con todos sus transitórios gustos.

Mas es de advèrtir: que la Muerte se presentará à su vista, mas ò menos horrenda, arreglándose à la mayor, ò menor malicia, y multitud de sus culpas. Es tanto el odio, y el horror que Dios tiene à semejantes muertes, que las detesta, y las abomina, como la cosa mas desagradable, de quantas pueden acontecer en este mundo; este mismo Señor que admitió gustoso la Muerte, y una Muerte que por ser tan inhumana, pudiera no ser tan apetecible, es tanta la nausea que le causa la Muerte de los pecadores, que por no vér su abominable rostro, les dice, y se las tiene jurada à los miserables, de que en llegando aquella hora (que es la hora de la Muerte) no lo busquen, porque se ha de ausentar del aposento por no vér aquella Muerte tan iniqua, como su vida. 2 Mas el no querer hallarse presente en aquellas horas, en que ya comienza el Pecador enfermo à despedirse del mundo, no es otro el motivo, sino porque sus Divinos Ojos, no pueden sufrir las circunstancias pecaminosas, de que se reviste la Muerte de los desventurados Pecadores, lo que declaró el mismo Señor en las palabras siguientes: *Et in peccato vestro moriemini.* 3

2 Quæretis me, & non invenietis. *Joan.* 34. v. 56.      3 *Ubi sup.*

Con semejante ropaje encamina la Muerte sus pasos à la casa del desdichado mundano, à quien ya tiene en una cama cercado de miserias, y por lo regular suele ser tan violenta su venida, que cogiendoles de sorpresa, comienzan los familiares à andar à las carreras: se aprietan las manos, y toda la casa se pone en grandísimo cuidado; pero todo esto solo sirve para consternar el ánimo del paciente, y para aumentar angustias à su afligido corazon: pero ya es preciso darle al enfermo la triste y dolorosa nueva, de que la Muerte por instantes se le avecinda: ¡mas ay Dios! que al escuchar semejante noticia se le demuda el semblante: ¿Qué reflexiones hará entouces el miserable, que si las hubiera hecho en el tiempo de la salud, no le fueran tan amargas, como le serán en aquellas últimas horas? ¿Qué concepto hará entouces tan distinto, de aquel errado juicio, en que vivió mientras se mantubo enfrascado en las vanidades del mundo? ¿Qué idéa formará en aquellos tristes momentos de la preciosidad del tiempo, y del valor incomparable de las cosas eternas? ¡O, qué golpe de tristes aprehensiones se le entrarán de improviso à turbarle la fantasía! ¡Ah pobre infelíz: que en aquella hora todas las cosas se conspiran para affigirle! Se trata ya de disponerlo; pero como en cierto modo es decirle que se muere, y que ya sale desterrado de este mundo. divorciado de to-

do lo visible, aquel su corazón es reducido à una prensa de tan terribles angustias, que parece que se ha desplomado sobre aquel infelíz hombre la dura solidés de todas las peñas, y la basta pesadumbre de todos los montes: ¡Ó excomulgados gustos, y malditos deléites que conducen al Pecador à tan lastimosa suerte!

Véis aqui, amados Christianos míos, à donde ván à parar aquellas vanas idéas, y felicidades, que sueñan los mundanos: se acaba la Comedia, y en llegando la última jornada de la vida, representan el papél mas triste, y el espectáculo mas lastimoso, en el reducido teatro de un rincón del aposento: ¡Ay, mi Dios, y que ha de llegar forzosamente un paso tan terrible, à un hombre, que vivió segun las leyes de la carne! Mas en fin, es preciso disponerse para morir: pero à la verdad ¿qué tiempo es aquel para disponerse, quando à penas dan lugar los dolores del accidente para quejarse? ¿como gobernarà entonces el desdichado el negocio de los negocios, y de la mayor importancia, en vista del poco tiempo que le queda, y que ya mira à la Muerte tan proxíma, y sin remedio? Infelice criatura digna de toda lástima: quedate abi abandonada al dolor, y hecha presa de aquella bravísima fiera de tu conciencia delinqüente.

## CAPITULO XIX.

*SIGUE LA MATERIA DEL PASADO.*

**D**espues de una Confesion acelerada, como se acostumbra en semejantes lances, podemos darle de barato que venga à visitarlo Jesu Christo en el Sacramento: posible es que aquel Señor derrame sobre el infeliz, el rico caudal de sus misericordias; pero el clarísimo desengaño de que, segun es la vida, es la Muerte, tendiendo la vista à la vida pasada, le hará estremecer este pensamiento.

Todo se conjura entonces para aumentar sus congojas: los ojos llorosos de los circunstantes, el melancólico silencio de los que le sirven, la turbacion de la familia, los súspiros que se dexan caer por el suelo del aposento, la repeticion de los medicámentos, vér ya que lo van desamparando poco à poco sus mas fieles amigos, y tambien sus parientes; quando reconoce que sus háberes de nada le sirven, y que todo el mundo le es inútil, incapaz de darle algun consuelo: todo este conjunto de tan tristes circunstancias se dirige à representarle una Muerte llena de amarguras, y desabrimientos.

Por último llega la hora fatal, por mas que lo resista su voluntad, en que la Muerte se descubre à las claras, presenciándose à la vista de aquel pobre moribundo: entra por el aposento con unas llaves



en la mano siniestra, y al vér esta horrenda figura, que de tan cerca le aménaza el golpe, el Pecador se pasma, se asombra, y tal vez se abandona à las manos de la rabia, y despecho, viendo frustradas sus mas flóridas esperanzas: el repentino golpe lo sorprende, como un reo que cargado de delitos entre duras prisiones oye abrir las puertas del calabozo, y su misma conciencia le dice claramente, que ya viene el verdugo à sacarlo para el suplicio.

La Muerte lo comienza à arrullar entre sus brazos, y le da à gustar una gran porcion de aquel caliz (de que hace mencion el Santo Rey David) <sup>1</sup> lleno de la indignacion del Altísimo, que no es otra cosa, que el sumo de aquellos plácemes que al Pecador le parecian tan dulces, y en aquella hora le serán tan amargos: esta es la grandísima diferencia que hai del tiempo de la vida, al tiempo de la Muerte.

Viendolo el Sacerdote tan desmayado, y que naufraga su esperanza en un mar de temores, le pone en las manos una Imágen de Jesu Christo para alentarle, y para vér si Dios se digna de obrar uno de aquellos extraordinarios prodigios de su Omnipotencia, y de su gracia, que por ser tan raros, son tan admirables, y le dice: que siendo ya inútiles todos los remedios humanos, y que abandonándolo en aquella hora todas las criaturas, solamente en su Redentor debe poner sus esperanzas

1 Psalm. 74.

como el único consuelo, y el único refugio que le queda: que se valga de aquella Preciosa Sangre, de aquellas espinas de su Corona, y de aquella Cruz, en que le mira clavado: que se esconda en aquellas Sacratísimas Llagas, para recobrase de los horrores de la Muerte, que ya mira tan cerca: y à la verdad que semejantes palabras dictadas por un Ministro de la Iglesia no pueden menos que infundir mucho consuelo, y mucho aliento, para quien en los últimos años de su vida, à lo menos procuró reformar sus costumbres: ¿pero que sentimientos tan distintos causaràn estas palabras en aquellos malos Christianos, cuya vida pudo servir de escàndalo a los mismos gentiles?

Se acerca el infelíz al último combate, la Muerte le executa por la vida: està ya para exàlar aquella Alma afligida, solamente le ha quedado en los ojos una escasa luz, pero muy clara, para vér los excesos de su vida pasada; el sudor de la Muerte, y la fatiga indican muy proxîma la destruccion de aquel edificio: à penas percibe ya el oïdo aquellas palabras, con que el Ministro le anuncia ya, la partida: camina, Alma Christiana, de este mundo à la eternidad ; Ah, que despedida tan dolorosa, y qué à Dios de tan poco gusto! No puede dexar de ser muy amarga esta separacion, para los que están muy hallados en el mundo: *proficiscere*, apàrtate: ¿Luego ya se acabó todo? ¿luego no resta ya

mas que morir? ¿luego es preciso salir desterrado de este mundo, para no bolver à el jamás? ¡Qué apartamiento tan dulce para los Justos, y tan amargo à los Pecadores! Ay te dexo (amado Lector mio) ese triste retablo del Pecador moribundo, luchando con las agonias de la Muerte, y los temores de la cuenta, que le espera: encarecidamente le encomiendo à tu memoria: à un lado te presento la Muerte hermosa de los Justos, y à la otra parte, la horrenda de los Pecadores: elige la que te guste: cierto, de que has de vér una, ù otra; si tu vida fuere buena, será tu Muerte preciosa: si tu vida fuere mala, tu Muerte será pésima.

## CAPITULO XX.

*MEMORIAL QUE PRESENTA*  
*la Muerte à el*  
**REY DÉ LOS CIELOS,**  
*quejándose de la ingratitude de los hombres.*

**MUY PODEROSO SEÑOR.**

**L**A Emperatriz de los Sepúlcros por medio de este Memorial en que protesta los altísimos respetos debidos à vuestra incomprehensible Grandeza, y Soberanía comparece en vuestro Juzgado en la mejor forma que por derecho haya lugar, y dice:



*Exaudi me miseram deprecantem! Judith. 9.*



Que no obstante, que vuestro Superior Acuerdo ha tomado las mas sabias y esquisitas providencias, haciendo saber à todos los Mortales, quanto les importa tener presente à la Muerte, y no apartar de su memoria, aquel último momento de la vida, à quien siempre acompaña, un conjunto de tan tristes, y medrosas circunstancias. Sin embargo, de que reiteradas veces se han publicado en los Púlpitos estos monitorios, por medio de vuestros Ministros, en presencia de los mas respetables, y autorizados concursos: de cuyo contenido, ninguno tendrá la audacia de pretestar ignorancia, quando llegue el instante de ser presentado en vuestro recto, equitativo Juicio. El Pueblo (Señor) y por la mayor parte los hombres entregados en las manos de una insénsata alegría, y arraigados en el centro de unos inconstantes gustos, y fugitivos plácemes, me tienen condenada à un olvido perpetuo, tan injurioso para mí, como nocivo, y peligroso para ellos: haciendo con esto nugatorios, y frustráncos, vuestros sabios, y adorables intentos, siempre dirigidos à promovér los mas oportunos medios de hacer eternamente feliz, y dichosa à la humana naturaleza.

Es patente (Señor) à vuestra inaccesible Luz, el prólixo destierro, à que injustamente me han sentenciado los Mortales, como si fuera Yo reo

R

de los mas atrozes, y crüciales delitos: porque aunque es verdad, que he quitado tantas vidas, y que me hallo en firme resolucion de no dexar ninguna, aunque sean de las mas brillantes que se fueren, pero en esto no llevo otra intencion, que guardarlas bien en el Sepülcro, y restituirlas despues à su legítimo Dueño, quando llegue el último dia de los tiempos, que será quando vuestra Magestad fuere servido. No solo me quejo, y me lamento de verme privada de aquel primer lugar, que debia ocupar en la memoria de los hombres: lo mas sensible es (Señor) que sin competente autoridad se ha publicado un Entredicho general, para que ni en su presencia, ni en sus casas se traten materias funestas, porque no les agrada el oír hablar de mi Persona: cerrándome de esta suerte todas las puertas, y todas las mámparas, por donde Yo pudiera insensiblemente introducirme de secreto, y desposesionar al olvido, en cuyos brazos reposan incautamente los hombres; si por ventura pretendo darles un saludable recuerdo, descargando el golpe sobre alguno de sus parientes, ò domésticos, quanto antes procuran echarlo de la casa, y apartar de su vista aquel yerto desfigurado Cádaver, en que les presento un fiel, y verdadero retrato de las inconstancias, y falencias de la vida presente, y una viva imagen de la Muerte, que no sufren sus ojos ni un instante, porque no me pueden vér, ni aún pintada: y aunque es verdad,

que por entonces se desperdician algunos sollozos, y se aparentan algunos extremos que, ò son respetos de alguna conveniencia propia, ò solos movimientos de la naturaleza; pero en el término de pocos dias ni se acuerdan del Muerto, ni se acuerdan de la Muerte.

El hombre terreno (Señor) tiene el corazón muy apegado à las vanidades del mundo, le es muy doloroso el separarse de aquellas delicias, ò intereses, que una fantástica ilusión le representa como el único centro donde están epilogadas sus glorias: no puede menos que dár pruebas evidentes de sensibilidad en todo trance, en que se le notifique que ya es llegada la hora de despojarse de aquella prenda, ò de aquel objeto, à quien habia consagrado la mas noble porcion de sus afectos, de que tengo repetidas experiencias en los infinitos que han tenido la suerte de exâlar el último aliento entre mis brazos: de aqui és (Señor) que como el tratarles de morir, ò hablarles de la Muerte à semejantes Personas, en cierto modo es cortarles el hilo de sus más floridas esperanzas, desvanecer la máquina de sus meditados proyectos, y extraviarles el giro de su imaginada felicidad, y mas alta fortuna, de aqui és (buelvo à decir:) que la noticia, y la memoria de la Muerte es para ellos un caliz tan amargo, que me abominan, y me detestan, porque à pesar de



una débil resistencia de su voluntad los he de divorciar de todo lo visible.

Y bien (Señor) los hombres debían reflexar que una fiera brava, y belícosa solamente se doméstica, y se le pierde el miedo con el continuo trato hasta familiarizarse con ella: Si la memoria de la Muerte es tan terrible, y espantosa, como ellos mismos confiesan, y públican, ¿qué efectos tan tristes, y qué impresiones tan amargas habrán de sentir quando llegue la hora funesta de presentarmeles à su vista? Pero entonces me veré precisada à ser fiel Testigo de un infructuoso arrepentimiento, y de unos mal empleados suspiros que por lo regular acompañan en aquellos ultimos apretados lances de la vida, à los que olvidados de mí, vivieron como si fueran eternos en el mundo.

Una errada conducta (Señor) apoyada de una siniestra, y falsísima opinion, en que tropieza la inconsideracion de los hombres es otra de las muchas mal pretestadas excusas con que me niegan la entrada en la sala de su acuerdo: piensan los hombres que esto de pensar en la Muerte, es lo mismo, que profesar una vida melancólica, é incompatible con la sociedad humana, y que solo puede tener lugar entre los monges, y en los Cláustros, y que es necesario desnudarse del ropage de la alegría, andar cabisvajos y pensativos: si los hombres (Señor) se dignaran de consultar à los libros, y à los que

tratan de virtud, acabarían de sacudirse esta perniciosa máxîma, que los conduce a tan miserable escollo: Vuestra Divina Magestad en virtud de una Real Cedula preservativa que se registra en uno de los sagrados, y canónicos monumentos de la Iglesia, les tiene asegurado con infalible promesa, que aquellos que se acordaren de mí, se verán esentos del pecado: 1 aora (Señor) si el origen de la verdadera alegría es el testimonio de la buena conciencia, ¿como podrá estar triste el que está en vuestra gracia? ¿Y como podrá alegrarse el que está sumergido en el pecado? luego la consideracion de la Muerte no es la que roba la alegría de los hombres como ellos se imaginan.

Quando Yo (Señor) me presentaba à la vista de aquel lúcido batallon de tantos ínclitos generosos Mártires que purpuraron la Silla de San Pedro con su Sangre, y hoy resplandecen como Estrellas en los Altares: sin embargo, de que entonces me dexaba vér en las manos de los verdugos, revestida de los mas tristes horrores, armada con cruelisimos instrumentos para probar su constancia, quando se esperaba que à la consideracion de su proxîmo fin, que por instantes ya aguardaban, se abandonaran a una inconsolable tristeza, era tanto el júbilo y regocijo que bañaba el hermoso, y sereno campo de

1 Memorare novissima tua, & in æternum non peccabis. *Eccles.*  
Cap. 7. v. 40.

sus semblantes, que era un dulce, y admirable espectáculo à todos los circunstantes. La causa (Señor) de estos diferentes efectos deduoida, y arreglada à una christiana filosofia, no es otra, que las diferentes vidas de los hombres: los unos me temen, y los otros me desean: los unos me tienen presente, y los otros, no se acuerdan de mí: los que tienen à la Muerte en su memoria, tienen la Ley de vuestra Magestad bien custodiada en el archivo de su corazon: los que están olvidados de mi venida (que será quando menos lo piensen) temen dar malas cuentas del depósito que les entregó su Señor, y ha de pedirles à su tiempo: de aqui es, que los unos se alegran, y los otros se entristecen al acordarse de la Muerte.

Tantos (Señor) son los motivos que justifican este Memorial contra la ingratitud de los hombres, quantos son los beneficios, que dérramo sobre ellos, y que jamás sabrán corresponderme: Yo les brindo una carrera tan brillante y adornada de tantas luces, quantos son los clarísimos desengaños que diariamente les subministro. Si ellos aspiran à la elevada cumbre de la dicha, ¿qué hombre mas dichoso que aquel que está bien desengañado de las vanidades del mundo à vista de la Muerte? Si ellos caminan errados por las sendas de la perdicion eterna, Yo les salgo al encuentro, y les enseño qual es el verdadero camino para el Cielo: si ellos duermen perezosos

en el lecho del descuido, y en el profundo létargo de la culpa, Yo les llamo, y los despierto con frecuentes avisos, para que quanto antes salgan de tan evidente peligro, amenazándoles con la incertidumbre del quando, y circunstancias de mi llegada: Yo les suaviso, y dulcifico todos los trabajos y todas las miserias de la vida humana, con la esperanza cierta de que han de tener fin con la Muerte: si los hombres se fatigan por la literatura, en mi Cátedra se enseña la verdadera sabiduria, que consiste en disponerse bien para morir; y esto no se puede conseguir, sino es acordándose con frecuencia de la Muerte, y teniéndola por familiar en la memoria: si se desvelan los hombres por las riquezas, Yo les ábrò los ojos, y les hago vér claramente, que todos esos incansables desvelos son unos proyectos muy errados con pérdida del tiempo, que es la joya mas apreciable, y que al fin de la vida no les permitiré sacar otra cosa de este mundo, que una pobre mortaja: si quieren subir à la cumbre de los honores, y à la eminencia de los puestos, y dignidades, Yo les demuestro con evidencia quan instantáneos, y fugitivos son esos relámpagos, y resplandores que circundan los empleos mas distinguidos, y que en la hora de la Muerte el mas virtuoso será el mas honorificado: con que los hombres me tengan presente en su memoria los preservo de la culpa, que es el mayor mal de todos los males, y por consiguiente

los libro de aquellos cruelisimos remordimientos, sobresaltos y temores que agitarán el medroso corazón de un habitual Pecador quando se véa reducido à la última miseria entre mis brazos para exalar las reliquias de su vida, y los últimos alientos; en fin (Señor) aunque à la Tiara de San Pedro es privativa la autóridad para declarar los Santos, pero en mi oficina, esto es, con mi memoria se labran: la memoria de la Muerte ha llenado los Cláustros de Religiosos, los Monasterios de Virgenes, de Monges y Anacoretas las Tebaydas y los Desiertos: la memoria de la Muerte, ha llenado de Santos, y de Santas los Altares de las Iglesias: la memoria de la Muerte es la que hace dichosos eternamente à los hombres; pero la ingratitud de los hombres es tan grande, como es patente à vuestra Sabiduria infinita: por lo que rendidamente pido, y suplico à Vuestra siempre adorable Magestad, que en vista de la justicia que me asiste, y tengo representada, en este memorial, se sirva, y se digne de provér, como hállare convenir.

De Vuestra Suprema Magestad:

*La Muerte,  
fiel Executora de vuestros Ordenes.*

## CAPITULO XXI.

*PROVEIDO AL MEMORIAL  
presentado por parte de la Muerte.*

**E**L Rey de los Reyes, y en su Real Nombre el Autor de la Obra, à todos los buenos Christianos que se acuerdan de la Muerte, os hacemos saber:

Que por quanto siempre han sido muy importantes al buen órden de la República de Jesu-Christo, y notoriamente útiles los saludables efectos que en todas las Epocas ha producido el pensamiento, y recuerdo de la Muerte, llenando los Altares de Santos; de Religiosos los cláustros, de Ermitaños los montes; y de Anacoretas las Tebaydas, de que la misma experiencia en la dilatada série de tantos años, os dá à todos pruebas nada equívocas de la actividad, y eficacia del enunciado recuerdo de la Muerte, como que el no uso de su memoria es muy indecente, y nada conforme à la christiana conducta de las Personas que aspiran à conseguir el último fin para que fueron criadas: antes sí muy proporcionado à las acciones obscuras, é indecorosas, y no pocas veces à los mas criminales, y vergonzosos delitos que insensiblemente ván conduciendo por la mano à un paradero desastrado, de

S

que hallaréis auténticos testimonios si os acercáis à las puertas de los calabozos eternos à escuchar aquel llanto, é infructuoso arrepentimiento, que no podrán digerir sus presos en todos los siglos, y duraciones, que abarca la eternidad.

Y notándose por otra parte que aún despues de haber tomado lás mas sólidas, y acertadas Providencias para despertar à todo hombre del pernicioso sueño del olvido: despues de la práctica general de la Iglesia, en que acostumbra todos los miércoles llamados de Ceniza dár ún recuerdo à todo Christiano, de la tierra de su origen, y del polvo en que se han de resolver; no obstante, la copiosa multitud de Difuntos que à cada paso se presentan à la vista, y se pasean por las calles; los repetidos clamores, y plegarias de las campanas; los continuos exórtos, y pregones de los Predicadores, se experimenta por un efecto reprehensible de la humana naturaleza la insordecencia de los hombres, y aún subsiste el no uso de tan importante memoria, por un gran número de Personas enfrascadas en sus deléites, soberbia y vanidad, y lo que mas lleva nuestra atencion, es, que se halle semejante delito en Personas que por su dignidad, por su profesion y por su estado deberian ser los primeros en mantener una inviolable sociedad con la memoria de la Muerte.

Por parte de ésta se ha presentado aora nuevamente en mi Supremo Consejo un memorial lleno

de justísimos sentimientos, y querellas contra la ingratitude, y muy pernicioso olvido à que la tienen sentenciada, y condenada los hombres : cuya justificación del hecho mismo nos hace vér claramente, que con semejante olvido se han frustrado nuestros adorables intentos encaminados à el importantísimo fin, y consecucion de la salud eterna de Las Almas; cosa que ha merecido todo el lleno de nuestro Real Desagrado, y se ha conciliado contra sí toda la indignacion de nuestro Divino Pecho. Estas tan ruidosas conseqüencias originadas del abandono, y olvido de la Muerte, que experimenta la Monarquía Espiritual de mi Reyno, y que ha dado competente materia para formar su queixa à la Emperatriz de los Sepúlcros, ha llamado de tal suerte nuestra atencion, y ha servido de poderoso estímulo al Soberano Atributo de nuestra Justicia, que se vé precisada con semejantes Personas de aplicarles el merecido castigo, correspondiente y proporcionado à tan desarreglado modo de proceder.

Para llevar à debido efecto estos pensamientos, y que no queden impunes estos delitos, se determinó en mi Real Acuerdo abandonar al hombre en el regazo del mismo olvido en que vive de la Muerte: ni se puede excogitar otra pena mas terrible à los cómplices en este delito, que intímarle à la Muerte, como de facto se le íntima, y se le ordena,



que en lo venidero no les ministre ya aquellos clarisimos desengaños à que pudiera estar vinculada la mudanza de su vida, y su eterna felicidad: que se retire de sus memorias, y suspenda aquellos saludables golpes, y llamamientos, con que pudieran despertar del profundo sueño que los tiene en continuo peligro de su eterna condenacion.

De aqui es, que en cierto modo el privarlos de una reflexa tan christiana como es la consideracion de la Muerte, es lo mismo que cerrarles todas las puertas, y negarles todas las luces, es preciso que semejantes Personas vivan arropadas con las negras sombras de sus tinieblas: ¿qué mayor castigo para una conciencia rota, herida, y relaxada, que caminar siempre à obscuras? el peso de la noche, y lo sumo del olvido es la calle ancha para llegar quanto antes à lo mas profundo de los vicios: irán cayendo, y recayendo cada dia de mal en peor, hasta dár con la piedra de una incurable obstinacion, y dureza: ¿y que pena mas cruel, y mas tirana para los hombres que arrastrar consigo tantas indisolubles cadenas de tan enormes culpas, tanto mas dolorosas quanto con mas facilidad pudieron evitarse con un saludable recuerdo de la Muerte?

En este peligroso sistéma vivirán los hombres al sabor de sus gustos: ¿pero que rayo mas terrible puede fulminar el Cielo contra ellos, que entregarlos en manos de sus brutales pasiones, y apeti-

tos? ¿qué extragos tan sangrientos ejecutarán unas fieras tan inhumanas, como son las malas inclinaciones del hombre, en un hombre que vive condenado perpetuamente al olvido de la Muerte? su memoria, es el freno que nos contiene, y sin este freno correrá apresurado à su última perdicion, y lamentable desgracia: su memoria, es el timón que nos gobierna, y sin este timón pelagra mucho la Nave, en un mar de tantos riesgos, y peligros como se encuentran en el siglo: su memoria es la espada, y sin esta arma será preza infeliz de sus enemigos: éellos vivirán alegres ( y por ventura este es el pretexto de que se valen para no admitir una sola imaginacion de la Muerte en el secreto de sus memorias;) pero esta alegría pasajera al primer susto de la Muerte desaparecerá, quando élla de improviso les dé el asalto.

Si en algun tiempo debió estimular à nuestra Justicia, el zelo y deseo que tenemos de la salvacion de las Almas, es el tiempo presente: ¿por que quando se ha visto jamás inventar cada dia nuevas diversiones, y pasatiempos, expectáculos, y aún divulgarlos por todo el orbe, con que se pretende desterrar todo pensamiento que tiene alguna relacion con la Muerte? ¿Quando se ha visto à los hombres tan bien hallados con el encanto de la vanidad, el luxo, la profanidad, y las modas? ¿Acaso esto es compatible, con quien trata sériamente de dis-

ponerse para morir? la sensualidad, el desórden, la relaxacion de oostumbres, la libertad de las acciones ind:corosas que pueden servir de escándalo à los mismos Gentiles. ¿De qué otro principio pueden dimanar estos excesos, y desarreglos, si no es del olvido de la Muerte? y como esta perniciosa maxîma lastimosamente se va difundiendo, como un mortal contagio en la posteridad de Adan, de aqui resulta, que estrechan à la Muerte à repetir nuevos memoriales, y nuevas quejas en mi Tribunal, y à Nos en el empeño de aplicar el merecido castigo: quedarse han en sus gustos los Pecadores: nadie les hable de la Muerte en adelante: ciérrense para ellos todos los libros que tratan de la Muerte: no se prediquen en su presencia Sermones tristes y funestos de agonias: no asistan à los entierros de los Difuntos, que es cosa melárchica para quien vive à gusto, vér aquellos desfigurados Cadáveres: el dia de los Finados salganse de los Poblados para no lastimar los oídos, y mucho mas los corazones, con tan fúnebres, y tan molestos redobles de las campanas: Yo pondré à la Muerte perpetuo silencio, y tocaré à la retirada à todos mis auxílios; y pues ellos con su olvido han seguido los pasos de la ingrata Jerusalén, que no se acordó de su fin, † justo es que reciban el mismo castigo que los Judios; que teniendo ojos nada veían, y oyendo las verda-

† Nec recordata est finis sui. *Tren. Cap. 1. v. 7.*

des, no las entendian. <sup>1</sup> Los comprehendidos en esta nuestra sentencia verán à sus parientes, vecinos y amigos, despidiéndose del mundo en la última agonia; pero este acto tan sério, y digno de la mas christiana atencion, no penetrará el fondo de sus corazones, quedándose tan insensibles como si nunca hubiesen de llegar à véerse algun dia, en el mismo trance: verán, y no verán, porque su vista será una vista superficial, sin recibir los santos pensamientos que produce la consideracion de la Muerte, quando no halla obstáculo de parte del Sugeto, à quien dirige sus bellas idéas.

Oirán hablar à los Predicadores varias inventivas sobre la incertidumbre del quando, como, y circunstancias de la Muerte; pero todos estos conatos, y desvelos (de que algun dia serán testigos los mismos púlpitos de las Igle'sias) no serán suficientes para hacerles fixar los ojos con atenta consideracion en el polvo de su Sepúlcro: antes de aqui tomarán nuevos motivos para no asistir à Sermones tan desabridos, que anuncian muy cercano el fin de todos los gustos, y la privacion de todas las cosas delicias de este mundo.

Por una mera casualidad, ò llevados de la curiosidad se presentará à su vista este proveído, y sin advertir que puede ser este el último aviso, de que

<sup>1</sup> Ut videntes non videant, & audientes non intelligant. *Luce* Cap. 8. v. 10.

Yo no tengo obligacion à declararles si es el último; ni ellos tienen derecho para inquirir los secretos de mi Providencia, à que acostumbro vincular algunos eficaces auxilios: no obstante, ellos no se darán por avisados, ni entendidos.

À la primera vista imprimirá esta leyenda en lo interior de sus pechos un sagrado horror, y espanto: y por entonces les pondrán en algun cuidado los clamores de la conciencia, porque es preciso, que en vista de lo que amenaza. les dé en cara, y aún les próvoque à basca, representándoles muy al vivo los desórdenes de la vida pasada; pero como esto es lo mismo que caer la semilla en tierra mal dispuesta, y en corazon lleno de espinas, con la primera diversion que se presenta à la vista, se suprime aquella peregrina impresion que acaso pudiera ser el principio de una total reforma de la vida, y se declaran por relapsos en el olvido, de que resulta: que atesorando cada dia nuevos disgustos en mi Divino Pecho, y llenando la medida de sus delitos, me véo precisado à hacer justicia, dexándolos dormir en el sueño de su olvido.

Mas como este castigo es contra la inclinacion de mi Bondad infinita, que desea el remedio del hombre hasta el último instante, por cuyo motivo le prolongo los plazos de la vida, por tanto: Mando, ordeno, y encarecidamente encargo, que si este Proveido llegare à las manos de algunos de mis

**Predicadores y Ministros zelozos del bien de las Almas redimidas con la Preciosa Sangre de mi Hijo dilectísimo Jesu Chrïsto, caritativamente exôrten à los pobres Pecadores, y les dén un recuerdo de su futura Muerte: pues estos tan saludables monitorios siempre producirán el efecto, ( quando no de la conversion de sus Almas, que Yo tanto deseo ) à lo menos para justificar mi causa, y que en el dia último de los tiempos no puedan pretestar escusa, ò ignorancia, de que Nos daremos por bien servidos, y os aseguramos una retribucion muy abundante en el Reyno de nuestra Gloria.**

## CAPITULO XXII.

*VISITA LA MUERTE A UN RELIGIOSO de una vida muy tibia, y se dice: quanto sintió el Religioso esta visita.*

**N**O se trata en este Capitulo de aquellos Religiosos ( si acaso hubiere algunos, que no quiero suponer ) que habiendose amortajado en vida, y desamparando el siglo, vinieron à la Religion para vivir en élla con las mismas corrompidas maxîmas con que à menos costa vivirian en el mundo, si en él se hubieran quedado, con otro destino: porque de estos Religiosos corre mucho riesgo que se veri-

fique aquella sentencia de Jesu Christo, que por ministerio de los Angeles serán separados los malos de la compañía de los Justos: <sup>1</sup> Se trata pues de un Religioso bueno, pero tibio: de aquellos que se contentan con que la conciencia esté libre de pecado mortal, aunque por otra parte no se paran en menudencias veniales, ni aspiran à la cumbre de la perfeccion para que fueron llamados por especial gracia del Señor.

Este pues Religioso vivia satisfecho de sí mismo por parecerle habia llenado el cumplimiento de sus altas obligaciones: nunca se arrepintió del estado que tenia: jamás le pasó por la imaginacion bolverse al siglo: pero tampoco practicó de su parte aquellos medios que pudieran haberlo conducido à una santidad muy elevada, contentándose con una vida tibia y mediana, sin reflexar que en este estado el no caminar para adelante, es lo mismo que bolver atrás: mas habiendo llegado la hora de su partida, comenzó á mudar de dictamen, y á tener otros sentimientos muy diferentes de los que antes tenia.

Fue el caso: que gravándosele el accidente por instantes, y aproximándose aquellos últimos términos de la vida en que se decide la suerte, se le representó à la imaginacion que iba entrando la Muerte por las puertas de su celda, y sin hablarle

<sup>1</sup> Exhibunt Angeli, & separabunt malos de medio Justorum.  
*Mattii. Cap. 13. v. 49.*

una palabra, acercándose à su lecho comenzó à desembolver varios papéles, cuyos contenidos con mucha viveza le iba presentando en la memoria: en la primera partida le hizo cargo, de que habiende vivido corporalmente en la Religion, y encerrado en los Claustros, los afectos siempre andubieron volando por el mundo: le hizo patentes tantas comuniones, y tanto número de sacrificios, que con uno solo era capaz de haber llegado al sublime estado de una perfeccion heróica: tantas confesiones sin ninguna enmienda de los cotidianos defectos; tantas distracciones, é impertinencias en el oficio Divino: tantas buenas obras viciadas por falta de intencion, que se hicieron, ò por buscar aplauso, ò por complacer à los hombres: tanto caimiento en el séquito de la Comunidad, tanto descuido en las asistencias obligatorias, y en los ápices de su regla: tantas gracias, y tantos auxílios hechos inútiles y frustrados, que si al menor de éellos hubiera correspondido puede ser que hubiera llegado à tanto grado de justicia, que no tubiera que embidiar la suerte de los Santos: tantos medios tan suaves y tan eficaces que le proporcionó Dios en la Religion, y que en el siglo no los hubiera tenido: haberlo puesto Dios en un camino tan desembarazado de los cuidados del mundo, de la muger, de los hijos, de la solicitud de las cosas temporales que sirven de retrahente, y



de impedimento à los pobres Seculares: y todo esto para que conságrara à Dios hasta el último afecto de la voluntad, para que en la Religion solo tratara de ser santo, y no se conténtara con una vida mediana, que qualquiera Secular con poca diligencia pudiera llevarla en su casa: aquella inclinacion desordenada à la sangre de los Parientes: aquel afectillo à las honras, à los puestos, y à las Prelacias: aquella complacencia vana que recibia, viendo aplaudidos, y celebrados sus lucimientos, ò en las Cátedras, ò en el Púlpito: aquel poco reparo en evitar las murmuracionsillas de sus hermanos, y de sus Prelados: aquella distraccion en los Exercicios espirituales. Todas estas, y otras cosas al parecer de poca importancia le representó la Muerte con mucha viveza à aquel pobre Religioso, que ya por momentos se acercaba à su fin: y por último, le hizo vér claramente, que si desde que tomó el Abito se hubiera puesto à aprender algun oficio, ya fuera un consumado y perfectísimo Maestro: y que despues de treinta, ò mas años de Religion, aún no era perfecto Religioso.

Veis aqui (Señores) que aquel pobre Religioso aunque Justo, repentinamente parece que se iba à fondo en un mar de desconuelos: Ah ¿y qué otra cosa se puede esperar en aquella hora, ò qué resultados puede tener en aquellos términos críticos una vida tibia, y perezosa? ¿Qué sentimientos tendrán

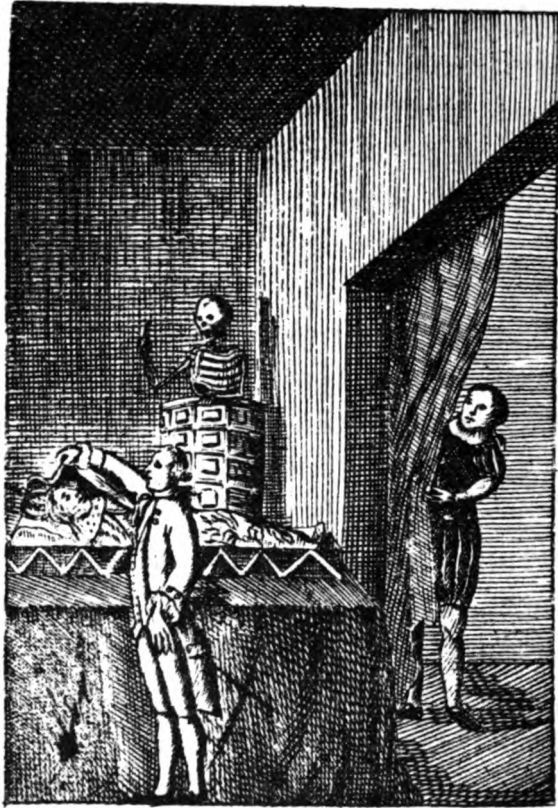
en aquel paso terrible aquellas conciencias burlescas acostumbradas à hacer desprecio de los ejercicios de piedad, y llamar ridiculezas la puntual observancia de las Almas mas timóratas, y solícitas en el cumplimiento de las obligaciones mas pequeñas de su estado? ¿Qué vista tan triste será entonces la presencia de la Muerte, para aquellas Almas que se mofaron de las acciones mas puras de los observantes Religiosos, y que supieron sostener frívolas razones, y vanos pretextos para vivir en su tibieza? ¡O, quiera Dios que esta demasiada confianza, no se convierta entonces en desesperacion, y despecho!

Ay, Padres míos Reverendos, ¿y para qué fueron tantos aparatos? ¿para qué fue hacer tanto ruido en el mundo, alborotando à nuestra Paréntela, y haciendo público à todos de que nos veníamos à la Religión? ¿para qué fue sentir tanto dolor, arrancándonos de la compañía de nuestros hermanos, y del seno de nuestros queridos Padres, sin que bástaran sus caricias, ni tampoco sus lágrimas para contenernos, y para dexar de ausentarnos de su vista? ¿para qué fue mostarnos entonces tan insensibles, venciendo, y atropellando gravísimos obstáculos, y muchas dificultades, con tanta constancia, y fortaleza del ánimo? ¿para qué fue amortajarnos en vida antes de tiempo? ¿para qué fue prometer, si no habíamos de cumplir? ¿para qué fue emprender este camino, si à los primeros pasos habíamos

de parar en la carrera, muy satisfechos con una vida tibia? Aquel Señor, que nos llamó, no nos hizo violencia, ni nos puso precepto para entrar en Religion: fuimos muy libres para quedarnos en el siglo; pero una vez que abrazamos el estado, ò hemos de cumplir lo prometido, ò nos ha de pesar à la hora de la Muerte: allá lo verán mis queridos Padres, y allá lo veremos todos: ¡ay pobres de nosotros! la Muerte por ventura no está lexos, y ya nos prepara el golpe ¡ay Dios! si este ha de ser un señalado triunfo de la gracia ¿por qué no la pido, pues tanto la necesito? ¿de qué me servirán estas luces que aora tengo, si no las logro, y las pierdo como las pasadas? ¿aguardamos para resolvernòs aquel último trance? ¡O Dios! ¿hasta quando ha de ser esto? Verdaderamente que es digno de atencion, que aquel gran Dios que se derrite en ternuras con los mas grandes pecadores, y los convida con los brazos abiertos para su remedio, es tanto el fástidio, y la repugnancia que le causa una Alma tibia, que parece quiere lanzarla de su boca: asi se expresó el Señor con aquel Obispo, de que hace mencion S. Juan en su Apocalípsi: † Yo confieso de mí, que fuera otro muy distinto de lo que soi, si tubiera un exáctissimo cuidado de despertar mi tibieza, con aquellas mismas palabras que sirvieron de estímulo à San

† Utinam frigidus esses, aut calidus, sed quia tepidus es incipiam te evomere ex ore meo. *Apocal. Cap. 3. v. 15.*





*Vanitas vanitatum et omnia vanitas: Ecclē.*

Bernardo , para llegar à tan alta perfeccion: *¿Bernarde, ad quid venisti?* ¿à qué veniste à la Religion, y qual fue el fin que te trajo? Si el Religioso de este Capitulo, hubiera tenido presente esta máxima, puede ser que fueran otros los sentimientos que tubiera, quando le visitó la Muerte.

## CAPITULO XXIII.

*PREDICA LA MUERTE EN LA CIUDAD de Granada, y convierte à uno de los mayores hombres de aquel siglo.*

**A**Quella sola persuasiva aunque muda eloqüencia con que la Muerte nos hace beber los mas claros desengaños, fue bastante para arrancar del monte alegre de la humana felicidad un alto cedro de que Dios queria formar una peregrina copia de santidad: este fue aquel célebre Don Francisco de Borja , privado entonces del augusto Monarca, y Emperador Don Carlos quinto, y despues honor de la Iglesia, lustre, y glorioso timbre de la Ex-Jesuitica familia. Navegába Don Francisco con viento próspero en las alas de su mayor privanza y valimiento, esmaltando el solár de su esclarecida casa con los mas distinguidos honores que sus relevantes prendas se supieron grangear y merecer, así con el Emperador, como con la Emperatriz.

Pero Dios que queria colocar al Duque de Gandía en otra mas brillante, y superior esfera donde habia de hallar el centro de su verdadera felicidad, de quando en quando le repetia unos interiores avisos con que le convidaba à lograr una hermosa corona que ya el Cielo le prevenía; pero como las voces de Dios son tan sùtiles, las sufocaba el tráfigo de la Corte; muchos años estuvo Dios forcejando con Don Francisco para sacarlo de los peligros que le rodeaban en Palacio: muchos movimientos del Cielo, muchas luces, muchos golpes secretos sentia el Duque interiormente en su corazón, sin poder disimularlos; pero nuestro Don Francisco, ò ya fuese vencido de los humanos respetos de sus Soberanos, à quienes temia disgustar, ò preso de las vanidades de la Corte, ò alimentado con las floridas esperanzas de su mas alta fortuna, à todo le daba salida, reservando el negocio à las dilaciones del tiempo, para que el mismo tiempo diera una sólida firmeza à la grande resolucion que ya comenzaba à proyectar.

Mas viendo Dios nuestro Señor que Don Francisco, dilatava los plazos mas allá de su voluntad, retardándole à la gracia aquel triunfo con que habia de coronarse, y defraudando à los Cielos de aquella gloria accidental, que ya esperaban con ansias en su maravillosa conversion, no habiendo surtido efecto los mas sùtiles artificios de su Pater-

nal Providencia para la conclusion de este importantísimo negocio, tomó el empeño à cara descubierta para rendir à Don Francisco, valiéndose de la Muerte para que le predicara un Sermon en que penetrándole el Alma, acabara de una vez de desengañarlo. Y como el Sugeto à quien se dirigia este Sermon era de la clase mas elevada, y de la mejor categoría del Reyno, se hizo preciso que el asunto que le habia de proponer la Muerte para persuadirlo, y para convencerlo, fucra un asunto muy elevado y muy grande.

Para este efecto echó mano de una flor, en quien el Soberano Autor de la humana naturaleza habia depositado un prodigio estupendo de hermosura, con un bello conjunto de raras prendas. Murió Doña Isabel la Emperatriz, la que era el hechizo, y el encanto de los Cortesanos, cubriendo de lutos las mejores galas, y llenando de tristes llantos à toda la España: mucho se resintió Don Francisco de Borja, viendo arrancado aquel hermoso laurél, cuyas sombras siempre le habian sido muy benéficas, y aunque aqui ya comenzó à formar otros sentimientos, y à basilar su juicio, haciendo reflexion sobre las falencias de esta vida tan inconstante, como fugitiva; la Muerte que iba sazonando, y disponiendo el negocio con grandísima destreza, aguardó à cojer al Duque de Gandía en teatro público, pa-



ra predicarle en presencia de un Auditorio muy lucido, aquel Sermon à que estaba vinculada toda su dicha, y su total mudanza.

Fue nombrado Don Francisco por el mismo Emperador para que conduxera hasta Granada el difunto Cuerpo de la Emperatriz, con toda la grandeza y pompa correspondiente à la Magestad de aquel triste Cádaver: iba Don Francisco muy melancólico, y pensativo rebolviendo en su imaginacion tristes memorias, ignorando acaso que habia de bolver de esta jornada con un rico tesoro de desengaños: llegó à las puertas de la Ciudad de Granada, donde el Arzobispo y Cabildo con toda la mejor grandeza aguardaban apercebidos aquellas reales cenizas, para rendirle los omenages de que ya entonces hacia muy poco caso, y aprecio.

Entonces la Muerte logrando aquella ocasion tan oportuna en que pudieran desengañarse muchos, determinó que el mismo Don Francisco, para entregar el Cuerpo de su Señora, corriera aquellos terciopelos ricos que ocultaban à la difunta: pero ¡ay Dios, y qué mudanza tan estraña, y tan estupenda! El exórdio que formó la Muerte para llamar toda la atencion de Don Francisco, fue introducirse por los ojos, proponiendo à la vista aquel Cadáver con tan tristes horrores, tan espantoso y tan feo, tan lleno de podres, y gusanos que al desplegar las cortinas, todos quedaron embargados del asombro.

Ganada la atencion de Don Francisco, y puesto todo el Auditorio en un profundo silencio, haciendo la Muerte púlpito de la misma caja en que yacía la Difunta, pasó à la segunda parte de su Sermon que era el punto principal para convencer al Duque, tomando por tema estas palabras del Sabio: *Vanitas vanitatum, & omnia vanitas*: ¡Ó Don Francisco! ¿hasta quando ( le decia la Muerte ) hasta quando acabarás de persuadirte que todo lo que el mundo adora es mentira y vanidad! Véis aqui ya aquel objeto que éra la alegria de los Pueblos, el embelezo de todo Palacio, el regocijo de los vasallos, à cuyo trono se rindieron tantas veneraciones, reducido à un estado en que solo merece lástimas, y compasiones! É aqui aquella incomparable hermosura en que idolatraba la Corte, como ha descubierto los ascos, las podres y los gusanos en que ha de reducirse todo hombre ¡ay Dios! ¿en esto viene à parar toda la humana grandeza? ¿à esto se ha de reducir toda la gloria del mundo? ¡Ó, y quanto vá de la vida à la Muerte! ¿quién vió à esta Magestad en su augusto trono despidiendo rayos de Soberanía, y aora exâlando insufribles hedores? ¡ay Cielos, hasta quando acabarán los hombres de salir de su letargo! ¡Ó, Don Francisco! ¿quantas fatigas y quantos desvelos consagrasteis por agradar à esta humana belleza que ya ni podrá premiarte, ni sabrá agrade-

certe? ¿y à la vista de tan claros desengaños aún no acabas de resolverte? ¿qué ciega ilusion es esa que te hace resistible al golpe de tantas luces? ¡ah que todo el esplendor y lucimiento que te rodéa no es mas de una sombra, un poco de humo, y de viento que quando menos lo pienses padecerá un total eclipse! mañana se morirá el otro dueño que te queda; ¿mas para que es aguardar un nuevo golpe poniendo la resolucion à las contingencias del tiempo? si procuras ser feliz, y deseas ser dichoso retirate del mundo que otra dicha te aguarda, y otra mas alta felicidad te espera: ¡ay Dios! ¿mas qué sabe mi Don Francisco si por ventura ha llegado ya el feliz momento en que se han de romper las cadenas de oro que le aprisionan en el Palacio? ¿si será este acaso el dichoso instante de que depende la corona eterna de Borja? ¡Ó Duque! ¿en qué piensas? ¿à qué aguardas? ¿si esto ha de ser alguna vez, por qué no será aora? tú, veniste à Granada de conductor de este Cuerpo difunto; ¿mas qué sabes si esta fue una estratégema de la providencia Divina, que te conduxo aqui para el cumplimiento de sus designios? ¿qué sabes si en este desengaño tan grande que se presenta à tu vista, te está Dios franqueando la última gracia, el último auxilio, y el último llamamiento? ¿y si lo malogras, como has malogrado tantos? serás Duque, pero no serás Santo: serás grande para con los hombres, pero

no serás grande para con Dios: serás cortesano en el Reyno de España, pero no lo serás en el Reyno de los Cielos; y por último, Don Francisco, serás privado, y estimado de tu Señor, y serás el hombre de sus confianzas: serás atendido, y colocado en los mejores puestos de la corona: ¿y despues Don Francisco? tendrás honores los que tú quisieres: todas las dignidades, y todos los empleos estarán en tus manos para repartirlos à quien gustares: ¿y despues Don Francisco? tus hijos serán grandes, y títulos; tu casa será noble, y de las primeras de la Corte; volará tu fortuna, y tu elevacion hasta llegar à descansar muy inmediato à los pies del trono: ¿y despues Don Francisco? te sobrarán los gustos. y los contentos, lucirás tus prendas, pasarás una vida marcial, y muy alegre, gozarás de los buenos ratos de Palacio, de aquellos saráoos, de aquellas operas tan dignas de vérese: ¿y despues Don Francisco? *usque huc venies, & non procedes amplius*: hasta aqui llegará toda esa gloria, toda esa pompa, y toda esa grandeza: y de aqui no ha de pasar ni un punto mas adelante; despues que las felicidades se hayan cansado de seguir los escudos de tus armas, y despues de haber abarcado con tantas estimaciones, honras, y pláceres, caíreis en una cama de miserias, en breve tiempo seréis reducido à el estado lastimoso en que véis este corrompido Cadáver de tu Señora.

La Muerte que observaba la mucha atención de Don Francisco, apuraba mas y mas el asunto, avivándole mas y mas las luces del desengaño: en fin; fue tan eficaz este Sermon de la Muerte, que de aquel auditorio salió el Duque ya Santo, confesando públicamente à todo el mundo lo que sentia de la vida en esta décima.

En la ya ceniza fria  
De una yerta Emperatriz,  
Halló vida mas feliz  
El gran Duque de Gandía:  
Pues al vér la bisarria  
De una belleza adorada,  
Toda en horrores trocada,  
Toda en podres convertida,  
Conoció ser esta vida,  
Humo, sombra, viento, y nada.

## CAPITULO XXIV.

*EN QUE SE DA NOTICIA COMO TAMBIEN  
la Muerte hace su figura en la Baraxita  
del Demonio.*

**N**O es otra cosa el juego de los albuces que un contrato que celebran los hombres, en que exponen sus intereses à un evidente peligro y contingencia, con la esperanza ( aunque incierta )

de hacer suyo, lo que es ageno. El Demonio para jugar con los pecadores, y hacerse de las Almas, que son de Jesu Christo, tiene una baraxita para jugar con ellos, y divertirlos: mas en esta baraxita solamente se hallan dos géneros de figuras: en unas cartas está pintada la Gracia, y en otras está pintada la Muerte: sientanse à jugar en la mesa de este mundo los pecadores con el Demonio: ea amigos (les dice el Demonio) aqui hai riquezas, aqui hai honores en mi caxa, aqui hai sabrosos deleítes en mi talega, que tanto el hombre apetece: este es mi caudal, este es todo mi resto, esto es lo que Yo apuesto, vámonos divirtiendo un rato. Nosotros (dicen los pecadores) apóstamos el Alma que à tí tanto te queda, y que te mueres por ella: de suerte (Christiano Lector mio) que en este diabólico contrato, todo el tesoro del Alma viene à quedar pendiente de una grandísima contingencia de si se ganará, ò se perderá: el Demonio es muy aficionado à las cartas de la Muerte, porque no puede vér à la Gracia, ni aún pintada: los pecadores siempre van à la Gracia, porque aborrecen totalmente à la Muerte, por lo mal que les va, quando ella viene.

En un pecado juegan el albur, y entreambos se corre la suerte: si la Gracia viene primero antes que venga la Muerte, perdió el Demonio, ganaron los pecadores, y se salvaron sus Almas. Pero si viene primero la Muerte antes que ellos se pongan en

Gracia, perdieron los pecadores, y se llevó el Demonio sus Almas, y despues se llevará tambien sus Cuerpos. Mas como estos infelices con una temeraria confianza siempre aguardan la Gracia en aquellos últimos instantes de la vida. en que de improviso les sorprehende repentinamente la Muerte, de aqui es, que el Demonio ganó el albúr, y ellos se quedan jugando el renegado, y renegando por toda la Eternidad.

Veis aqui (amado Lector mio) un contrato que solo se puede recindir mientras dura la vida, por que despues de la Muerte ya no queda esperanza. Veis aqui (buelvo à decir) un contrato iniquo por todos quatro costados, y prohibido por todas Leyes: las Leyes mandan que ninguno juegue lo que es ageno: ¿pues quien les ha dado licencia à los pecadores para jugar lo que no es suyo? si estas Almas son de Jesu Christo por haberlas criado, por haberlas comprado con el rico caudal de sus merecimientos, ¿por qué se las ha de llevar el Demonio, y las han jugar los pecadores? que Ley tan iniqua la que permite un contrato tan execrable: si esta Alma que Yo tengo, no es otra cosa que una prenda que en mi poder ha puesto Dios como en depósito, y que en breve tiempo me ha de pedir cuenta de ella, ¿qué razon hai, ni puede haber para defraudar à su legítimo Dueño de tan preciosa alhaja?

Las Leyes mandan que para que el juego sea

lícito no han de intervenir trampas, ni drogas: mas como el Demonio ha hecho firme propósito de no guardar ley ninguna, todas las Almas que gana, es à fuerza de engaños, y de fraudes: la razon es: porque en este juego el Demonio corre el albur con los ojos abiertos, y los pecadores con los ojos cerrados: porque al mismo tiempo de sentarse à la mesa se vale de su misma malicia, para echarles sobre los ojos una negra venda de tinieblas con que les quita la vista: <sup>1</sup> y ya se dexa entender que en este juego, primero procura el Demonio ganarles los ojos, para despues ganarles las Almas: los ojos del Alma son la consideracion de aquellos dos tan distantes, como distintos extremos: uno que conduce à la gloria, y otro que vá à rematar al Infierno; y una Alma que ni considera en la gloria, ni se acuerda del Infierno probablemente se pierde.

Fuera de esto, la Justicia condena este juego por injusto por no haber igualdad en las apuestas; ¿porque qué mayor desigualdad que apostar el Alma contra unos sucios, pasajeros deléites, que duran un momento? Jesu Christo derramó por el Alma hasta la última gota de su Sangre, que es de infinito valor. ¿luego el Alma tiene precio infinito? pues qué igualdad puede hallarse entre lo infinito, y un poco de es-

## X

1 Excœcavit enim illos malitia eorum. Sap. Cap. 2. v. 21.



tiercol, que no son otra cosa ( en sentir del Apóstol ) todas las riquezas, y delicias del mundo.

A mas de esto: el Demonio tiene otra ventaja, que no tienen los pecadores: el Demonio tiene mucho resto para desquitarse si alguna vez pierde el albur, y se malogran sus intentos: tiene una casa de moneda donde él y sus compañeros fraguan, y disponen muchas cosas de gusto para atraer à los pecadores à su juego; pero los pobres pecadores no tienen mas de una Alma, y si esta Alma se pierde, si este albur se yerra, no queda ya otra Alma con que desquitar la primera, ni queda ya otro resto, ni otro arbitrio con que restaurar la pérdida; y en este juego despues de ganarles el Demonio las Almas, les dá de barato todos los gustos, y pecaminosos deléites, que puede apetecer la inclinacion del pecador mas exquisito: ¡pero ay dolor! qué le aprovecha al hombre haber ganado todo un mundo de honores, riquezas y deléites, si al fin se pierde el tesoro de su Alma. <sup>2</sup>

Jesu Christo tambien juega, y el mismo Señor dixo aún antes de venir al mundo que todas sus recreaciones y delicias las habia de tener jugando con los hijos de los hombres: <sup>3</sup> y no dudó el Señor de apostar todo el resto de su Sangre, y de su vida

<sup>2</sup> Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiat. *Matth. Cap. 16. v. 26.*

<sup>3</sup> Ludens in orbe terrarum, & delitizans esse cum filiis hominum. *Prov. Cap. 8. v. 30.*

por vér si podia ganar las Almas de los hombres; pero hai una diferencia muy notable en jugar con Jesu Christo, à jugar con el Demonio: en la mesa del Demonio mientras mas ganancia tiene el peccador, mas segura es la pérdida de su Alma; pero al contrario, jugando con Jesu Christo, el mismo Señor nos dice: que el que perdiere su Alma por él, ese la gana, y la lleva segura: <sup>1</sup> dichosos los Justos que jugando, jugando se ván al Cielo. Desgraciados los pecadores que jugando, y perdiendo se ván al Infierno, y entonces comienzan à sacar aquella terribilissima conseqüencia que como espada de dos filos les pasará de medio à medio toda la Alma, *ergo erravimus*: y cierran la cláusula de su vida con aquella misma expresion con que acabó la suya el infelíz Enrique octavo de Inglaterra: *omnia perdidimus*: todo lo hemos perdido: se perdió el tiempo, se perdió la Gracia, se perdió el Alma, y por consiguiente se perdió aquella Bienaventuranza eterna que pudimos haber ganado à poca costa. A la primera entrada de aquel triste calabozo se quieren llamar à engaño; pero como en este albur que jugaron con el Demonio vino primero la Muerte, antes que viniera la Gracia, perdieron hasta la esperanza: comienzan à renegar desesperados de la

2

<sup>1</sup> Qui perdiderit Animam suam propter me inveniet eam.  
*Matth. Cap. 16.*

Muerte, porque vino à la puerta, antes que viniera la Gracia; y de la Gracia porque se quedó allá, mas arriba de su esperanza.

## CAPITULO XXV.

*DE UN SUSTO QUE LE DIO LA MUERTE  
à un pobre Rico.*

**U**N hombre de caudal (asi nos entra dando noticia del suceso el Cap. 12. de San Lucas, bajo de la sombra de una misteriosa Parábola) *Hominis cujusdam divitis*. Un hombre Rico à quien Yo bautizo con el nombre de pobre, porque estando ya tan vecino à la Muerte por escritura auténtica, y última disposicion de su forzada voluntad se vé compelido à: empobrecer, y à despojarse de todas sus riquezas; y si aquel es pobre que tiene necesidades, ninguno las padece mayores que el Rico en su ultima enfermedad, y à la hora de su Muerte: necesita de un Médico, que quanto antes lo despache: de una bótica, que con sus remedios le pruebe la paciencia: de un Cirujano que le chupe la sangre: del Cerero, para que se alumbre su triste Cádaver: del Sastre para los lutos: de Músicos y Cantores que le alivien la bolsa: y tambien se halla en la precisa necesidad de restituir lo mal habido, ò de componerse por Bulas, quando el caso lo permite, sí no quiere condenarse; de todas estas necesidades

está libre el verdadero pobre. Necesita mas el Rico, porque necesita de una mortaja raída, para que quanto antes lo echen fuera de su casa. porque ya causa horror y espanto à su familia la vista de su Cádaver: y siendo asi que Yo soi la cosa mas inútil en su juicio, y que solo pudiera servirle de emba-razo en su casa à este dicho Caballero, ya por entonces me necesita à mí, ò à lo menos à otro Sacerdote, para decirle al oído unos quantos Jesuses, y para ser testigos de aquella triste y dolorosa trágedia, que por lo regular vémos en semejantes lances; y en fin, hasta el Campanero, el Sepulturero, y los Sacristanes pueden gloriarse de que por entonces los necesita aún el Rico mas poderoso, para darle de golpes en la Sepultura, y echarle la tierra encima.

A este pues Caballero Rico, le sopló tan próspero el viento de su fortuna (que dice la Sagrada Historia) que ya no cabia su hacienda, y su tesoro en los almacenes de su casa. Un dia en la primera vigilia de la noche que acaso estaría sentado en su mesa, rodeado de serviciales que le ministraban los mejores platillos, comenzó à pedirle à su Alma las albricias, y à darle los parabienes de esta suerte.

Ea, Alma mia, muchas riquezas tienes que gastar por muchos años: <sup>1</sup> gozate, alegrate, come,

<sup>1</sup> Anima mea habes multa bona in annos plurimos, requiesce: comedere bibere & epulare. *Lucas 12.*

bebe, duerme, descansa, y regálato à tu gusto; pero aún no bien acababa el infeliz de pronunciar estas palabras, quando oyó una repentina voz que le dixo: Necio, loco, y alucinado, que estás hai disvariando: esta noche misma llega la Muerte à tu casa, se te cumple el plazo, y se ajusta el número de tus dias: *Stulte hac nocte Animam tuam repent à te.*

El pobre Rico, no nos dice la Historia que háblara una palabra en este lance, porque es cosa natural enmudecer, quando sobreviene de improviso un susto de esta calidad: se turbó el Rico, y se acobardaría de tal manera, que sufocado con tan impensada novedad à penas podria respirar, y tragar la saliva de su boca: ¡ay Dios! que golpes tan sensible para quien se prometia muchos años de felicidades, al vér reducidas todas sus esperanzas, y sus pensamientos mas placenteros, al breve término de unos pocos instantes que le señalan de vida: pues ello es que esta noche ha de ser, y en esta noche ha de morir: *hac nocte.* ¡Ó Cielos! que esta noticia repentina, no puede menos que ser muy dolorosa para quien habia depositado su corazon en su tesoro: ¿qué amargura, y qué pena tan crecida sentiría el pobre Rico para desprenderse de aquel caudal, que le tuvo de costo tantos sudores, desvelos, y fatigas? pues no tiene remedio, porque en esta misma noche se ha de hacer este divorcio, y

separacion sin que pase al dia de mañana: *hac nocte*: ¿y si este Caballero, por ventura acababa de apearse del coche, que venía de la comedia, del paseo, de la tertulia, ò de tratar del aumento de sus intereses? Todo eso aún no le vale: esta noche han de acabar todos sus gustos, sus diversiones, y todos sus pasatiempos: *hac nocte*; ¿pero como ha de ser esta noche? no puede ser esto: es mucha violencia, es mucha prisa, y hai mucho que disponer para un viaje tan largo; pues todo se ha de hacer en esta noche, antes que amanesca el dia, porque esta noche ha de acabar: *hac nocte*: ¿luego la salud me ha engañado? (diria aquel pobre Caballero) ¿luego me ha engañado la poca edad, y me ha faltado à la palabra, con que me prometia muchos años de vida para gozar mis riquezas?

¡Ay Dios! ¿con qué esto ha de ser esta noche, sin apelacion y sin recurso, ni à lo humano, ni à lo Divino? ¿y si este pobre Caballero, no ha hecho su testamento? ¿si no ha compuesto sus negocios? ¿si no ha declarado sus deudas? ¿si la conciencia, no está dispuesta para recibir la Muerte en esta noche? ¿si tiene mucho que consultar, y muchas dudas que resolver? ¿si las cuentas que se han de tomar, ni están ajustadas, ni de modo que puedan comparecer en el Tribunal de Dios? ¿y entonces? apurarse, afligirse, entristecerse, llenarse de temores, y de angustias, y andar à las carreras: el remedio es des-

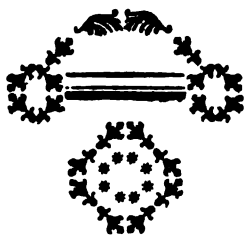
agradable; pero en semejantes lances, no hai otro remedio, mas dixe mal, porque con esto nada se remedia entonces: pues Vmd. procure disponerse, sea como se fuere, porque sin respeto à sus intereses, ni à todo lo que hasta aqui ha representado, esta noche ha de morir: *hac nocte.*

No sabemos qual fuese el nombre de este Caballero; pero sabemos que fue tratado de necio, *Stulte:* y con muy justa razon, ¿pues qué mayor necedad, que prometerse muchos años de vida, sin que Dios le hubiese otorgado escritura para ello, y antes estaba cierto de la incertidumbre del quando?

Señor Don Fulano, Vmd. erró todo el plan de sus pensamientos, lisonjeado de unas esperanzas muy falibles: Vmd. pensó acaso que la Bienaventuranza del hombre consistia en vivir mucho, y muy regalado: mas no es asi, porque la felicidad de esta vida consiste en que sea buena, aunque sea de un solo dia: si Vmd. le hubiera dicho à su Alma, alé grate, Alma mia. porque ya tengo con que pagarte muchas Misas, con que socorrer á los pobres necesitados, hacer muchas obras buenas: y en fin, tengo proporciones para ganarte el Cielo, puede ser que entonces viviera Vmd. mucho mas de lo que pensaba, y no tubiera el susto que aora tiene, y el dolor de vér su caudal en poder ageno.

En este Caballero de la Parábola. se me representa un Sugeto, de cuya lastimosa trágedia Yo

fui testigo en cierto lugar de este Reyno. Acababa de llegar de Palacio como à las nueve de la noche con las alegres nuevas de que ya la flota estaba en el Puerto, dando órdenes à sus dependientes, para bajar à la feria, mas poco tiempo duraron sus disposiciones, porque repentinamente le asaltó un dolor tan agudo, como executivo, que vide entrar al Confesor corriendo por las puertas de su casa, al Médico, al Escribano para el testamento, à otro Sacerdote con la Extrema-uncion; pero por mas prisa que se dieron, aquel fue un sacrificio de apaga y vámonos, y una partida tan acelerada que no tubo lugar, ni aún para decir à Dios à los de su casa; porque apenas se oyó decir que estaba malo, quando corrió la noticia de que ya era difunto. Los circunstantes que alli se hallaban, si no sacaron de esta funcion un grandisimo desengaño, à lo menos concebirian un grandisimo pavor: mas, pobres de ellos si no supieron lograr este aviso que les vino de la otra vanda.



Y



## CAPITULO XXVI.

*SALE LA MUERTE A DAR UNA Batalla Campal à los mortales, segun que la vió San Juan en su Apocálipsi.*

**L**A narrativa contenida en este Capitulo podrá servir à los Lectores de una esquisita, y curiosa gazeta, ò mercurio con incersion de las mas puntuales noticias que ofrece el presente sistéma de la guerra ( que en sentencia de Job no es otra cosa la vida del hombre: ) <sup>1</sup> desde el punto de nacer hasta la raya del morir todo es un continuo pelear, y de aqui le viene à la Santa Iglesia de Jesu-Christo el sobre nombre, ò carácter de Militante.

Dieron principio à estos disgustos con la Muerte las desavenencias que hubo entre la Corte del Rey de los Reyes, y el comun Padre de todas las Gentes: había celebrado Dios con Adan un pacto de familia con ciertas condiciones, que prometió Adan inviolablemente observar, bajo de su palabra de honor; <sup>2</sup> pero habiendo éste faltado à los tratados solemnemente otorgados entre ambas partes, la Muerte que hasta entonces solamente existía en el mundo como condicion de nuestra naturaleza, ( como se

<sup>1</sup> Militia est vita hominis super terram. *Job Cap. 7.*

<sup>2</sup> Mortalis erat homo ex conditione corporis animalis, immortalis autem beneficio Conditoris. *In Lib. 7. de Gen. Cap. 25.*



11: equus palidus: et quasi: reddebat noster cum, non to: illi  
anno: 1871, Ep. 16.



expresa el gran Padre San Atugustin ) y despues existió como pena de nuestro pecado, se dió por ofendida , y queriendo vindicar los derechos del Altisimo se declaró enemiga mortal de la humana naturaleza , y publicó la guerra à toda la posteridad de Adan.

Por cartas verídicas, y sagradas venidas de la Isla de Pathmos ( que alli fue donde San Juan escribió su Apocalipsi ) se nos comunican individuales noticias de los grandes preparativos, que encamina la Muerte à combatir la vida del hombre. Entre otras varias espantosas visiones que tubo el Santo en esta Isla, dice: que vió una belícosa armada, cuyos Cuerpos en batallones se iban desfilando ácia el estrecho de la Muerte, para darle alli al hombre la mas terrible batalla: ¡ay pobre de mí que tengo de pasar forzosamente por este estrecho! en este estrecho tan estrecho, y tan apretado que ni puedo llamar tiempo, ni tampoco eternidad, sino un parentesis entre la eternidad y el tiempo, se ha de dar la última batalla, y se ha de decidir por quien queda la victoria.

El ruido de tantos militares estruendos con que marchaba el Exercito despertó mas la atencion de San Juan, y observó: que el sugeto que venía comandando estas Tropas iba montado en un caballo amarillo, ( que es la enfermedad ) *Ecce æquus*

*palidus*: traía impreso en su pecho el distintivo, ò carácter con que es conocida la Muerte: *Et qui sedebat super eum, nomen illi mors*; y últimamente todo el Infierno le seguia, sirviendo de retaguardia: *Et infernus sequabatur eum*: ¡ay Dios mio! ¿y para que son tantos aparatos de guerra contra la vida fragil de un hombre? ¿quanta será la afliccion, la angustia, y congoja de un pobre moribundo viendose en aquel estrecho à la frente de dos potencias unidas, que con el mayor vigór le presentan la batalla? triste suerte la nuestra, vérnos reducidos à el lecho de nuestros dolores con el Infierno à los pies, y la Muerte à la cabezera: ¿quando se viò jamás en el mundo espectáculo mas funesto, y mas digno de lástima? ¿qué valor no se ha de estremecer, y que virtud no se ha de intimidar à la vista de dos Campamentos, que amenazan al hombre la última ruina? no solo tenemos que pelear en aquel conflicto con todo el poder de la Muerte, mas tambien habrémos de luchar brazo à brazo con todo el poder del Infierno: la Muerte en aquellos últimos momentos estará toda empeñada en separar la Alma del Cuerpo: el Infierno pondrá todo su conato, y aplicará toda su industria por separar la Alma de Dios: la Muerte piensa en privar al moribundo de la vida: el Infierno intenta despojar al moribundo de la Gracia: la Muerte llena de colera contra el Cuerpo, quiere reducirlo à polvo, y pre-

cipitarlo de un golpe à las tristes lobregezues de un Sepúlcro: el Infierno lleno de rabia y despecho contra el Alma quiere sujetarla à la última desventura, y arrojarla à un eterno calabozo de indedibles tormentos: la Muerte para vencer à un contrario tan debil como es el Cuerpo, se valdrá de nuestra misma flaqueza: echará mano de un accidente para herirnos, y tirarnos en cama: nos pondrá el cerco de las angustias, y no levantará el sitio hasta rendir à la plaza: batirá las murallas de nuestra carne con los agudos dolores, que nos aflijan; con los bochornos de la calentura, que nos abrasen: con las fuertes punzadas de la cabeza que nos atormenten: abrirá brecha por medio de las sangrias, y se verá nuestra cama en un círculo de angustias: no habrá lugar en tan calamitoso tiempo, para tratar ajuste de paces, y quando mas, permitirá unas cortas treguas à nuestra vida: el bloqueo será general ganandonos las entradas, y todos los Puertos, para que no entre el socorro à nuestra salud: el fuego será incesante, y el combate muy vigoroso, quitandole al Cuerpo las fuerzas con las malas noches, continuos desvelos, inapetencia à los alimentos, la sequía de la lengua, la amargura de la boca, los delirios de la fantasia, el tedio, las angustias, la tristeza de vérnos ya casi en las últimas agonías, la sangre alterada, los escalofrios del Cuerpo, los desmayos, los parasismos, los vahidos que nos suben del estómago à la ca-

beza, los desabrimientos de la b6tica, y en fin: la dura necesidad de recibir los medicamentos mas crueles; de todo 6sto se valdr6 la Muerte en aquellas 6ltimas horas para darnos la batalla: en aquesta lucha, 6 contienda se dar6 por vencida la naturaleza: la Muerte quedar6 muy ufana con los despojos de su victoria, y nuestro Cuerpo ya difunto caer6 en tierra desde los brazos de la Muerte, para convertirse en polvo que fue su primer origen: quedate hai triste Cad6ver tirado en esa cama, 6 tirado en ese suelo para servir de desenga6o 6 quantos entran, y salen de tu casa.

Aqui el Petrarca al v6r 6 la Muerte abanzando 6 la frente de sus Tropas le hace la salva con la siguiente Cancion.

**A**Marga, macilenta desmembrada,  
 ¿Qui6n te di6 privilegio tan cumplido,  
 Que al M6narca del orbe mas temido,  
 No respetan las fuerzas de tu armada?

**Q**uien te viere temblando, y descarnada  
 Tendrate compasion, ¡6 Muerte fiera!  
 Lastimarse h6 de t6, Muerte traidora,  
 Mas en llegando vuestra hora,  
 Mas en rompiendo la guerra,  
 No hai poder, no hai resistencia,  
 Ni basta contra t6, mortal Potencia.

## CAPITULO XXVII.

*SIGUE LA MATERIA DEL PASADO.*

**A** Quella será la lucha, entre la Muerte, y el Cuerpo; pero mas terrible será el combate entre el Infierno, y el Alma: porque el Infierno se valdrá entonces de los Demonios, y los Demonios derramarán todas sus astucias, y manejarán con destreza sus infernales máquinas, llevando el negocio con vigoroso empeño hasta el último esfuerzo. ¡Ó qué lance tan apretado para un pobre moribundo! en este apretado cerco como en una prensa de terribles angustias à penas se descubre rumbo à donde bolver los ojos. Quando este triste pensamiento me toma por la mano y me conduce hasta ponerme en aquel paso, que media entre la vida, y la Muerte, me lleno de pavor y espanto: nos hallamos ya en los preámbulos de espirar: aqui es preciso que la humanidad pague el tributo de la compasion: un terror extraordinario se comienza à apoderar de las últimas reliquias de la vitalidad, que nos han quedado en el corazon: todos son objetos tristes y funestos los que se presentan à la imaginacion: la misma conciencia que en el tiempo de la vida no le faltaron opiniones para seguir el camino ancho de los vicios, ya por entonces se declara por contraria al mismo paciente: le atierra, le espanta, y le sor



prende con el recuerdo de lo pasado : ¡ Ah, gran Dios! quarenta años ha que estoi en guerra con el hombre viejo de mi Cuerpo, que auxiliado de las pasiones de la carne, à penas me ha permitido unas cortas treguas de reposo : han llegado ya los momentos de terminarse esta antigüa discordia: aqui verá el Cielo, y la tierra por quien queda la victoria: entro ya en el último combate; ea, Soberana Virgen MARIA, ya comienzo à pelear, porque ya comienzo à morir.

¡Ay Dios! si el mismo Señor nos diese luz para vér por de fuera lo que acaso está pasando allá en lo interior de aquel pobre infeliz pecador agonizante, que tirado en una cama se está acabando, y peleando con todo el Infierno entero : ¿ qué será vér en el estrecho campo del rincon de un aposento darse la mas terrible lucha, que jamás vieron los antigüos en los Anfitéatros de Roma, donde salian los hombres à esgrimir Cuerpo à Cuerpo con la inhumana fiereza de los Tigres, y con la brabeza de unos coléricos irritados Leones? por aqui un Demonio le refresca la memoria de tantos vergonzosos criminales deleítes, que ya entonces son espinas que le penetran el Alma: ¡ò crueles remordimientos! forzosas pero muy amargas consequencias de aquellos antecedentes, que se pusieron en el tiempo de la vida: se pasaron los gustos, y solo han quedado los temores ; por alli otro le espanta con los horrores

del juicio, y las estrechuras de la cuenta: ¿mas quién no ha de desmayar entonces à el vér estender el lienzo de su desastrada vida? ¿y pues, donde están aora aquellas vanas idéas, y locas fantasías con que el Pecador se lisonjaba à sí mismo? ¡Ah gran Dios! ¿qué transtorno es este de tan varios, y encontrados pensamientos? ¿por ventura éste es aquel que vivió tan satisfecho de sí mismo, y sin escrúpulo alguno en el tiempo de su vida? veislo ay tirado en un potro de tormentos, agitado de crueles remordimientos, y entregado en las manos de su propio despecho: toda su vida fue una prolongada noche de tinieblas, mas ya le comienza à rayar el oriente de los mas claros desengaños: por acuyá otro Demonio le representará con viveza la brevedad del tiempo, y la interminable duracion de la eternidad: ¡ò qué trompeta tan terrible! ¡ò qué eternidad que siempre has de durar! ¿qué golpe de luces, qué desengaños tan palpables, qué reflexiones tan sérias, y tan christianas hará entonces el miserable? ¿pero qué cosa tan sensible haber caído tan tarde en la cuenta? en este ataque sitiado el miserable paciente, la Muerte le estrecha mas la última lucha: exála los postreros alientos, y entre amargos parasismos cierra la cláusula de su vida: *consummatum est*: se acabó todo para el moribundo, y nosotros nos quedamos indecisos de su suerte: no sabemos por quien quedó

la victoria: vosotros pues amigos no perdáis de vista à ese pecador Difunto, que acaba de luchar con las tropas del Infierno, mientras Yo os pongo à la vista la dulce batalla, glorioso final combate de los Justos con la Muerte.

## CAPITULO XXVIII.

### *GLORIOSO COMBATE DE LOS JUSTOS en la hora de su Muerte.*

**N**inguna ocasion mas oportuna que la presente para pedir las albricias à los Justos: <sup>1</sup> porque si las albricias regularmente se dán en premio y galardón de algunas felices nuevas, Yo que como Angel de paz les voi à dár unas nuevas tan alegres, y unas noticias tan plausibles que les han de llenar el corazon de celestial júbilo y regocijo: con razon, y de justicia debo pedirles las albricias: albricias, Justos, buenas nuevas, feliz anuncio: recibid este pliego, y estas letras con aquel aspecto alegre, y placentero con que se recibe una embaxada, que por instantes asegura hermosas palmas, peregrinas dichas, y felicidades; y quando el Alma llegue à sentir de mis labios la alegre festiva nueva que ya con ansias espera, y no quiero mas dilatarla, le adornaréis con la gala mas brillante, que en dia tan

<sup>1</sup> Justus si morte præoccupatus fuerit, in refrigerio erit. *de Lib. Sap. Cap. 4.*

magestuoso y de tanto regocijo, es preciso que se despoje de los tristes lutos, que infunde à los vivos el horror de la Muerte.

Sabed pues: que en los últimos críticos períodos con que termina el fugitivo curso de nuestra vida, todo hombre ha de pelear, porque en llegando estos peremptorios plazos todo hombre ha de morir: habrán de luchar los pecadores, y habrán de batallar los Justos, porque unos, y otros nacieron con la indispensable ley de acabar, y fenecer; pero aquel gran Dios que en el Cielo de la Escritura Santa ha fixado tantos tan terribles cométas, que pronostican tantas fatalidades y desventuras à los miserables pecadores en la última batalla, que es la hora de su Muerte: ese mismo Dios (qué consuelo para los Justos) fidelísimo en sus promesas, ha empeñado su Divina palabra de auxiliarnos en el apretado sitio de la Muerte: *Justus si Morte præoccupatus fuerit, in refrigerio erit*: como quien dice: se verán mis queridos tirados en el lecho de sus dolores, cercados de las angustias de la Muerte; pero la misma Muerte se llenará de asombro viendo tanta serenidad en sus ánimos: entrarán en el círculo de las últimas agonías para coronar sus cielos de gloriosos laureles: ¡que agonías tan dulces, para quien muere protegido de la gracia! al mismo tiempo que toca ya su vida en la última raya para

ausentarse à la region de la Luz, tocan los enemigoe à el arma. ¡Ò qué expectáculo tan dulce, tan alegre, y tan apacible será este para el Cielo! ¿y como estarán los Angeles llenando de bendiciones aquel dichoso aposento, de donde ha de salir en breve tiempo aquella alma generosa, que con ansias aguardan para darle los plácemes, y enhorabuenas de su triunfo? Entrará el Justo à exáminar por experiencia los ápices mas menudos del último certamen: ¿pero à quien no ha de causar envidia vér à la humana fragilidad desafiar à la Muerte, y burlarse de las máquinas del Infierno? la lucha será terrible. ¿Pero por qué ha de temer el que está en el seguro de la adorable proteccion del Altísimo? el cerco será apretado. ¿Pero qué socorros tan poderosos se dexarán descolgar de los Cielos? Alli en las primeras entradas de la Muerte hallará el Justo apercebidas todas las tropas auxíliares de la gracia.

Por ventura el Infierno en aquellas últimas horas pondrá los mayores esfuerzos para vencerle, ( asi como el piráta pone los mayores conatos y desvelos para apresar à una nave, que cargada de riquezas surca los mares, ) y mas si considera que se le vá acercando al puerto de la gloria, donde ya pierde la esperanza de hacerse dueño de aquel precioso tesoro: Nave es el Justo, cargada de ricos merecimientos: todos sus continuos afanes y desvelos no llevaron otra mira que atesorar preciosi-

dades de virtudes heroicas para la eternidad: ha llegado ya à los grados de altura, que son las agonias de su dichosa Muerte, desde donde comienza à descubrir la tierra firme de la Bienaventuranza: poca distancia le resta para arribar à la playa de su eterna felicidad: el Corsario le ha venido siguiendo à los alcances hasta la orilla del morir: por un Decreto permisivo de la Divina Providencia le combatirá entonces con el mayor esfuerzo que nunca: ¿pero como han de prevalecer sus tiros contra las armas de aquella Nave que lleva enarboladas las banderas de Jesu Christo? El mismo Dios desde su augusto Trono se estará regocijando, y sosteniendo al Justo en lo mas vigoroso del combate: es verdad que los enemigos le darán el asalto, con los temores de quien está pronto à comparecer en el Tribunal de Dios, para ser pesado en las balanzas del Santuario: pero que consuelo tan poderoso, y que consuelo tan grande, quando el testimonio fiel de su conciencia, y la christiana conducta de su vida, le dice, que está escrito en el libro de la vida, y que se halla en el número de los Predestinados: le objetarán à la memoria los juveniles deslices de los primeros pasos de su vida: ¿pero qué impresion pueden causar en su Alma estos recuerdos, quando tiene en su ábono tantas lágrimas, que ha vertido en el Sacrosanto Sacramental purificadorio de la Penitencia? ¿como ha de flaquear entonces su esperanza,

quando ya está para entrar en posesion del Reyno de los Cielos que fue el blanco de sus mas tiernos súspiros? ¿como ha de rebajar, ni un punto su caridad, quando se halla mas inmediato al Divino Sol de Justicia? ¿como ha de titubear su fé, quando experimenta mas visibles los favores del Altísimo, y ya divisa los vislumbres, y relámpagos de la gloria, que le anuncian muy cercana la corona, que de justicia pide la grandeza de su mérito? ¿como ha de trepidar entonces quien tiene à todo un Dios de su parte? Le representarán por ventura los enemigos, que los juicios de Dios son un abismo sin fondo, que los mayores Santos tuvieron mucho que temer al tiempo de la partida, despues de haber llevado una vida irreprehensible; pero todas estas razones tan lejos están de acobardarlo, que antes de aqui toma nuevos motivos, para rehacerse de nuevos generosos alientos para el combate: porque arrebatado del mas claro conocimiento de su nada, se arroja humillado hasta lo mas profundo de estos venerables juicios, desconfiando de sus méritos, y colocando toda su esperanza únicamente en los ricos sobreabundantes merecimientos de Jesu Christo: ¿y qué arma mas poderosa puede manejar entonces el moribundo, para vencer à un enemigo tan sobervio como es la santa humildad, y el conocimiento de su insuficiencia? ¿de qué humilde se cuenta en las Historias que haya perdido la corona en el último

combate de la agonía? ¿à qué humilde ha desamparado Dios en la batalla de la Muerte? ¿quantos triunfos ha gravado en los fastos de la Iglesia el humilde conocimiento de las propias miserias? ¿quantas victorias ha perdido el Infierno sin mas balas, ni mas pólvora que un humilde *pequé*, que nació del centro del corazon? ¿qué sacrificio mas agradable, para tener à Dios própicio por entonces, que un corazon contrito, y humillado? Ni al mismo Dios tiene que temer, el que se humilla: porque la hermosura de la humildad desarma los enojos, y las iras de Dios, de que nos dan tantos auténticos testimonios las Historias Sagradas.

La Muerte le probará al Justo su paciencia con los acervos dolores del accidente; pero qué cosa tan dulce, qué caliz tan sabroso, para quien está sediento de beber penas del torrente que bebió su amoroso Dueño Jesu Christo. Le tentarán los enemigos, aparentando motivos de desconfianza, pero es preciso que el Angel Tutelar, à cuya custodia se encomendó aquella preciosa alhaja, no desampare entonces à su cliéntulo: se le llegará à sus oídos, y como quien le ayuda suavemente à morir, podemos considerar que le diga, lo que dixo el Apóstol à los Hebreos: *Non est injustus Deus, ut obliviscatur operis vestri, & dilectionis:* <sup>1</sup> Buen ánimo, Amado mio, aqui estoi pronto para conducirte al

<sup>1</sup> Cap. 6.



Paráiso: no tienes que temer: no es Dios injusto, que puede olvidarse de tus méritos, y del amor con que habeis observado, como Siervo fiel en la casa de su Señor, hasta los ápices de su Ley. Yo he sido testigo de tus penitencias, mortificaciones, obras de misericordia, y de la práctica de tus virtudes, de estas mismas te traigo aora las alas, para que en mi compañía subas triunfante à los Cielos: aqui me estoi à tu cabezera hasta recibir los últimos alientos.

Mas qué será ¿si en los primeros preámbulos de la agonía comienza à sentir el Justo las extraordinarias finezas, los poderosos socorros de aquella Emperatriz de los Cielos, en cuyas vanderas y reales pendones está gravado con letras de oro el brillante glorioso mote de: *Auxilium Christianorum*? ¿quién no se ha de alentar à la dulce, y bellísima presencia de MARIA Santísima? ¿qué Demonio ha de quedar en la circunferencia del lecho, que no baje precipitado hasta lo mas profundo del Infierno? no se ha oído decir jamás (afirma San Augustin) que esta Señora haya desamparado à ningun Christiano que se acoge à las sombras de sus murallas: aquella Madre de Clemencia cuyos cándidos virginales cenos se derraman en ternuras, y finezas sobre los mas ingratos pecadores ¿como habrá de desamparar entonces à quien le obligó con tantos servicios, y le consagró los mas nobles afectos de su pecho? bastará solamente que resuene su dulcísimo Nom-

bre en los labios del moribundo, para que luego al punto levanten el sitio los enemigos, y desamparen el puesto: se acabará el combate, porque se acabará la vida: pero qué cosa tan dulce es morir en la amabilísima proteccion de MARIA Santísima, à que están siempre asalareadas todas las felicidades, y todos los triunfos: quien supo grangear su amoroso Patrocinio en el tiempo de la vida, éste será el objeto de su atencion en la hora de su Muerte: éste cantará victorias, alcanzará inmortales doradas palmas, se coronará de dichas, y con una ciega confianza podrá desafiar à todo el Infierno entero.

## CAPITULO XXIX.

*EN QUE SE DA NOTICIA DE UN ALCALDE mayor à quien la Muerte le tomó residencia en los últimos términos de su vida.*

**E**N el presente Capitulo se trata de un Juez Secular à quien despues de haber cometido varias alcaldadas durante el tiempo de su oficio, lo executó la Muerte con una exâctisima residencia en los últimos periodos de su vida: à penas habia finalizado su empleo quando se le cumplió el número de sus dias: en cuya atencion la Muerte mandó estender un auto, citando à las partes que se recono-

ciesen agraviadas por el Alcalde, para que compareciesen à presentar sus querellas en que les prometia hacerles justicia, con la precisa advertencia de que pasado el término perentorio de veinte y quatro horas (que era el tiempo que al pobre Juez le restaba de vida,) à ninguno se le daría audiencia: porque despues de muerto el Alcalde ya declinaba jurisdiccion, y la causa sería arrastrada al conocimiento de otro Tribunal mas superior.

Las circunstancias tan escabrosas de aquellas últimas horas, y la acelerada partida con que salió el Juez de este mundo à la eternidad, no dió lugar de comparecer à una multitud de Querellantes, que segun pública voz y fama, se hallaban ofendidos de los irregulares procedimientos del Alcalde.

La primera que se presentó en el Juzgado de la Muerte fue la Virtud de la Religion, diciendo: que se hallaba notoriamente agraviada por el Señor Alcalde, pues habiendo otorgado juramento de guardar las Ordenanzas Reales, quando se le entregó la vara de Justicia, no lo habia cumplido en todo su gobierno: la Muerte le pidió al Juez que diese su descargo al punto capitulado; à que quiso satisfacer el Juez diciendo, que su intencion quando hizo el juramento fue de guardarlas en la gaveta del escritorio: al oír este descargo la Muerte sin hablar una palabra tomó de su tintero una pluma, y sobre las diligencias formó una R. muy grande

con que ya comenzaba a presagiarle su eterna reprobacion.

La Ciencia fue la segunda que se presentó, demandando contra la ignorancia del Juez, pues siendo un hombre iliterato sin conocimiento del Derecho, no se dignaba de consultar, ni pedir consejo à los facultativos, como se previene à todos los Juezes en la auténtica de *Judicibus Colat.* 6. de que forzosamente las mas de sus sentencias fueron descabelladas: el pobre Caballero respondió que un Juez arbitro, y tan arbitrista como él, no necesitaba de Acesores, ni de arreglarse à las fórmulas del Derecho: mas tampoco le valieron estos arbitrios en la hora de la Muerte, para dexar de sentir las agrias reprehensiones de su conciencia delinquente.

La Justicia conmutativa suplicó rendidamente à la Muerte se sirviese de obligar à dicho Juez à la réstitucion de los daños ocasionados, y de otros derechos que injustamente retenía, y no ignoraba ser mal habidos: à esta querella dixo el Juez, que aunque era verdad que repetidas veces habia sido avisado de los remordimientos de su conciencia, y amonestado de los Confesores que con este gravamen le absolvieron, no obstante: como él siempre se inclinaba à lo mejor, y mejor es la condicion de el que posee segun la regla del Derecho, que estando él en posesion no debia restituir; pero à esto

replicó la Justicia diciendo: que el Juez estaba en mala inteligencia, porque esto se debía entender quando las causas gozaban de igual probabilidad, *pro utraque parte*, como lo explicaba el mismo Texto: *In pari causa potior est, conditio possidentis*: el Juez viendose estrechado de la Justicia para evadirse de este cargo alegaba de su parte, que habiendo pasado tantos años en que habia usurpado los intereses agenos, le favorecia la Ley de la prescripcion: entonces la Muerte aún siendo una Magestad tan séria no pudo menos que soltar la risa en tanto extremo, que la oyeron reir hasta los que estaban afuera, que les causó bastante novedad, sabiendo el cuidado en que se hallaba el Alcalde: acabada la risa, como tan instruida la Muerte en ambos derechos le puso al Juez en las manos el Capitulo *Quoniam 20. de prescriptionibus*,<sup>1</sup> donde consta bien claro que ninguna cosa puede prescribir con mala fé: *Nulla valeat absque bona fide prescriptio tam canonica, quam civilis*. En esta contienda estaba el afligido Juez vergando con las congojas de la Muerte, quando para mayor aumento de sus angustias tomó la voz el Fiscal de su misma conciencia à favor de una multitud de Pobres que habia bejado el Alcalde, excediendo los derechos de judicatura, y faltándoles a la debida Jus-

1 Ita ex leg. §. vel argues ex leg. §. Cod. de Legibus, ex consuetut. §. 2.

ticia: quiso el Juez purificarse de este cargo diciendo: que en el respaldar de su silla donde él se sentaba *pro Tribunali*, para sentenciar las causas tenia fixado el Arancel, y que pegado al Arancel pedia siempre sus derechos aunque por caminos tuerfos. Y que tocante à los Pobres aunque habia condenado à costas y prisiones à algunos inocentes, habia sido por mediar el respeto de algunos Amigos, à que no pudo absolutamente negarse. Pero eso (dixo la Muerte) fue lo mismo que imitar à Pilatos, que condenó à Christo inocente, por complacer al Cesar. No le faltó al Juez solucion para oponerse à esta réplica; pero fue levantando un falso testimonio à la Curia Filípica diciendo, haber leído en ella ser facultativos los Jueces para interpretar las Leyes. Miente el Juez (le dixo con mucha asperidad la Muerte) porque el mismo derecho claramente expresa, que solo el mismo Legislador puede interpretar sus Leyes. *Ejus est interpretare Leges cujus est condere.*

Aqui me ocurre à la memoria cierto Juez que comuniqué en la tierra adentro, por quien suplico a mis Lectores pidan à Dios le perdone un falso testimonio que levantó al Derecho Canónico, Fue el caso: que entrando en el Lugar donde se hallaba el Juez, un pobre Labrador con unas fanegas de maiz, habiendose presentado al Juez para pagar el derecho de manifestacion (segun cos-

tumbre del País) le pidió el Juez cinco reales por cada fanega. Replicó el Arriero representádo que otras veces habia entrado en el mismo Lugar con los mismos efectos, y no le habian llevado tanto sus Antecesores. Pues, amigo mio, ni mas ni menos, repuso el Juez) porque esto es lo que se ordena en la Bula de la Cena, y cuenta con las excomuniones que traë consigo. El pobre Arriero al oír pronunciar la Bula de la Cena, que quiso, que no quiso pagó lo que se le pedia, y salió diciendo, que el Señor Juez sabia muchas Leyes, aunque en la realidad era un hombre sin Ley, y de aquellos Jumentos *in quibus non est intellectus*. En prueba de esto me refirió à mí mismo, que habia leído en España un Librito en que prometia Jesu Christo à su Santísima Madre no hacer aprecio de las blasfemias de los Marineros, y Yo por trisca le dixé: Señor Teniente, sin duda alguna el Autor de ese Librito sería algun Marinero. Algo diera Vmd. por que mañana apareciera otro, en que Christo prometiera, no hacer caso de las alcaldadas de los Jueces.

Bolviendo aora à nuestro Juez residenciado, viéndose ya muy proxîmo à la eternidad, pidió que le llamasen con brevedad un Escribano, para otorgar su Testamento, y disponer su postrîmera voluntad. La Muerte dixo: que era nulo el Testamento, porque todo lo que poseía era mal adquirido, y que

primero era restituir, que testar. Y que estando ya reducido à los últimos términos de la vida, no le quedaba otra esperanza, que apelar al Tribunal de la Misericordia Divina, porque la Muerte en vista de los cargos que se le hacian, conformándose con el parecer del Aceso de su misma conciencia, y arreglándose à la fórmula del Derecho Divino, en que segun un texto expreso de la Sabiduria, se ordena, que aquellas mismas cosas que sirvieron al hombre para contravenir à la Ley, le sirvan despues como instrumento para atormentarlo: <sup>1</sup> mandaba y mandó la Muerte, que pues la vara de Alcalde le havia sido el instrumento de cometer tantas injusticias, ella misma le sirviera de leña, para arder eternamente en el Infierno. El pobre Juez, en tan desesperada causa, quiso invocar à San Dimas, à quien imitó en los primeros tereios de su vida; pero la Muerte no le dió este lugar: lo echó fuera de este mundo, cantándole aquel funesto responso, que se cantará à los réprobos el dia del Juicio final. *Ite maledicti in ignem æternum.* <sup>2</sup>



- <sup>1</sup> Per ea, per quæ quis peccat, per hæc torquetur. *Sapient. C. 10. 11. v. 17.*  
<sup>2</sup> *Matth. Cap. 25. v. 41.*



## CAPITULO XXX.

*CONCLUIDA QUE LE DIO LA MUERTE  
à un célèbre Maestro de la Universidad  
Parisiense.*

**E**N el mas profundo respetuoso silencio de la noche (tiempo oportuno para los repentinos asaltos de la Muerte) estaba el célèbre Doctor de la Sorbona (llamado Silo) fatigando su ingenio sobre los Libros en el retiro de su gavínete, porque tenia que defender en pública pálestra unas conclusiones de mucho empeño, y lucimiento. Sin pérdida de tiempo se le entró la Muerte, sin dárselo à conocer por entonces, y llegando se à su Persona, como en ademan de que queria hablarle en secreto, le dixo asi: Señor Doctor, tengo noticia que Vmd. mucho tiempo ha, que anda proyectando la gran resolucion de retirarse del mundo, y porque esta obra, que será de mucho esplendor à su Persona, y de mucho exemplo al público, no se quede en solos pensamientos, que por esta causa se han malogrado tantas coronas, que para otros se prevenian en los Cielos: hagame Vmd. el gusto de escucharme dos palabras, que son las mismas con que atacué fuertemente à otro Doctor, que ha dado tanto lustre à la Iglesia de Jesu Christo, que fue el gran Padre San Augustin, con hacerle esta pregunta: *¿Si aliquando, cur non*



*Ad Logicam pergo, quæ mortis non timet ergo.*



*modo?* ¿si non modo, cur aliquando? Señor Doctor, si alguna vez se ha de resolver Vmd. ¿por qué no se resuelve aora? ¿y si aora no se resuelve, quien le asegura que se resolverá despues? Respondió el Maestro Silo, con alguna serenidad: que en la presente ocasion se hallaba con aquel empeño de tanto lustre entre las manos, de que dependia todo el caudal de su honor, que este asunto lo tratarian despues. ¡Ó Señor! (exclamó la Muerte) ¿y si ese despues, no llega? ¿y si ese despues, no se verifica? ¿y si ese despues, no lo halla quando lo busque? ¡Ah, Señor! ¿y es posible, que un hombre sabio reserve la resolucion de un negocio tan importante para despues? ¿y si antes de ese despues se acaba el tiempo? ¿y si antes de ese despues, llega una mala hora? ¿y si antes de ese despues, llega primero una Muerte violenta, y desprevenida, antes que llegue ese despues tan dilatado? entonces Señor Doctor, *Desiderium peccatorum peribit*: aquí dieron al traste las vanas esperanzas, que tanto tiempo fueron lisonjeros entretenimientos de aquel despues tan contingente. ¡Ó Señor, si Vmd. supiera, que está hablando con la Muerte, y que la Muerte, no puede engañarle! Si Vmd. refléxara quan cerca está la Muerte de su Persona, puede ser que no dilátara los plazos para despues Este despues en que Vmd. se fia será

B<sub>B</sub>

sin duda el dia de mañana. Y si mañana buelvo a reconvenirle, me saldrá Vmd. con la misma solucion remitiendome al despues. ¡O que despues en que se pone en contingencia una inmortal corona que el Cielo le tiene prevenida! mas: digame Vmd. Señor Doctor, ¿donde está ese despues, ò ese tiempo que Vmd. se promete tan seguro? ¿le tiene guardado en alguna arca para usar de él à su arbitrio quando lo haya menester? ¿si Vmd. supiera que este es el tiempo oportuno que Dios tiene dispuesto, para que acabe de desengañarse de quan vanas son las cosas del mundo, dexara Vmd. su resolucion para otro tiempo? ¿por ventura Dios le ha hecho escritura, ò le ha empeñado su Divina palabra, de que ha de lograr ese despues? à mí me consta lo contrario. El Evangelio es oráculo que no engaña: él avisa, y previene à todos los mortales, que la hora fixa de la partida totalmente la ignoran, que en buen romance es lo mismo que decirles, que del tiempo no tienen seguro ni un instante. ¿Pues en que funda Vmd. sus esperanzas para no resolverse por aora? ¿Por ventura en la salud que le acompaña? ¡mas ay Dios, y qué engaño tan manifesto! ¿En la salud? ¡ò qué cosa tan fragil! mañana se verá Vmd. tirado en el potro de una cama acompañado de un claro conocimiento de la ninguna substancia de los pretendidos honores à que aspira. El fiarse de la salud es lo mismo (Señor mio) que querer caminar seguro en

coche de cristal por calzada de piedras. ¿Pues para que es, Señor, dilatar los plazos mas allá de los designios de la Providencia? si pretexta la corta edad, es un efugio de ningun fundamento. La Muerte (Señor) no regula sus asaltos, ni por edades, ni por tiempos. Verdad es esta que la misma experiencia le demuestra, pues en la mejor flor de los años executa con las mayores violencias. Ahora está Vmd. rodeado de lucimientos que circundan su borla, y su gavinete, mañana se eclipsarán sus lucimientos sepultados entre negras balletas, y colocado en Pira funebre será la materia de las compasiones, y lo que aora pudiera despertar en Vmd. un saludable pensamiento, por ventura en otro tiempo no causará este bellissimo efecto. La vida del hombre (Señor Doctor) es como la fugitiva llama de una candela, que con un leve soplo se apaga. Vmd. es Pasajero: Dia y noche camina para el Sepúlcrero, cada momento del tiempo es un paso que le acerca à la eternidad, y puede tener mil contingencias en esta caminata de la vida. No es cordura (Señor) ni es prudencia christiana, ni decente à la verdadera Sabiduria, exponer un negocio de tanta importancia à las inconstancias del tiempo. Es muy factible que en esta jornada de la vida se le acabe la luz antes de tiempo, y le coja la noche de la Muerte. ¿Pues para que es aguardar un lance, que no puede producir otra cosa ( despues de ma-

lograr tantas luces ) que un tardo arrepentimiento de no haberse resuelto en la ocasion mas oportuna, con que le brindaba el Cielo? el tiempo pasado desapareció sin esperanza de bolverlo à vér: del presente solo tiene Vmd. un instante que se le está pasando con la brevedad que un relámpago: el tiempo futúro muy incierto y muy dudoso. Pues, Señor Doctor, la verdadera Sabiduria que hace verdaderamente sabios y dichosos à los hombres en la Cátedra de la Muerte, es el Magisterio del desengño. Y últimamente de todo lo que tengo expuesto al claro entendimiento del célebre Doctor Silo tan decantando en las aulas, por remate y por conclusion de todo lo dicho, le saco una consequencia evidente, con la misma fuerza con que la deducía San Pablo para resolverse à dexar el mundo, y seguir a Jesu Christo. <sup>1</sup> Para este intento se necesita el tiempo: El pasado se malogró: El futúro está dudoso. Solamente tenemos el presente. <sup>2</sup> *Ergo dum tempus habemus operèmur bonum.* No pudo negar la consecuencia aquel ingenio florido que hasta entonces habia sabido sustentar sus pensamientos. Mas la Muerte que observaba con viveza que un ápice le faltaba para acabar de resolverse, apurando la materia, y apretando mas el argumento le introduxo por los ojos el último desengño.

<sup>1</sup> Ad Galatas. Cap. 6. v. 10.

<sup>2</sup> Muerte prevenida Tom, 1. fol. 246.

Fue el caso, que aquella misma noche quando él se hallaba agitado de un torbellino de funestísimos pensamientos, se le introduxo en su gavínete un discípulo suyo condenado à eternas penas, que acaso siguió el dictamen del Maestro en dilatar la conversion para otro tiempo. Esta horrible vision de aquel triste espectáculo, le estrechó fuertemente à retirarse del mundo, y sus vanidades. Puso la mira à una de las Religiones mas estrechas, y antes de amortajarse en vida, comenzó à despedirse de sus amados discípulos con mil ternuras, y christianísimos sentimientos, como partos legítimos de aquel clarísimo desengaño. Amados míos (les dixo enterrecido su Maestro) esta es mi última despedida, y última voluntad. El quando se los dexo à las ranas, el despues se los dexo à los necios, el cras les dexo à los cuervos, el mundo dexo à los vanos, otra Lógica sigo, que no tenga que temer las conseqüencias de la Muerte: *Linquo quo ranis, cras corvis, vanaque vanis; ad Logicam pergo, quæ mortis non timet ergo.*





( 198 )

## CAPITULO XXXI.

*SE HALLA SORPRENDIDA LA MUERTE  
sobre una pregunta que le hizo un  
Teólogo Moralista.*

**P**ara dar principio à este Capítulo es necesario traër à colacion la triste y funesta imagen de la Muerte. La imagen mas propia de la Muerte (en frase de la Historia Sagrada) es el sueño. La Escritura Santa llama Dormientes à los que están en los Sepúlcros, porque un hombre muerto, parece que está dormido, y un hombre dormido representa el papel de un hombre muerto. La Muerte es un sueño que aprisiona nuestros Cuerpos, hasta que el ruido de una horrible trompeta los despierte, para entrar todo hombre en Juicio. El sueño es una semejanza de la Muerte, que nos pone entredicho à las funciones mas gustosas de la vida. Todo hombre, y todo viviente rinde vasallaje à la soberanía del sueño: él nos domina, nos executa, nos embarga y nos suspende, quando quiere. No hai valor, no hai poder, no hai excelencia, que pueda contrarestar à la violencia del sueño. Rinde con suavidad à los Tigres, sujeta à los Leones, cautiva à los Elefantes, vence à los mayores Mónarcas, le pagan omenage los mas valerosos Capitanes de los Exércitos, se entra à una plaza guarnecida de artillería, y à las mas

esforzadas centinelas les quita las armas de entre las manos, y los pone por tierra. A todo hombre le pone en los labios el cándado del silencio, no hai quien chiste, estando en posesion el sueño, y aunque echan algunas roncas los Dormientes, no son ronquidos del hombre, sino espantosos bramidos del mismo sueño. ¡Ay Dios! ¿Qué será la Muerte cruel, si una sola imagen suya así nos avasalla, y nos domina? pero es cosa digna de admiracion, y tambien digna de festejarla con risa (si no estubieramos tratando una materia tan séria) vér este brio, este poder, esta fuerza, esta pujanza de este sueño tan valiente (que vence hasta los gigantes: y que en la noche mas triste, y en el mayor cuidado rindió à los Discípulos de Jesu Christo) salir fugitivo, y espantado de los dormitorios con sola la picada de una chinche que lo retira, y una mordidilla de una pulga lo acobarda, le da estampida, y le obliga à buscar hospedaje en otra parte.

Esto mismo sucedió à la Muerte, que à cada instante le sucede à su imagen. Ella domina, y sujeta à todos los hombres, y no hai hombre que tenga aúdacía de hacer frente à la Muerte. Pero un Estudiantillo Semi-teólogo, de media capa, y de mala muerte, le puso en terrible prensa, de tal suerte: que espantada la Muerte, tomó por partido meterse en los Sepúlcros de una Iglesia, condenandose à un misterioso silencio.

Fue el caso: que paseándose la Muerte una tarde por la lonja de un cementerio, aguardando à cierto marchante, à quien queria dispararle de su aljaba una flecha, acertó à pasar por alli un pobre Estudiante, que estaba en vísperas de entrar à Sínodo, porque era pretendiente de Ordenes. Un dia que pasaba por el cementerio de una Iglesia, vió à la Muerte, que se andaba paseando algo pensativa, y como que tenia algun cuidado entre manos. Desoso el Estudiante de instruirse bien para satisfacer su examen, llegó à consultar varias dudas con la Muerte. Yo sé (dixo el Estudiante à la Muerte) que en tu Cátedra, y en tu Escuela se hacen los hombres mas sabios: Tú eres la sutil, la exímia, la irrefragable, tus respuestas son oráculos, tus pensamientos súbimes, tus resoluciones, no dexan que dudar, tus dictámenes los siguieron todos los Santos: seguiré ciegamente tus consejos, en esta inteligencia vengo à pedirte, que me des luz sobre la materia que ya expongo à vuestro juicio.

Has de saber que acá en el mundo se controvierte entre los Teólogos una Qüestion muy célebre y muy reñida. Se divide en dos poderosos vandos que se llaman Probabilistas, y Antiprobabilistas: ambos partidos tienen debaxo de sus Vanderas hombres grandes de muy elevado carácter, de mucha literatura, y de no menos santidad. Han sudado los mayores ingenios, y se han fatigado las mas de-

licadas plumas: de la Santa Silla Apostólica se han expedido las mas oportunas Providencias, y con todos estos arbitrios no han sido suficientes para serenar la tempestuosa borrasca del alborotado mar de tantas opiniones, en que naufraga el vagél del entendimiento, entre sentencias opuestas y totalmente contrarias. Tú, que con claridad nos desengañas sin atender humanos respetos: Tú, que corriges nuestros yerros, nos sacas de nuestras dudas, y en tus consejos están librados nuestros aciertos: Tú, que dices la verdad desnuda, sin andar con rodéos; dime ahora la verdad pues te la pido con confianza ¿En el conflicto de dos opiniones podré seguir la menos probable, dexando la mas probable?

La Muerte atónita y pasmada con semejante pregunta, buen caso (dixo) ¿qué yo que hago temblar à los hombres mas Sabios, ahora me halle sorprendida de un Estudiantillo de pocas letras? esta duda (dixo la Muerte) no hai duda que con la Muerte se debe consultar. *Sed non dum venit hora mea*: pero no es esta la hora, ni es este el tiempo oportuno en que yo he de resolver estas dudas. Hai lances que obligan à ocultar la verdad entre los velos del silencio. El tiempo en el fin de la vida, y la Muerte à la cabecera de un hombre agonizante son los mejores intérpretes de las cosas. Me hago fuerza (dixo la Muerte à el Estudiante) y

me hago violencia para callar contra la inclinacion que tengo de desengañar à todo hombre, que de veras me consulta. El resolver esta duda me ha de acarrear forzosamente el odio de los mortales, y me ha de conciliar muchos mas enemigos de los que tengo. Ellos me aborrecen de Muerte, sin mas delito que cumplir Yo exáctamente con lo que debo, y llevar hasta el fin los adorables designios de la Providencia Divina. ¿Qué partido he de tomar? ¿qué vadera he de seguir en esta literaria contienda, que no se conjure contra mí un ejército de contrarios? ¿qué semblante me harán los unos, si resuelvo à favor de los otros? tomarán sus plumas (¡ò pobre de mí!) y con su negra tinta me pintarán mas horrenda y espantosa de lo que soi. Yo te dixera la verdad, pero tú (amigo mio) no eres capaz de guardarme el secreto. Por tanto te reservo la solucion de tu duda para los últimos momentos de la vida quando ya no podrás hablar ni contar-selo à nadie. Entonces à la escasa luz de aquella candela con que habeis de agonizar, y à la presencia de aquella Sagrada Imágen de Jesu Christo que en la otra mano habeis de tener: Quando el Sacerdote à tu lado te esté haciendo la recomendacion del Alma, y quando estés con el corazon penetrado de otros sentimientos muy distintos de los que aora tenéis, entonces ( mi querido ) ni yo podré dexar de desengañarte, ni tú podrás dexar de convencerte.

**Y** à Dios, amigo, no me pierdas el tiempo, que lo necesito mucho, y estoi aguardando aqui à un sujeto à quien estimo, para estrecharlo entre mis brazos. Mas te advierto de camino que no te arrojes intrepidamente à censurar à ninguno de los dos partidos, hasta tanto que de la Alteza de la Silla Apostólica se profiera el Juicio y sentencia definitiva sobre este pleito tan reñido, por estar asi expresamente mandado por la Santidad de Inocencio Undécimo, cuyo Decreto es del tenór siguiente,

***T**Andèm, ut ab injuriosis contentionibus Doctores, seu Scholastici, aut alii quicumque in posterum se absterneant; & ut paci, & charitati consulatur: idem Sanctissimus in virtute sanctæ obedientiæ eis præcipit, ut tam in Libris imprimendis, ac manuscriptis, quam in Thesibus, Disputationibus, ac prædicationibus, caveant ab omni censura, & nota, necnon à quibuscumque convitiis contra eas propositiones, quæ adhuc inter Catholicos hinc inde controvertuntur, donec à Sancta Sede recognita, super iisdem propositionibus Judicium proferatur.*

Con esta inopinada respuesta que no aguardaba el Estudiante, palpitándole el corazon comenzó à estremecerse en todo su Cuerpo, viendo la resolucion con que le hablaba la Muerte. No te

asustes ( le dixo esta. ) La Muerte no te espanta, tu conciencia es la inquieta. Mira que no estás dispuesto para llegar à mis brazos, retírate, recogete, y vete disponiendo que breve daré la buelta, y te sacaré de tus dudas.

## CAPITULO XXXII.

*HECHA LA MUERTE POR TIERRA  
una elevada torre de vanas esperanzas, que  
habia fabricado en su pecho un Joven  
bizarro llamado Junior.*

**E**L Supremo Autor de la naturaleza que con las negras alfombras de la noche nos oculta las beldades mas peregrinas de la tierra, tambien quiso obscurecernos el conocimiento de los instantes à que están vinculados los futúros sucesos de la vida del hombre, reservando esta regalía en toda su Potestad à su siempre adorable Sapientisima Providencia dispensadora, y gobernadora de todos los siglos. De aqui es, que quando el hombre asegura sus prosperidades y sus aciertos en las futúras contingencias del tiempo, claramente camina acelerado al centro de un manifesto engaño. Estos fueron los pasos por donde Junior despues de una carrera tan brillante se encontró con una muerte tan violenta, que suspendió el rápido curso de su vida, y cortó



*Sper eius frustrabitur, et videntibus cunctis peribit;  
abitur: Job, cp. 10.*





el hilo à sus idéas en lo mas florido de sus años. Sus pensamientos corrieron igual desgracia que aquellos altivos y Sobervios que intentaron levantar la hermosa Fábrica de Babel. Aquellos pensaban exáltar su nombre y eternizar su memoria en los siglos venideros: nuestro Joven solo aspiraba à subir à la cumbre y eminencia de la mas elevada fortuna. Para esto se fabricó à sí mismo en lo interior de su pecho una torre soberbia, cuyos capiteles estaban coronados de vanas esperanzas, y alegres pensamientos, que le servian de gustoso entrenamiento à sus fantásticas idéas. Mas como en cierto modo prometerse felicidadés que están sujetas à las incongrancias del tiempo, y à las contingencias de la vida del hombre, es lo mismo que fundar un palacío sobre la arena, quando él menos lo pensaba le echó la Muerte por tierra toda la fábrica.

París que pudiera haber sido el teatro de su gloria, fue el único testigo de su desgracia. Tenia Junior un condicípulo muy amado: <sup>1</sup> se querian tiernamente, como un David, y Jonatás, no obstante que las voluntades estaban tan uniformes en el amor, los entendimientos se hallaban muy encontrados en el modo de pensar. El uno penetrado de los mas vivos sentimientos de la eternidad, mirando à buena luz quan menguadas son las glorias del mundo, para llenar el dilatado vacío del cora-

<sup>1</sup> Muerte prevenida. Tom. 1. fol. 85.

razon humano, trataba sériamente de retirarse a una Religion. No reprobaba Junior absolutamente estos tan christianos pensamientos, pero le parecia que era muy temprano para reducirlos à la práctica, y que era lástima sepultar de un golpe tanta gloria con que el mundo les brindaba, y un cúmulo de tantas prendas, entre los horrores tristes de un saco penitente. Lisonjeado de sus talentos, queria coronar primero sus ciendes de aplausos y laúreles, haciéndose visible en una Corte tan célebre, y llenar su casa de lucimientos, para retirarse despues al jardin de la soledad à cojer el fruto de sus literarias taréas, acaso siguiendo en esto el dictamen de Porfirio, y Juliano Augusto, que condenaron de temeraria la resolucion de San Matéo, en seguir à Christo, en el mismo instante en que le llamó, sin hacerse cargo, que no sufre dilaciones la gracia eficaz del Espiritu Santo.

Le parecia à Junior, que un negocio de tanta importancia era necesario remitirlo al tiempo, para que el mismo tiempo diese sólida firmeza à una empresa tan ardua, y que habia de llamar toda la atencion del público. Le convidaba eficazmente su condicípulo, à que puesto, que habian sido compañeros en el siglo, lo fuesen tambien en la Religion. Parece que este Joven desengañado, habia usurpado de la boca de San Ambrosio, las mismas palabras con que el Santo movió à penitencia à el Emperador

Teódosio, para que imitase en todo el exemplo del Santo Rey David, como lo habia imitado en el escándalo. *Tu qui sequutus es errrantem, sequere poenitentem*; Junior, amado condicípulo mio: tú que has sido siempre el único amigo de mis confianzas, aora quiero descubrirte mi pecho y mis secretos. Te hago saber, que Dios fuertemente me llama por medio de sus auxílios, para que tome otro giro. No sé (amigo mio) que interiores impulsos me obligan à desamparar al mundo. Creo firmemente, que la mano poderosa de Dios me ha tocado en lo interior; no puedo negarme al golpe de tantas luces, con que el Cielo me ofrece una eterna corona. Quisiera yo, que pues habeis sido compañero de mis gustos y pasatiempos, tambien fuerais participante de mis desengaños. Yo me hallo en la firme resolucion de retirarme del mundo, y me es muy sensible dexar à un amigo tan amado, entre tantos peligros. Tú has sido cómplice, y tambien testigo de mis juveniles delitos, ¿Pues por qué aora, no habeis de imitar el bello exemplo con que te convidó? Tú me seguistes inseparablemente, quando yo era oveja errante, ¿por qué pues, no te unirás conmigo penitente? Vamos amigo, dexando este siglo que tanto nos encanta, demos al Cielo este gozo accidental que con ansias aguarda: demos à París este portentoso exemplo, que despierte las atenciones de aquellos (que en otras circunstancias) pedrán ser

fiscales en juicio contra nuestros escándalos. No aguardémos (querido mio) un funesto acontecimiento, que nos divida de improviso, y nos separe arrepentidos de haber malogrado tan preciosos socorros, que nos anuncian tantas verdaderas dichas y felicidades. París nuestra amada Patria nos desengaña: ella nos pone à los ojos tanta florida juventud, arrebataada por la Muerte con violencia en la mas lucida carrera de sus dias. De nuestros mismos condícipulos, ya no existen muchos de aquellos, en cuya compañía estubimos gozando de los buenos ratos del teatro. Amado Junior, la voz de Dios me llama fuertemente à mí, y à tí te llama por la mia: por mas que vuele nuestra fortuna en las alas del aplauso hasta entronizarse allá adonde llegan nuestros pensamientos, todo es vanidad (amigo) es mentira, es engaño, es lisonja del mundo, y al fin de la jornada el mismo mundo nos apartará de sí con ignominia, sin mas premio que una raída despreciable mortaja. ¡Ah, y quien pudiera penetrar tu corazon con las mismas saëtas con que Dios ha herido el mio! Acabémos pues (amigo) de darle à Dios lo que es suyo: demosle al Cielo este dia tan alegre, que aguardan con regocijo los Angeles. Toda aquella Corte celeste se mantiene como suspensa sobre nosotros hasta vér que resolvémos: el mar del mundo está alborotado, el puerto lo tenemos à la vista:

Ea pues ( amado condicípulo ) buen ánimo, en la tardanza está el peligro.

No le disgustaban à Junior estas razones, aunque las propuestas le parecian fuera de tiempo. Yo quiero servir à Dios muy de veras ( decia à su condicípulo ) y abrazar el estado Religioso, pero no con la prontitud que pretendes. Véis aqui mis pensamientos; yo tengo ánimo de permanecer en París por el término de tres años, donde me graduaré de Maestro en Artes: despues pasará à Montpellier, haré mención por quatro años, me impondré bien en la médica facultad: despues pasará à Bononia en prosecucion de la borla de Jurisprudencia: pasado este tiempo le daré de mano al mundo abrazando la vida Religiosa. Asi disvariaba Junior como un frenético: así barruntaban sus locos pensamientos: así disponia como señor, y árbitro de los tiempos. La Muerte que estaba muy cerca de su Persona, oyendo estas locas fantasías, aquella misma noche le dió el asalto, echando por tierra aquella elevada torre de vanas esperanzas. Murió repentinamente Junior, el que se prometia tantos plazos y tantos años: véis aqui en este triste suceso, quan vivas se perciben las voces del escarmiento; he aqui un funesto paradero! ¿y à su vista he de reservar yo semejantes asuntos à las incertidumbres de la Muerte? ¡ay Dios! venga aqui la juventud mas bizarra

à beber desengaños en esta fuente: pudiera este Joven pretextar la ternura de su edad, y la hermosa primavera de sus años, y no obstante estos respetos, la Muerte entra transtornando todas sus máquinas y todos sus proyectos: se marchitó la flor en un momento, y se mudó repentinamente todo el teatro en un instante. ¡Ó gran Dios, que llevas tus Providencias hasta los mas íntimos secretos del corazón humano! dirije aora estos desengaños de suerte, que lleguen à las manos de aquella Persona, sobre quien tenéis puestos vuestros ojos: y pues la Muerte ha de derrivar todo lo que el hombre fabrica en cimientos de vanidad, demuele tú esta piedra que resiste à tan preciosos socorros como nos dispensas: dale à tu nombre esta gloria y dale à tu gracia este triunfo.

## CAPITULO XXXIII.

*CASTIGA LA MUERTE A UN MAGISTRADO  
la falta de atencion y respeto à unas letras  
que le mandó monitoriales.*

**E**S cosa regular entre los Principes Mitrados, que quando quieren pasar à las Reales Audiencias à tratar sus particulares asuntos y negocios, remiten con antelacion un billete, previniendo à sus Altezas de su venida ( respetuosa política muy debida al magestuoso carácter de tan augustos Tri-

bunales.) La Muerte muy instruida en estos principios, siempre se porta muy urbana y muy atenta con los hombres. Jamás se ha entrado la Muerte en los palacios, ni aún en las chozas mas humildes, sin que precedan avisos de su venida. Para este fin tiene dispuestos y apercebidos tantos corréos, y tantas postas quantos son los dolores agudos, y multitud de accidentes à que está sujeta la humana naturaleza. Estos son los precursores que nos traèn los billetes políticos en que nos avisa la Muerte de su venida. Nadie se puede quejar que élla haya faltado à esta atencion y política: y si alguno me replicare que en las muertes repentinas, y violentas no preceden semejantes avisos, debe advertir que desde que se fundó el Evangelio de Christo, se nos hace saber à todos que estémos prevenidos para recibirla: *Et vos estòte parati, quia qua hora non putatis*: <sup>1</sup> que es lo mismo que intimarnos que ya viene caminando, y muy de prisa, y cada muerto que lloramos, cada difunto que vémos, cada plegaria que oímos, es un corréo que claramente nos dice, mañana llega la Muerte à tu casa. ¡Ó, qué dia de mañana será este tan amargo para nosotros, si despues de tantos saludables avisos, no sabémos disponernos y prevenirnos para recibirlo! La falta de atencion à estas políticas de la Muerte será para



nosotros un terrible cométa que repeatinamente nos sorprenda, y nos pronostique funestas consecuencias. Estas experimentó en sí mismo el impólitico Archias Magistrado de Tebas. Tenia que ajustar con él negocios muy importantes de la eternidad; pidióle audiencia, corriendole la atencion de remitirle un expreso con un billete que contenia unas letras monitoriales.

*He aqui la relacion verídica del hecho.*

**P**Elópodias enemigo capital de Archias le tenia tramada secretamente una conjuracion para despojarlo del Gobierno, y al mismo tiempo privarlo de la vida. <sup>2</sup> La misma noche que este infeliz hombre tenia pendiente sobre su cabeza una obscura nube preñada de rayos, que le amenazaba un desastrado fin, la consagró toda entera al júbilo y regocijo: aquella noche se mandaron desterrar de Palacio todas las Imágenes, que pudieran tener alguna semejanza con la tristeza, y se mandó disponer un esplendido banquete, para que à la armonía de bien concertados músicos instrumentos, se lisonjearse el sentido del oído, entre tanto que se regalaba la gula. Aqui se representó la misma comedia y trágica desgracia acontecida en la noche triste del Rey Baltázar de Babilonia. ¡O! ¿qué nunca ha de faltar una intrépida mano que haga salir fugitivos

<sup>2</sup> Emilio Prob. Muerte prevenida. fol. 224.

los placeres de los salones de Palacio? ¿qué los mas agradables regocijos siempre han de finalizar en terribles sustos? ¡triste pension la de la vida humana! ¡qué un gustillo pasagero y momentaneo nos ha de tener siempre de costo todo un caudal de sin-sabores!

Quando Archias se hallaba en lo mas interior de sus delicias, rodeado de gustos, asi como el pez en la mar circundado de las aguas, en lo mas sonoro del apacible estruendo, que formaba el tren de variedad de voces, y músicos instrumentos, un fiel amigo que tenia noticioso de la mina que estaba oculta para dar fuego aquella noche, quiso darle una completa narrativa de lo que se pensaba contra su Persona, para que pusiese pronto remedio. A este intento se le remitió por las volandas un correo con unos pliegos, y órden estrecha à la posta, para que sin pérdida de tiempo, aprovechando todo instante los pusiese en manos del Magistrado. Llegó éste à horas en que toda la Corte vestida de ricas galas se anegaba en un mar de júbilos y alegrías. Como el negocio era de tanta importancia pidió entrada, y franqueándole las puertas puso en manos de Archias las letras misivas que llevaba, como embiado de la Muerte. Leyó el sobrescrito que de esta suerte decia: *lege statim, quia continet res severas*: que quiere decir: Luego al punto sin desperdiciar un ápice del tiempo abre este

pliego, y con madura reflexi6n haste cargo de su contenido, porque son cosas de mucha importancia, las que aqui te comunico. Esta impensada novedad era capaz de sorprender, y de alterar el corazon mas esforzado en tales circunstancias; pero Archias falto de atencion, y de respeto à tan importante aviso, metiéndose la carta en el bolsillo, dixo con grande frescura, *in crastinum difero res severas*: dexarémos las cosas sérias para mañana: mañana será otro dia, porque el presente lo tiene ocupado el festin de Palacio, y no es razon llenar de acivar tantos gustos con la memoria triste de cosas funestas y severas. Resentida la Muerte con semejante imprudencia, y falta de política en el Magistrado, à penas habrian pasado dos horas de tiempo se entró à Palacio derrepente, armada con espada en manos de los conjurados, y tocó à general deguello. Alli se vió correr à un tiempo la sangre mezclada con el vino: enmudecieron los músicos instrumentos, y toda la alegria se convirtió en pavorosos descompasados gritos y lamentos: las galas se trocaron en balletas negras: las salas de Palacio entapizadas de Cadáveres, y Difuntos. Asi dió fin el festejo mas alegre, y vino à parar en lastimoso Catástrofe: Asi castiga la Muerte la falta de atencion à sus avisos, y hace respetar sus órdenes.

Esta es una comedia que se representa diariamente en el mundo: conjurados están contra noso-

tros todos los accidentes, y con arma en mano, para quitarnos la vida. Acaso llegará este Librillo à las manos de quien está entregado à las vanas alegrías y pasatiempos del mundo. Yo soi su fiel amigo, y la Muerte ( mejor diremos la Providencia Divina ) por mis manos le remite estos pliegos, *lege statim, quia continet res sevèras*: lea con cuydado estos Capítulos, reflexiõne, advierta, y atienda quanto le dicen. Ellos contienen cosas de mucha importancia: Dése por entendido y avisado de este corréo que ha llegado à las puertas de su casa. Quando esto suceda Yo por ventura seré ya juzgado de Dios; pero esto solo sirve de hacer mas recomendables estos avisos, mirandolos como enviados de la eternidad, y como cartas monitoriales de la Muerte. Mas como todo esto se órdena, y no lleva otro giro que disponernos para su venida, no será lícito malograr estos preciosos instantes de que acaso está pendiente nuestra eterna corona. Esperar las frias y heladas canas de la vejes, quando ya se mira próximo el fin de nuestros días, es declararse cómplices en la necedad de Archias, difiriendo un negocio de tanta monta, que pide toda la atencion de presente para el dia de mañana, *in crastinum differo res sevèras*.



## CAPITULO XXXIV.

*LA MUERTE PONE SITIO A UNA DAMA  
de esta América, y por asalto le gana la  
plaza del corazon.*

**J**eremías fue uno de los Profetas que mas lagrimas derramaron sobre la triste tumba, en que vino à sepultarse todo el esplendor, y toda la gloria de la ingrata Jerusalén, les tenia prevenido à sus moradores por un triste y funesto batinio, que la Muerte ( cuyos preparativos tenian puesta la mira à la ciudad ) se les habia de entrar por las ventanas de sus casas. *Ascendit mors per fenestras nostras:* <sup>1</sup> San Bernardo en sentido moral entiende aqui el asalto de la Muerte del Alma, que se nos introduce por los sentidos del Cuerpo. <sup>2</sup> Pero San Gerónimo, y el Angélico Doctor exponen literalmente este lugar al calamitoso tiempo de la mas lástima situación en que se vió la afligida Jerusalén, por el apretado cerco que padeció, quando vió à las frentes de sus murallas las vanderas de los Asirios, que amenazaban la total destruccion à la Metrópoli del orbe, impacientes por regar las calles de aquella ciudad santa con la misma sangre de sus hijos, no tenian sufrimiento para

<sup>1</sup> Jerem. Cap. 9.

<sup>2</sup> Vide Alapilem. hic.



*Accendit mors per fenestras nostras Jerom. cp. 9.*



aguardar que se les abriesen las puertas, escalaban las murallas, se arrojaban intrépidos por los tejados, y se metian por las ventanas, sin perdonar la vida à la mas delicada flor de la inocencia. Los Judios poseídos del pavón de la Muerte, que tenian à la vista, tendrian que ocurrir à la antigüedad, trayendo à la memoria el oráculo del Profeta Joël, quien claramente les habia pronosticado lo mismo, que subirian los enemigos sobre sus casas, y se entrarían por sus ventanas hasta los últimos rincones. *Domos conscendent, per fenestras intrabunt quasi fur.* <sup>1</sup> Pero este triste recuerdo solo serviria entonces de apretar mas el cordel de sus tormentos, y hacer mas amargo el caliz de sus angustias. Esta lástimoso tragedia que padeció la monarquía mas ilustre, y ha dexado à la posteridad monumentos tan memorables, nos abre las puertas para la relacion del hecho contenido en este Capitulo, que con toda verdad es como sigue.

En cierto Lugar de este Reyno de la América à donde la obediencia conduxo à unos Misioneros, habia una Dama de la primera lumbrera; pero mal entretenida con un sugeto de iguales circunstancias, cuyas calidades en ambos cómplices hacian mas criminales sus amores, y mas visibles sus delitos. Ya estaba la Mision en los últimos de sus

EE

<sup>1</sup> Joël. Cap. 2.



días, y el anzuelo de los pescadores ( que es la palabra Divina ) no habia llegado à los oídos de la referida Dama, porque bien hallada en sus gustos, no se habia presentado en la Audiencia de los Sermones, por no vérsese precisada à separar de un golpe tantos antiguos deleítes: acaso Dios con providencia particular tenia puestos los ojos de su misericordia en aquella Alma que le costó à Jesu Christo el caudal de su Sangre: Mas viendo Dios que élla no venía à su Templo, fue Dios à buscarla hasta muy cerca de su casa. Una noche que le tocó à uno de los Misioneros dar un asalto à los Pecadores que andan extraviados por la calle de la perdicion eterna ( llamamos asaltos, porque hallándoles desprevenidos, se les dá repentinamente el grito, y les sorprende el eco de la Divina palabra, obrando maravillosos efectos, que ha mostrado la experiencia ) Encaminado pues este Ministro, y conducido por una secreta providencia llegó à la esquina de una plaza bien abastecida de pueblo, à la frente se presentaba una casa, y en uno de sus balcones estaba la dicha Dama muy agena de los felices momentos, en que habia de terminar la noche de sus tinieblas; Y ya fuese tocada de la curiosidad, ò por mejor evitar alguna nota entre los circunstantes que le acompañaban, ò lo que sería mas cierto detenida de alguna invisible mano que queria derramar en su regazo un prodigio estupendo de celestiales

luzes en clarísimos desengaños: élla no pudo desprenderse de la cituacion en que se hallaba: el cerco era de los mas apretados de la espíritual milicia. Las puertas y las murallas de su corazon estaban cerradas con la misma dureza de sus culpas. En tan desesperado sitio no quedaba mas arbitrio que ganarle la plaza por asalto, como lo hizo la Muerte, entrándose con violencia en las palabras del Misionero por los balcones de su casa, donde levantó la Gracia la vandera victoriosa del desengaño. El Ministro que en esta funcion hacia el oficio de Artillero, disponiendo las piezas, y la pólvora que habian de rendir à aquel ( al parecer insuperable ) fuerte, le ocurrió à la memoria un suceso acontecido en la Imperial Corte de México, cuya narracion supo de boca del Reverendo Padre Fray Joseph Barrientos, Religioso Descalzo de la exemplarissima Provincia de S. Diego de dicha Ciudad, y Guardian que fue en el Convento de la Villa de Aguascalientes: vá el suceso.

Dos caxeros de un almacen amigos y compañeros, que se amaban tiernamente, el uno de ellos conociendo à mejor luz las vanidades, y peligros del siglo trataba sériamente de retirarse à una Religion, aunque iba dando algunas demóras à la final conclusion de este importante negocio. El otro por distinto rumbo alegre y divertido, toda la imagi-

nacion la tenia consagrada à los galantéos, comedias, y pasatiempos. En medio de sus mayores gustos se lo arrebató rápidamente la Muerte, con tanta violencia, que en término de cinco dias lo puso en el Sepúlcro. Este suceso fue un golpe que acabó de llamar la atencion de su compañero, y dár firmeza à su desengaño. Penetrado ya de muy santos y christianos pensamientos, revolviendo en su interior tristes recuerdos à la vista de aquel no esperado acontecimiento, aquella misma noche en cuya tarde precedió el entierro de su amigo, se echó en la cama melancólico, y pensativo, sin poder apartar de sí la funesta imágen de la Muerte. Al reclinar la cabeza sobre su almohada encontró un papelillo: la curiosidad, el miedo, el susto, y el corazon sobresaltado le obligaron à levantarse: encendió luz, y tomandola en la mano vió la firma y letra de su Difunto amigo que le decia asi:

Amigo: acaba de resolverte,  
 Sin aguardar mas razones,  
 Nada valen dilaciones  
 Para la hora de la Muerte.

A otro dia sin poderlo contener trató de ajustar cuentas con su amo, y en término de pocos dias se agiegó al número de la muy Ilustre Familia Carmelitana, llenando sus claústros de santos edi-

ficativos ejemplos, como lo aseguró el precitado Padre Fray Joseph Barrientos.

Con este maravilloso acontecimiento y algunas inventivas de que se valia el Misionero en semejantes lances para atacar à los Pecadores, estuvo la Muerte batiendo el fuerte de aquella Dama. El Predicador disparaba los tiros, ignorando totalmente lo que pasaba en el campo de su pecho. Repetidas olas de amargura se le entraban hasta el Alma, y ya desde aquel instante le daban en cara, y le causaban basca sus pasados deleites. La Gracia que secretamente la estaba disponiendo avivaba mas el fuego en las palabras del Ministro: la Muerte le presentaba à la consideracion negras vanderas, en que le pronósticaba ruidosas conseqüencias, y muy perjudicales à su Alma, si le daba el último golpe en las pecaminosas circunstancias en que se hallaba. El tiempo favorecia y coadyuvaba los intentos de la Muerte, haciendole vér patéticamente la velocidad de su carrera, la brevedad con que se pasan sus periodos, y las contingencias à que está expuesta la suerte, de quien fia su resolucion à las incertidumbres, y movimientos del tiempo. Hasta su misma conciencia que hasta entonces le habia formado florida cuna, en que tomaba el sueño de la culpa à satisfaccion de sus deseos, se le declaró contraria en esta ocasion, porque despertando al ruido de tantos truenos, élla misma le intimidaba, y le reprehendia sus

deslices, y como el mas severo fiscal le hacia vér que aquella estragada vida, no era disposicion, para llegar à exálar el último aliento en los brazos de la Muerte.

Todas las circunstancias que ocuparon el breve intervalo de este sitio parece que conspiraron en uno, para coronar la frente de ésta ya dichosa Pecadora; pero en fin, el soldado mas valeroso que abrió brecha en su corazon, y à quien se debió toda la gloria de este triunfo, fue un christiano desengaño. Esta fue la noche mas triste para esta Dama; pero fue la mas alegre para los Cielos. Ella bebia por los oídos una fuente clara de desengaños, y por los ojos derramaba otra fuente de penitentes lágrimas. El balcon fue el teatro de sus ternuras, que antes lo habia sido de sus pensamientos: la noche que tantas veces habia presenciado sus delitos, estuvo recogiendo las preciosas perlas de su llanto para unir las con lo mas fino y delicado de sus bellos propósitos, para ofrecerlos al Altisimo en sacrificio agradable. Por último, despues de una prolixa y lóbrega confusion de tantas ceguedades amaneció en su Alma el hermoso, y alegre dia de la Gracia. Rendido ya el corazon de esta venturosa prisionera del desengaño, determinó formar capitulaciones para entregar la plaza à su legítimo Dueño Jesu Christo, que injustamente habia usurpado el enemigo. La Gracia en el Sacramento de la peni-

tencia tubo el incomparable gusto de vér à sus pies los despojos del combate: élla pidió consejo para llevar adelante con acierto aquella extraordinaria mudanza, que confesaba haber causado en su Alma la poderosa diestra del Padre: comunicó por escrito à su cómplice la heróica resolucion que proyctaba de abandonarlo por otro Dueño, que le habia herido en lo mas vivo del Alma; y tubo tanta eficacia el desengaño, que quando la Muerte pensaba rendir un fuerte, ganó dos plazas, como se verá por la carta siguiente.

## CAPITULO XXXV.

### *CARTA DEL COMPLICE A SU AMASIA ya convertida.*

**D**Esventurados de nosotros (Señora) si durara nuestra correspondencia todo lo que ha de durar nuestra vida, porque en este caso es muy cierto que nos habia de sorprender la Muerte en una fatal seguridad, y con el corazon muy obstinado para recibir las luces del desengaño. Algun dia se ha de acabar nuestra amistad. Hagamosle à Dios el sacrificio voluntario de separarnos por su amor, antes que nos divida algun funesto acontecimiento, de los muchos que nos presenta la historia en el teatro de la vida humana, ò uno de los grandes disgustos que como conseqüencias del pecado tenemos à cada

paso. Hasta hoy por un efecto de su Bondad infinita nos ha preservado de tantas contingencias como amenazan à una vida tan desastrada: nos ha permitido luz, para que conoscamos nuestras culpas, abundantes auxîlios de que nos aprovechemos, y vida para que nos arrepintâmos. Mas no contento su amor con estas paternas providencias, ha venido à buscarnos à las puertas de nuestras casas. ¿pues qual será la razon para no adaptar tan preciosos favores que acaso serán los últimos que se nos dispensan?

¿A quantos de los que hoy están condenados se les presentaria este mismo pensamiento, y satisfechos vanamente que Dios les habia de prolongar mas plazos, y conceder nuevos llamamientos, siguieron pecando hasta desengañarse sin remedio? no permita Dios que vayamos nosotros à aumentar el número de estos eternamente infelices. Alto pues: (Señora) aprovechate de la aldavada que te despier-ta el corazon, y para alentarte te recuerdo que ha sido Dios servido de dartela en dia tan misterioso para nosotros, pues siendo dia diez y seis, es de créer que tal misericordia nos la ha alcanzado San Juan Nepomuceno: à quien aunque malos le hemos guardado decoro à este dia, que se consagra à su memoria, y quizá por eso nos ha enviado tan preciosa retribucion.

No te distraiga de tu intento la viveza con

que el Demonio te representará que yo me enojo, que no te he dado motivo para que me dexes, y que ya te privas de muchos gustos que te aguardaban. Contra esto debes reflexar, que como Christiano que soi, lejos de enojarme, te daré las gracias, y me servirá tu exemplo de mucho estímulo para seguirte en el arrepentimiento como te seguí en la caída; pero aunque por temeridad yo me enojara ¿qué pesa mas en tu aprecio Dios, ò yo? ciertamente que Dios, pues su Magestad está justamente indignado, y debes contentarlo, como que su enojo te ha de costar penas eternas, y el mio ningunas.

Que yo no te he dado motivo para que me dexes es falsísimo, pues sin duda te he dado el mas grave, como que con mis amorosas instancias te he perdido la alhaja de la mayor importancia que es tu Alma, y quanto mas hiciera que sea digno de agradecimiento para contigo, tanto mas te pervertió el espíritu, y de aqui resulta que vistas à buena luz mis acciones, hallarás, que quanto tienen de generosas para tí, tanto tienen de perjudiciales para tu Alma, si continúas pecando.

La otra tentacion de que te privas de muchos gustos que te aguardaban, es igualmente despreciable ¿qué jugo, qué utilidad, ò qué provecho has sentido en los que hasta aqui has gozado? crueles remordimientos que aora forzosamente te llenan de



tribulaciones. Dos, tres horas, una noche quando mas hemos logrado de tiempo para nuestros delirios. Ah ¡quantas horas, quantos siglos, y que noche tan eterna nos espera de tormentos por esos que hemos llamado gustos! sin que elevés la reflexa hasta lo espíritual puedes cotejar acá en lo humano qué de cuidados, qué de sustos, qué de temores hemos padecido, para satisfacer nuestros pecaminosos deseos. Cómo has aventurado tu honra, tu quietud matrimonial, y lo que mas es tu vida temporal y eterna, y yo te prometo, que si bien lo adviertes has de hallar que á mucho precio pagaste la caricia, y que todo lo arriesgabas por lograr un pesar, con máscara de placer.

Es mentira que yo sea capaz de darte gusto, ò que halles consuelo en mí; solo Dios puede llenar los vacíos de tus deseos. En mí no hallarás otra cosa que azivar, veneno y ponzoña. Dios es toda dulzura, todo consuelo, y todo descanso. Pues no nos engañémos voluntariamente, y ocurramos á donde es seguro el alivio, dexando ya olvidado para siempre lo que solo fue, es y será ilusion, perversidad, fantasía, sombra, nada, y ojalá fuera nada; pero lo cierto es, que es perdicion manifiesta.

Ea ( Señora ) demosle al Diablo el famoso chasco de salir de sus manos, despues de havernos cautivado à su satisfaccion: dexémos burladas las esperanzas que ha tenido de que nuestras Almas

sean triunfo de sus astucias. Qué dichoso me creyera yo si lograra que estas voces tuvieran la eficacia de esforzar tu envidiable resolucion: asi como te disponias para leer aquellos papéles con que te enfermé el Alma llenos de veneno, disponte aora como Christiana para leer éste en que proporciono la triaca. Asi como me distes el maldito gusto de hacer lugar à mis persuasiones que por éllas caíste en un abísimo de culpas, mudale el objeto à tu voluntad, y para lo venidero no quieras ya otra cosa que al que es por Esencia digno de ser amado, y de quien debes aguardar un premio inexplicable y eterno.

Podémos decir, que hemos sido exemplo de amantes, y aunque este recuerdo es ya vergonzoso, en el dia conduce mucho para que nos alentémos á serlo en materia tan noble, como el heróico arrebatamiento à que estámos inclinados. No perdamos esta ocasion que se nos representa, para cuidar de nuestra Alma, ya que tantas hemos proporcionado para dar gusto à nuestro Cuerpo. Como otras veces supimos vencer dificultades, que nos retardaban el gusto, sepamos aora despreciar las que impiden la enmienda: aliéntenos la consideracion de que el mismo Dios, que se interesa en esta causa por la gloria de su Nombre, adoptará nuestros pro-

pósitos, nos confortará, y llevará adelante esta causa hasta su feliz conclusion.

Aliéntate, no desmayes, que tienes segura proteccion en MARIA Santísima: à esta Señora en su Sagrada Imagen del Refugio te debes acojer, tanto por que es su carácter Refugio de Pecadores, \* como porque si bien reflexas, en estos dias de su santa Novena te ha enviado este golpe al corazon, y esto à mi vér, no es otra cosa que convidarte la misma Señora con su amabilísima proteccion: en ella aseguras el remedio que necesita tu Alma. Dios te lo conceda por su infinita misericordia.

## CAPITULO XXXVI.

### *CORREO DEL OTRO MUNDO*

*enviado por la Muerte à la Ciudad de Ze'aya.*

**E**L estilo regular, que siempre ha observado la Divina Providencia para tratar con los hombres los asuntos mas elevados, ha sido nominar, y destinar Sujetos del mas distinguido carácter, proporcionando la dignidad del Enviado con la excelencia de la materia que se trata. De aqui es

**NOTA:** Los Misioneros terminaban su Mision con solemne Novenario à MARIA Santísima con el título de Refugio de Pecadores, Patrona de sus Misiones circulares, de quien rezan el dia quatro de Julio con Rito de primera clase, y Octava: por consesion del Santísimo Padre Pio Sexto.



*In horrore visioꝝ nocturna, pavor tetulit me: Job*  
CPA.



(afirma el Gran Padre de la Iglesia San Gregorio) y es reflexa digna de su profundo juicio, que para tratar con MARIA Santísima, sobre la Encarnacion del Divino Verbo, que por eleccion de toda la Beatísima TRINIDAD, se habia de obrar en sus purísimas virginales Entrañas, fue enviado como Ministro desde el Empíreo, *non quilibet Angelus*, no un Angel qualquiera, que esta es propriamente la frase de que usa el Santo en la 34. de sus Homilías. No fue enviado un Angel de aquellos que tienen sus sillas en los mas infimos Coros, porque habiendo de tratar con la Criatura mas súblime, que en linea de pura Criatura adora el Cielo y Tierra, el Misterio mas elevado que llenó de pasmo, y de asombro à todos los Cielos, era preciso que Dios en un negocio de calidad tan eminente, pusiese los ojos en uno de los mas condecorados Ministros de su Palacio, y echase mano de uno de aquellos Angeles de la primera Gerarquia, que mas inmediatamente asisten à los pies del trono de su Alteza.

Este mismo método (observan los místicos, y contemplativos) guarda la Divina Providencia, quando quiere obrar una cosa muy ruidosa, que despierte las admiraciones del mundo, de cuyas resultas están pendientes las conversiones de muchas Almas, y tambien la gloria accidental de su Santo Nombre: de suerte, que quando Dios quiere llevar

à debido efecto los adorables fines de su Providencia, no queda satisfecho su beneplácito Divino con enviar uno de los auxílios comunes, y ordinarios: es preciso para que no queden frustrados sus designios, echar mano de un poderoso socorro, y de un auxílio de los de primera orden. Mas como el hombre animal, *non percipit ea, quæ sunt spiritus Dei*; no entienden el lenguaje de los auxílios, sino es que éstos para darse à conocer con los hombres, se revistan de algun ropage, que se haga perceptible à los sentidos del Cuerpo, de hai viene, que muchas veces Dios se vale de la Muerte, y la Muerte se vale de los Difuntos, para presentarlos à nuestra vista, y hacernos saber la voluntad del Altísimo. Quería Dios la conversion de innumerables pecadores de esta Septentrional América: los medios para salirles al encuentro con un golpe de luces, era la fundacion de los Colegios Apostólicos de Propaganda Fide, ¿mas quien habia de poner la primera piedra en este espiritual edificio, sino aquel en quien Dios habia puesto sus ojos? Este fue el Reverendo Padre Fray Antonio Lináz, hijo de la Santa Provincia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Mechoacan.

Zelaya que en otro tiempo fue el teatro de sus lucimientos, y oy conserva en depósito sus antiguas memorias, tambien fue el dichoso Oriente, donde amaneció para Fray Antonio el claro dia del

desengaño. Se hallaba en la altura de su mas brillante carrera literaria, con pensamientos de subir hasta el último grado del honor, a que le estimulaban los aplausos, que parece tenia asalareados à su arbitrio. Las públicas aclamaciones de sus aciertos en las Cátedras y en los Púlpitos le eran poderosos insentivos para conciliarse las estimaciones, y el aprecio de los Letrados de mejor gusto.

Su Madre la Provincia, congratulándose de tener un hijo, que llenaba de esplendor à sus cláustros con una guirnalda en las manos, aguardaba impaciente que terminase su giro, para coronar sus cienes con el galardón debido à la grandeza de su mérito.

Ya Fray Antonio, se daba à sí mismo los plácemes, y enhorabuenas de su suerte, lisonjeado de las mas floridas esperanzas, que le prometian con alegres aparatos muy cercana la posesion de los puestos mas condecorados de su Provincia; pero como en semejantes lances rara vez falta una circunstancia, que nos haga vér lo menguado de nuestros gustos, que entretienen (mas nunca satisfacen al corazón humano) le asaltó quando menos lo esperaba una imagen funesta, que le puso en grandísimo cuidado, y por entonces se dexò vér ya encapotado de obscuras nubes el hermoso Horizonte, que le anunciaba en lo venidero tantos gallardos lucimientos.

La Providencia Divina que velaba sobre las



circunstancias mas menudas de este portentoso acontecimiento ( que à penas tendrá exemplar en las Historias ) como encaminaba sus conseqüencias à los mas altos fines de su gloria , de tal modo iba disponiendo los trámites del suceso , que no quedásen frustrados sus siempre sabios adorables intentos.

Al punto de la media noche, ò ya fuese porque Dios à cara descubierta quiso sacar à Fray Antonio à campo raso , ò porque las potencias del Alma abstraídas de las especies visibles, gozar en los silencios de la noche la mas bella , y adecuada disposicion, para recibir los influxos de la gracia preveniente, y apercibir los sutiles artificios de engaño, rostro à rostro sin andar con ámbages, ni rodéos, le declaró Dios el empeño en que se hallaba, y lo que pretendia de su Persona. Mas de tal suerte, que sin violencia alguna Fray Antonio, quedáse voluntariamente rendido, y su gracia victoriosamente triunfante, en la formacion del gran proyecto à que se encaminaban los infatigables desvelos de su providencia.

Esta noche , tan lejos está de llamarse triste noche, que antes se puede decir la noche buena de Fray Antonio; pues aqui acabó de terminar su curso aquella obscuridad del error, y manifiesto engaño, en que por lo comun vivimos adormecidos los hombres, siempre que se verifica, que apartándonos

de lo eterno, nos alimentamos de esperanzas fútiles' caducas, y perecederas.

Estando tirado en su lecho Fray Antonio, poseído de un molesto pervigilio, sin saberse su causa, con pensamientos muy ajenos, y muy remotos de que estubiese tan proxîma la corona de su dicha, sintió unos pasos en el pavimento de su celda, cuya estraña novedad en horas tan irregulares le llamaron del todo la atencion, sin quedarle otro arbitrio por entonces, que tocar à silencio à sus potencias, y à recoger sus sentidos para observar con cuidado, si era ilusion de ellos mismos, ò era realidad del hecho, aquellos pasos que turbaban su quietud, y recogimiento.

No podia persuadirse hubiese entrado à su celda alguno de los Religiosos, pues tenia la satisfaccion de estár la puerta con el seguro de la llave.

De aqui es, que turbado su corazon con el pavór y los espantos à que provoca el melancólico silencio de la noche, era preciso que à la luz de estas instantaneas reflexas le buscasse à aquel ruido otro mas alto origen.

Solo tubieron que durar estas medrosas perplexidades lo que tardó en àcercarse à su cobacha el corréo de la Muerte, que lo sacó de sus dudas. Este fue un Esqueleto que se presentó à su vista con una candela en la una mano, y con la otra

le corrió la cortina de su cama, y segun depuso el mismo Fray Antonio, despues que el sucesso le permitió algun aliento para desembarazarse de tantos sustos, advirtió, que la mortaja cenicienta del Cadáver era la misma que visten los Religiosos en la Provincia de Mallorca, donde tomó el Abito el dicho Reverendo Padre, ¡Ó qué reflexiones tan profundas, tan juiciosas y tan christianas haria entonces Fray Antonio, à la luz de aquella candela, y à la vista de aquel espectáculo! ¡Ah es preciso que por entonces se eleváse en sus pensamientos hasta penetrar el fondo de la grandisima diferencia, ò de la suma distancia que media entre lo temporal, y eterno! Lo que se ha de acabar, y lo que ha de tener fin. ¡Ó qué consideraciones tan distintas de aquellas que en otro tiempo eran el dulce entretenimiento à Fray Antonio! No nos dice la historia que este corréo trajese algunas cartas de creencia, ¿pero qué mayores recomendaciones que presentarse à la vista un Difunto que acababa de llegar de viaje desde la eternidad? no le habló sensiblemente el Esqueleto, ¿pero qué language mas eloqüente para una alma, que estár bebiendo los desengaños por los ojos? Mudo estaba el Esqueleto, de pie fixo, mas con sola su vista bastante le daba que entender à Fray Antonio. Véis aqui el paradero y fin de todas las cosas. Esta candela te está señalando el término à donde caminan à fenecer las esperanzas

del hombre. ¡O Fray Antonio! à la luz de esta llama podrás exâminar à donde has dirigido tus sudores, tus fatigas, tus aplausos y lucimientos que en breve tiempo padecerán un total eclipse. Tus panegiristas están sentenciados por la Muerte à poner perpetuo silencio à tus alabanzas. ¡Ah Fray Antonio! entra en juicio contigo mismo, y podrás hacerte aquella misma pregunta que servia de estímulo à San Bernardo: *ad quid venisti?* ¿à qué veniste à la Orden Seráfica, ò para que te trajo Dios à la Religion del gran Francisco? Dios te conduxo à élla para que fueras luz del mundo; pero no luz para lucir, sino para alumbrar à los ciegos. ¿Quantas almas detenidas en las tinieblas salieran de la obscuridad de sus culpas, con solo darle otro giro à los talentos con que Dios te ha enriquecido? no es buena razon malograr tan preciosos tesoros que depositó en tu arbitrio el Soberano Padre de las lumbres: la Gentilidad tambien fue redimida con la Sangre de Jesu Christo: pudiera ser menos la pérdida de las Almas, si no fuera tanta la escasés de operarios evangélicos. Los pecadores en el centro de la Christiandad corren precipitados en sus vicios, y esto no se puede vér sin lastimarse el corazon, y dexar quejosa à la caridad. ¡Ay Dios, este es un aviso extraordinario del Cielo, y por ventura de él está pendiente la conversion de innumerables Al-

mas, sí comò es justo yo me doi por entendido para cooperar à tan poderoso auxílio, y si lo malogro, ò que juicio tan terrible se me espera!

Vete en paz, triste Esqueleto, que ya me dexas bien desengañado, y al mismo tiempo bien instruido. Desapareció la vision, y al otro dia Fray Antonio, con dos fuentes de lágrimas en los ojos dió cuenta à su Prelado del suceso de aquella noche, notandose en su persona tal mudanza, que daba bien à entender era causada de la soberana diestra del Padre. <sup>1</sup> Este fue el Apostólico varon, promotor de la fundaeion del Colegio de la Santa Cruz de Queretaro, de donde salieron las erecciones de los Colegios Seminarios de Goatemala, Zacatecas y México para gloria de Dios, y bien de las Almas, cuya portentosa vida podrá leer el curioso en la Crónica de los Colegios por el Reverendo Padre Fray Isidro Feliz de Espinosa.

## CAPITULO XXXVII.

*SE INTRODUCE LA MUERTE en el mas autórizado congreso de Sabios Teólogos y Filósofos, y contra el vario modo de pensar de tantos Maestros, les demuestra con euidencia lo que es el hombre.*

**A** Penas acababa de retirarse de Roma ( el martes que llamámos de *carnestolendas*, ) el miér-

<sup>1</sup> Lib. 2. Cap. 9.

coles inmediato primero dia de Quaresma, no sé que novedad sobrevino al Pueblo, que aquellos mismos que en los tres dias del carnabál saltaban placeros en las calles como locos, representando varias figuras à lo ridículo; el miércoles por la mañana se hicieron presentes en el famoso Templo del Vaticano de San Pedro de Roma con tanto juicio, y tan respetuoso silencio, que no podian disimular que algun cuidado interior, era el que inmutaba la universal alegría de los generosos pechos Romanos. Con este motivo que dió bastante que pensar por entonces, y el de presentarse à la vista muchas pelucas, y madamas de la primera grandeza, en cuyas frentes se asomaba una divisa de negro tisne, ò ya fuese de tierra, ò ya fuese de ceniza, se sucitó una célebre y reñida quèstion sobre aquellas palabras del Santo Rey David. *1* *quid est homo?* ¿qué cosa es el hombre? esta propuesta sin mas exórdio, ni otros preámbulos despertó la atencion de todos los circunstantes. Un Griego que se hallaba presente tomó la mano para dar principio à la disputa, y lleno de arrogancia dixo: que el hombre era un mundo abreviado, ò un compendio del universo, ( que esto quiere decir Microcosmos en su comun language. ) Platon dixo; que el hombre era la medida de todas las cosas. Hablaron algunos Dicipulos de Aristóteles, y segun los principios de su peri-

*1* Psalm. 8.

patética, dixeron que el hombre era la armonía de todo el universo . En sentencia de los sequaces de Plinio , lo explicaban como una cifra de todo lo criado. Los Ciceroneanos afirmaban, que era el vínculo del mundo. Séneca , que era el centro de la sabiduria. Catón, que era participante de la mente Divina. Sócrates , que era Dios por otro nombre. Pitágoras, Arbol plantado con las raíces para el Cielo. Plutarco, que era el Rey de la tierra. Diógenes le llamó un Sol brillante con Alma. San Basilio dixo, que era un Animal político. San Gregorio Nazianzeno le dió el título de Governador de todas las criaturas. San Ambrosio, que era el Juez de todas las causas. San Bernardo, Ciudadano del Paraíso terrestre. San Gregorio el Magno, que era el contemplador de las Divinas perfecciones del Sumo Bien. Asi de esta suerte se derramaba la eloqüencia, y la facundia de los mayores hombres en te-  
 xer una guirnalda de los mas preciosos elogios, para ceñirla à las cienes del hombre. Y como para el hombre no hay encanto mas dulce, ni hechizo mas sabroso que oír panegíricas alabanzas, encómios, lustrosos parárgones , y excelencias de su propia Persona, hasta entonces se habia mantenido el numeroso concurso muy gustoso , saboreandose los oídos con las lisongeras declamaciones, que tanto exáltaban y entronizaban la fortuna del hombre. Solamente aguardaban el fin de la disputa para ce-

lebrar con víctores, y con públicos regocijos los hermosos laureles con que cada uno se imaginaba salir coronado de aquella junta. En esta disposicion se hallaban los ánimos de los oyentes; però mudaron repentinamente el semblante las cosas, y de un instante à otro se vió sorprendido el Auditorio con el triste anuncio de una infausta novedad muy desagradable à los oídos del hombre: fue el caso.

Que introduciendose por la puerta de la Sacristía un Monge ( viva imágen de la penitencia ) vestido de un saco ceniciento, tan flaco, tan macilento y tan venerable en su aspecto, que parecia un Esqueleto que acababa de salir de los Sepúlcras. Este se fue encaminando con mucha gravedad y silencio hasta subir los escalones del Púlpito, como dando à entender que tenia que decir al Auditorio alguna cosa muy importante.

No fueron necesarios muchos exórdios para conciliarse la atencion del Teatro, porque con solo presentarse à su vista, puso à todo hombre pendiente de sus labios, y rompiendo los términos del silencio que habia guardado hasta entonces, dixo: que à pesar de una debil resistencia de la voluntad iba en aquel dia à anunciarles una triste y nada gustosa novedad, y que se alegraba, no precisamente de contristarlos, sino de que esta tristeza despertaria en ellos un saludable pensamiento que los con-



duciria por la mano hasta el seguro asilo de la penitencia.

Dixo pues: que sin faltar al debido respeto de tantos Teólogos y sabios Maestros, habiendo de exponer como Orador Christiano su dictamen en el caso en que se trataba de definir al hombre, y de mostrar puntualmente lo que era, valiendose de las circunstancias del dia, de la ceremonia Santa de la Iglesia, de la misma ceniza que miraba sobre sus frentes, y sobre todo, apollado con la autóridad del Evangelio, considerando que siendo aquel puesto el centro de las verdades, y la Cátedra de los desengaños, afirmaba, y decia: que el hombre (por mas resplandores que le circunden) jamás habia sido, ni sería otra cosa en adelante que polvo, barro, tierra y ceniza. *Memento homo, quia pulvis es, & in pulverem reverteris;* à penas acabó de proferir una embaxada tan desapacible à los oídos de los que tenian el corazon tan arraygado à lo visible, que consternados los circunstantes ( como los Dicipulos de Jesus, quando Jesus les dixo en la noche de sus ternuras, que uno de ellos ingrato le habia de entregar à sus enemigos ) comenzaron à mirarse unos à otros despavoridos y asustados, sin acabar de entender por donde les habia venido aquel golpe repentino de novedad tan estraña, que los despojò en un momento de tan alegres pensamientos, y de tan floridas esperanzas.

El Orador observaba con destreza ùna instantanea mudanza, y unos secretos, pero muy superiores movimientos que alteraban el corazon de su Auditório, y como los veía que de quando en quando se quedaban cabisbaxos y pensativos, apuraba con vigór la materia hasta penetrar el fondo, repitiéndoles la triste cancion, de que todo hombre es tierra desde su origen, y se ha de convertir en polvo. *Memento homo, quia pulvis es, & in pulverem reverteris:* y para hacerles mas patético el estilo de su Sermon, valiendose de la memoria de la Muerte les obligó à baxar con el pensamiento hasta lo mas profundo de los Sepúlcros del Baticáno, fiel depósito de unas quantas bien escasas cenizas últimas reliquias de esta vida humana, tan parecidas unas à otras, que no se podia discernir de quien habian sido en otro tiempo aquellos tristes despojos. Se dexaron vér en las bóvedas subterráneas unos medios desarmados Esqueletos que despues de haber tolerado el duro certamen de la agonía, estaban sufriendo los rigores del tiempo, que todo lo acaba, y consume. Y véis aqui ( les dixo el Orador ) que la mayor parte de estos vestigios que infunden horror à nuestros ojos, son otras tantas respetables Mitras, que sujetas à la jurisdiccion de la Muerte, hoy le pagan el forzoso tributo de convertirse en cenizas. ¡Véis aqui tantas Púrpuras, tan-

tes Capelos, tantas Eminencias que en otro tiempo eran partes muy brillantes en el Sacro Colegio reducidas à polvo! y hasta el muy augusto carácter de tantos Soberanos Pontifices que en diversas Epocas fueron los Oráculos de la universal Iglesia, condenados por la Muerte à un perpetuo silencio, y sentenciados à resolverse en tierra, no obstante la precausion de tantos bálsamos, con que se intenta impedir la corrupcion de nuestra humana naturaleza.

Pues no son mas privilegiados los Emperadores, los Cesares y los Monarcas con todo el poder de sus Exércitos: la sobervia fachada que nos representan los Panteones, y la prespectiva de los Mausóleos, no son otra cosa que unos Campos Santos donde se guarda el polvo, y la ceniza de las Personas Reales: y si asi trata la Muerte à los Soberanos sin exceptuar de esta ley tan general à los mas condecorados sugetos de la Gerarquia Eclesiástica ¿para qué es derramar tantos elogios que alusinan la fantasía del hombre? ¿para qué tantas lisonjeras adulaciones, si por mas que le canten al hombre sus excelencias, el hombre no es mas de tierra? ¿para qué es mirarse en otro espejo que en aquel, que claramente nos demuestra que somos polvo, y nietos de la nada. Por mas que quiera exáltarse la nobleza, aqui vienen à parar las proesas, la sangre mas illustre, los esclarecidos linages, los tímbrs, los escudos y las armas de la imaginada grandeza: à

con  
ole  
con  
as  
onds  
ons  
con  
pai  
d;  
e  
le  
Sa  
e  
Sa  
in  
i  
t  
)



*Desiderabunt mortem, et mors fugiet ab eis Apoc.*

esto se ha de reducir todo hombre en los tristes horrores de un Sepúlcro: *Memento homo, quia pulvis es, & in pulverem reverteris.*

Este saludable recuerdo de la Muerte que en otras circunstancias pudiera haber causado algunos bellos efectos, tubo por consecuencia un general desabrimiento casi entre todos los circunstantes, sin mas causa que hacerles vér una verdad tan manifiesta. Muy disgustada salió la gente de la funcion de ceniza; los petrimetes, y las madamis desde aquel instante hicieron poco menos que juramento de no bolver à semejantes Sermones, y que ya en adelante tendrian buen cuidado de preguntar quién predicaba. Ellos y éllas sin acordarse de hacerse las cortesias que acostumbran en el Templo ( aunque esté expuesto el Divinísimo ) se salieron disvariando contra el Nuncio de la Muerte, y el Predicador quedó muy satisfecho de haberles cantado la cartilla.

## CAPITULO XXXVIII.

*SE ASOMARA LA MUERTE POR LA VENTANA de un Sepúlcro para vér el dia del Juicio, y se dice, lo que sucederá entonces á la Muerte y á los mortales.*

**P**ARA entrar à la narracion de este Capitulo es necesario traër à colacion aquel célebre

y memorable dia à donde se encamina a fenecer el rápido curso de todos los tiempos, y de todo quanto ha fabricado la humana sobervia de los hombres: este dia tan decantado en las Escrituras Santas será el dia mas grande y mas solemne de todos los siglos. En este dia habrá mucho que vér, y mucho que admirar; y aunque sabémos el lugar donde se ha de autórizarse esta nunca vista funcion, el dia totalmente lo ignorámos, porque Dios por sus impenetrables juicios lo ha reservado en el Archivo de sus venerables secretos. Este dia será tan magestuoso, é infundirá tanto respeto, que todos sin excepcion de personas estarán con grandísima compostura y reverencia, porque en este célebre dia hasta los locos han de entrar en Juicio. Este dia estará todo el universo, aún con mayor espectacion que aquella con que están los hombres en la Ciudad de México el dia de la lotería, en que se públican las suertes que han salido. En este dia de la loteria general para el genero humano estarán todos en un profundo silencio pendientes de los labios del Supremo Juez, aguardando la suerte que les toca. En este dia dará fin la representacion de la comedia trágica de nuestra miserable vida. Al que hubiere representado bien su papél, se le dará su gala, llenandolo el Juez de bendiciones eternas. *Venite benedicti Patris mei:* al que hubiere

sido mal farsante saldrá desterrado del teatro de este mundo al fuego eterno. *Ite maledicti in ignem æternum*: en este dia por último ( segun célebres Autores ) dará una vuelta completa la gran máquina de los orbes, tambien dará su media vuelta la rueda que llamámos de la fortuna, de que están asidos los hombres como los cubos de una noria: unos subirán, y otros baxarán, y quedará el dilatado mapa del mundo tan desierto como lo estubo en su exórdio.

En este dia vendrá Jesu Christo como Juez de recidencia con toda aquella gloria y Soberanía correspondiente à su Magestad; pero esta segunda venida no será con aquel sosiego, y cautela con que fue la primera, de quien dice la Iglesia que aguardó à que todas las cosas estubieran en un profundo silencio, para baxar de su Regio Solio al Vientre purisimo y virginal de MARIA Santísima. *Dum medium silentium tenèrent omnia, omnipotens sermo tuus Domine à regalibus sedibus venit*: porque este segundo adviento será acompañado de relámpagos, de truenos, y de una conmosion universal de todos los elementos. Se estremecerà toda la tierra, y estos movimientos serán entonces los parasismos con que el dilatado Cuerpo del mundo comenzará à agonizar, para dar la última boqueada y acabarse.

El ruido y pavoroso estruendo de los espantosos terremotos llegarán hasta lo mas profundo de



los Sepúlcros, y harán que se ciernan los huesos de los Difuntos. La Muerte entonces, llevada de la novedad, y del asombro, se asomará por la ventana de una Sepultura, para informarse del origen de tan tristes, y lastimosos efectos. Verá la Muerte à todo el género humano muy en juicio, y todos los mortales verán à la Muerte en su ventana, y les entrará tanta apetencia de morir (que como dice San Juan en su Apocalípsi <sup>1</sup>) desearán la muerte con mucho ahinco, *Desiderabunt mori*; pero la vista y el horror de aquel acto tan serio, que será un Auto general de Inquisicion, hasta en la misma Muerte infundirá tanto pavor, que baxará à esconderse à lo mas profundo de la bóvedas subterráneas, por mas que los hombres se mueran por ella: *Desiderabunt mori, & mors fugiet ab eis*. La misma Iglesia nos dice en la Sequencia de los Difuntos, que en aquel dia estará la Muerte tan aturdida, y tan espantada, como la misma naturaleza: *mors stupebit, & natura, cum resurget creatura*; la Muerte se pasmará, viendo desamparada, y desierta la region inferior de los Sepúlcros. Se asombrará la misma naturaleza al vér aquellas muy escasas reliquias de polvo, en que la Muerte habia reducido à sus individuos levantarse à nueva vida.

Sin embargo de las angustias de aquel tiempo, que à penas nos darán lugar para pensar en otra

1 Apocalyps. Cap. 9.

cosa, que en las presentes calamidades, si pudieramos desambarazar un poco nuestra atencion de aquellas tristes Imágenes, que no podrémos borrar entonces de nuestra memoria, fuera digno de toda reflexa vér à los hombres corriendo en seguimiento de la Muerte, y la Muerte huyendo de los hombres. *Siderabunt mori, & mors fugiet ab eis:* ¡valgame Dios qué mudanza tan estraña! ¿aora tantos deseos de vivir, y entonces por morir tantos deseos? ¿aora los hombres tan apegados al mundo, y entonces tan descosos de salir fuera de él? ¿qué prodigio es este? ¿qué aora todo el tiempo se nos vá en buscar la vida, y que entonces todo se nos irá en buscar à la Muerte? ¿No es la Muerte aquella cuya triste memoria basta para llenarnos de amarguras? ¿y qué ha de llegar tiempo en que apetescámos lo que aora tanto aborrecémos? ¿qué aora un rico del siglo no repare en gastar su hacienda toda en médicos y boticas, para alcanzarle à su vida unos cortos plazos, y que entonces diera de albricias todo su caudal por encontrar con la Muerte, y no lo conseguirá? ¡espantosa mudanza! ¿y quién vió jamás semejante trastorno en los pensamientos del hombre?

En aquellos tiempos se cumplirá al pie de la letra el funesto baticinio del Apocalipsi; Pero que teatro será entonces el mundo tan lastimoso, y qué espectáculo tan digno de compasion, vér

( como dice San Juan ) <sup>1</sup> à los mayores Monarcas, à los Príncipes mas ilustres, à los personajes mas esclarecidos, à los ricos mas opulentos confundidos con la nobleza de la plebe, sin que entonces se haga atencion al carácter mas elevado, correr todos de tropél à las grutas de los montes, y à las roturas de las piedras por vér si encuentran la Muerte? Pero que tormento no alcanzar aquello que se desea como el único remedio à tan crecidos males. Pensarán acaso que la Muerte se ha subido à la coronilla de los montes, y à gritos de confusion pedirán por grandisima merced que se desplomen sobre ellos, ò que sobre ellos arrojen los mas duros frentones de sus peñascos para sepultarlos vivos. ¡Ò Cielos qué tribulacion tan grande! dichosos los Justos que verán la tempestad desde el tranquilo puerto de su buena conciencia, y desde la cumbre de su eterna felicidad.

Pero si se atiende à la causa que hará entonces tan apetecible à la Muerte, aún será mayor el asombro: no será otra la causa ( dice San Juan ) sino por no vér al Juez sentado en trono de tanta gloria. ¿Y es posible qué por no vér los hombres aquel pielago de hermosura Divina, aquel Rostro

1 Et Reges terræ, & Principes, & tribuni, & divites, & fortes, & omnis servus, & liber absconderunt se in speluncis, & in Petris montium: & dicunt montibus; cadite super nos, & abscondite nos à facie sedentis super thronum, & ab ira Agni. *Apoc. Cap. 6.*

peregrino que encanta à los Seráfines le han de pedir à la Muerte que les quite las vidas, y los arroje à las entrañas de la tierra? que quando tantos Santos y tantas Santas renunciaron todas sus delicias, sus riquezas, y sus honores por lograr esta incomparable dicha, los hombres en aquel entonces ofrecerán sus vidas à la Muerte por no vérla. ¡Ò desventurados réprobos que verán el Rostro de Jesu-Christo por aquella parte que despide centellas de indignacion y rayos de ira! ¡Ò felicisimos Justos qué verán à su dulcísimo Redentor por aquella parte que basta para hacerlos eternamente gloriosos! ¡Ò gloria de los Santos! ¡Ò Supremo Juez de los hombres! qué has de venir à juzgarnos, todos lo creemos y lo confesamos. *Judex crederis esse venturus*: que tengas misericordia de nosotros redimidos con tu Sangre todos humildemente te pedimos: *Te ergo quæsumus tuis famulis suveni quos pretioso Sanguine redimisti.*

## CAPITULO XXXIX.

*SEÑALES FUNESTAS QUE ANUNCIARAN  
al mundo estar muy próximo el fallecimiento  
de la Muerte cruel, que nos mata.*

**E**L Reverendísimo Padre Maestro Feyjoo, florido y brillante ingenio de nuestro siglo en el

discurso en que trata de los Cométas con estilo magisterial y desdeñoso denuedo los llama fanfarronadas del Cielo: por fanfarronadas habrémos de entender unos espantajos que se aparecen en el Cielo, y que habiendose seguido inmediatamente la Muerte de algunos Príncipes, los hombres poseídos de funestisimos melancólicos pensamientos, que por lo regular han ocasionado semejantes sucesos, siempre han mirado estas señales como unos presagios muy infaustos, ò pronósticos de mal aguero que anuncian al mundo, y amenazan à los hombres algunos infortunios y fatalidades. No es de ese sentir el Reverendisimo Padre Maestro Feyjoo; pero, ò ya sean los cométas unos arcos triunfales que anuncian derramar sobre el mundo dichas y felicidades ( como quieren los unos ) ò ya sean unas fantasmas, ò espectros que pronostíquen desventuras y desgracias ( como quieren los otros ) para mí es materia de mucha indiferencia, y me bastará conocer la gravedad del accidente, y vér arquéar al mundo las cejas, y hacer los últimos extremos para reputar esta señal por un terrible cométa que me avisa la vecindad de mi futura muerte.

No obstante lo dicho: sin temór de que se me enojen los unos, ni que me contradigan los otros, es preciso asentar, que al fallecimiento de la Emperatriz de los Sepúlcros habrán de preceder en el Cielo espantosísimas señales, que como terribles co-

métas harán conocer al mundo con caractéres tan manifiestos ( que no dexarán que dudar ) que ya la Muerte, asombro y espanto de los vivientes poco tiene que durar.

Pudiera servir este Capitulo de muchísimo consuelo à los Pecadores que están tan bien hallados en el siglo con la esperanza de que la Muerte ha de acabar, ¿mas qué importa que la Muerte se acabe por entonces, si entonces ha de comenzar el Juicio, la residencia y la cuenta?

Pero bolviendo à nuestro asunto, y suponiendo que los cométas son unas señales que por tiempos se han dexado vér en el Cielo, que por lo raro de sus apariciones se llevan la admiracion de los hombres, los que precederán al fallecimiento de la Muerte serán de tanta estrañesa, y tan extraór-narios, que ni antes se vieron, ni despues se bolverán à vér jamás, y causarán tanta novedad, que el mundo todo se pondrá en la mas triste consternacion, y no habrá hombre, que sea dueño de sí mismo, para apartar la vista del Cielo: à penas podrán tragar la saliva de la boca, el sueño se ausentará de sus ojos, y solamente tendrán ojos, para vér lo que antes no quisieron advertir. Hasta la misma Muerte, à conseqüencia de tan raro acontecimiento, viendo tanta turbacion en los hombres, y que se va dexando descolgar sobre la superficie

de toda la tierra una alfombra de horrorosas tinieblas, entrará en grandísimo cuidado, y recelando que estos principios sean anuncios de aproximarse el fin de su monarquía, levantará los ojos para el Cielo, buscando el origen de tantas novedades, y verá en el Sol, en la Luna, y en las Estrellas tan manifiestas señales del fin de todas las cosas, que la misma Muerte se llenará de pasmo. <sup>1</sup> El Sol que era la alegría del mundo, perdiendo sus lucimientos padecerá un total eclipse, y à penas dexará una escasa luz, que será bastante, para presentarnos à la vista las tristes imágenes de nuestra tribulacion, y de nuestro pecado, que no conocimos en el tiempo de la vida. La Luna despojada de su antigüa hermosura, aparecerá bañada en sangre, y esta señal parece que da à entender la última decisiva guerra entre la Muerte, y los mortales. Las Estrellas desencajadas de su centro con pavoroso estrépito, y estruendo se caerán sobre la tierra. ¿Haber aora (mi querido Lector) si hai quien diga, que estas son fanfarronadas del Cielo? A la verdad que estas prodigiosas señales, no son otra cosa, que unos síntomas mortales, que declaran estar el mundo muy proxîmo à agonizar, y tambien la Muerte, porque hasta la Muerte ha de acabar.

En esta Epoca que será la mas lastimosa de todos los siglos, à repetidos golpes de tantas tribu-

1 Erunt signa in Sole, & Luna, & Stellis. *Luce Cap. 21.*

laciones en cada uno de los hombres, se presentará la funesta imagen de un Esquéleto árido, seco, y consumido, *Arescentibus hominibus præ timore*: <sup>1</sup> se equivocarán con los mismos muertos, y solo se distinguirán en que aquellos serán unos Cadáveres, à quienes se les prolongó la vida, para dar estrecha cuenta de toda ella.

Hasta entonces se mantendrá la Muerte con bastantes recelos, y temores de la ruina de su imperio; pero como no solo en el Cielo se dexarán vér portentosas señales, sino tambien sobre la tierra, y debaxo de la tierra, con esta grandísima diferencia, que las señales del Cielo infundirán mucho miedo por los ojos: y las señales de la tierra infundirán mucho espanto por los oídos. Se dexará sentir por la basta region de los Sepúlcros el sonido de una horrible trompeta, como quando tocan à juntar hombres à Juicio, y será tanta su virtud, y su eficacia, que al imperio de su voz se estremecerán las bóvedas subterráneas y los sepulcrales edificios, se abrirán los panteones, y se irán levantando todos los Difuntos, unos tristes, y otros alegres, y con tanta variedad en sus semblantes como fue la diversidad de sus vidas. ( Es reflexa digna de un ingenio florido de nuestros tiempos, que tenga esta trompeta virtud para levantar à los Muertos, ¿y qué no tenga eficacia para despertar à los

<sup>1</sup> Lucæ Cap. 21.



vivos: ) esta pues será la última señal que desengañará à la Muerte de que ya poco ha de dár que hacer à los hombres. Al vér la Muerte que en el mismo punto de la resurreccion declinan Jurisdicción los Muertos, sin esperanza de bolverlos à matar, irá perdiendo tanto las fuerzas, que faltándole ya el alimento ordinario de las vidas humanas de los hombres, vendrá à morir de una suma flaqueza.

## CAPITULO XL.

### *SENECTUD DE LA MUERTE, y principio de sus agonías.*

**A**unque no dirémos con fixeza quando llegará este quando en que la Muerte ha de acabar; pero si dirémos la hora cierta y determinada en que ha de començar à agonizar. El mundo cuenta ya seis edades, y desde que salió de los brazos de la Omnipotencia hasta la presente Epoca, número seis mil novecientos noventa y un años, según el Cómputo Chronológico del Martírologio Romano. Otros tantos cuenta la Senectud de la Muerte, aunque con algunos días de diferencia, que fueron los mismos que precedieron desde el exórdio de esta gran máquina, hasta la ruidosa y lastimosa caída del hombre. La hora pues en que han de començar à tocar por todo el mundo las agonías de la



*Decidit lectum, et cognovit quia morretur. 1. mach. cp. 1.*



Muerte, es la misma en que los hombres serán convocados à Juicio, de tal suerte: que la misma trompeta que ha de servir para despertar à los Muertos, servirá de campana para dár à entender que ya la Muerte está en los últimos parásismos. Pero qual haya de ser la hora puntual y crítica de las veinte y quatro que componen el dia natural en que hayan de comenzar estas agonías tan tristes para la Muerte, y estas angustias tan terribles para los hombres, podrémos descubrirla con acierto, registrando con cuidado la hora que apunta la mano de San Matéo en el indefectible relox del Evangelio. Eutimio, San Juan Crisóstomo, y San Gerónimo, citados del gran Cornelio Alapide, comentador de los quatro Evangelistas, tubieron por muy probable la sentencia, que la segunda venida de Jesu Christo al mundo, dirigida à la residencia universal de todos los individuos que abarca la humana naturaleza, habrá de ser entre las onze de la noche, y la una de la mañana, fundados en el mismo texto de la Parábola del Señor, en que propuso à sus Discípulos, baxo de unas misteriosas sombras las medrosas circunstancias del Juicio final: *Media autem nocte clamor factus est*; aún el mismo San Gerónimo afirma, que esta era tradicion Apostólica entre los primitivos christianos de la Iglesia, <sup>1</sup> y que por este motivo en las solemnidades de las Paschas, en

1 Vid. Alapidem. hic.

que eran mas numerosos los concursos de los Christianos à la celebracion de los Divinos Oficios en los Templos, no permitian los Sacerdotes que se retirasen á sus viviendas, hasta pasada la hora de la media noche, temerosos de que en una de ellas pudiera verificarse la venida del Juez. Pensamientos verdaderamente christianos, aguardar al Juez en el asilo de su misma casa, donde acostumbra derramar tantas misericordias. Y acaso sería este el origen donde tubo principio la santa y loable costumbre de aquellos antiguos Monges y Anacoretas de los desiertos, que continuaron levantarse à la media noche à prevenir con oraciones la venida del Señor, y aguardar su llegada entre la segunda y tercera vigilia de la noche, lo que hasta el dia de hoy se conserva en muchos Conventos y Monasterios de Religiosos, y exemplarísimas Religiosas.

La sentencia de los referidos Padres sobre el Texto alegado del Evangelio tiene otro muy competente apoyo en la Escritura Santa, pues consta del Exôdo, y del Libro de la Sabiduría, <sup>2</sup> que Dios aguardó el tiempo y el silencio de la media noche para poner por obra el gran Consejo de su Justicia, matando y degollando à todos los primogénitos de Egipto, libertando del Cautiverio à todos los Hebréos, cubriendo aquella Corte tan opulenta de tristes sentimientos, y regando su calles con la

2 Exod. Cap. 11. Sap. Cap. 18.

sangre de sus hijos. ¿Dirémos acaso que la virtud de Dios no podría hacer el mismo estrago en otro tiempo, que el que hizo al tiempo de la media noche? ¿necesita Dios de las tinieblas para construir sus grandes obras? ¿por ventura despiertos los Egipcios podian contra restar à sus designios? *¿Voluntati ejus quis resistit?* y nos ocultó el Arcáno de hacer tan ruidosa empresa enmedio de las tinieblas. ¿Pues por qué no comenzará la mayor funcion que ha visto, ni verá jamás el mundo en el punto crítico de la media noche?

Otros asientan que por aquella expresion que hace Jesu Christo en su Parábola, de que à la media noche se oirá un clamor que vendrá como precursor, avisando de la proxímidad del Juez, nos quiere dár à entender, que su venida será inopinada, no imaginada, ni esperada de los mortales. De este sentir es el exímio Suarez, y aunque no lo fuera, el mismo Señor en el Evangelio nos persuade esta verdad quando nos dice: que estémos prevenidos, porque no sabemos la hora en que ha de venir el Hijo del Hombre, ni el Hijo del Hombre Jesu Christo ha querido revelar à nadie los momentos que el Padre Eterno reservó en su potestad.

Mas como quiera que sea, sea el Juicio à la hora de media noche, ò sea al punto de medio dia, siempre será dia de Juicio, y la hora qualesquiera

que sea nos ha de ser muy incómoda. Algunos puede presentarseles muy desabrida la hora de media noche para ser llamados à juicio, principalmente si se hayan desvelados, ò por haber estado el resto de la noche con el naípe en las manos, y si han perdido, ¡qué mohina! ò que acaban de llegar del coliséo, ò del fandango, y mucho mas à aquellos miserables que acabaron de gustar el pasajero deléite de la sensualidad. Con éstos se verificará al pie de la letra lo que muy al intento les cantò David: *Compræhensus est peccator in operibus manuum suarum*: <sup>1</sup> fue cogido el ladron con el robo en sus manos.

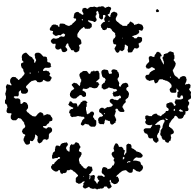
Mas como los hombres en el dia por lo regular viven tan descuidados en el importantísimo negocio de su salvacion, aunque el Juicio comenzára al medio dia, siempre para éellos sería el punto de la media noche, y tan desapercebidos los hallará el Juez tirados en su cama, como paseandose en la calle, y aquella mas claridad del dia solamente servirá de hacer mas vergonzosos sus delitos.

En este tiempo pues tan calamitoso para los vivos, será el principio de las agonias de la Muerte. Verá la Muerte que ya ván à dár al traste las últimas vidas de los hombres, que es lo mismo que negarle los medicamentos à su enfermedad, y derribar por tierra las columnas en que firmaba su Im-

<sup>1</sup> Psalm. 9.

perio. Acabará la Muerte, ya no habrá Muerte, ni Muertos en todo el orbe: *Et mors ultra non erit.* Será sepultado su Esqueleto en el profundo Sepúlcro del Infierno; pero allí no se llamará Muerte temporal de los hombres, sino Muerte eterna de los condenados. Despues de las honras que harán los condenados à la Muerte, que será una continua lluvia de maldiciones por haberlos sorprendido en lo mas gustoso de sus vidas licenciosas, le pondrán este Epitafio sobre su Sepúlcro.

**E**N esta Carcel cerrada  
 Con aquel cándado eterno  
 Con que Dios cerró el Infierno,  
 Queda la Muerte enterrada:  
 Nuestra muerte desgraciada  
 Muerte nos dió, temporal,  
 Mas desde el Juicio final  
 Que cayó en esta caverna,  
 Otra Muerte nos dá eterna,  
 ¡O qué muerte tan fatal!





**CONCLUSION DE LA OBRA,**  
*EN QUE SE DÁ NOTICIA DEL MAR NEGRO*  
*de la Muerte, que tiene que navegar*  
*todo hombre.*

**E**STE mar tan amargo está situado entre el oriente de la vida, y el funesto ocaso de la Muerte: corren sus aguas tan aceleradas como el tiempo, y ván à sepultarse sus olas en el interminable pielago de la eternidad. Todo hombre tiene que navegar este golfo de angustias y congojas. Para que no nos sorprenda este tránsito si nos coje desprevenidos, quiero presentar à la consideracion de mis Lectores los últimos pasos de su vida.

Que tarde, que temprano (amado Lector mio) llegará el dia, en que despues de haber malogrado lo mas florido de tus años caerás enfermo en una cama, y no te levantarás de élla otra vez hasta que te baxen ya Difunto para tender tu Cadáver sobre la tierra: tirado ya en tu lecho comenzarás à navegar el mar de tantas tribulaciones hasta la opuesta orilla de la Muerte.

Pasarás el primero y segundo dia de tu enfermedad con bastante desabrimiento; pero al tercero dia como vaya tomando mucho cuerpo el accidente, le asaltarán à tu corazon repetidas olas de amargura, como sucedió al grande Alexandro,

que despues de haber coronado sus cienes de tantos triunfos y laureles en tantas victorias y célebres campañas, cayó enfermo en una cama, y conoció que se moría. *Et post hæc decidit in lectum, & cognovit quia moreretur:* <sup>1</sup> ya por entonces no te gustarán ni las músicas, ni las conversaciones de los amigos, ni las tertulias, ni los paséos, ni los teatros, nada de quanto tiene el mundo de lisonjero, porque alli comienzan ya à manifestar su engaño, y su vanidad nuestros pasajeros gustos, y al paso que se vá aproxímado la Muerte, se ván retirando de nosotros aquellos pasatiempos que durante nuestra salud nos fueron tan familiares, y aún los mismos alimentos que nos fueron tan regalados, ya en aquellas circunstancias nos serán muy desabridos.

Entrarás ya en los términos mayores de tu enfermedad; ¡pero ò Dios Santo! ¿qué idéas tan distintas te formarás entonces de aquellas que formabas quando vivias tan olvidado de estos últimos pasos de la vida? desde tu cama ( que ya será un potro de insufribles tormentos ) tenderás la vista à la vida pasada, y como quien despierta de un profundo sueño verás, que todas aquellas cosas que se vendían por dichas y felicidades, no fueron sino sombra, humo, viento, vanidad y mentira. Que cosa tan triste haber mal empleado tantos, y tan preciosos

1 1. Machabæorum Cap. 1. 7. 2.

instantes del tiempo en condescender à las máximas del siglo, y complacer à humanos respetos. Si lo que hicisteis por parecer sabio entre los hombres que ya forzosamente has de dexar, hubieras hecho por atesorar la verdadera sabiduria, la verdadera riqueza, el verdadero honor que consiste en saberse salvar, ¿qué pensamientos tan distintos fueran los tuyos de los que entonces tendrás? ¿ò quanto consuelo tubieras aora, de que te hayas privado? ¿mas de que sirve aora la borla? el capelo? la dignidad? el mando? el baston? el lustre y los obsequios? ¿ò qué gloria tan menguada! ¿quantas fatigas te tubieron de costo estos lucimientos que ya pasaron? ¿quantos desvelos y quantos sobresaltos?

En aquel estado recibirás un corto aliento al vér entrar al médico por las puertas de tu casa; pero será mayor tu desconsuelo, quando sientas en tí mismo que la enfermedad resiste, y hace inútiles los medicamentos. Viendo el médico que no se adelanta nada con los remedios, se verá precisado à darte por sí, ò por otros una bien triste embaxada que no podrá menos que serte muy sensible, y causarte bastante alteracion en el ánimo. Llegará pues el médico á tu cama, ò echarán mano de algun extraño para anunciarte que te dispongas para recibir los Santos Sacramentos, que es lo mismo que decirte: Amigo, Señor Don Fulano, Vmd. se halla muy malo y de peligro, pocas esperanzas nos

quedan de su salud: como Christiano que es debe prevenirse para la Muerte. ¡Ah qué noticia tan amarga, para quien estaba tan bien hallado en el siglo! ¿qué sentimientos para un corazon que se vé precisado à divorciarse de aquellos objetos que amaba con ternura? mas éllo es fuerza, porque el tiempo se estrecha, se acorta el plazo, y un delirio puede robar impensadamente el conocimiento: que se retire el médico del Cuerpo, y que venga el médico del Alma.

Aqui entran ya en cuidado los familiares, y llenos de la mayor tristeza, cabisbaxos, y pensativos, se retiran à los rincones de la casa, y se dexan perceber de quando en quando algunos suspiros, que cada uno de ellos es una saëta que le hierre en lo mas vivo al pobre paciente. Navegando entre la esperanza de la vida, y el temor de la muerte harás una revista sobre tu conciencia: ¿qué imágenes tan tristes, y tan funestas se presentarán à tu memoria, quando veas à mejor luz los deslices de la vida pasada? ¿qué cosa tan estraña haber hecho en tu entero juicio aquello mismo que sabías ciertamente que te habia de pesar, y que en estos términos te habias de arrepentir de haberlo executado?

Te dirá el Confesor, que si habeis ya otorgado vuestro Testamento, y esta pregunta para tí será otra nueva puñalada, porque será lo mismo que

intimarte, que te despojes, y te desnudez de todas tus alhajas, para vadear la rápida corriente de la Muerte, sin reservar para tí otra cosa, que una mortaja para salir de este mundo. ¿Qué caliz tan amargo has de beber, quando veas pasar tus riquezas à otras manos, para que con ellas triunfen vuestros hijos, ò los estraños? ¿qué bien te hubiera estado disponer en tiempo algunas cosas à beneficio de tu alma? ¿con qué ya se acabó todo? ¿todo se queda en este mundo? ¿nada llevo conmigo? ¿no hai algun empeño para no morir? no hai remedio, ni esperanza en lo humano, es preciso pagar este tributo à la Soberanía del Altísimo.

En fin ( querido mio ) te confesarás y procurarás que vuestra confesion sea con aquellas circunstancias que pide una confesion, como para morir, sino es ya que andémos à las carreras, y el negocio de la mayor importancia se trate acelerado, y de prisa, como Yo en varias veces he sido fiel Testigo de estos sucesos, sin sacar otra cosa de la casa de mis enfermos que mi corazon traspasado de grandisimo desconsuelo.

Los repiques de las campanas anunciarán la venida del amor hermoso en el Divinisimo Sacramento. ¡qué dia tan alegre y tan festivo para los Justos à quienes se acerca la union con el Sumo Bien! Pero en tu corazon causarán otros muy distintos efectos, y será cierta especie de sobresaltos proveni-

dos de que, ò la conciencia no ha quedado satisfecha, ò la vida no fue muy ajustada, y como quiera que sea es materia de bastante desconsuelo. Al sónido de las campanas todos preguntarán por el enfermo, y sabedores del peligro en que te hallas, serás el objeto de las lástimas y compasiones.

Recibirás en tu pecho al mismo Señor que ha sido fiel testigo de tus hechos, y será Juez en la residencia de tu vida: entonces con mas justa razon que los Dicipulos en el Castillo de Emáus podréis decirle à su Magestad: *Manè nobiscum Domine, quoniam advesperacit, & inclinata est jam dies.* <sup>1</sup> Señor, quedate conmigo, y no te ausentes de mí, porque se me acerca la noche de mi muerte, y por instantes se me acaba el dia de mi vida: quedate conmigo y no me dexes, porque estoi proxímo à entrar en la última tribulación de la vida, y no hay en todo lo humano quien me ayude.

Hermano ( te dirá el Sacerdote ) otro Sacramento le falta que recibir que es el de la Extremauncion, y es el último socorro con que la Santa Madre Iglesia ayuda à sus hijos para entrar al combate de la agonía. Mas si bien penetras el sentido de estas palabras, cada una de las unciones vendrá à ser para tí como un relox despertador que te avise

LL

y como con la mano te apunte todos los delitos cometidos por los cinco sentidos. ¡Ó qué memoria tan amarga, para quien se halla tirado en su lecho rodeado de innumerables angustias! Recibido ya el último Sacramento es preciso poner entredicho à tu familia para que no entren à tu aposento. Mas antes (como quien está con el pie en el estrivo para no vérlos hasta la eternidad) os veréis precisado à darles el último vale, y la última bendicion. Qué lance tan doloroso, y que despedida tan sensible al separarse de aquellas prendas queridas de tus hijos: vér la ternura de sus años, la horfandad y desamparo en que quedan no, puede menos que producir amarguisimas consideraciones, que como agudas flechas penetrarán tu corazon por medio à medio: esforzando tu voz con los ojos arrasados en lagrimas les daréis la última despedida, y ya no podréis articular mas palabras, porque la copia del llanto, y lo crecido del sentimiento echarán nudos à tu garganta.

Hecho ya todo lo que hai que hacer en este mundo, reducido à la última miseria te irás aproximando à las últimas agonias: la debilidad, la inapetencia, las malas noches, los dolores de la cabeza, lo ardiente de la fiebre te ván llevando à gran prisa para el Sepúlcro. Comienzan los parasismos, y al vérte los circunstantes con la vista quebrada, levantado el pecho, los pulsos perdidos; la respira-

cion muy fatigada, cubierto del sudor de la Muerte y poseído de unas ansias mortales que se vá (dicen) que se muere, se turba toda la casa, se contrista la familia, comienzan à correr, unos salen despavoridos, otros entran sobresaltados à tu aposento: la agua bendita, el Santo Christo, la candela de buen morir, ¡valgame Dios y qué llama tan triste! pero à la escasa y pálida luz de esta candela verás, ¡ò quantos avisos del Cielo malogrados, y quantos beneficios mal correspondidos! ¡ò, quién hubiera sido un santo! (asi exclamarás entonces) ¡ò tiempo perdido y mal empleado! ésta si que es la hora de los desengaños, y la hora de los buenos deseos. ¡Ò qué tarde he caído en la cuenta! ¿donde están aquellas vanas idéas que me formaban mis pensamientos? ¡ò qué voz tan terrible la de aquesa campana que me toca mis agonias! quantas veces yo oí tocar las agenas me avisaban, que habia de vérme forzosamente en este trance. ¡Ò pobresito de mí! JESUS me ayude, JESUS me ampare, JESUS me mire con ojos de misericordia, y entre estas angustias se desprenderán unas quantas lágrimas de tus ojos, que será la mas cierta señal de que ya no exístes en este mundo.

Ea ( Christiano Lector mio ) tiende la vista con cuidado por este mar de tribulaciones, que en



breve tiempo habrás de navegar: no pierdas de vista el puerto, si no quieres perecer.

Por remate me ha parecido oportuno poner el testamento siguiente, que deberá otorgar todo Christiano, y se les podrá ir leyendo con mucha pausa y con sentido à los enfermos que se hayan ya en peligro de muerte para incitarlos, y moverlos à tiernisimos afectos y sentimientos.

## TESTAMENTO.

**E**N el Nombre de Dios todo Poderoso. Padre, Hijo, y Espíritu Santo, tres Personas distintas, y un solo Dios verdadero, Criador de Cielos y tierra: Yo N... morador que he sido por breve tiempo en este valle de lágrimas, desterrado de mi amada Patria el Cielo, por quien suspiro y lloro cautivo en este mundo, estando en mi sano juicio, y entero conocimiento, creyendo como Católico Christiano todos los Artículos, y Misterios que cree, tiene, y enseña mi Madre la Santa Iglesia, en cuya fé y creencia quiero y protexto morir, y dár el último aliento de mi vida, dispongo mi testamento y órdeno mi postrimera voluntad en la forma siguiente que juzgo y deseo muy deveras sea la mas agradable à los ojos del Altísimo.

Primeramente: declaro, que por quanto me conosco muy insuficiente para dárle à mi Criador

y mi Redentor las debidas gracias por tanta copia de beneficios que su Bondad infinita ha derramado sobre esta ingrata Criatura, pido, suplico, y ruego muy encarecidamente à los nueve Coros de los Angeles, y Bienaventurados del Cielo, que à nombre de este miserable pecador que desea ser agradecido glorifiquen su Bondad, exâlten sus grandes misericordias, alaben sus atributos, y dén dulces bendiciones al sumo Bien infinito que se derrite en ternuras, y finezas sobre los pecadores mas ingratos como yo.

Item: quiero y es mi voluntad, que la última palabra que tengo de hablar en esta vida sea invocando el Dulcísimo Nombre de JESUS, y de MARIA Santísima: el último bocado que tengo de tomar en esta peregrinacion del tiempo à la eternidad, quiero sea el Augustísimo Sacramento del Altar, en que mi fé adora à Jesu Christo mi Redentor Hijo de Dios bendito, y hermoso fruto del vientre de la Purísima Virgen MARIA.

Item: por quanto quando yo salí del vientre de mi Madre salí totalmente desnudo y nada traje conmigo à aqueste mundo, de la misma suerte quiero que mi corazon totalmente desnudo de todo lo terreno y de todo lo visible no lleve otra cosa à la sepultura, que un fino, heróico, y verdadero arrepentimiento de sus pecados, y en obsequio de la hermosa virtud de la honestidad una mortaja,

que por amor de Dios, por caridad y de limosna pido à mis hijos, mi esposa, ò parientes, &c.

Sé que mi Redentor vive, y que en el último dia de los tiempos he de resucitar para nunca mas morir: asi lo créo y confieso como Católico Romano, y por tanto quiero que mi Cuerpo difunto se entregue en depósito à las entrañas de la tierra, que es la comun Madre, que obsequiosa nos dá hospedaje quando el mundo, y nuestros parientes nos arrojan de su vista, con el gravamen de que luego que oïga resonar la horrible trompeta que convoque à los Muertos para el Juicio me le restituya entero, para que en Cuerpo y Alma alabe yo, y bendiga las misericordias del Altísimo como lo espero de su bondad infinita.

Item: quiero y es mi voluntad que mucho antes de morir se desaten mis ojos en dos fuentes de lágrimas tan copiosas que mi mismo llanto públique, y haga conocer à todo el mundo el grandísimo sentimiento, el pesar sumo, y el sumo dolor que aora tengo de haber ofendido à mi Dios, de haberle correspondido ingrato à tantos beneficios. Llorad, ojos míos, llorad sin término, ni descanso por haber quebrantado una Ley tan Santa, una Ley suave, justa, inmaculada, por haber injuriado à aquella Bondad infinita que tanta paciencia y sufrimiento ha tenido con el mas vil y despreciable gusano de la tierra: ayiva mi sentimien-

to jò Espiritu Divino tercera Persona de la TRINIDAD Augusta! exfuersa mi dolor de tal suerte, que mi llanto dé testimonio auténtico que habita en mi interior aquel fuego de amor en que abra-sasteis los pechos de los Sagrados Apóstoles.

Ruego y encargo al Angel tutelar de mi Custodia recoja estas mis dolorosas lágrimas, y juntandolas con los dolores que padeció en el monte Calvario la mas afligida Muger, y atormentada Madre de mi JESUS, las ponga con suma reverencia en el Sacratissimo Corazon de MARIA Santissima, y en este purisimo Relicario las presente al Eterno Padre haciéndole un recuerdo de la Pasion y Muerte de su Hijo Dilectissimo Jesu Christo, que embió al mundo à padecer tantos trabajos para conducir al Paraíso sobre sus ombros la ovejuela errante de mi Alma.

Item: à mis hijos, amigos, parientes, y à todos mis pròximos les dexo el rico caudal de un clarisimo desengaño de la inconstancia, y brevedad con que se pasa la vida. Mucho puede imponerles para el escarmiento, si con christiana reflexión me consideran tirado en esta cama, lleno de miserias sin hallar consuelo en todo lo humano. De lo pasado nada tengo por aora, y solo me han quedado unas tristes reliquias de crueles remordimientos de la conciencia que me llenan de amarguras el Alma, y me hacen muy temeroso el paso

en que me hallo para entrar à la eternidad. Escarmenten en mí los que desean vérselos libres de tan terribles angustias. Todos los gustos y pasatiempos me han desamparado ya, y en breve me desamparán hasta los mas familiares de mi casa. De todo lo que fue y ya pasó solo encuentro en esta hora que mi vida fue sueño, humo, sombra, viento, vanidad, que todo pasó como un relámpago que lució en un momento, y en el mismo momento acabó su resplandor. Yo les ruego encarecidamente que ahora fijen en mí su consideracion, y despues pongan los ojos en mi yerto Cadáver. Aprovechense todos del tiempo, y de esta bella ocasion con que les convida mi suerte. Esta es la hora de los desengaños y muy à propósito para decir la verdad. Servir à Dios es lo que importa, salvar el Alma cueste lo que costare.

Item: porque sé por testimonio auténtico de la Escritura Santa que un corazon lleno de tribulaciones es un sacrificio muy agradable à los ojos del Altisimo, quiero que por las purisimas manos del gloriosisimo Príncipe Señor San Miguel sea ofrecido à su Divina Magestad mi angustiado corazon, con todas las tribulaciones que tengo de padecer hasta la última agonía en las aras de la paciencia, conformidad, y resignacion con su Divina voluntad, admitiendo muy gustoso el caliz de la Muerte que me espera, y quisiera tener mil

vidas que sacrificarle en obsequio, y humilde reconocimiento de su Soberanía, y Supremo Dominio sobre todas las Criaturas, esperando, y creyendo como firmemente espero, y créo de su Bondad infinita todo lo ha de dirigir à la mayor gloria, y exáltacion de su Santo Nombre, y mucho bien de mi Alma.

Iten: como por la bondad y misericordia infinita del Soberano Autor de todo bien, no tenga yo otro caudal de que disponer en la presente ocasion que el rico tesoro de mi Alma redimida con la preciosa Sangre del Hijo de Dios mi amabilísimo Redentor, nombro y declaro à Jesu Christo mi Bien por único y forzoso heredero por tantos títulos, y derechos, y es mi voluntad, que luego en aquel mismo instante en que mi Alma se desprenda de mi cuerpo sin dilacion, ni de un solo momento se le entregue à su legítimo Dueño.

Iten: quiero y lo quiero muy de véras, y nombro por testamentaria, Albacéa, y única executora de esta mi voluntad à la Purisima Reyna de los Angeles, y Madre amabilísima de los pobres Pecadores, à quien *in solidum* le doi toda mi voluntad para que disponga como mejor viere convenir, y pueda si fuere de su real agrado substituir la execucion de mi voluntad en su purísimo y Castísimo Esposo, de tal suerte, que mi Alma

M M

pase sin dilacion, ò de sus purisimas manos, ò de las del Santisimo Patriárca à los amorosos brazos de mi Redentor Jesus. Recíbid Purisima Señora este nombramiento, y si para conseguir el fin de mis deseos se necesita algun empeño, ò valimiento, yo empeño la bondad misma de vuestro cándido Pecho.

A mi Madre la Santa Iglesia le dexo muy encargado, que luego al punto que se verifique mi muerte mande para el Cielo sus corréos, y presente à su Divino Esposo Jesu Christo su llanto por medio de las plegarias de las campanas por un hijo, que aunque ingrato no ha negado la fé que confiesa, y tiene su misma Madre, y que abriendo las areas donde están en depósito los preciosos tesoros de los merecimientos de Jesu Christo me socorra con un mendrugillo de las muchas Indulgencias, que se reparten en su mesa, à beneficio de los pobres Difuntos.

Asimismo ruego y encargo à mi familia, amigos, parientes, y conocidos, que me tengan presente en sus oraciones, y no me sepulten en la region del olvido, por aquel amor santo con que les deseo vérlos unidos conmigo al Sumo Bien en la eterna felicidad, donde espero vérme por la misericordia de mi Señor Jesu Christo, y tenerlos muy presentes, y hacer patentes sus necesidades al todo Poderoso.

A la tierra con sus arboles, y sus plantas le doi mil gracias con mis ojos arrasados en tiernas lágrimas por el tiempo que ha sufrido, y sustentado à esta criatura la mas ingrata con su Criador.

Y porque conosco que insta ya el tiempo de mi partida, en que debo prevenirlo todo para el tránsito forzoso, aunque el fiscal de mi conciencia no me acusa de haber ofendido à alguno de mis próximos; pero como Dios es el que me ha de juzgar, si acaso à alguno le he dado motivos de sentimientos, pegando aora mis labios à la tierra que pisa, que me perdone le pido por aquel Señor, que con tanta humildad se postró en tierra à labar los pies à sus amados Dicipulos, y perdono de corazon à todos los que en algo me hubieren ofendido, estrechándolos en mis brazos como à mis queridos hermanos, é hijos todos de nuestro Padre Celestial.

Nombro por mis especiales Patronos para el tiempo de mis agonias al gloriosísimo Señor San JOSEPH, al Soberano Principe Señor San Miguel, à los muy Augustos Padres de la gran Madre de Dios mi Señora Santa ANA, y Señor San JOAQUIN, reservando para los últimos instantes, y lo mas apretado del combate todo el favor, y amparo de aquella Purísima, y amabilísima Criatura que vino al mundo, trayendo impreso y gravado en su amo-



roso Pecho el Sagrado Carácter de *Refugio de Pecadores, y Auxilio de los Christianos.*

Por este mi testamento y última voluntad, que otorgo en presencia de tantos testigos, como son los nueve Coros de los Angeles y Bienaventurados del Cielo; anúlo, y revoco qualesquiera voluntad que à ésta sea contraria, pues quiero que ésta mi disposicion sea irrevocable en todo tiempo, la que otorgo y rubrico con lágrimas de mis ojos, y con la sangre de mis venas, à tantos de tal mes y año en este valle y lugar de llanto, y de miserias.

Y à Dios amigos, hijos, parientes y conocidos, à Dios, à Dios, apartaos de mi vista, hasta que nos véamos en la eternidad. Dexadme libre este corto tiempo para darme todo à las amorosas ternuras y confianzas de aquel gran Dios con quien me retiro à tratar el importantisimo negocio de mi salvacion. Él os bendiga à todos, y como tubo cuidado, y providencia de mi entrada en este mundo, cuide aora de mi salida y de mi entrada à la eternidad. Amèn.

*LAUS DEO.*



**APENDICE**  
**SANCTA SANCTE SUNT TRACTANDA\***

\* Texto publicado por José Antonio Alzate Ramírez, en *La Gaceta de Literatura de México*, nos. del 8 y 23 de enero, 5 y 19 de febrero y 23 de marzo de 1793.



*Se ha impreso recientemente en la oficina de los herederos del Lic. D. José de Jáuregui una obra cuyo título es: La portentosa vida de la muerte, emperatriz de los sepulcros, vengadora de los agravios del Altísimo, y muy señora de la humana naturaleza; cuya célebre historia encomienda a los hombres de buen gusto Fr. Joaquín de Bolaños, etc. Tomo en cuarto de 276 páginas con varias láminas. El título de la obra demuestra su carácter, y el volumen manifiesta el grande anhelo de su autor por el aprovechamiento espiritual de las almas: pero, ¿cuántas veces los buenos deseos y los pensamientos más acrisolados en el fuego de la caridad se encaminan por medios impertinentes? La nación española, con preferencia a otras (lo que confiesan los extranjeros sinceros) posee autores ascéticos dignos de leerse a toda hora, para seguir el camino de la virtud: basta nombrar a las Teresas, Luises de Granada, Juanes de Avila, los Rodríguez &c. para probar que tenemos autores clásicos que nos conducen a la senda de la verdad, no sólo por el fin con que escribieron sus admirables obras, sino por aquel estilo tan acomodado a materias tan sublimes. Es innegable que para cultivar el alma, y para elevarla a la consideración del Ser Supremo, es muy conducente un estilo elocuente y patético, al modo que la divina Salmodia y demás oraciones de la Iglesia, acompañadas del canto, llano o de órgano adquieren, por decirlo así, cierta melodía espiritual, que hechiza y transporta al espíritu, haciéndole percibir aquellos nobles sentimientos de humillación, afecto y reconocimiento a la Majestad Suprema.*

*¡Desdichado el autor que, sin haberse nutrido en la lectura y meditación de la Escritura Santa, y en los clásicos autores ascéticos, se dedica a escribir obras de moral, pues se expone a naufragar aun al salir del puerto!*

*El R. P. Fr. Joaquín de Bolaños, animado de un justo celo en beneficio de los hombres, nos ha estampado un volumen de regular tamaño con el título de Portentosa vida de la muerte, etc. Hasta ahora ignorábamos que la muerte viviese; no es ente que tenga existencia, pues es el fin del vivir o la carencia de la vida: Nullus entis, nullae sunt proprietates. A quien no ha existido ni existirá, ¿cómo se le puede atribuir vida? Juzgo que no me engaño en dar por asentado, que en los libros que se dirigen a los hombres en beneficio de su salud espiritual, se debe desterrar todo título engañoso y toda expresión equívoca: la religión es de*

*mucha sencillez, y no permite interpretaciones ni alegorías ridículas: sus misterios y sus preceptos deben presentarse con aquella noble y majestuosa simplicidad propia de la grandeza que encierran, para que todos los hombres que se dedican a rumiarlos, admiren y veneren sus arcanos.*

*Pasó ya el tiempo infeliz en que ciertos autores (tales como Calderón en sus autos sacramentales) presentaban al pueblo los augustos misterios y los secretos de la verdadera religión en los teatros públicos, sin que contuvieran al furor poético de semejantes escritores los respetables personajes que introducían en sus mezquinos y ridículos dramas: lo que tanto chocea y con razón a los que no viven en el siglo del buen gusto, en el que floreció Calderón: hombre de rara invención y de talento, pero de paladar muy estragado.*

*¿Mas quien creyera que en nuestros días no faltan hombres que, imitando a Calderón en la ineptia y puerilidad, parece que se olvidan de la pureza de lenguaje con que escribió aquel cómico, y pretenden volver a resucitar el gusto corrompido que avasalló algún tiempo a los grandes ingenios de España? Uno de estos hombres es, a mi juicio, el R. P. Bolaños. Dios permita que su estu-penda Portentosa vida de la muerte no pase los mares. ¿Qué dirán de la Nueva España muchos críticos europeos? Algunos nos atribuyen una crasa ignorancia: con La portentosa vida de la muerte se harán de nuevas armas, y acaso algunos al leer el título de la obra padecerán tales vértigos, que los pongan a las puertas de la Señora Doña Terrible, para explicarme con el nombre con que nuestro R. P. escritor dice que bautizó Aristóteles a la muerte.*

*El tener siempre en la memoria a esta señora emperatriz de los sepulcros, es consejo del Espiritu Santo: Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis; y es uno de aquellos novísimos que haría a los hombres felices, si no lo echasen en el olvido con tanta presteza. Pero Job, cuya sublime y divina obra ya tenemos vertida al castellano, ¿podrá tener competidores? Obra llena de unción, escrita en un estilo que no es tan fácil imitar, ¿por qué no se reimprime, por quien pueda ilustrarla con escolios, e interpretar la o añadirla algunas advertencias útiles? Esta obra sería sin disputa preferible a La portentosa vida de la muerte, cuya lectura recomienda el autor a los hombres de buen gusto. . . . Querer realizar o dar existencia a lo que es mucho, porque nos separa de este mundo, pero que es nada, porque no la vemos, no la oímos, no la palpamos; atribuirle nacimiento, niñez, juventud, matrimonio y demás trámites que acompañan a la serie de los diversos estados del hombre, no lo pensó el autor cómico que escribió la comedia con el título La vida es sueño.*

*Si el R. P. Fr. Joaquín Bolaños ha cumplido con el título que propone, lo indagaré, pronto a desdecirme, si camino extra-  
viado. Desde el frontispicio tropiezo con esta expresión extraña: cuya célebre historia recomienda a los hombres de buen gusto*

Fr. Joaquín Bolaños. *¿Sólo los hombres de buen gusto deben morir? No, todos estamos sujetos al indefectible decreto: luego la obra debe dirigirse a los sabios, a los necios: en asunto a morir no hay buen gusto; la diferencia sólo consiste en morir como un justo o como un réprobo.*

Los geógrafos no admitirán en la dedicatoria aquella expresión "Zacatecas en la Nueva Galicia de esta septentrional América", porque ni en la septentrional ni en la meridional, se reconoce otro país por Nueva Galicia que la que reconoce la audiencia de Guadalajara por el centro de su supremo tribunal: pero un sujeto embebido con la portentosa vida de la muerte, le es indiferente que la Nueva Galicia esté en Nueva España, o en Astracán, sus miras son más exaltadas.

En el prólogo o introducción me chocan estas expresiones: "Desabrida es la muerte; mas para que no te sea tan amarga su memoria, te la presento dorada o disfrazada con un retazo de chistes de novedad (ojalá) o de gracejo". Tratar a la muerte con gracejos, lo han ignorado aun los más rústicos volantines directores de comedia. *¿El término del hombre en que se desvanecen sus vanos proyectos y terrestres esperanzas, y el que decide de su suerte eterna, se le presenta al público en términos "de chiste, de novedad y de gracejo"? ¿Qué día tan aciago nos anuncia el crepúsculo de la portentosa vida de la muerte!*

Lector paciente o pacífico, escucha, espera oír novedades inauditas. *Prólogo, pág. 2: "Casa a los hombres con sutileza, y también los descasa y los divorcia": ¿después de muertos? "Es casada sin dejar de ser doncella": ¿cuántas casadas permanecen doncellas! "Entra llorando con las plegarias de las campanas cuando acompaña los cuerpos de los adultos. Entra llorando": los que lloran son los dolientes; la muerte ya no vuelve a presentarse, concluyó con el objeto del duelo, y tan solamente continuará dando nuevos motivos para nuevos llantos.*

*"Es muy atenta, guardando la política de mandar correos": alto aquí. La subitánea e improvisa separación del alma y el cuerpo, de que la Iglesia con tanto fervor pide a Dios liberte a los hombres, ¿qué correos ha despachado? Si los que mueren por apoplejía, por rayo, resucitasen antes del juicio final, negarían estos correos anticipados; salvo que el autor entienda aquel prudente y cristiano temor de que siempre debe el hombre estar penetrado.*

*"En la cristiandad es católica": nequaquam, de ninguna manera, porque los luteranos y calvinistas &c. son cristianos y su muerte no es católica.*

La estampa que precede al capítulo 1, y su serie manifiesta que el autor reputa por patria de la muerte al paraíso; ciertamente que en esto se equivocó. El paraíso era terreno dedicado a la inmortalidad; fue necesario que Adán y su consorte pecasen, para que arrojados por su ingratitud, experimentasen los efectos del morir en la desaparición de su hijo Abel, el primero de los

mortales que sufrió la pena consignada al pecado. Abel murió muchos años después de desterrados sus padres del paraíso; en el sitio en que murió comenzó a reinar la muerte; con lo que se desvanece la proposición de nuestro autor, quien asienta que la muerte es tan antigua como el mundo. Omito las versiones forzadas que nuestro autor deduce del texto sagrado, porque esto me difundiría demasiado; mi objeto tan solamente se dirige a dar a conocer una portentosa vida de la muerte, dedicada a los hombres de buen gusto, y paso al capítulo tercero.

El bautismo, este sacramento por el que se nos abren las puertas del cielo cerradas por el pecado, debe tratarse santamente: Sancta, sancte, sunt tractanda: por lo que valerse "de que el bautismo es sacramento de muertos, y que por esto la muerte debe ser bautizada", es un abuso de imaginación que no puede edificar al lector, acaso sí será la puerta para muchos discursos de tanto hablador impertinente, que por nuestros pecados resuelan, y que abusan de la sinceridad de nuestra santísima religión.

"Cual sea el propio y verdadero nombre característico de la muerte es cuestión muy controvertida", dice el R. P., y yo le diré que esta es cuestión parecida al héroe de la historia, pues, que "no la vemos, no la oímos, no la palpamos".

A la página 16, registro esta muy rara interrogación, que a los de buen gusto debe causar una grande admiración: "¿qué dijera nuestro Aristóteles, si como leyó muy por encima la Misa de requiem, se hubiera hecho cargo muy espacio de la secuencia?" ¿Semejante burleta puede pasar? ¿Aristóteles, que vivió tantos siglos antes de Jesucristo, leyó la misa de requiem?

La estampa que antecede al capítulo cuarto, en que se representa a una matrona conduciendo por la mano a la muerte, como si fuese pàrvula, choca y chocará, no a los de buen gusto, sino también a los que tienen ojos con lagañas: la alegoría es pueril y creo que algo más; pero sirve para solicitar abuela a la muerte, asunto que sirve de material al capítulo cuarto.

Si solicitar abuela a la muerte por los términos que dirigen a nuestro autor fuese admisible, se diría que un árbol tiene por madre a la tierra, por padre al agua, y por abuela la fecundidad del terreno, y no quedaría producción de la naturaleza a la que no se le pudiesen asignar padres, abuelos, &c. &c. La aplicación de la epístola de Santiago es muy impropia, pues habla el Santo Apóstol de la muerte del alma.

Capítulo quinto de esta estupenda obra. En él su R. autor P. Bolaños, sin perder de vista el plano que se formó de la obra, mezclando lo sagrado a lo profano, nos estampa el "decreto imperial que manda publicar la muerte en todos sus estados y señoríos": después de estados, lo de señoríos es redundancia, y no negaré al autor que se halla poseído de una imaginación fecunda. Corrige con razón la grande omisión de tomar la ceniza en el miércoles que sigue a la dominica de quincuagésima, y en esto, presenta su carácter de verdadero misionero. Todo el dilatado

bando con su fórmula de pragmática, no equivale al espíritu de aquella sentencia suprema *Statutum est hominibus semel moii*, que habla más al alma que toda la erudición recopilada de los más diestros y elocuentes escritores. Recuérdesele a los mortales esta resolución suprema, sensibilizada por la experiencia diaria, y porque está firmemente impresa en el corazón del hombre, y vayan fuera los bandos y pragmáticas. Para la publicación de un bando tan solemne, necesariamente debía asistir un secretario que la autenticase: el autor no dice quién fue; pero el texto avisa ser el inimitable autor a quien compendio; porque el texto, finalizando el bando, añade estas formalísimas expresiones: "En cumplimiento de esta orden. . . Yo el mínimo entre los predicadores. . ."

El capítulo sexto dirigido a noticiar la posesión que la muerte tomó de su imperio, es de la misma estofa, y apostillarle reflexiones sería nunca acabar, porque nos hallamos en la pág. 36, y el volumen se compone de doscientas setenta y seis; por lo que rápidamente recogeré entre tanta flor las que me parecieren más raras.

Capítulo séptimo. "Celebra la muerte una especie de contrato matrimonial", &c. léase con cuidado porque la "muerte con corona sentada en un borrico, para escarmiento de las mujeres que quieren tener dos o tres maridos", presenta una grande confusión, y creo que nadie se habrá burlado tanto de la muerte que la considere afrentada, ¿y por qué deberían escarmentar las mujeres que quieren tener dos o tres maridos? Tener maridos supone haberse unido una mujer en diferentes tiempos con varios hombres mediante el sacramento del matrimonio: ¿y en esto qué se halla de malo? Pág. 44. La muerte no puede obtener dignidades "porque es irregular (ex defectu corporis) ¡qué agudeza! Ibidem; como los pecadores que son sus verdaderos maridos": ¡qué, sólo los pecadores mueren? ¿No experimentan la misma suerte los justos? Esto es, la separación del alma y cuerpo: que si tratamos de la muerte espiritual, ya es muy diferente la suerte, y entonces salta el autor de sus casillas, porque su plano se dirige a tratar de la muerte del cuerpo, no de la del alma.

Capítulo octavo. "Celebra la muerte un conciliábulo para deliberar sobre la materia de poblar (de muertos) cuanto antes las colonias de la tierra adentro". Me admiro que el religioso autor de la obra, habitante en la tierra adentro, no advirtiese la equivocación que pueden padecer los rústicos de lo que llamamos tierra adentro: acaso éstos pensarán que en su patria en otros tiempos las gentes no morían: el hombre de buen gusto ya entenderá que el autor expresa por tierra adentro lo interior de ella en que se disponen los sepulcros, como ya lo declara (página 49): "y cultivar los países bajos de los sepulcros": ya tenemos en la geografía una nueva Holanda y una nueva Flandes desconocida por los historiadores, gracias al nuevo Colón.

La peroración de la muerte hecha al demonio y al apetito son inimitables en su género, "la muerte sirviéndose de los huesos



de Mahoma por cojín”, y el apetito disfrazado en cocinero, tratándola de “esquilencia” y mencionando una serie de comestibles presentan una ensalada que no han conocido ni devorado los más apicios; y el pronóstico favorable que hace el autor de que dentro de cien años ésta será una “noticia tan plausible que pasará los mares en Gacetas y Mercurios al reino de la América y correrá todas las Indias...”, da la más perfecta sazón a tan estupendo capítulo.

Capítulo noveno. No omito copiar los títulos de los capítulos con que se expresa el autor cuyas huellas sigo, porque en cierto lugar de esta mismísima obra advierte, “por la uña se reconoce la magnitud del león”. Dice pues: “dictamen del demonio sobre la propuesta materia del capítulo antecedente”.

“Muy espantosa mujer”: ¡qué demonio tan aturdido, pues a una dama la insulta de esta manera! Pero lo que debe regocijar al lector es el ver cómo se le trata en la página 56 de “respetable mortalidad”, y en la 58 de vuestra “mortandad”:<sup>1</sup> ¡qué abundancia de sinónimos! Mas lo que no digo que me escandaliza, pero sí que me aturde, es cómo el autor supone “al padre de la mentira” surtido con el precioso libro del Testamento viejo, y que añade: “en donde se contienen los sagrados oráculos de los patriarcas y profetas ilustrados del Espíritu Santo, a cuya creencia no se podrá negar vuestra fe sin contravenir a los conciliares decretos y canónica decisión de la suprema autoridad de los soberanos pontífices, que han gobernado el timón de la nave de S. Pedro. Lea ahora vuestra mortalidad”; etc. Confieso con ingenuidad que al leer estas expresiones, me buscaba, no me hallaba, dudaba si existía en el país de los encantos: suponer, como todo cristiano debe firmemente creerlo, que el demonio es el padre de la mentira, y que se vale de los sagrados oráculos sólo para confirmar la verdad, me confundió, me perturbó en los términos que no puedo expresar. Decía para mí: los novelistas, los romanceros fingen hechos inopinados, países encantados; pero lo que acabo de leer sólo en La portentosa vida de la muerte puede registrarse: me sereno, porque el amor del prójimo de que se reconoce muy imbuido el P. Bolaños, puede en ocasiones cuando se junta con ganas de escribir vidas portentosas estampar tan inauditas novedades. A la página 60 registré estas metafóricas expresiones: “que veréis cargados de copiosos racimos de malhechores ya difuntos”: ¡qué tal! Sigue página 61: “y tan abundante la pesca de cuerpos muertos”: autor del teatro de la elocuencia española, no olvidéis en el suplemento de tu preciosa obra cláusulas tan dignas de pasar a la posteridad.

Capítulo décimo: “Pesadumbre que tuvo la muerte en el fallecimiento de un médico que amaba tiernamente”. Lector amado, revistete de paciencia, si intentas ver este peregrino capítulo: me pesa una y mil veces haberlo ejecutado: todo el plano del autor se dirige a una sátira contra los profesores de medicina, y para hacerse célebre entre los hombres de buen gusto, fraguó

que el médico se apellidaba Mata: ¡felicísimo hallazgo! Ello es que detestamos de los médicos interin permanecemos sanos: nos burlamos de los abogados, interin no tenemos pleitos: la serie de la novela parece se concibió bajo el polo, y es capaz de helar en la Primavera al erudito que la hojease. Terminaré este capítulo advirtiéndolo, que si el autor es fecundo en la prosa, no tiene olvidados sus pininos en el escarpado monte del Parnaso. En prueba de ello canta:

Sólo el silencio testigo  
ha de ser de mi tormento,  
pues no cabe lo que siento  
en una ollita de a tlaco.  
Ese cadáver tan flaco.

¿Qué tal? Paso en silencio los capítulos 11 y 12 para lograr algún reposo: en el 13, es su asunto tratar de lo que experimentó el rey Baltasar, y que tan misteriosa y sublimemente se expone en el libro del profeta Daniel. Pero al registrar la estampa recibí un fuerte porrazo: decía para mí: ¿es posible que después de haber escrito Interior de Ayala, sabio religioso Mercenario, su obra titulada Pictor Christianus Eruditus, ¿en una obra impresa a nuestra vista (en 1792) se presente al rey Baltasar vestido a la francesa? Ya no me hace fuerza que ciertos pintores que no saben musa inusae, adornen sus retablos del Misterio de la Circuncisión con acólitos vestidos con sotanas y sobrepellices: perdóneseles a estos prácticos su desacierto; pero en una obra dirigida a los "hombres de buen gusto", la vestimenta del rey Baltasar no puede pasar: mucho menos lo de que (página 86) "en aquella junta presidida por dios Baco había borrachitos, borrachones y borrachos de todos tamaños": semejante estilo debe abandonarse para que lo use la hez del pueblo.

Y dando un salto hasta el capítulo 21, ¿qué lector no extrañará en una obra que debe ser tan seria como su objeto esta expresión, que es la cabecilla y entrada de dicho capítulo: "proveydo al memorial presentado por parte de la muerte. El rey de los reyes, y en su real nombre el autor de la obra": ya vimos cómo el R. autor se hizo secretario en aquel celebrado bando, ahora se presenta como subdelegado, para proveer en virtud del "memorial presentado por parte de la muerte": ¡qué inventiva! Vaya otra expresión (página 185): "en el presente capítulo (es el 39) se trata de un juez secular, a quien, después de haber cometido varias alcaldadas": ¿esto no es escribir sublimemente? A la vuelta: "la muerte le pidió" (mejor expresión sería decir mandó, porque "es muy poderosa, es emperatriz") al juez "que diese su descargo al punto capitulado; a que quiso satisfacer el juez diciendo, que su intención cuando hizo el juramento (de guardar las reales ordenanzas) fue de guardarlas en la gaveta del escritorio": semejante escándalo no debía imprimirse en la portentosa historia

de la muerte: ésta, se quiere que sea agudeza, es un seminario de siniestras intenciones, y tal vez de perversas ejecuciones.

¿A qué viene promover en La portentosa vida de la muerte las disputas sobre el probabilismo, y espetarnos el decreto del papa Inocencio XI? Sin duda que el autor está firmemente creído, que el mérito de una obra crece en razón del volumen, aunque este volumen resulte del hacinamiento de especies incoherentes.

Pero ya que el R. P. Bolaños toca en su portentosa obra algo de la cuestión tan controvertida entre los probabilistas y anti-probabilistas, séame permitido advertirle, que el semi-teólogo que sorprendió a la muerte con la preguntilla, no puede haber quedado satisfecho con la zafada que dio a ella "muy Señora de la humana naturaleza"; porque ni es cierto que en favor del probabilismo militan "hombres grandes de elevado carácter, de mucha literatura, y de no menos santidad", ni el decreto que ensartó del Señor Inocencio XI, viene a cuento; pues lo que dice S. S. en sustancia es, que se abstengan los escritores de censurar aquellas opiniones que aún no ha tachado la silla apostólica: y pregunto, R. Padre, ¿a qué viene esto? Podrá dudar V. P. de los deseos que tenía el Sr. Inocencio XI, de que se desterrara de las escuelas la doctrina que favorece al probabilismo? ¿Acaso el ser V. P. autor de la vida de la muerte lo ha cegado de manera que ya no ve lo que estampó dicho sumo pontífice en su decreto dado en 26 de junio de 1680? Vaya, Padre, déjese V. P. de chanzonetas, y abra bien los ojos; porque si no, yo desafío a V. P. para la hora de la muerte, y entonces verá "a la escasa luz de aquella candela" (sea esto dicho con licencia de V. P.) si piensa entonces como cuando escribió esta singular historia, según se echa de ver por el respeto con que mira V. P. al probabilismo. Padre mío, el unánime consentimiento de la iglesia, manifestado ya por el vicario de Cristo condenando proposiciones que son claras consecuencias del probabilismo, ya por los más ilustres cardenales,<sup>2</sup> ya por muchos sabios y celosos obispos de Italia, Francia, España y Países Bajos, de Alemania, y (para hablar de lo que nos toca más de cerca) de nuestra América, ya por las sagradas órdenes religiosas<sup>3</sup> ya por las más famosas universidades del orbe católico, y ya en fin por los escritores más imparciales y más ilustrados que siguen en esto cuidadosamente las huellas de los SS. PP.: este unánime consentimiento,<sup>4</sup> digo, es una de las pruebas que hay verdaderamente teológicas con que cae por tierra el probabilismo, y que demuestra que sus defensores no pueden compararse ni por su literatura, ni por su santidad con los que lo desechan: así que ese temor pánico que finge V. P. en la muerte, que es "maestra de la verdad", es una prueba nada equívoca de que en este asunto está V. P. alucinado con las fútiles y miserables cavilaciones de ciertos escritores "preocupados".<sup>5</sup> Y para que V. P. comience a desconfiar de semejantes AA. bien puede leer el citado decreto de la congregación romana del santo oficio, extendido de mandato del Señor Inocencio XI que traducido al

castellano dice así:

*Hecha relación por el P. Lauria del contenido de la carta del P. Tirso González dirigida a N. Smo. Padre, los eminentísimos cardenales dijeron que se escribiese por el secretario del estado al nuncio apostólico de España a fin de que significara al dicho P. Tirso, que habiendo su Santidad recibido benignamente y leído con elogio su carta, mandó que el mismo P. Tirso predicara, enseñara, y defendiera por escrito con libertad y fortaleza las opiniones más probables, y que también impugnara varonilmente la sentencia que afirma ser lícito seguir la opinión menos probable en concurrencia de la más probable conocida y reputada como tal. Asimismo que el nuncio le haga saber al P. Tirso, que cuanto hiciere y escribiere a favor de las opiniones más probables, será del agrado de su Santidad.<sup>6</sup>*

*Me he difundido más de lo que pensaba, pero mucho menos de lo que pudiera<sup>7</sup> por precaver la mala impresión que podría hacer en muchos lectores incautos el ver que un misionero apostólico como el P. Bolaños, que debe reputarse exento de todo respeto humano, tan lejos esté de declararse contra el probabilismo, que antes bien parece que lo adopta por el mismo hecho de no reprocharlo. Pero antes de concluir este punto, por cooperar al intento de su paternidad, quiero regalarle el cuadro siguiente, en que verá retratado al "probabilismo junto a la muerte". Harto sabido es que muchos hombres grandes, tales como Luis Henrique de Gondrin, arzobispo de Sens, el cardenal Sforzia Palavicino, los PP. Miguel Elizalde, Tirso González, Tomás Maniesa, e Ignacio de Camargo, el padre general de los Carmelitas descalzos, Fr. Cristóbal de San José, los doctos clérigos veroneses Pedro y Gerónimo Ballerini (sin contar otros muchos que refieren AA. fidedignos) no obstante que se nutrieron con el probabilismo, y que fueron sus acérrimos defensores, movidos de algunas serias reflexiones, y agitados de interiores remordimientos, lo detestaron, y muchos de ellos lo impugnaron en sus escritos. Valiéndome, pues, de lo que según testifican estos AA. pasó con ellos, supongamos, que un probabilista asaltado de semejantes reflexiones y remordimientos a la hora de la muerte habla así consigo mismo:*

*"¡Yo muero! ¡Ay de mí!, dentro de breve tengo de comparecer ante el tribunal divino: ya me parece que oigo la voz del justo Juez, que me dice 'dame cuenta de tu administración': dame cuenta de las almas que con mi sangre redimí, y que cometi a tu dirección y cuidado: dame cuenta de si las has conducido por la 'estrecha senda que guía a la vida eterna, por la que pocos entran'. ¡Qué haré yo, pues, cuando venga el Señor a juzgarme de este modo? Yo, es verdad, que en la dirección de las*

almas procuré seguir lo que me parecía acertado, y lo que veía defendido por autores, que juzgaba ser graves, aunque al mismo tiempo conocía, que las opiniones que desechaba estaban apoyadas en más sólidos fundamentos. ¡Miserable de mí! ¡Si me comprenderá aquella tan tremenda sentencia de Salomón: 'camino hay que parece al hombre derecho, y su término es la muerte!' ¡Cuán cierto es, que si en mis dictámenes hubiera hecho uso de las opiniones más probables, al presente me viera libre de tales temores y sobresaltos, puesto que los mismos probabilistas confiesan que la práctica de tales opiniones es camino seguro del cielo: cuando por el contrario veo una nube de escritores que hace resonar en mis oídos, cual espantoso trueno, aquellas voces: esos autores que has seguido 'son unos ciegos y conductores de otros ciegos: si un ciego gula a otro ciego ambos caen en la hoya'. Confieso que por aliviar la carga a las almas que dirigía, me inclinaba a lo más benigno, fiado en aquella máxima de Jesucristo: 'mi yugo es suave y mi carga ligera'. Pero yo me acuerdo haber leído en S. Agustín <sup>8</sup> que preguntando, '¿cómo es que sea leve el yugo de Jesucristo, siendo cierto que los que doblaron animosamente su cerviz a este yugo, y sometieron sus pacientes hombros a tal carga, padecen en este mundo tantas dificultades, y tantos trabajos, que más bien pudieran decirse llamados del descanso a la fatiga, que de la fatiga al descanso?' Me acuerdo, digo que no se pone a inventar opiniones probables que halagan los sentidos para hacer suave el yugo del Señor, sino que recurre a la inferior unción del Espíritu Santo, que haciendo gustar al alma el torrente de unas santas delicias, con la esperanza de la felicidad eterna suaviza y aligera las asperezas y los trabajos de esta vida. 'Veis aquí', continúa el Santo, 'cuán suave era el yugo de Cristo que llevaba (S. Pablo), y qué carga tan ligera, y por qué llamaba leve tribulación a aquellos duros trabajos y tormentos, que causan horror a todo el que los oye' y concluye: 'dice David, procuré andar caminos penosos por las palabras de tus labios. Mas lo que es duro a los que están trabajados, les es suave cuando aman'. También hago memoria que dice en otra parte: <sup>9</sup> '¿Por ventura la fe, esperanza y caridad son carga pesada? Esta carga es el peso de las alas para volar, que no peso de quien va cargado: porque también las aves tienen el peso de sus alas ¿y qué deberemos decir de este peso? Que ellas lo llevan y por él son llevadas. Si tú, tocado de compasión del ave, especialmente en el estío, dijeras ¡pobre avecilla que está abrumada con sus alas! Y la quitaras este peso; la precisaban a quedarse en la tierra cuando pensabas socorrerla: ea toma, pues, las alas de la caridad, que son un peso que te hará cumplir la ley de Cristo'. ¿Posible es que hubiese yo leído tantas veces esto, y no me hiciera mella? ¡Qué denso veto cubría hasta aquí mis ojos, cuando unas luces de tan celestial doctrina no habían hecho en ellos la impresión que ahora! Sí, ahora rasgado ya este velo, siento toda la fuerza de estas razones con que vi en un libro combatido el pro-

*babilismo: todos los hombres, por un impulso de su misma naturaleza, hasta en los negocios de poca monta siguen lo más seguro en lo dudoso, y en lo probable lo más probable: todos a una voz deben confesar que un caminante obraría con la mayor imprudencia, si al encontrar dos caminos sin saber con certeza cuál era el que lo conducía al término de su viaje, escogiera aquel que más verosímilmente lo extraviaba: todos en fin convienen en que el que obra con 'perfecta duda' de si peca, o no peca, ciertamente peca, ahora bien, si el negocio de la salvación es el único y el más importante; si las opiniones menos probables son el camino que más verosímilmente nos aparta del cielo; y si es una contradicción evidente, que se deponga la duda de si se comete o no pecado, cuando hay algunas razones que lo niegan, siendo más poderosas las que prueban que se comete: ¿quién no ve claramente que el que abraza lo menos probable se opone al impulso de la misma naturaleza, lo cual, como se explicaba Cicerón, es declararle guerra al mismo Dios, autor de aquel impulso: que asimismo obra imprudentísimamente, y que por último peca por ponerse a evidente peligro de pecado? Ciertamente que quien así se gobierna da muy pocas señales del sumo aprecio que debe hacer de su último fin; y las da muy claras de que pretende sacudir el yugo de la ley; de que intenta obligar al supremo legislador a una transacción indecorosa; y de que osado quiere usurparle una parte de su imperio. Y volviéndome a vos<sup>10</sup> oh Juez lleno de bondad y de clemencia! Gracias os doy por estas vuestras luces, que han producido en mí el desengaño. Me parece que estoy en la sincera disposición de comunicarlo a otros, si os dignáis de prolongar los días de mi vida; pero si tenéis decretado que termine ya mi carrera, yo lo acepto con resignación, y quiero dejar un auténtico testimonio de lo que acaba de obrar en mí vuestra soberana diestra. Aunque amo muy deveras a los probabilistas, aborrezco con toda mi alma el probabilismo y tengo muy vivos deseos (Vos lo sabéis, Señor) de que todos lo aborrezcan. ¡Oh y puedan tener cumplimiento estos mis votos, para que no se pierdan tantas almas que con vuestra sangre preciosa redimisteis".*

*En el capítulo siguiente, que es el 32, refiere que la muerte "echa por tierra una elevada torre de vanas esperanzas, que había fabricado en su pecho un joven bizarro llamado Junior". Yo quisiera que nos explicara el Reverendo autor cómo se fabrican torres sobre cimientos de pechos, pues aunque me he desbautizado por concebir este inaudito modo de construir edificios ideales, no he acertado a imaginarlo. Y mucho más me he desesperado de tal hallazgo al leer al folio 205 que "nuestro joven sólo aspiraba a subir a la cumbre y eminencia de la más elevada fortuna. Para esto", continúa, "se fabricó a sí mismo en lo interior de su pecho una torre soberbia": con que para seguir el hilo de la metáfora, este joven había de subir por la elevada torre de vanas esperanzas edificada en su pecho, y ya tenemos al Señor Junior con todo su pecho trepando por un edificio que estaba fundado*

en su pecho.

**Capítulo 33. Castiga la muerte a un magistrado por la falta de atención y respeto a unas letras que le mandó monitoriales. "¡Oh qué imitación tan oportuna de aquella famosa transposición de Lope, 'En una de fregar cayó caldera!', pues ni aun le falta la cadencia de endecasílabo". Letras que le mandó monitoriales.**

**Y dando un brinco al capítulo 37, cuyo título es: "Se introduce la muerte en el más autorizado congreso de sabios teólogos y filósofos", etc. Noto en la misma cabecita de él estas palabras: "y contra el vario modo de pensar de tantos maestros, les demuestra (la muerte) lo que es el hombre". Lo primero, que la muerte no es quien hace la demostración, sino, por hablar en estilo del R. Padre, es un embajador suyo, es decir un religioso "vestido de un saco ceniciento". Lo segundo, que ¿quién le ha contado al R. Padre Bolaños que el decir el monje "que el hombre jamás habrá sido, ni sería otra cosa en adelante que polvo, barro, tierra y ceniza"?, ¿qué retahíla de sinónimos! Es oponerse a la definición que dieron del mismo hombre los célebres filósofos que cita, y lo que es más, los Santos Padres que refiere. Debe tener el Padre hasta olvidado que no es lo mismo distinción que contrariedad: ésta consiste en la incompatibilidad de dos propiedades o atributos en un mismo sujeto, y aquélla, en la mera negación de identidad. Por lo que la definición del enviado de la muerte, ni es ni puede ser contraria a las de los PP. y filósofos, sino es que o éstas sean falsas, o aquélla o entrambas, lo que no puede concederse con que es necesario concluir, que sólo son distintas, y aun diversas. Mas dejando estos pelillos, demos una ojeada al capítulo, que si no me engaño es el más mal digerido de toda La Portentosa vida de la muerte. El primer miembro del periodo apenas lo entenderá Edipo, pues no tiene pies ni cabeza. Adelante, que esto no es del caso. Allí se finge que, en el Vaticano, el miércoles de "ceniza", aquellos mismos que poco antes "saltaban placenteros en las calles, se hicieron presentes con tan respetuoso silencio", etc., y entre ellos se suscitó una célebre y reñida cuestión sobre aquellas palabras del Santo Rey David: "¿quid est homo?" Pero debían ser muy irreligiosos sobre muy poco avisados los que disputaban con tanto ardor en un día tan santo, y en un lugar de oración en que habita con particularidad el rey de la tremenda majestad. Digo que eran muy poco avisados, porque ni es cuestión la del salmo, sino un apóstrofe en que el psalmista, arrebatado de admiración y divino entusiasmo, conociendo la miseria del hombre, prorrumpe en tan vivas expresiones al ver los beneficios que Dios le ha dispensado, ni tampoco da lugar a reñidas contiendas el sagrado texto, pues llama abiertamente al hombre poco menor que los ángeles y superior a todas las criaturas visibles. Lo que debe causar mayor admiración es la mezcolanza que sigue: pues vemos en el Vaticano de Roma el miércoles de ceniza a Platón, a los aristotélicos, a los de la nueva secta de Plinio, a los ciceronianos,**

a Séneca, a Catón, a Sócrates, a Pitágoras, a Plutarco, a Diógenes, a San Basilio, a San Gregorio Nacianceno, a San Ambrosio, a San Bernardo y a San Gregorio el grande, resolver cada uno la cuestión. ¿Podrá sufrirse, no digo en una obra recomendada a los hombres de buen gusto, pero ni en un escrito dirigido a los del más depravado, podrá sufrirse tanta sarta de enormes anacronismos? Mas no hay que admirarse, pues para llenar el título de la obra parecía necesaria una sarta de "portentos cronológicos".

Capítulo 38. "Se asomará la muerte por la ventana de un sepulcro para ver el día del juicio", etc. ¡Vaya, vaya de retazos de chiste y novedades! Presumo que antes de componer el R. Padre este capítulo despachó un propio a la Señora Heroína de su novela mística, para que le mandase a decir lo que hará el día del juicio: si fue así, y se sirvió su "imperial mortalidad" de contestarle muy por menor, debemos estar a la fe del autor: pero ciertos críticos narigudos han de notar con todo, que las historias tienen por objeto los hechos pretéritos, no los futuros; pues esto es propio de los profetas, y el presente capítulo nos cuenta una profecía: mas deberán tener presente, que la proposición es cierta cuando se habla de las historias en común; no de las portentosas como ésta. Y si tienen todavía paciencia mis lectores, oigan por su vida: "este día", dice, "infundirá tanto respeto"; y al fin de la página 244 añade: "en este día dará fin la representación de la comedia trágica... Al que hubiere representado bien su papel se le dará su gala"; se la diera yo al reverendo autor porque me compusiera este modo de hablar tan festivo de un día que infundirá tanto respeto, si no recelara que me había de responder que él también era historiador original.

En el capítulo que sigue, sin meterme con el R. Padre (por darle gusto) en eso de los cometas, digo que este capítulo y el 40, que es el último, están en el mismo tono profético que el precedente, sin que se echen menos en cosas tan serias algunas jovialidades esparcidas al descuido y con cuidado.

Se me había pasado una especie, que por ser bien graciosa, no ha de quedárseme en el tintero. En el capítulo 25 trata el R. Padre "de un susto que le dio la muerte a un pobre Rico". Este es puntualmente el Epulón del evangelio, cuya historia nos refiere el Padre con algunas reflexiones; mas una de ellas es tal, que hasta ahora no puedo traerla a la memoria sin reírme a carcajada tendida, y se lee al fol. 168, cuyo contenido es éste: "Señor Don fulano" (habla el autor con el Rico) "V. erró todo el plan de sus pensamientos: V. pensó acaso que la bienaventuranza del hombre consista en vivir mucho y muy regalado; mas no es así: V. le hubiera dicho a su alma: 'alégrate, alma mía, porque ya tengo con qué pagarte muchas misas'", etc. R. Padre, si el santo sacrificio de la Misa lo instituyó Jesucristo en la noche de la cena, y el Epulón murió antes, ¿cómo podía haber tenido semejante coloquio con su alma? ¿No es esto dar lugar a que los ignorantes, midiendo unas cosas por otras, no hagan el aprecio que



deben de las reflexiones cristianas de que abunda la vida de la muerte, y que dan a conocer los bellos talentos de su autor?

Pero no, no ha sido éste el fin del M. R. P. Fr. Joaquín Bolaños, digno y benemérito alumno del seminario apostólico de Propaganda Fide de la ciudad de Zacatecas. Bastantes pruebas tiene dadas de su celo verdaderamente apostólico por la salud de las almas. Todo el mundo sabe sus asiduas tareas por desempeñar su ministerio. Todos a una voz lo veneran como a un ángel de paz, como a un ejemplar y edificativo sacerdote, en una palabra, como a un elocuente y completo pregonero del evangelio, que más persuade con sus ejemplos que con sus palabras, no obstante que éstas salen de su boca abrasadas del fuego de la caridad que arde en su pecho, y que se conserva a esmeros de su virtud. Así lo tengo entendido, y así lo publico para dar una prueba concluyente de que ni directa ni indirectamente quiero zaherir la persona siempre respetable para mí del R. P. Bolaños en la censura que llevo hecha de su portentosa vida de la muerte.

## APENDICE A LA CENSURA ANTERIOR

Después de publicadas las dos próximas anteriores Gacetas me pareció indispensable examinar con más cuidado y serenidad cuantos puntos critiqué en la Gaceta núm. 3, receloso de haber padecido algún equívoco en la inteligencia del texto a causa de la grave perturbación que experimenté en el cerebro la primera vez que leí una obra tan exorbitante como La portentosa vida de la muerte.

Lo que ha resultado de este maduro examen es, que en efecto me equivoqué en suponer que el demonio en el "dictamen que da sobre la materia de poblar cuanto antes las colonias de la tierra adentro", se vale de los sagrados oráculos "sólo para confirmar la verdad": pues bien claro está que según la mente del R. P. Bolaños, el demonio se vale de los pasajes de la sagrada escritura para persuadir a la muerte que el medio de poblar de cadáveres los sepulcros es hacer precipitarse a los hombres en todo género de vicios, a fin de llevarse él consigo a las almas. También debo advertir, que el escándalo que causaría la restricción mental del juez cuando hizo juramento de guardar las reales ordenanzas, si se narrase sin algún correctivo, está bien precavido con la "muy grande R." que dice el Reverendo autor "formó la muerte al oír este descargo": por lo que retrato de buena gana la censura que hice de estos dos pasajes, y con la misma ingenuidad espero que el M. R. P. Bolaños varíe una proposición que noté al releer su obra, y me parece que clama por la censura.

La proposición se lee a la pág. 11, desde la línea 5 hasta la 9, es la siguiente: "la posteridad se queja, y se lamenta dolorida a su común Padre, de que habiéndose comido la manzana, no hubiese reservado para nosotros, siquiera las pepitas: pues todos he-

mos pagado el pato sin haberlo probado". Dos son los reparos que me ocurren: el primero, que no hay fundamento para decir, que nos quejamos de no haber probado ni aun las pepitas de la manzana: no es así; esto es injuriar gravemente a la posteridad de Adán. Todos lo lamentamos de haber comido la manzana en nuestro primer Padre; y por lo mismo estamos muy ajenos de sentir el no haber gustado siquiera de las pepitas: pues esto era desear saborearnos en la culpa primera; esto era apesadumbrarnos de no haber añadido al pecado original la circunstancia de actual, lo que sería una proposición escandalosa. El segundo, la mala inteligencia que puede dar algún ignorante de estas materias al consabido periodo; pues da lugar a que se sospeche, que no hubo razón para que pagásemos la pena del pecado, que cometimos en Adán, in quo omnes peccaverunt, como dice San Pablo: de aquel pecado, que no lo contraemos por una mera imputación del delito de Adán, sino que es propio nuestro porque lo hemos heredado. Tampoco se le puede pasar al reverendo Padre que quiera entremesear en un asunto tan grave y lastimoso.

Por último no será fuera de propósito añadir aquí las cartas que a consecuencia del decreto citado del Señor Inocencio XI, dirigieron al reverendo Padre Tirso González, así el secretario del estado el Emmo. Cardenal Cybo, como el nuncio Apostólico de España el Emmo. cardenal Mellino, para que se conozca más y más cuanto deseaba dicho Sumo Pontífice que se impugnara el probabilismo, como que de ello resultaba el bien de las almas y de toda la iglesia.

### CARTA DEL CARDENAL CYBO AL PADRE TIRSO GONZALEZ

Muy Reverendo Padre: su Santidad ha recibido benignamente el largo y excelente tratado que le envió V. P. sobre las opiniones probables, acompañado de una carta llena de expresiones del más filial obsequio, y se difundió en alabanzas del celo singular y de la maestría con que V. P. trató un asunto de tanto peso: y no duda su Santidad de que continúa V. P. la gloriosa empresa de explicar una materia tan necesaria al bien de las almas, y de que lleve al cabo una obra que ha tenido tan feliz principio: que a su tiempo dará el Señor a V. P. un grande premio. Lo demás que sobre esto ocurre lo sabrá V. P. del Nuncio Apostólico, quien le dirigirá esta mi carta como una señal de los deseos del Sumo Pontífice, y de su apostólica bendición. = Dios guarde a V. P. muchos años. Roma y julio 7 de 1680. = Servidor de V. P. = A. Cardenal Cybo.<sup>11</sup>

**CARTA DEL EMMO. CARDENAL MELLINO, NUNCIO, QUE ERA, DE SU SANTIDAD CERCA DEL REY DE ESPAÑA, REMITIENDO A SALAMANCA AL P. TIRSO GONZALEZ LA CARTA ANTECEDENTE**

*Muy R. P.: A la adjunta del Emmo. Sr. cardenal Cybo apenas hallo cosa que añadir, pues por ella conocerá claramente V. P. lo mucho que ha recomendado N. Smo. Padre el celo y la piedad que ha descubierto V. P. en lo que hasta el día tiene escrito. Sólo me resta por decir que como Su Santidad juzga que la obra emprendida por V. P. ha de ser muy provechosa a la salud de las almas y a toda la Iglesia, me manda que yo le exhorte para que cuanto antes la concluya. Así que tenga cuidado V. P. de llenar los deseos de Su Santidad de que se dé a luz lo más breve que pueda una obra que manifiesta la insigne piedad de V. P. y que traerá mucha utilidad al público. Entretanto, si tuviere V. P. trabajado algo más, mándemelo para que en mis paquetes de cartas lo envíe a Roma. Por último, bendiciendo a V. P. en nombre del sumo pontífice, ruego a Dios le conceda muchas felicidades. Madrid y agosto 7 de 1680. Muy servidor de V. P., Sr. Arzobispo de Cesárea.*<sup>12</sup>

*Queda ya concluida con este apéndice la censura que me propuse hacer de algunos lugares más notables de esta obra: porque jamás fue mi ánimo hacer una cabal crítica con todo el rigor del arte; que en este caso hubiera comenzado por examinar si el plan de dicha obra es bueno o malo; si un ente imaginario puede o no, sin pecar contra la verosimilitud, soportar una serie de tantas y tan varias acciones desde el principio hasta el fin del mundo, etc., etc. Cuanto mejor sería que el R. P. Bolaños, después de haber consultado los más célebres y más sanos moralistas, nos diera a luz una historia de la muerte, esto es, una seria narración histórica (sin mezcla de chistes y novedades) de la muerte dichosa o desgraciada de algunos de cada clase y estado: entonces tendría lugar de explayarse en útiles y oportunas reflexiones, y su celo vería mejor logrado el fin de sus tareas.*

**Nota.**

*He tenido noticia de que algunos mal contentos con la impugnación que se ha hecho (aunque muy por encima) del probabilismo, se juzgan con un gran depósito de razones para sostenerlo: por tanto ruego amigablemente a estos señores, que se sirvan de dirigirme en los términos que mejor les pareciere, sus manuscritos apologeticos, aunque sean anónimos, bajo el seguro de que se imprimirán legalmente junto con su respuesta.*

- 1 Mortalidad parece significa la necesidad que tenemos de morir: mortalidad significa muerte de muchos y según las reglas del autor es lo mismo decir a la muerte vuestra mortalidad, que decir a un duque vuestra duquedad, a un marqués vuestra marquesedad, etc., etc.
- 2 El P. Mabillon en sus obras póstumas refiere que el cardenal Aguirre (quien abjuró del probabilismo, que siguió antes por mucho tiempo) escribió de Roma cuando estaba para publicarse la obra del célebre Tirso González, dice: "A más de esto, ya saqué a luz en breve la obra del R. P. General Tirso González, la que casi todos aguardan con impaciencia, excepto aquellos a quienes agrada el monstruo del probabilismo, y que ha tiempo que se ha apoderado no tanto de sus entendimientos como de sus corazones".
- 3 Hablando en particular de la orden de que es miembro el R. P. Bolaños bastará decir, que en el directorio de las tres órdenes de San Francisco publicado en Roma año de 1688, y aprobado por el Señor Inocencio XI (nótese esto), se lee una cláusula, que traducida fielmente al castellano dice así: "encargamos y mandamos en el Señor a todos los individuos de nuestra orden, y a los demás que están bajo nuestra dirección u obediencia, que siempre enseñen y sigan las opiniones más seguras y más probables".
- 4 Este consentimiento moralmente unánime, que no sé por qué fatalidad hace poca o ninguna fuerza a los probabilistas, se escondió a la penetración del anónimo autor del *Sacerdote santificado en la administración del Sacramento de la penitencia*, obra que tiene cosas excelentes, pero que también tiene opiniones probabilísticas: pues reposando en la autoridad de los PP. Terillo y Sarasa, cree de buena fe (como el padre Bolaños) que milita por el probabilismo un "grande número de autores por sabiduría, por virtud, por dignidad y carácter episcopal, por experiencia respetables", sin atender a que este grande número que compila el P. Terillo, está compuesto ya de escritores que están abiertamente por las opiniones más probables, como son Santo Tomás, San Buenaventura, San Antonino, etc., ya de casuistas que, según asegura el P. Terillo, "no es increíble fuesen seducidos por sutil instigación diabólica", y ya de teólogos que para resolver este punto, lejos de consultar la sagrada escritura, concilios y PP. de la iglesia, se fiaron demasiado en el dictamen de su propia razón, ofuscada con las falsas y súbitas luces de vanas sutilezas y discursos reflejos. Nada de lo que hasta aquí llevo dicho se dirige contra la opinión de santidad que merecieron muchos probabilistas en la doctrina, pues debe creerse que no siguieron las opiniones menos probables por capricho o espíritu de partido, sino por otras causas, que los ponían a cubierto de la infame nota de escritores de mala fe, y que podían justificar su conducta, especialmente en aquellos tiempos en que no se había tratado dignamente la cuestión.

También nuestro autor anónimo (y con él el R. P. Bolaños) echa menos el juicio decisivo de la iglesia contra el probabilismo; pero muchos ilustres escritores que han salido con su cara descubierta, para abandonar el uso de las opiniones menos probables, no han necesitado de este juicio formal y expreso de la silla apostólica, bastándoles, como en efecto basta, el unánime consentimiento de la Iglesia expresado del modo dicho. A la verdad, como observa el gran Bossuet (*instruction sur la version du N. T. de Trevoux, niziome remarques sur la remontrance*): "Hay una tradición que debe preceder a las decisiones de Iglesia, y que sirve de norma a los intérpretes y que a más de lo que es directamente herético o erróneo, o contrario a la fe, hay cosas que la oscurecen y la debilitan en sus pruebas, y la vulneran en sus consecuencias"; y antes tenía dicho el cardenal Palavicino (*Historia concilii tridentini*, lib. 6, cap. 18, núm. 5) aun hablando de los artículos de fe: "Que no es necesario que a cada uno de ellos preceda la declaración de la Iglesia: pues de lo contrario no serviría para conocer los dogmas de la fe la lección de la sagrada escritura, sino sólo la definición de la Iglesia; y entonces en el espacio de algunos siglos en que la Iglesia definió muy pocas cosas, se hubiera podido dudar de las demás".

Etc. Y aplicando esta doctrina a mi asunto, si para saber cuál es la regla de las costumbres fuera necesaria una definición formal de la Iglesia, nada serviría para conocerla el estudio de los SS. PP., nada el observar las reglas con que se han dirigido los concilios para decidir los casos de conciencia que se les consultaban, nada el saber cuál es la doctrina que tantas veces ha recomendado a los fieles la cabeza visible de la Iglesia, y nada por último serviría el conocer cuáles son las opiniones cuyo uso han enseñado como seguro, no ya algunos pocos obispos opinando como escritores particulares, sino innumerables prelados hablando a los pueblos con toda la autoridad del episcopado en aquellas iglesias en que se agitó con más ardor esta disputa. Bien veo que los patronos del probabilismo dirán, que el cardenal Palavicino habla de aquellos puntos en que están acordes los SS. PP. lo que no sucede en la presente cuestión, según asegura el P. Francisco Antonio Zacaria, quien de algunos pasajes que cita de los mismos padres, deduce que aprobaron el uso de las opiniones menos probables. ¿Pero quién no conoce que el P. Zacaria, siempre que se trata de moral, es muy mal lógico, como lo tiene demostrado, entre otros, Eusebio Eranista en sus *Observaciones sobre la historia literaria de Italia*, escrita por el mismo Zacaria, en donde hace visibles su intrepidez, sus equívocos, sus alucinaciones y su vano empeño en sostener el cadente probabilismo? Esto supuesto, examinados los textos que produce dicho P. Zacaria, no prueban otra cosa sino que los padres algunas veces (aunque muy pocas) discordaron entre sí sobre puntos de costumbres, y que cada uno sostenía lo que le parecía más fundado; pues defender con empeño lo que el mismo defensor conoce que es menos verosímil y menos probable, estaba reservado para el tiempo de los casuistas.

- 5 El leer solamente los escritos de tales autores, y huir de las obras que confutan sólidamente el probabilismo, es la causa de que muchos sostengan, que en el gravísimo negocio de nuestra eterna salvación pueden seguirse sin el más leve recelo opiniones menos fundadas y menos verosímiles (este es el probabilismo según lo defienden comúnmente sus patronos) dejando las contrarias que, aun por confesión de los probabilistas, son más verosímiles y mejor fundadas. A lectores de semejante carácter pudieran ponerseles en sus lápidas, después de muertos, por inscripción sepulcral, aquellos versos de Séneca, el filósofo, a la muerte del emperador Claudio:

*Deflete virum  
Quo non alius potuit citius  
Dicere causas, una tantum  
Parte audita, saepe & noutra.*

- Si no lo impidiera la gravedad de un asunto cuyas consecuencias son eternas.
- 6 "Die 26 junii an. 1680=*Facta relatione per P. Lauriam contentorum in litteris P. Tyrri González, Sanctissimo nostro directis, Eminentissimi dixerunt, scribendum per secretarium Status Nuntio Apostolico Hisp. ut significet dicto P. Tyrro quod sanctitas sua benignè acceptis, & non sine laude perlietis litteris mandavit, ut ipse liberè & intrepirè praedictet & doceat & calamo defendat opinionem magis probabilem, necnon viriliter impugnet sententiam asserentem, licitum esse sequi opinionem minus probabilem in concursu probabilioris sic cognitae, & iudicatae; eumque P. Tyrro certum faciat, quod quidquid favore opinionis magis probabilis egerit & scripserit gratum erit Sanctitati suae*". Etc.
- 7 Con sólo compendiar lo que trae en una de sus obras el doctísimo Patuzzi había para llenar muchas Gacetas; pero remito los lectores a esta obra escrita con método, solidez y gusto: su título es: *De proxima humanorum actuum regula inopinionum delectu tractatio, qua probabilistarum systema falsum esse, absurdum, atque utentibus periculosum demonstratur*, a P. Jo: Vincentio Patuzzi Ord. Praed. Theol. Lectore. Venetii, MDCCLXI, en cuarto. Este título lo desempeña.
- 8 Es el sermón 27 de la nueva edición *de verbis Evang. Matth.*
- 9 Sermón 164 de la citada edición *de verbis Apostoli.*
- 10 Esta oración está sustancialmente tomada de la que sirve de conclusión a la obra intitulada *Regula honestatis moratis*, impresa en Nápoles en 1702, su autor el P. Ignacio Camargo, catedrático de teología de la Universidad de Salamanca.

- 11 "Admodum R. P. Egregiam & copiosam lucubrationem, quam uná cum litteris filialis obsequii plenis ad Sanctitatem suam misisti de opinione probabili, perbenignè excepit Sanctitas sua, & pluribus laudavit singularem zelum, & praestantem doctrinam, qua maximi momenti argumentum tractasti; neque dubitat Sanctitas sua, quin tu in praeclearo instituto pergas explicandam materiam saluti animarum tam necessariam & inceptum foeliciter opus ad exitum perducas, eximiam suo tempore á Deo mercedem relaturus. Cetera cognosces a Nuncio Apostolico, a quo haec meae litterae tibi reddentur Pontificiae voluntatis & benedictionis interpretes: Tibique laeta omnia á Deo auguror. Roma die 7 julií 1680. P. tuae ad officia.—A. Cardinalis Cybo".
- 12 "Admodum Reverende P. Ad litteras eminentissimi D. cardinalis cibo, quas his adjunctas accipies, viz est quid adjiciam; ex his enim luculentè intelliges, quantum paternitatis tuae zelus ac pietas, scriptis argumentis hactenus probata, á Sanctissimo Domino commendationem receperit. Unum illud addendum ipse habeo, quod cum Sanctitas sua judicet hoc opus tuum, quod tractandum suscepisti, animarum saluti, totique ecclesiae maximè proficuum futurum, ut te ipsum opus quamprimum perficiendum hortarer, mihi mandavit. Curet igitur Paternitas tua, ut haec Sanctitatis suae desideria impleat, ut praeclearae pietatis atque utilitatis publicae opus praelo dari quanto citius possit. Si quid interim ulterius elaboratum prae manibus sit, ad me diriget Roman cum litterarum meorum fasciculis mittendum. Tandem paternitate tuae nomine pontificio benedicens fausta &c. salutaria quaequae caelitus eidem apprecor. Matriti 7 augusti 1680. Paternitatis tuae ad officia paratissimus.—S. Archiepiscopus Caesariensis".

# LA MATRACA

---

## PRIMERA SERIE

1. FLORENCIO M. DEL CASTILLO. *Hermana de los Angeles.*
  2. MANUEL PAYNO. *El Hombre de la Situación.*
  3. VICENTE MORALES. *Gerardo, Historia de un Jugador.*
  4. JOSE PEON Y CONTRERAS. *Veleidosa.*
  5. ARCADIO ZENTELLA. *Perico.*
  6. JOSE TOMAS DE CUELLAR, "Facundo". *Los Mariditos.*
  7. JUAN DIAZ COVARRUBIAS. *Gil Gómez, El Insurgente.*
  8. PABLO ROBLES. *Los Plateados de Tierra Caliente.*
  9. NICOLAS PIZARRO. *La Coqueta.*
  10. JUAN A. MATEOS. *La Majestad Caida.*
  11. MARIANO AZUELA. *Sin Amor.*
  12. JOSE FERREL. *Reproducciones.*
  13. MANUEL BALBOLTIN. *Tulitas la Pelona.*
  14. JORGE FERRETIS. *Tierra Caliente.*
  15. IRENEO PAZ. *Amor de Viejo.*
  16. PEDRO CASTERA. *Los Maduros.*
  17. RUBEN M. CAMPOS. *Claudio Oronoz.*
  18. MANUEL SANCHEZ MARMOL. *Prevenida.*
  19. JOSE GUADALUPE DE ANDA. *Los Cristeros.*
  20. EDUARDO URZAIZ. *Eugenia.*
  21. MARIANO AZUELA. *Las Tribulaciones de una Familia Decente.*
  22. AGUSTIN VERA. *La Revancha.*
  23. CIRO B. CEBALLOS. *Un Adulterio.*
  24. FERNANDO ROBLES. *La Virgen de los Cristeros.*
  25. JUSTINO SARMIENTO. *Las Perras.*
  26. TEODORO TORRES. *La Patria Perdida*
  27. JULIO SESTO. *La Tórtola del Ajusco.*
  28. HERIBERTO FRIAS. *El Ultimo Duelo.*
  29. SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA. *La Camada.*
  30. PORFIRIO PARRA. *Pacotillas.*
- 

## SEGUNDA SERIE

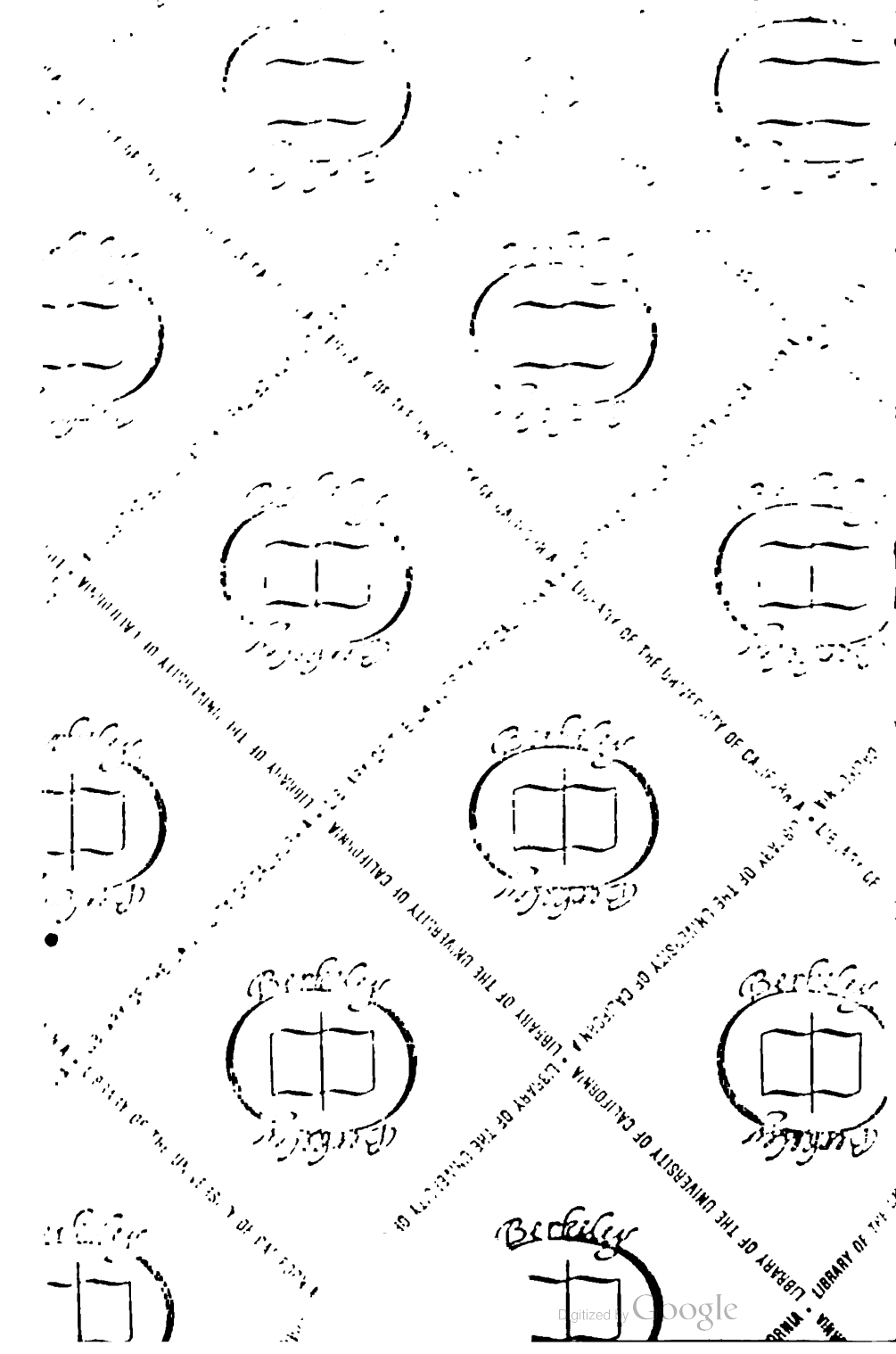
1. JOAQUIN BOLAÑOS: *La portentosa vida de la Muerte.*
2. FERNANDO OROZCO Y BERRA: *La guerra de treinta años.*
3. MANUEL PAYNO: *Sobre amores, mujeres y matrimonios.*
4. IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN: *Manolito, el pisaverde y otros cuentos.*
5. JOSE MARIA ROA BARCENA: *La quinta modelo.*
6. GUILLERMO PRIETO: *El placer conyugal y otros textos similares.*

7. HILARION FRIAS Y SOTO: *Vulcano - Album fotográfico.*
8. FRANCISCO ZARCO: *Castillos en el aire y otros textos mordaces.*
9. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA: *Historia de We-lina y otras leyendas.*
10. JOSE H. GONZALEZ: *La cruz del monte y otros dramas misteriosos.*
11. FRANCISCO SOSA: *El doctor Cupido y otras historias.*
12. UN DEVOTO DEL PENSADOR MEXICANO: *Perucho, nieto de Periquillo.*
13. VICTORIANO AGÜEROS: *Leyenda de Navidad - Páginas íntimas.*
14. JUAN DE DIOS PEZA: *Cuentos y recuerdos personales.*
15. ANGEL DE CAMPO ("MICROS"): *Apuntes sobre Perico Vera y otros cartones de Azul.*
16. JOSE NEGRETE: *Memorias de Paulina - Memorias de Merolico.*
17. MANUEL JOSE OTHON: *Cuentos de espantos y novelas rústicas.*
18. FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL: *¡Pobre bebé! - Cuentos frívolos.*
19. NICOLAS PIZARRO-JUSTO SIERRA-MANUEL GUTIERREZ NAJERA: *Tres novelas truncas mexicanas.*
20. LAURA MENDEZ DE CUENCA: *Simplezas.*
21. CARLOS DIAZ DUFOO: *Textos nerviosos.*
22. J. RAFAEL GUADALAJARA: *Amalia. Páginas del primer amor.*
23. RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ: *El teniente de los gavilanes.*
24. MARIA ENRIQUETA: *El consejo del búho y otros cuentos.*
25. BERNARDO COUTO CASTILLO: *Asfódelos.*
26. ALBERTO LEDUC: *Fragatita y otros cuentos.*
27. CARLOS NORIEGA HOPE: *Las experiencias de Miss Patsy y otros cuentos.*
28. MARCELINO DAVALOS: *¡Carne de cañón!*
29. JOSE MANUEL PUIG CASAURANC: *La hermana impura.*
30. JOSE MARTINEZ SOTOMAYOR: *La rueca de aire.*



**Esta edición se terminó se imprimir en los talleres gráficos de PREMIA editora de libros, s.a., en Tlahuapan, Puebla, en el segundo semestre de 1983. Los señores Angel Hernández, Serafín Ascencio, Ignacio Hernández y Donato Arce tuvieron a su cargo el montaje gráfico y la impresión de la edición en offset. El tiraje fue de 1,500 ejemplares más sobrantes para reposición.**







*La portentosa vida de la Muerte*, publicada por primera vez en el año de 1792 y no vuelta a editar a lo largo de estos casi doscientos años, constituye no sólo una joya de la bibliografía mexicana sino también uno de los aportes más interesantes de México a los primeros intentos de la creación de la novelística hispanoamericana. Llena de defectos literarios, entre mística y alegórica y con la grave inclinación, tan común a la época, por la predicación y la acumulación de supuestas o reales erudiciones, la obra tiene aún la fuerza suficiente para sostenerse y para que Castillo Ledón en sus *Orígenes de la novela en México* cite, sin nombrar al autor, a quien en esos días (1922) calificaba a *La portentosa* como “extravagante, fantástica, pero de mucha imaginación, sumamente pintoresca y variadísima en toda clase de escenas”. La dificultad para consultar la obra, sumada a las opiniones de oídas, más el concluyente juicio en contra de ella que emite Agustín Yáñez, han hecho que las historias de la literatura hispanoamericana la ignoren, la olviden o la desconozcan como si el dedo acusador de Alzate —cuya radical oposición a este libro motivó un ruidoso proceso y, al parecer, la retirada de circulación de lo que él ya calificaba como “novela”— continuase estigmatizándola y manteniéndola en los rincones no aptos para las personas de “buen gusto”. Ahora los lectores y estudiosos contemporáneos tienen la posibilidad de formarse su propia idea gracias a esta edición facsimilar, que incluye también los “dieciocho interesantísimos grabados” fuera de texto, a la que se ha agregado como apéndice el artículo de Alzate que tanto gravitó en la historia de *La portentosa vida de la Muerte*, *Emperatriz de los sepulcros*, *Vengadora de los agravios del Altísimo*, y *Muy Señora de la humana naturaleza*.



**PREMLA editora s.a**

**LA MATRACA** — segunda — serie — **1**